



¡Así de grande!

Edna Ferber

Traducción de Íñigo Jáuregui



se

Lectulandia

¡Así de grande!, es el apodo cariñoso que Selina Peake DeJong le puso a su hijo, Dirk, al que, como toda madre orgullosa, preguntaba: «¿Cómo de grande es mi niño?». Esta mujer tenaz y luchadora es la verdadera protagonista de la novela. Siendo muy joven, tras la muerte de su padre, se instalará en una comunidad agrícola de origen holandés, cercana a Chicago, en la que el papel de las mujeres estaba alejado del trabajo del campo, al que sin embargo ella dedicará su vida al quedarse viuda. Selina sacrificará sus sueños para que su hijo pueda tener la vida que ella anhelaba, una vida plena dedicada a la creación.

Lectulandia

Edna Ferber

¡Así de grande!

ePub r1.0

Titivillus 17.12.16

Título original: *So Big*
Edna Ferber, 1964
Traducción: Íñigo Jáuregui

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Se quedó con el nombre hasta que casi cumplió los diez años. Tuvo, literalmente, que pelear para librarse de él. El *So Big* inicial (por una derivación cariñosa e infantil) se condensó en Sobig. Y el niño se quedó como Sobig DeJong, con toda su disarmonía consonántica, hasta que se convirtió en un escolar de diez años en aquel distrito increíblemente holandés al suroeste de Chicago, conocido primero como Nueva Holanda y luego como High Prairie. A los diez años, a fuerza de puños, dientes, botas con puntera de cobre y mal genio, se ganó el derecho a que lo llamaran por su verdadero nombre, Dirk DeJong. De vez en cuando, lógicamente, el apodo resurgía y había que reprimirlo en una breve e implacable refriega. Su madre, que estaba en el origen del nombre, era la peor infractora. Cuando a ella se le escapaba, él, claro está, no empleaba tácticas de patio de colegio con ella, pero se enfurruñaba, fruncía el ceño gravemente y se negaba a contestar, aunque el tono de su madre, cuando lo llamaba *So Big*, habría derretido el corazón de cualquiera que no fuese aquel pequeño salvaje, un niño de diez años.

El apodo venía de la temprana y estúpida pregunta que se hace invariablemente a los niños pequeños y que ellos responden, con paciencia infinita, durante sus años de infancia.

Selina DeJong, moviéndose diestramente por la cocina, de la tina a la tabla de amasar, del fogón a la mesa, o, cuando trabajaba en los campos de la granja, enderezando la espalda entumecida para tomar un breve respiro entre los apretados surcos de zanahorias, nabos, espinacas o remolachas en los que trabajaba, se enjugaba las gotas de sudor de la nariz y de la frente escondiendo rápidamente la cabeza en la concavidad del brazo. Sus bonitos ojos oscuros miraban al niño encaramado momentáneamente en una pequeña pila de sacos de patatas vacíos, uno de los cuales le servía de vestido. El pequeño se alejaba continuamente de la pila de sacos para hurgar y escarbar en el fértil y cálido légamo negro del huerto. Selina tenía poco tiempo para demostraciones de afecto. El trabajo siempre andaba pisándole los talones. Ahí estaba, una joven con un vestido azul de percal, desteñido y manchado de tierra. En sus ojos una mirada resuelta, como si, en su apresuramiento, fuera siempre un poco por delante de sí misma. Llevaba el abundante pelo moreno recogido en un práctico moño del que escapaban continuamente bucles y hebras, que remetía con al mismo gesto agobiado de cabeza y codo. Sus manos, debido el trabajo, solían estar demasiado costrosas y hundidas en la tierra en la que escarbaba. Y allí estaba él, un niño de dos años, lleno de mugre, quemado por el sol y, por lo demás, afeado normalmente por los golpes, mordiscos, arañazos y contusiones que son la suerte común del hijo de una granjera agobiada de trabajo. Sin embargo, en ese momento, cuando la mujer miraba al niño en la cálida y húmeda primavera de las praderas de Illinois, o en la abigarrada cocina de la granja, vibraba y tremolaba entre

y en torno a ellos, un aura, un destello, que transmitía a ambos y a cuanto los rodeaba un misterio, una belleza, un resplandor.

—¿Cómo de grande es mi niño? —preguntaba Selina, mecánicamente—. ¿Cómo de grande es mi hombrecito?

El niño dejaba por un momento de meter los dedos regordetes en el fértil y cálido légamo, esbozaba una sonrisa gozosa aunque algo cansada y abría mucho los brazos. Ella también abría mucho, mucho, sus agotados brazos. Luego decían a dúo, la boca de él un pétalo rosa fruncido, la de ella temblando de ternura y un poco de diversión:

—¡Así-í-í de grande!

Elevaban el tono al prolongar la vocal y lo dejaban caer bruscamente en la segunda palabra.

Era parte del juego. El niño se acostumbró tanto a la pregunta que, a veces, si por casualidad Selina miraba de pronto mientras trajinaba adonde estaba el pequeño, él contestaba sin que le hicieran la pregunta habitual y lanzaba distraídamente su «¡Así-í-í de grande!» en un soliloquio obediente. Luego echaba atrás la cabeza y soltaba una risa triunfal, la boca abierta como un agujero de coral. Selina corría hacia él, se le echaba encima, hundía la cara iluminada en los cálidos pliegues de su cuello y hacía como que lo devoraba:

—¡Así de grande!

Pero, por supuesto, no lo era. No era tan grande. De hecho, nunca se hizo tan grande como los brazos amorosos y la imaginación de su madre hubieran querido. Cabría pensar que Selina se dio por satisfecha cuando, años después, él fue el Dirk DeJong cuyo nombre podía verse grabado en la cabecera de un papel color crema, tan lujoso, grueso y consistente que parecía almidonado y planchado mediante algún costoso proceso comercial norteamericano; cuya ropa era confeccionada por Peter Peel, el sastre inglés; cuyo biplaza descapotable tenía un chasis francés; cuyo mueblebar contenía vermú italiano y jerez español; cuyas necesidades eran atendidas por un mayordomo japonés; cuya vida, en una palabra, era la de un exitoso ciudadano de la República. Pero Selina no estaba contenta. No solo no lo estaba, sino que se sentía al mismo tiempo arrepentida e indignada, como si ella, Selina DeJong, la verdulera ambulante, fuera en parte culpable de aquel éxito y, en parte, hubiera sido engañada por él.

Cuando Selina DeJong era Selina Peake había vivido en Chicago con su padre. Habían vivido también en otras ciudades. En Denver, durante los desenfadados años ochenta. En Nueva York, cuando Selina tenía doce años. En Milwaukee, brevemente. Hubo incluso un interludio en San Francisco que siempre quedó un poco borroso en su mente y que culminó con una salida tan precipitada como para sorprender a Selina, que había aprendido a aceptar las súbitas idas y venidas sin preguntar.

—Negocios —decía siempre su padre—. Tengo un asunto en juego.

Ella nunca supo hasta el día en que murió su padre que el término «juego» podía aplicarse literalmente a sus transacciones comerciales. Simeon Peake, que viajaba por

el país con su hija pequeña, era jugador profesional por temperamento y talento naturales. Cuando le sonreía la suerte, vivían como reyes, paraban en los mejores hoteles, comían raros y succulentos manjares marinos, iban al teatro, se desplazaban en coches alquilados, siempre de dos caballos. Si Simeon Peake no tenía suficiente dinero para un coche de dos caballos, iba andando. Cuando la suerte era esquiva, vivían en pensiones, comían menú de pensión y vestían ropa que habían comprado cuando la fortuna soplabla a favor. Durante todo este tiempo, Selina fue a colegios buenos, malos, privados y públicos, con sorprendente regularidad teniendo en cuenta su vida nómada. Matronas opulentas, viendo a esa niña seria y de ojos oscuros sentada sola en el vestíbulo de un hotel o en el salón de una pensión, se inclinaban hacia ella y le preguntaban, solícitas:

—¿Dónde está tu mamá, pequeña?

—Murió —respondía Selina, tranquila y educadamente.

—¡Oh, pobrecita!

Y añadían, en un raptó afectuoso:

—¿No quieres venir a jugar con mi hija? Le encanta jugar con otras niñas. ¿Eh?

Prolongaban la *e* de la pregunta como un tierno murmullo.

Esas buenas mujeres malgastaban su compasión. Selina lo pasaba muy bien. Exceptuando tres años, cuyo recuerdo era para ella como entrar en un cuarto oscuro y helado viniendo de otro cálido e iluminado, su vida era libre, interesante y variada. Tomaba decisiones que suelen corresponder a los adultos. Elegía su ropa. Se encargaba de su padre. Leía ensimismada libros que encontraba en salones de pensiones, hoteles y en las pocas bibliotecas públicas que existían por entonces. Pasaba sola muchas horas al día, todos los días. Muchas veces su padre, temiendo que se sintiera sola, le compraba un montón de libros y ella se daba un festín, lanzándose y sumergiéndose en ellos con la extasiada indecisión de una glotona. Así, a los quince años conoció las obras de Byron, Jane Austen, Dickens, Charlotte Brontë y Felicia Hemans, por no hablar de la señora E. D. E. N. Southsworth, Bertha M. Clay, y esa hada buena de las fregonas, el *Compañero del hogar*, en cuyas páginas las obreras y los duques acababan juntos tan inevitablemente como el filete y las cebollas. Estas últimas lecturas se debían, claro está, a la forma de vida de Selina, y se las prestaban bondadosas patronas, criadas y camareras desde California a Nueva York.

Sus tres años oscuros —de los nueve a los doce— los pasó con sus dos tías solteras, las señoritas Sarah y Abbie Peake, en la casa sombría y mojigata de Vermont Peake de la que su padre, la oveja negra, escapara de niño. Al morir la madre de Selina, Simeon Peake mandó a su hija de vuelta al Este en un ataque de remordimientos e indefensión temporal por su parte y en un arranque de perdón y caridad cristiana por parte de sus dos hermanas. Las dos mujeres encajaban increíblemente en el prototipo literario de la solterona de Nueva Inglaterra. Mitones, conservas, la Biblia, el gélido salón, la gata solemne y sin gatitos, el orden y «las-niñas-pequeñas-no-deben». Olían a manzana (a manzanas pochadas y con el corazón

podrido). Selina encontró una vez una manzana así en el rincón de un pupitre desordenado, la olió, contempló su piel arrugada, seca y rosada y la mordió sin pensarlo, solo para escupir aquel bocado con una rociada muy poco propia de una señorita. La manzana estaba toda negra y mohosa por dentro.

En su desesperación, algo de esto debió de transmitir a su padre en una carta que eludió la censura. Él fue a buscarla sin previo aviso y, al verlo, Selina tuvo el único ataque de histeria que marcara su vida, antes o después de aquel episodio.

Así pues, de los doce a los quince años fue feliz. Llegaron a Chicago en 1885, cuando ella tenía dieciséis años, y allí se quedaron. Selina fue a la «escuela selecta para señoritas» de la señorita Fister. Cuando la llevó allí, su padre despertó cierto revuelo en el pecho de la señorita Fister, tan suaves eran su voz y sus maneras, tan triste su apariencia, tan encantadora su sonrisa. Le explicó que trabajaba en el negocio de las inversiones, acciones y ese tipo de cosas, y que era viudo. La señorita Fister dijo que sí, que se hacía cargo.

Simeon Peake no se parecía en nada al jugador profesional de nuestros días. El sombrero de ala ancha, el bigote lacio, el brillo en la mirada, los botines demasiado relucientes, el pañuelo gris, todo eso faltaba en el atuendo de Simeon Peake. Lucía, es cierto, un alfiler de diamante llamativamente blanco en la pechera de la camisa y llevaba el sombrero ligeramente ladeado. Pero por entonces ambas cosas formaban parte de la moda masculina y eran fáciles de ver. Por lo demás, era un hombre suave y elegante, delgado, ligeramente evasivo, que hablaba poco y, cuando lo hacía, mostraba un deje de Nueva Inglaterra que se notaba claramente, pues él era un Peake de Vermont.

Chicago era su pasión. La ciudad floreciente y próspera. Se le veía a diario en la casa de juegos de Jeff Hankins, con su felpa roja y sus espejos, y también en la de Mike McDonald, ambas en la calle Clark. Tenía rachas buenas y malas, pero de algún modo siempre se las arreglaba para pagar la escuela de la señorita Fister. Tenía la cara ideal para un jugador de póquer: anodina, impenetrable, inmóvil. Cuando andaba bien de dinero, comían en el Palmer House, y cenaban pollo o codorniz y la deliciosa sopa y la tarta de manzana que daban fama a aquel restaurante. Los camareros rondaban solícitos a Simeon Peake, aunque él raramente se dirigía a ellos y nunca los miraba. Selina era feliz. Las únicas chicas que conocía eran sus compañeras en la escuela de la señorita Fister. De los hombres, aparte de su padre, sabía lo mismo que una monja, o menos aún, pues estas criaturas enclaustradas, siquiera por el estudio de la Biblia, han de aprender mucho de las tendencias y pasiones que dominan al macho. El *Cantar de los cantares* de Salomón constituye en sí mismo una espléndida educación sexual. Pero la Biblia no estaba incluida en las lecturas azarosas de Selina, y el gedeonista no tenía mucho peso por entonces en el mundo hotelero.

Su mejor amiga era Julie Hempel, hija de August Hempel, el carnicero de la calle Clark. Probablemente, con suerte, posean ustedes algún acci3n de Hempel y coman bac3n Hempel y jamones ahumados Hempel, porque en Chicago la distancia entre el

carnicero de 1885 y el conservero de 1990 suponía un salto de solo cinco años.

Pasar tanto tiempo sola desarrolló en ella un don para lo imaginario. En su estilo cómodo y elegante, Selina era una mezcla de la marquesa de Dick Swiveller y de Sarah Crewe. Incluso en su infancia, extraía un placer doble de la vida, algo reservado normalmente a las mentes creativas. «Ahora hago esto, ahora lo otro», se decía a sí misma mientras lo hacía. Observaba al mismo tiempo que participaba. Tal vez su afición al teatro tuviera algo que ver. En una época en que casi todas las niñas no solo eran ignoradas, sino prácticamente invisibles, Selina ocupaba un asiento de adulto en el teatro, la cara embelesada, los ojos serios y oscuros brillando con una especie de palidez luminosa, sentada orgullosa junto a su padre. Simeon Peake sentía la pasión del jugador por el teatro, y él mismo tenía el talento dramático necesario para ejercer con éxito su profesión.

Así que Selina, medio escondida en las profundidades del patio de butacas, se retorció, extasiada y expectante, cuando se alzaba el telón sobre las grotescas filas de los trovadores de Haverly. Lloró (como Simeon) con las cuitas de *Los dos huérfanos* cuando Kitty Blanchard y McKee Rankin llegaron a Chicago con la Union Square Stock Company. Presenció aquella novedad asombrosa, una obra judía llamada *Samuel de Posen*. Fue Fanny Davenport en *Pique*. Simeon la llevó incluso a una representación de esa nueva forma de espectáculo desvergonzada y deliciosa, la extravaganza. Aquella criatura regordeta con medias y lentejuelas que bajaba por la larga escalera le pareció el ser más hermoso que había visto nunca.

—Lo que me gusta del teatro y de los libros es que puede pasar cualquier cosa. ¡Lo que sea! Nunca se sabe —dijo Selina tras una de esas veladas.

—La vida es igual —le aseguró Simeon Peake—. No te imaginas las cosas que te ocurren si simplemente te relajas y las tomas como vienen.

Curiosamente, Simeon Peake decía esto no por ignorancia, sino a propósito y por una razón. A su manera y para su época, era un padre muy moderno.

—Quiero que veas cosas de todo tipo —le decía—. Que comprendas que todo esto no es más que una gran aventura. Un bonito espectáculo. El truco está en actuar en él y contemplarlo al mismo tiempo.

—¿Qué quieres decir con «todo esto»?

—Vivir. Todo está mezclado. Cuantos más tipos de gente conoces y más cosas haces y te suceden, más rico eres. Aunque no sean cosas agradables. En eso consiste vivir. Recuerda que cuantas más cosas te pasen, da igual que sean buenas o malas, mayor es... —aquí usó un término de jugador, sin darse cuenta—, mayor es la puesta.

Pero Selina, de algún modo, lo entendió.

—¿Quieres decir que cualquier cosa es mejor que ser como la tía Sarah y la tía Abbie?

—Bueno..., sí. Solo hay dos tipos de personas en el mundo que realmente cuentan. Unas son trigo y otras esmeralda.

—Fanny Davenport es esmeralda —dijo rápidamente Selina, y se sorprendió de

su respuesta.

—Sí. Eso es.

—Y el padre de Julie Hempel es trigo.

—¡Caray, Sele! —exclamó Simeon Peake—. Eres una diablilla muy lista.

Después de leer *Orgullo y prejuicio* decidió convertirse en la Jane Austen de su tiempo. Se volvió misteriosa y disfrutó de un breve periodo de impopularidad en la escuela de la señorita Fister por sus veladas alusiones a su «obra» y por una irritante manera de sonreír para sus adentros y golpear meditabunda con el pie como si estuviera embebida en visiones demasiado exquisitas para el ojo normal. Su amiga Julie Hempel, con razón, se enfureció por aquello y le dio a entender que debía elegir entre revelar su secreto o ser expulsada del corazón Hempel. Selina le hizo jurar que guardaría el secreto.

—De acuerdo, te lo diré. Voy a ser novelista.

Julie estaba visiblemente decepcionada. Aunque soltó un «¡Selina!», aparentando sentirse impresionada, añadió:

—De todas formas, no entiendo a qué venía tanto misterio.

—No lo entiendes, Julie. Los escritores deben analizar la vida de primera mano, y si la gente sabe que la estás examinando no actúa con naturalidad. Escucha, el día que me hablaste de aquel chico que te miró en la tienda de tu padre y dijo...

—Selina Peake, como te atrevas a poner eso en tu libro no volveré a hablarte.

—Está bien. No lo haré. Pero a eso me refiero. ¿Lo ves?

Julie Hempel y Selina Peake, ambas productos acabados de la escuela de la señorita Fister, tenían la misma edad: diecinueve años. Aquel día de septiembre, Selina había pasado la tarde con Julie y ahora, mientras se arreglaba el sombrero antes de irse, se tapó los oídos para no oír a Julie insistiéndole en que se quedara a cenar. En verdad, la perspectiva de la cena de los lunes en la pensión de la señora Tebbitt (la suerte de los Peake era momentáneamente esquiva) no era excusa suficiente para que Selina se negara. De hecho, la cena de los Hempel, descrita plato por plato por la insistente Julie, suscitó gruñidos de hambre en Selina.

—Hay pollos camperos, tres, que un granjero del oeste ha traído a papá. Mamá los hace rellenos. Hay gelatina de mora, cebollas con nata y tomates al horno. Y de postre, bollo de manzana.

Selina ajustó el elástico que sujetaba su sombrero bajo el moño y lanzó un último y sonoro gruñido.

—Los lunes por la noche cenamos cordero frío y repollo en casa de la señora Tebbitt. Hoy es lunes.

—Entonces, tonta, ¿por qué no te quedas?

—Papá llega a casa a las seis. Si no me encuentra se llevará un chasco.

Julie, regordeta, rubia y apacible, renunció a sus zalamerías y probó su acero contra la firme decisión de Selina.

—Tu padre se va nada más terminar de cenar y te deja sola todas las noches hasta

las doce o más.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo Selina, con frialdad.

El acero de Julie, de inferior calidad, se derritió al instante.

—Nada en absoluto, Selie, cariño. Solo pensé que podías dejar solo a tu padre por esta vez.

—Si no estoy allí, se llevará una desilusión. Y esa horrible señora Tebbitt le hace ojitos. Papá odia ese lugar.

—Entonces no entiendo por qué os quedáis. Nunca lo he entendido. Ya lleváis cuatro meses allí. A mí me parece horrible y asfixiante, con ese hule en los escalones.

—Papá ha sufrido algunos reveses en los negocios.

El vestido de Selina daba fe de ello. Ciertamente, era moderno, alegre, con canesú y volantes, y su sombrero de ala corta y copa alta, con sus adornos de plumas, flores y cintas, venía de Nueva York. Pero ambos habían sido adquiridos la primavera anterior, y ya era septiembre.

Habían pasado la tarde revisando el número de ese mes del *Libro de mujeres* de Godey. La diferencia entre el vestido de Selina y las creaciones que allí aparecían era tan grande como la que existía entre el menú de la señora Tebbitt y el descrito por Julie. Esta, cariñosa aunque derrotada, se despidió de su amiga.

Selina recorrió rápidamente la poca distancia que había entre la casa de los Hempel y la de la señora Tebbitt, en la avenida Dearborn. En su habitación del segundo piso, se quitó el sombrero y llamó a su padre, pero todavía no había llegado. Se alegró. Temía haberse retrasado. Contempló su sombrero con cierto disgusto, decidió arrancar las mustias rosas primaverales y, al quitar un par de puntadas, vio que el material del sombrero estaba más desvaído que las rosas, y que la superficie descubierta mostraba una mancha oscura como la que deja en la pared un cuadro que llevaba mucho tiempo colgado. Así que cogió una aguja y se dispuso a coser la antiestética rosa en su lugar habitual.

Sentada en el brazo de una silla junto a la ventana, estaba dando rápidas y certeras puntadas cuando oyó un ruido. Nunca antes había oído ese ruido, un ruido peculiar, los pasos lentos y terribles de hombres cargados con un cuerpo inerte y portando con infinito cuidado algo que ya no puede dañarse. Selina nunca había oído ese ruido antes y, sin embargo, al oírlo, lo reconoció por uno de esos presentimientos que, desde hace siglos, llaman intuición femenina. Ruido sordo-arrastrar de pies-ruido sordo-arrastrar de pies, escalera arriba y a través del pasillo. Selina se puso de pie, con la aguja en la mano, expectante. El sombrero se le cayó al suelo. Tenía los ojos muy abiertos, fija la mirada, los labios entreabiertos, la expresión atenta. Lo supo al instante.

Lo supo antes incluso de oír una voz ronca que decía:

—Ponedlo por ahí, en el rincón. ¡Espacio, despaaacio!

Y el alarido de la señora Tebbitt:

—¡No pueden dejarlo ahí! ¡No debieron traerlo así!

Selina recobró el aliento. Jadeando, abrió la puerta de golpe. Un bulto tendido e inerte, cubierto parcialmente con un abrigo extendido sin ningún cuidado sobre el rostro. Los pies se bamboleaban lánguidamente en las botas de puntera cuadrada. Selina se fijó en el brillo de aquellos botines. Su padre siempre había sido muy puntilloso con esas cosas.

Habían disparado a Simeon Peake en el garito de Jeff Hankins a las cinco de la tarde. Lo irónico es que la bala no iba en absoluto dirigida a él. Su curso errado respondía a un plan femenino. Disparada por una de esas mujeres melodramáticas que, armadas con un látigo o una pistola en defensa tardía de su honor, adornaron con sus actuaciones el anodino Chicago de los años ochenta, iba destinada al famoso editor de un periódico, citado a menudo (en periódicos que no eran los suyos) como un *bon vivant*. El correctivo de plomo de aquella mujer debía haber sido la prueba de que era más vivo que bueno.

Esta fue, tal vez, la razón por la que se echó tierra sobre el asunto. El periódico del editor —el más importante de Chicago— apenas mencionó el incidente y confundió el nombre a propósito. La mujer, creyendo cumplida su misión, apuntó mejor con la segunda bala y se ahorró la molestia de ser juzgada por los hombres.

Simeon Peake dejó a su hija Selina una herencia de dos magníficos diamantes azulados (como buen jugador, sentía debilidad por ellos) y la suma de cuatrocientos noventa y siete dólares en metálico. Era un misterio cómo había conseguido ahorrar una cantidad semejante. Claramente, el sobre que la contenía había guardado antes una suma mayor. Había sido sellado y luego rasgado. Por fuera, Simeon Peake, con su letra elegante y casi femenina, había escrito lo siguiente: «Para mi hija Selina Peake, en caso de que algo me ocurra». Estaba fechada siete años atrás. Nadie supo nunca cuál había sido la suma original. Que quedara algo demostraba el casi heroico autocontrol de un hombre para quien el dinero —cualquier suma de dinero en efectivo— no era sino el combustible necesario para alimentar su fiebre de jugador.

Selina tuvo que elegir entre ganarse la vida o volver al pueblo de Vermont y convertirse en una manzana mustia y reseca con el corazón podrido y mohoso, como sus tías, las señoritas Sarah y Abbie Peake. No lo dudó.

—Pero ¿qué clase de trabajo? —preguntó Julie Hempel—. ¿Qué clase de trabajo puedes hacer?

Las mujeres —es decir, las Selinas Peake— no trabajaban.

—Yo... Bueno, puedo enseñar.

—¿Enseñar qué?

—Las cosas que he aprendido con la señorita Fister.

La expresión de Julie sopesó y desacreditó a la señorita Fister.

—¿A quién vas a enseñar?

Esto, desde luego, justificaba su expresión.

—A niños. A los hijos de la gente. O en colegios públicos.

—Tienes que hacer algún tostón, como estudiar magisterio o enseñar en el campo,

antes de poder enseñar en los colegios públicos. Casi todas las maestras son viejas. De veinticinco y hasta treinta años —dijo Julie, incapaz, a sus diecinueve años, de imaginarse una edad más allá de los treinta.

Que Julie pasara a la ofensiva en esa conversación y Selina a la defensiva indicaba la ofuscación de esta última. Selina ignoraba por entonces las férreas cualidades que su amiga estaba desplegando para estar con ella. La señora Hempel había prohibido a Julie que volviera a ver a la hija del difunto y disoluto jugador. Incluso había mandado una carta a la señorita Fister en la que expresaba su opinión sobre una escuela que, admitiendo a jóvenes tan groseras en su círculo selecto, exponía a otras alumnas al contagio.

Selina se repuso de la arremetida de Julie.

—Entonces, enseñaré en una escuela rural. Se me da bien la aritmética, ya lo sabes.

Julie debía saberlo, pues todas las sumas en la escuela de Fister se las hacía Selina.

—En las escuelas rurales solo se enseña aritmética, gramática y geografía.

—¡Tú, enseñando en una escuela rural!

Miró a Selina.

Vio un rostro engañosamente delicado, el cráneo pequeño y de exquisita factura. Los pómulos bastante pronunciados, o tal vez así lo parecía porque sus ojos, oscuros, suaves y luminosos, estaban más hundidos de lo normal. La cara, en vez de estrecharse en una suave curva a la altura del mentón, adquiría una fuerza inesperada en el contorno de la mandíbula. Esta línea, hermosa, dura como el acero, afilada y nítida, es la misma que se ve en las mujeres pioneras. Julie, inexperta en el arte de leer la fisonomía humana, no descifró su significado. Selina tenía el pelo abundante, largo y bonito, y se lo recogía fácilmente en los bucles y moños exigidos por la moda. La nariz, ligeramente apretada en las ventanas, era preciosa. Cuando reía, arrugaba un poco el estrecho puente en un mohín encantador y pícaro. Selina era considerada una cosita vulgar, sin serlo en absoluto. Pero eran los ojos los que llamaban la atención y se recordaban. La gente que hablaba con ella se quedaba absorta mirándolos. A menudo Selina descubría, azorada, que no estaban escuchando lo que decía. Puede que fuera la tersura aterciopelada de sus ojos lo que impidiera apreciar la firmeza del resto de su cara. Cuando los siguientes diez años le pasaron factura y Julie se acercó a ella mientras Selina saltaba ágilmente de un carromato cargado de hortalizas, convertida en una mujer curtida por el clima y el sol, desgastada por el duro trabajo, la abundante cabellera recogida en un moño sujeto con una larga horquilla gris, la falda de percal manchada del barro de las ruedas, los pequeños pies calzados con un par de recias botas de hombre, con un sombrero de su marido, viejo, grotesco y abollado, los brazos cargados de mazorcas, zanahorias, rábanos y manojos de remolachas, con la dentadura averiada, el pecho plano y un bolsillo hundido por el peso en la espaciosa falda..., incluso entonces, Julie, al mirarla fijamente, la

reconoció por los ojos. Corrió hacia ella con su traje, su blusa de fina seda y su sombrero de pluma y exclamó, llorando de horror y lástima:

—¡Oh, Selina, querida! ¡Mi querida Selina!

Abrazó a Selina, las zanahorias, las remolachas, el maíz y los rábanos. Las verduras se esparcieron a su alrededor en la acera, frente a la imponente casa de piedra de Julie Hempel Arnold, en Prairie Avenue. Pero, extrañamente, fue Selina la que consoló a su amiga, palmeando su hombro cubierto de seda y repitiendo una y otra vez:

—Ea, ea. No pasa nada, Julie. No pasa nada. No llores. ¿Qué motivo hay para llorar? Shhh... No pasa nada.

Selina se consideró afortunada por recalar en el colegio holandés de High Prairie, a quince kilómetros de Chicago. ¡Treinta dólares al mes! Iba a hospedarse en casa de Klaas Pool, el granjero. August Hempel había sido el artífice de todo aquello, o Julie, al insistirle. Por entonces, con cuarenta años, August Hempel, el carnicero de la calle Clark, conocía a todos los granjeros y ganaderos en varios kilómetros a la redonda, y a unos cuantos centenares más repartidos por todo el condado de Cook y el estado de Illinois.

Conseguir un puesto a Selina Peake en el colegio holandés era algo sencillo para él. Hasta entonces, todos los profesores en la escuela del distrito de High Prairie habían sido hombres. Al presentársele un puesto más ventajoso, el profesor que esperaban ese año se había retirado antes de empezar las clases. Esto fue en septiembre. La escuela de High Prairie no abría hasta la primera semana de noviembre. En esa región de granjas hortícolas, todos los niños y niñas mayores de seis años trabajaban en el campo durante los primeros meses de otoño. Dos años allí, y Selina estaría cualificada para enseñar en la ciudad. August Hempel le dijo que él podía arreglarlo cuando llegara el momento. Selina pensó que aquel astuto carnicero de cara colorada era un hombre maravilloso. Y lo era.

A los cuarenta y siete años, sin ayuda de nadie, August Hempel fundaría la famosa compañía cárnica Hempel. A los cincuenta controlaba los corrales, y había sucursales Hempel en Kansas City, Omaha y Denver. A los sesenta, el nombre de Hempel aparecía en almacenes de embalaje, fábricas y plantas envasadoras desde Honolulu a Portland, donde se leía:

NO DIGAS JAMÓN. DI HEMPEL.

La gama de productos Hempel era increíblemente variada, desde cerdo a piña, de grasa a zumo de uva. Una denuncia era para Hempel lo que una demanda por exceso de velocidad para el resto. Algo de su carácter se refleja en el hecho de que los granjeros que habían conocido al carnicero con cuarenta años seguían llamando «Aug» al millonario de sesenta. A los sesenta y cinco, empezó a jugar al golf y ganaba a su yerno, Michael Arnold. Un magnífico y viejo pirata, que surcaba los peligrosos mares comerciales de la Norteamérica de los años noventa antes de que las comisiones, investigaciones y un senado inquisidor se empeñaran en blanquear la bandera negra del comercio.

Selina hizo sus preparativos con sorprendente lucidez teniendo en cuenta su juventud e inexperiencia. Vendió uno de los diamantes azulados y se quedó con el otro. Metió en el banco toda su herencia de cuatrocientos dólares y noventa y siete dólares. Compró unas cómodas botas de campo y dos vestidos, uno de sarga marrón

que se hizo ella misma, con el cuello y los puños blancos, muy bonito (naturalmente, los puños irían protegidos con manguitos negros durante la clase), y otro de cachemir color burdeos (una locura a la que no se pudo resistir) para ocasiones especiales.

Aprendió afanosamente cuanto pudo sobre la región antes conocida como Nueva Holanda. Todos sus habitantes eran granjeros y tan holandeses como los Países Bajos de los que ellos o sus padres provenían. Oyó historias de zuecos de madera utilizados en las húmedas llanuras, de un tal Cornelius Van der Bilt, de andar pesado y cara colorada, que vivía plácidamente ignorante de la existencia de su distinguido tocayo neoyorkino; de granjeros robustos, flemáticos y laboriosos que vivían en casas con muchas ventanas, al estilo de las que recordaban en Europa. Muchos de ellos habían llegado de la ciudad de Schoorl o de sus alrededores. Otros, de las tierras bajas a las afueras de Ámsterdam. Selina se imaginaba aquello como otro Sleepy Hollow, una réplica de la pintoresca aldea del maravilloso cuento de Washington Irving. El maestro desertor era un segundo Ichabod Crane, naturalmente. El granjero que iba a hospedarla, un moderno Mynheer van Tassel, con pipa, risas y todo. Ella y Julie Hempel habían leído juntas el cuento una tarde en que Julie consiguió eludir el edicto materno. Selina, imaginando campos de trigo dorado, buñuelos crujientes, rosquillas desmigándose, sabrosos patos salvajes, lonchas de ternera ahumada, pasteles de calabaza, bailes rurales y jóvenes granjeras de mejillas sonrosadas, sintió lástima de que la pobre Julie tuviera que quedarse en el manido, gris y anodino Chicago.

La última semana de octubre Selina iba camino de High Prairie, sentada junto a Klaas Pool en el carro de dos caballos donde este llevaba el género al mercado de Chicago. Selina se sentó junto a él en el elevado asiento como un atrevido pajarillo al lado de una vaca frisona. Así fueron traqueteando por el largo camino de Halsted en un atardecer de finales de octubre. Las praderas a las afueras de Chicago todavía no se habían convertido en un espectáculo épico y aterrador de escombreras, chimeneas y altos hornos, como en un dibujo de Pennell. Aún se extendían a lo lejos bañadas por los últimos rayos de sol de otoño, que la niebla del lago empezaba a envolver, como la gasa cubre el oro. Kilómetros y kilómetros de campos de repollos de un verde jade que resaltaba contra la tierra. Kilómetros y kilómetros de repollos rojos, de un intenso color burdeos entreverado de negro. Entre ellos, pilas de maíz amontonadas al sol. En el horizonte, franjas esporádicas de bosque mostraban los últimos tonos rojizos y ocre de robles y arces. Todo esto lo vio Selina con sus ojos amantes de la belleza y apretó fuertemente las manos enfundadas en sus negros guantes de algodón.

—¡Oh, señor Pool! —exclamó—. ¡Señor Pool! ¡Qué bonito es esto!

Klaas Pool, mientras guiaba sus caballos por el embarrado camino de Halsted, miraba hacia delante con los ojos aparentemente fijos en un punto invisible situado entre las orejas de uno de sus caballos. Su mente no era muy rápida, ni su cuerpo un mecanismo que respondiese inmediatamente al mensaje enviado por su cerebro. Sus ojos eran azules cobalto, en una cara redonda y cubierta de una hirsuta barba dorada. Aquella cara de luna estaba sólidamente encajada entre unos anchos hombros, así

que, cuando empezaba a girarla lentamente, uno se maravillaba de aquel proceso y temía oír un crujido. Klaas Pool estaba volviendo el rostro hacia Selina, pero manteniendo la vista fija en el punto situado entre las orejas de su caballo. Evidentemente, la cabeza y los ojos se movían en virtud de procesos diferentes. Klaas ya casi estaba cara a cara con Selina. Luego giró los ojos lentamente hasta enfocar el rostro de camafeo de la joven, iluminado de gozo por el paisaje que la rodeaba, de euforia por la nueva aventura que emprendía, y de una excitación como la que sentía cuando el telón rojo se alzaba lentamente en el primer acto de una obra de teatro que viera con su padre. Iba bien abrigada contra el aire frío de octubre con su capa, su bufanda y un chal alrededor de las rodillas y la cintura. La habitual palidez lechosa de su piel fina y clara mostraba un rubor inusitado, y sus ojos, oscuros y muy abiertos, brillaban. Al lado de aquel rostro radiante y delicado, las toscas facciones de Klaas Pool parecían talladas en otro barro y en otra raza. Sus ojos azules parecían no comprender.

—¿Bonito? —preguntó, desconcertado—. ¿Qué es bonito?

Selina sacó los delgados brazos de las envolturas de la capa, chal y bufanda y los abrió en un gesto que abarcaba el paisaje, sobre el que el sol del atardecer arrojaba un resplandor típico de aquella región lacustre, rosáceo, dorado y titilante.

—¡Esto! Los... los repollos.

Un velo burlón cubrió lentamente la mirada fija y azul de Klaas Pool. Ese velo se extendió casi imperceptiblemente hasta arrugar sus grandes fosas nasales, ensanchar sus labios carnosos, agitar sus anchos hombros y producirle un cosquilleo en la barriga. Un lento, grave y pesado regocijo holandés retorció y sacudía a Klaas Pool de los ojos a la cintura.

—¡Que los repollos son bonitos! —dijo, mirándola alborozado y con los ojos muy abiertos—. ¡Que los repollos son bonitos!

Entonces su risa silenciosa fue aumentando hasta convertirse en una ronca carcajada. Estaba claro que, para Klaas Pool, la risa, una vez empezada, no era algo que se desechaba sin más.

—¡Que los repollos...! —dijo, ahogándose ligeramente.

Resopló, vencido.

Luego volvió la mirada a los caballos y al camino, mediante el mismo proceso de girar primero la cabeza y después los ojos. Selina pensó que la jocosa mirada de su ojo derecho y su redonda mejilla le daban un aire increíblemente pícaro de duende.

Selina también se echó a reír mientras protestaba por la risas de Klaas Pool.

—¡Pues claro que lo son! —insistió—. Son bonitos. Como el jade y el burdeos. No, como... como... ¿Qué es lo que hay en...? Como el crisoprasio y el pórvido. Todos esos campos de repollos y el maíz y las remolachas juntos parecen alfombras persas.

Desde luego, no era así como la nueva maestra debía hablar a un granjero holandés que conducía su carro por el sucio camino hacia High Prairie. Pero Selina,

hay que recordarlo, había leído a Byron a los diecisiete años.

Klaas Pool no sabía nada del crisoprasio ni del pórvido. Tampoco de Byron. Ni, ya puestos, de jades ni burdeos. Pero sabía de repollos, verdes y rojos. Lo sabía todo de repollos, desde la semilla al chucrut; conocía y cultivaba variedades que iban del robusto repollo chato al temprano Wakefield. Pero que fueran bonitos, que parecieran joyas, que se extendieran como alfombras persas, era algo que nunca se le había pasado por la cabeza, y con razón. ¿Qué tiene que ver un repollo, o, ya que estamos, un robusto y esforzado granjero holandés, con tonterías como el crisoprasio, el jade, el burdeos o los tapices persas?

Los caballos trotaban con ruido de cascos por el pesado camino rural. De vez en cuando el corpachón sentado junto a Selina se agitaba silenciosamente, como antes. Y entre la hirsuta barba dorada, Selina oía:

—¡Los repollos! ¡Que los repollos son...!

Pero no se sintió ofendida. Ese día no se habría ofendido por nada, porque, a pesar de su reciente tragedia, de sus diecinueve años, de su soledad, de la idea aterradora de esa nueva casa donde iba a alojarse, rodeada de extraños, era consciente de una cálida sensación de euforia, de entusiasmo... y aventura. Sí, era aquello. «Todo esto no es más que una gran aventura», había dicho Simeon Peake. Selina dio un respingo, anticipándose. Estaba haciendo algo atrevido y revolucionario, algo que las Peake de Vermont, ahora afortunadamente remotas, habrían contemplado horrorizadas. Iba equipada con su juventud, curiosidad, una complexión de hierro, un vestido de sarga marrón y otro burdeos de cachemir, cuatrocientos noventa y siete dólares y un espíritu alegre y aventurero que nunca iba a morir, aunque a veces la llevara a lugares extraños y al final la dejara en yermos impenetrables que debía desandar trabajosamente. Pero, para ella, los repollos rojos y verdes siempre serían jade y burdeos, crisoprasio y pórvido. La vida no tenía armas contra una mujer así.

Así que, mientras traqueteaban y daban tumbos por el camino, Selina se consideró afortunada, aunque estaba un poco aterrada. Volvió la vista de las grandes praderas a la silenciosa figura sentada a su lado. Selina era de natural alegre y extrovertido, y la introversión de aquel hombre la hacía sentir ligeramente incómoda. Sin embargo, no había nada taciturno en el rostro de Klaas Pool. En el rabillo del ojo o alrededor de la boca se veían incluso leves atisbos de alborozo.

Klaas Pool era el responsable de la escuela y Selina iba a vivir en su casa. Quizá no debería haber dicho eso de los repollos, así que se enderezó muy formal, trató de parecer una maestra de escuela y logró aparentar ser tan severa como una margarita.

—Ejem —dijo (o algo parecido)—. Usted tiene tres hijos, ¿no, señor Pool? ¿Todos van a ser alumnos míos?

Klaas Pool rumió su respuesta. Se concentró tanto que un leve ceño rompió la serenidad de su frente. Al parecer Selina, con su doble pregunta, en un intento de dar un giro formal a la conversación, había puesto en apuros a su anfitrión. Este intentó mover la cabeza en dos direcciones a la vez, lo que le dio un movimiento rotatorio.

Selina vio con asombro que estaba intentando negar y asentir con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Quiere decir que no tiene... o que no lo son? ¿O...?

—Tengo tres hijos. Todos no van a ser alumnos suyos.

Había algo definitivo e inquebrantable en su forma de hablar.

—¡Vaya! ¿Por qué no? ¿Cuál de ellos no?

La descarga resultó fatídica. Sirvió para detener el pequeño hilo de conversación que había iniciado Klaas Pool. Siguieron traqueteando unos cinco kilómetros en silencio. Selina se dijo seriamente que no debía reírse. Nada más hacerlo, se echó a reír sin poder evitarlo. Era una risa ligera y alegre, como el aleteo de un pájaro en el fresco crepúsculo otoñal. Y de repente, a ese sonido se unió un lento rumor que fue aumentado como el burbujeo de una tetera que lleva mucho tiempo hirviendo. Así que los dos se echaron a reír. La muchachita asustada que trataba de parecer formal y el anodino y poco imaginativo granjero, porque esa criatura vivaracha, de ojos grandes, delgada, pálida y encaramada como un pájaro en el asiento del carro, había despertado su lento sentido del humor.

Selina se sintió de pronto simpática y alegre.

—Dígame cuáles serán alumnos míos y cuáles no.

—Geertje va al colegio. Jozina va al colegio. Roelf trabaja en la granja.

—¿Cuántos años tiene Roelf?

Volvió a actuar como una maestra de escuela.

—Roelf tiene doce años.

—¡Doce! ¿Y ya no va al colegio? Pero ¿por qué no?

—Roelf trabaja en la granja.

—¿A Roelf no le gusta el colegio?

—Claro que sí.

—¿No cree que debería ir?

—Claro que sí.

Una vez que había empezado, Selina no podía echarse atrás.

—¿Su mujer no quiere que Roelf vuelva al colegio?

—¿Maartje? Claro que sí.

Ella volvió a cobrar fuerzas y se lanzó a preguntar:

—Entonces, ¡por el amor de Dios!, ¿por qué no va a la escuela?

Los ojos azules de Klaas Pool seguían fijos en el punto situado entre las orejas del caballo. Su rostro tenía una expresión serena, plácida y paciente.

—Roelf trabaja en la granja.

Selina se achicó, derrotada.

Se preguntó por Roelf. ¿Sería un niño tímido y huidizo como Smike? Geertje y Jozina. Geertje... Gertrude, claro. ¿Y Jozina? Josephine. ¿Maartje? Humm... Marta, probablemente. De todos modos, iba a ser interesante. ¡Iba a ser maravilloso! ¡Imaginar que hubiera vuelto a Vermont y para convertirse en una manzana pocha!

Empezaba a anochecer. La niebla del lago fue cubriendo la pradera y una bruma blanca se posó sobre los rastrojos helados y los árboles pelados. Capturó la última luz del cielo y la retuvo, dando a los campos, a los árboles, a la negra tierra, al hombre sentado estólidamente junto a la muchacha, y al rostro de esta, un precioso brillo opalescente. Selina, al ver aquello, abrió los labios para lanzar otra exclamación, pero los cerró al recordar el episodio anterior. Había aprendido la primera lección en High Prairie.

La familia Pool vivía en una típica casa de High Prairie. Al anochecer habían pasado por delante de muchas similares. Aquellos recios norteamericanos de origen holandés las habían construido allí, en Illinois, al estilo de las casas achaparradas esparcidas por las llanuras de los alrededores de Ámsterdam, Haarlem y Róterdam. Una hilera de árboles podados se erguían junto al camino. Cuando torcieron para entrar en el patio, Selina se fijó en el brillo de los cristales. La casa tenía muchas ventanas, con paneles del tamaño de un pañuelo. Incluso a la luz del crepúsculo, Selina pensó que nunca había visto ventanas centellear así. Aún no sabía que esos paneles immaculados eran un signo de estatus social en High Prairie. El patio y la casa tenían un orden geométrico como el de una casa de juguete. El efecto lo estropeaba una cuerda para tender la ropa de la que colgaba un friso de colada variopinta: un par de monos desteñidos, una camisa, calcetines, unos calzoncillos cuidadosamente remendados e inflados grotescamente por la brisa, como un cómico vagabundo entregado a una bacanal. Selina iba a conocer ese friso de humildes prendas como una decoración cotidiana en el patio de la mujer granjera.

Miró hacia abajo desde el pescante, esperando que Klaas Pool la ayudara a apearse, pero él no parecía tener semejante intención. Tras saltar al suelo, estaba sacando cajas y embalajes vacíos de la parte trasera del carro. Así que Selina, envuelta en el chal y la capa, bajó agarrada a la rueda y miró a su alrededor en la penumbra, una figura muy pequeña en un mundo gigantesco. Klaas había abierto la puerta del cobertizo. Volvió y palmeó enérgicamente en el costado a uno de los caballos. El tiro, obediente, salió trotando del cobertizo. Klaas cogió el pequeño y rígido baúl de Selina y ella agarró la cartera. El patio estaba bastante oscuro. Cuando Klaas Pool abrió la puerta de la cocina, la boca roja que era el tiro abierto del horno les dedicó una amplia sonrisa de bienvenida.

Una mujer se hallaba junto al fogón con un tenedor en la mano. La cocina estaba limpia pero desordenada, con el desorden que resulta del trabajo agobiante. Había un olor agradable a comida. Selina lo olfateó con avidez. La mujer se volvió hacia ellos. Selina la miró atentamente.

«Esta», pensó, «debe de ser otra, una mujer mayor, su madre tal vez». Pero Klaas Pool dijo:

—Maartje, te presento a la maestra.

Selina estrechó la mano áspera, dura y callosa de aquella mujer. En contacto con esta, la suya parecía de seda contra una tabla de pino. Maartje sonrió, dejando ver los dientes rotos y descoloridos. Se apartó el ralo cabello de su ancha frente y lo dejó caer tímidamente por el cuello de su vestido azul de percal.

—Encantada —dijo Maartje, muy formal—. Sea usted bienvenida.

Y añadió, mientras Pool salía al patio dando un portazo:

—Pool podía haber entrado con usted por la puerta principal. Pero deje sus cosas.

Selina empezó a quitarse las prendas que la envolvían: la bufanda, el chal, la capa. Allí estaba, una figura menuda y absurdamente elegante en aquella cocina. El vestido de sarga marrón era muy ajustado y ceñido por arriba, y lleno de volantes y adornos por debajo.

—¡Madre mía, qué joven es usted! —exclamó Maartje.

Se acercó, como impelida por una fuerza misteriosa, y palpó la tela del vestido de Selina.

Mientras tanto, Selina advirtió de pronto que Maartje también era joven. Los dientes averiados, el pelo ralo, el vestido descuidado, la cocina desordenada, la expresión de agobio..., por encima de todo ello, destacándose claramente, apareció la mirada de una joven.

«Dios mío, no creo que tenga más de veintiocho años», se dijo Selina, espantada.

Se había fijado en las dos cabezas con trenzas que aparecían y desaparecían en la puerta del cuarto contiguo. Maartje la arrastró a esa habitación. Era evidente que su anfitrionada estaba consternada por que la maestra no hubiera hecho su entrada formal por la cocina en vez de por el salón. Selina siguió a Maartje Pool al salón. Detrás de la estufa, riendo disimuladamente, había dos niñas rubias. Geertje y Jozina, por supuesto. Selina se acercó a ellas sonriendo.

—¿Cuál es Geertje? —preguntó—. ¿Y cuál Jozina?

Ante esta pregunta, las risas se tornaron carcajadas. Las niñas se refugiaron tras el negro y redondo baluarte de la caldera, vencidas. No ardía ningún fuego en la reluciente estructura de ébano, aunque la noche era cruda. Encima de la estufa, un tramo de tubería, de un esmalte tan reluciente como la estufa, cruzaba todo el cuarto y desaparecía por una extraña rejilla perforada en el techo. Selina inspeccionó rápidamente el cuarto. En la ventana había unas pocas macetas con plantas resistentes sobre un bastidor pintado de verde. Había geranios sin florecer; un cactus con sus gruesos pétalos como lonchas de jamón rancio, colocado para adornar un salón; una planta llamada «escalera de Jacob», en una espaldera enclenque. El delgado andamiaje del bastidor verde estaba vuelto hacia el cuarto y las flores miraban ciegamente al oscuro recuadro de la ventana. Había un sofá con una arrugada funda de percal, tres mecedoras y, colgados en la pared, austeros dibujos de antepasados holandeses de rasgos increíblemente duros. Todo era pulcro, duro y desagradable, pero Selina había vivido demasiados años en feos pensiones para ofenderse por eso.

Maartje había encendido una lamparita de cristal, cuyo tubo centelleó como antes hicieran los paneles de las ventanas. Una escalera empinada, cerrada y sin alfombrar comunicaba con la sala de estar. Por ella, y sin parar de hablar, Maartje Pool condujo a Selina hasta su dormitorio. Selina iba a descubrir que la granjera, a menudo lacónica por falta de compañía, se volvía un torrente de palabras cuando se le presentaba la oportunidad. Formaban una pequeña procesión. Primero, la señora Pool con la lámpara, seguida de Selina con la cartera de viaje y, por último, tap-tap, Jozina

y Geertje, que hacían un ruido enorme en los escalones de madera con sus zapatos de tachuelas, aunque iban de puntillas para que no las oyera su madre. Era evidente que había habido un acuerdo sobre el asunto de su invisibilidad. La procesión se movió acompañando a Maartje.

—Ahora quedaos abajo. ¿Qué os he dicho?

Su tono contenía una advertencia, una amenaza. Las dos niñas se detuvieron un momento, y al cabo de unos instantes avanzaron nuevamente de puntillas, los ojos como platos al mismo tiempo pícaros y temerosos.

Al final de un pasillo estrecho, oscuro y con olor a cerrado, una puerta daba al cuarto reservado a Selina. Sintió que el frío le entraba hasta los huesos y tres objetos llamaron su atención. La cama, un enorme y no del todo feo mausoleo de nogal, se alzaba sombrío casi hasta el techo. De hecho, el racimo de uvas que estaba en su cúspide parecía alcanzar el techo encalado. El colchón de paja y hojas de maíz no era digno de ese monumento, pero afortunadamente la señora Pool había puesto encima una cama de pluma, cosida y acolchada, para que Selina durmiera cómoda y abrigada durante el invierno. Delante de una pared había un arcón bajo de un marrón tan oscuro que parecía negro. Su panel frontal estaba de forma curiosa tallado. Selina se inclinó a verlo y por segunda vez ese día dijo:

—¡Qué bonito!

Luego volvió rápidamente la mirada a Maartje Pool, como si temiera encontrarla riendo como hiciera Klaas Pool. Pero el rostro de la señora Pool reflejaba el mismo júbilo que el de Selina. Se acercó a la joven y se inclinó junto a ella sobre el arcón, sosteniendo la lámpara para que la llama amarilla iluminara las volutas y zarcillos de la superficie tallada. Con su descolorido dedo índice recorrió las enérgicas florituras del panel.

—¿Lo ve? ¿Ve que forman letras?

Selina miró más de cerca.

—¡Sí! ¡Esta primera es una S!

Maartje estaba arrodillada delante del arcón.

—Claro que es una S. De Sofía. Es el arcón de una novia holandesa. Y aquí hay una K. Y aquí una gran D. Dice: «Sofía Kroon DeVries». Tiene por lo menos doscientos años. Mi madre me lo dio cuando me casé, y su madre se lo dio a ella cuando se casó, y ella...

—Ya me lo imagino —dijo Selina sin mucho sentido, pero frenando el torrente—. ¿Qué contiene? ¿Nada? Dentro tiene que haber ropa de novia amarillenta por el paso del tiempo.

—¡Exacto! —exclamó Maartje Pool, dando un respingo que hizo peligrar la lámpara.

—¡No puede ser!

Las dos mujeres arrodilladas se sentaron sonriendo y con los ojos muy abiertos, como colegialas. Las niñas, envalentonadas, se habían acercado y miraban por

encima de las mujeres sentadas frente al arcón.

—Aquí... espere.

Maartje Pool tendió la lámpara a Selina, levantó la tapa del arcón, buceó hábilmente en sus profundidades entre un gran crujir de viejos periódicos y emergió radiante con un corpiño holandés y una voluminosa falda de seda, un sombrero amarillento por los años cuyas alas, rígidas de tanto brocado, sobresalían imponentes a ambos lados y un par de zapatos de madera, de un desvaído color terracota, como las velas de los pesqueros de Vollandam, y tallados de la puntera al talón con un dibujo fino e intrincado. Un vestido de novia, un sombrero de novia y unos zapatos de novia.

—¡Caray! —dijo Selina, sintiéndose como una niña pequeña en un suntuoso desván en un día de lluvia.

Juntando las manos, dijo:

—¿Puedo ponerme algo de esto alguna vez?

Maartje Pool, doblando las prendas rápidamente, pareció sobrecogida y horrorizada.

—Nadie debe ponerse un vestido de novia si no es para casarse. Trae mala suerte.

Y añadió, mientras Selina alisaba los rígidos pliegues sedosos de la falda con su fino y delicado dedo índice:

—Cátese con un holandés de High Prairie y dejaré que se lo ponga.

Las dos volvieron a reír ante esa idea absurda. Selina pensó que la aventura de maestra empezaba muy bien. Habría tenido tantas cosas que contar a su padre... Entonces se acordó. Se estremeció ligeramente mientras se incorporaba. Levantó los brazos para quitarse el sombrero, sintiéndose súbitamente cansada, aterida y extraña en aquella casa, con aquella granjera, las dos niñas mirándola y el hombretón de cara colorada. La invadió una gran oleada de añoranza por su padre —por las alegres cenas, por los caprichos teatrales, por su divertida y filosófica forma de hablar arrastrando las palabras, por las calles de Chicago y las feas casas de Chicago, por Julie, por la escuela de la señorita Fister, por todas las cosas y personas que eran cotidianas, conocidas y por lo tanto queridas—. Incluso tía Abbie y tía Sarah no parecían antipáticas vistas desde el gélido dormitorio de esa granja que de repente se había convertido en su casa. Tuvo el horrible presentimiento de que iba a echarse a llorar, empezó a pestañear muy deprisa, se volvió a ciegas en la penumbra y divisó el tercer objeto fascinante de la habitación. Un cilindro azul muy oscuro de chapas de hojalata, como una estufa pero no del todo. Estaba pulido como la tubería del salón. De hecho, era evidente que se trataba de una flor gigantesca de ese tallo.

—¿Qué es eso? —preguntó Selina, señalándolo.

Maartje Pool, dejando la lámpara en el pequeño tocador antes de irse, sonrió orgullosa y dijo:

—El tambor.

—¿El tambor?

—Para calentar su cuarto.

Selina lo tocó. Estaba helado.

—Cuando está encendido —se apresuró a añadir la señora Pool.

Selina localizó en su memoria el tubo de hojalata del piso de abajo, que recorría el techo con el tranquilo y ordenado curso de un conducto de estufa, atravesaba el agujero cilíndrico del techo y allí se abría de golpe en una flor monstruosa, como un bocio inconcebible en un cuello negro. Selina descubriría más tarde que sus poderes caloríferos eran imaginarios. Incluso cuando la estufa del salón bramaba con un estruendo alegre, nada de ese calor se comunicaba al tambor. Este permanecía tan frío e indiferente a las ráfagas que le llegaban como una chica asediada por un amante molesto. Esto iba a influir en muchos de los hábitos de Selina, incluyendo la lectura nocturna y el baño matinal. Selina se bañaba todas las mañanas en una época en que el baño diario se consideraba una excentricidad, o en el mejor de los casos, una afectación. Sería estupendo poder contar que siguió haciéndolo en casa de los Pool, pero un baño mañanero en la atmósfera ártica de una granja en la pradera de Illinois habría sido no solo una excentricidad sino una locura, aunque Selina hubiera tenido una caldera de agua caliente a las 6.30 de la mañana, lo que desde luego no era el caso. Selina debía dar gracias por una jofaina ocasional de agua hirviendo por la noche y un baño esporádico y apresurado al ficticio calor del tambor.

—¡Maartje! —bramó una voz desde abajo.

La voz del macho hambriento. También llegaba un ligero olor a quemado. A continuación se oyeron choques y topetazos en la angosta escalera.

—¡*Og heden!* —exclamó Maartje aterrorizada, echando las manos al aire y arrastrando en su huida a las dos niñas.

Se oyeron pasos apresurados en la escalera y a Maartje gritar algo que a Selina le sonó como *hookendunk*, aunque pensó que no podía ser. Los topetazos ahora se oían en el pasillo que daba a su cuarto. Selina dejó la cartera para observar a un gnomo que estaba de pie junto a la puerta. Abajo, vio un par de piernas arqueadas; arriba, su pequeño y anticuado baúl; y en medio, una cara ancha, una barba entrecana y una mirada apagada en un rostro curtido por la intemperie.

—Jakob Hoogendunk —se presentó escuetamente el gnomo, mirándola por debajo del baúl que cargaba a la espalda.

Selina se echó a reír, encantada.

—¡No puede ser! Pase. Aquí está bien, ¿no cree? Junto a la pared, señor... señor... ¿Hoogendunk?

Jakob Hoogendunk resopló y cruzó pesadamente la habitación, con el baúl oscilando peligrosamente sobre sus piernas arqueadas. Lo soltó en el suelo con un último golpetazo —señal de una tarea cumplida— e inspeccionó detenidamente el baúl, como si lo hubiera hecho él.

—Gracias, señor Hoogendunk —dijo Selina, tendiéndole la mano—. Soy Selina Peake. ¿Cómo...?

No pudo resistirse.

—¿Cómo está Rip?

Era típico de ella ver en ese jornalero canoso, contrahecho por el reumatismo y que apestaba a mohó y estiércol, a un descendiente directo de aquellos hoscos y barbados jugadores de bolos que Rip Van Winkle encontró misteriosamente ese día fatídico en los montes de Kaatskill. El nombre también la atrajo por su cómica fealdad, así que se rio dulcemente al tenderle la mano. El hombre no estaba ofendido. Sabía que la gente reía al presentarse, de modo que él también lo hizo, con una mezcla de embarazo y soltura, mirando la manita tendida hacia él. Pestañeó de modo extraño, se restregó las manos en las muslos y sacudió su gran cabeza canosa.

—Tengo la mano llena de mugre. Todavía no me he lavado —dijo.

Y se marchó tambaleándose, dejando a Selina con la mano tendida.

El taconeó de Jakob en la escalera de madera sonaba como la caballería sobre un camino helado.

Una vez a solas en su cuarto, Selina deshizo el baúl y sacó dos fotografías: una de un hombre de aspecto dulce con el sombrero ligeramente ladeado, y la otra de una mujer que podría haber sido una Selina de veinticinco años, pero sin su enérgica mandíbula. Buscando un lugar adecuado donde colocar esos tesoros enmarcados en piel, examinó burlonamente la parte superior del gélido tambor, los colocó ahí, a falta de un refugio mejor, y desde esa posición estratégica ellos la miraron con interés afectuoso. Tal vez Jakob Hoogendunk le colocara una estantería, que serviría tanto para su pequeña remesa de libros como para las fotografías. Selina estaba disfrutando ese arrebató de entusiasmo que siente una mujer al deshacer el equipaje. En su baúl, aunque cerrado ese misma mañana, había ese elemento de sorpresa que tiñe los objetos familiares cuando se muestran por primera vez en un entorno desconocido. Sacó su pulcra muda de lana y sus recios zapatos. Sacudió los pliegues arrugados del traje burdeos de cachemir. Ese habría sido el momento de lamentar su compra. Pero Selina no se arrepentía. Nadie que tenga un traje burdeos de cachemir, pensó mientras lo extendía sobre la cama, puede sentirse derrotado.

El traje rojo sobre la cama, las fotos encima del tambor, la ropa cómodamente colgada en ganchos de pared y protegida por una cortina de percal sujeta con una cuerda, la colección de libros en un baúl cerrado. El cuarto ya presentaba un aspecto familiar.

De abajo llegaba un ruido de fritura. Selina se lavó con el agua helada del lavabo, se soltó el pelo y volvió a recogerse frente al borroso espejo situado encima del tocador. Se ajustó las cintas blancas cosidas al severo cuello y alisó los puños del traje de sarga marrón. Llevaba el ceñido corpiño abotonado del cuello a la cintura. Su fina cabeza alargada se alzaba desde esta incómoda base con tal gracia y dignidad que hacía que la rígida prenda resultara bonita. La falda se abultaba y se hinchaba por detrás y se doblaba en pliegues por delante. En una época de espantoso abultamiento y de una apretura igualmente espantosa en el vestir, de miriñaques, corbatas anchas,

galones, solapas, polisones y todo tipo de incómodos tormentos, el hecho de que Selina, pese a todo, pudiera parecer con esa ropa tan poco favorecedora una criatura, pese a todo, grácil, esbelta y flexible, era un triunfo del espíritu sobre la materia.

Apagó la luz entre este y hacia el oscuro salón. La puerta que comunicaba el salón y la cocina estaba cerrada. Selina aguzó el olfato. Había cerdo para cenar. Más tarde descubriría que siempre había cerdo para cenar. A medida que fue transcurriendo el invierno Selina le cogió horror a este alimento, pues recordaba haber leído en algún lugar que la dieta de una persona acababa reflejándose en su cara y que comer algo basto te hacía parecer basto. Aprensiva, examinaba sus facciones en el espejo borroso. La encantadora naricita blanca ¿se estaba volviendo basta? ¿Los ojos profundos y oscuros bizqueaban? ¿Los firmes y dulces labios se estaban ensanchando? Pero la imagen en el espejo la tranquilizaba.

Vaciló un momento en la oscuridad y a continuación abrió la puerta de la cocina. Le llegó una nube de humo, de la que emergieron unos ojos azules, conversación gutural, olor a fritanga, a establo, a estiércol y a colada recién traída del tendedero. La puerta exterior de la cocina se abrió con una oleada de aire frío que llenó el humo azul de remolinos. Entró un niño cargado con un montón de leña. Un niño moreno, guapo y hosco que miró a Selina por encima de la brazada de leña. Selina le devolvió la mirada. Entre el niño de doce años y la mujer de diecinueve surgió instantáneamente una corriente de afinidad.

«Roelf», pensó Selina. Dio un paso hacia él, atraída inexplicablemente.

—¡Deja la leña ahí, rápido! —le urgió Maartje, señalando la estufa.

El niño echó la brazada en la caja y se frotó la manga y la pechera mecánicamente, sin dejar de mirar a Selina. Era un esclavo de las fauces insaciables de la leñera.

Klaas Pool, sentado a la mesa, dio un golpe con el cuchillo.

—Siéntese, siéntese, maestra.

Selina dudó y miró a Maartje, que blandía una sartén en una mano mientras con la otra introducía y empujaba un trozo de leña en el fogón. Las dos niñas se sentaron a la mesa, puesta con su mantel de cuadros rojos y sus cubiertos con mango de hueso. Jakob Hoogendunk, que había estado chapoteando, resoplando y jadeando como una marsopa en un rincón, sobre una jofaina cuya capacidad no guardaba ninguna proporción con el ruido que extrajo de ella, se sentó a continuación. Roelf lanzó su gorra a un gancho de la pared e hizo lo propio. Solo Selina y Maartje seguían de pie.

—Siéntese, siéntese —insistió jovialmente Klaas Pool—. Bueno, ¿cómo van los repollos?

Y se echó a reír entre dientes, guiñando el ojo. Jakob Hoogendunk gruñó, hubo un dúo de risitas por parte de las niñas y Maartje sonrió desde la cocina, pero con cierto decoro. Evidentemente Klaas no había mantenido la broma en secreto. Solo el joven Roelf se mantuvo serio. Hasta Selina, sintiendo que el rubor cubría sus mejillas, sonrió azorada y se sentó rápidamente.

Maartje Pool soltó de golpe sobre la mesa un gran cuenco de patatas fritas con manteca y una fuente de jamón. Había pan cortado en grandes rebanadas. El café era de centeno, tostado en el horno, molido y bebido sin azúcar ni leche. Todo ello en cantidad. En comparación, la cenas de los lunes en la pensión de la señora Tebbitt parecían exquisitas. Las visiones que había tenido Selina de pollos, rosquillas, patos salvajes, crujientes buñuelos y pasteles de calabaza desaparecieron para no volver. Había tenido mucha hambre, pero ahora, mientras hablaba, asentía y sonreía, cortaba la comida en trozos infinitesimales, masticaba mal y se despreciaba por ser tan melindrosa. Allí estaba, una figura menuda e inconfundible a la luz amarillenta de la lámpara que comía valientemente su basta comida y volvía su suave mirada a la mujer que iba y venía de la cocina a la mesa, de la mesa a la cocina, al niño guapo y huraño de manos enrojecidas y agrietadas y mirada sombría, a las dos niñas de ojos redondos y mejillas encarnadas, al hombretón de cara colorada y gruesos labios que cenaba ruidosa y ávidamente, y a Jakob Hoogendunk, que rumiaba glotonamente.

«Bueno», pensó, «esto va a ser muy diferente, eso seguro... Es una granja hortícola y no comen verdura. ¿Por qué será? Qué pena que ella descuide su aspecto solo por ser granjera. El pelo hecho una bola en ese moño, la piel áspera y descuidada. Ese vestido espantoso y sin forma. Pero no es fea. Tiene un lunar rojo en cada mejilla, y esos ojos tan azules. Se parece un poco a esas mujeres de los cuadros flamencos que papá me llevó a ver hace muchos años en... ¿dónde?... ¿dónde fue?... ¿Nueva York?... Sí. Una mujer en una cocina, una especie de cuarto oscuro con peroles de latón sobre una balda y en lo alto una ventana con parteluz. Pero el rostro de esa mujer era relajado y el de esta está tenso. ¿Por qué tiene que parecer desaliñada, agobiada y vieja?... El niño tiene un aire extranjero..., italiano. Es extraño... Hablan como unos vecinos alemanes que tuvimos en Milwaukee. Distorsionan las frases. Supongo que son traducciones literales del holandés...».

Estaba hablando Jakob Hoogendunk. Terminada la cena, los hombres se quedaron tranquilamente sentados con la pipa en la boca, mientras Maartje recogía la mesa, con Geertje y Jozina fingiendo ostensiblemente que la ayudaban. «Si se ríen así en la escuela», pensó Selina, «acabaré volviéndome loca y las tiraré de las trenzas».

—Hay que tener tierras de aluvi3n fértiles —decía Hoogendunk— o solo se obtiene género pequeño, duro y fibroso. Lo vi expuesto el viernes en el mercado. Hay que limitarse a la verduras de verdad y no a esas cosas modernas. ¡Apio! ¿Qué es el apio? No es una verdura, ni tampoco una hierba. Fíjese en Voorhees. Utiliza hasta setenta kilos de nitrato de sodio, sin contar el fertilizante normal, ¿y qué saca? Hay que tener tierras fértiles.

Selina estaba interesada. Siempre había pensado que las verduras crecen solas. Se plantan en el suelo —con semillas o algo parecido— y al poco tiempo brotan cosas: patatas, coles, cebollas, zanahorias, remolachas. Pero ¿qué era eso del nitrato de sodio? Debía de tener algo que ver con el repollo en salsa de la señora Tebbitt, y ella sin saberlo. ¿Y qué era el fertilizante normal? Inclinandose hacia delante, preguntó:

—¿Qué es el fertilizante normal?

Klaas Pool y Jakob Hoogendunk la miraron y ella los miró con sus ojos hermosos e inteligentes brillando de curiosidad. Pool echó la silla atrás, levantó la tapa de la estufa, escupió en las brasas, volvió a cerrar la tapa y volvió su mirada simplona hacia Jakob Hoogendunk, Jakob Hoogendunk volvió su mirada simplona hacia Klaas Pool, y ambos se volvieron para mirar a la hembra descarada que había interrumpido una conversación masculina.

Pool se sacó la pipa de la boca, lanzó una fina espiral de humo, se secó la boca con el dorso de la mano y dijo:

—El fertilizante normal es... el fertilizante normal.

Jakob Hoogendunk asintió, confirmándolo solemnemente.

—¿Qué contiene? —insistió Selina.

Pool agitó su manaza colorada como para espantar ese insecto molesto. Miró a Maartje, pero Maartje se hallaba enfrascada en su trabajo. Geertje y Jozina estaban entretenidas en un juego de su invención detrás de la estufa. Roelf, sentado a la mesa, leía, con una mano, delgada y agrietada por el duro trabajo, extendida sobre el mantel. Selina advirtió, sin ser consciente de ello, que los dedos eran largos y afilados, y las uñas, rotas, delgadas y finas.

—¿Qué contiene? —preguntó de nuevo.

De pronto la vida en la cocina se detuvo. Los dos hombres fruncieron el ceño. Maartje se dio la vuelta ligeramente desde el fregadero. Las dos niñas miraban atentamente desde detrás de la estufa. Roelf levantó la vista del libro. Hasta el perro, que estaba tumbado, medio dormido, delante de la estufa, sacó de repente su enorme lengua y abrió un ojo. Pero Selina, toda extrovertida, esperaba su respuesta. No podía saber que en High Prairie las mujeres no osaban inmiscuirse así en las conversaciones masculinas de peso. Los hombres la miraron sin responder. Ella empezó a sentirse un tanto incómoda. El pequeño Roelf se levantó y se dirigió al armario en el rincón de la cocina. Cogió un gran libro con tapas verdes y se lo dio a Selina. El libro olía a rayos. Tenía las tapas grasientas de manosearlo y huellas de dedos en los márgenes. Roelf señaló una página. Selina leyó la línea indicada.

BUEN FERTILIZANTE BÁSICO PARA CULTIVOS HORTÍCOLAS

Y más abajo:

Selina cerró el libro y se lo devolvió cuidadosamente a Roelf. ¡Harina de sangre! Miró sorprendida a los dos hombres.

—¿Qué quiere decir con harina de sangre?

Klaas respondió tercamente:

—La harina de sangre es harina de sangre. Se echa en el campo y hace crecer los cultivos. Coles, cebollas, calabazas.

Al ver la expresión horrorizada de Selina, dijo, sonriendo:

—Bueno, de todas formas los repollos son bonitos, ¿eh?

Lanzó una mirada burlona a Jakob. Evidentemente la broma le iba a durar todo el invierno.

Selina se levantó. No estaba enfadada, pero de repente quería estar sola en su cuarto (el cuarto que apenas una hora antes había sido una cámara extraña y aterradora con su cama imponente, su gélido tambor y su fantasmagórico arcón de novia). Se volvió hacia la señora Pool.

—Creo... Creo que voy a subir a mi cuarto. Estoy muy cansada. El viaje, supongo. No estoy acostumbrada...

Su voz se fue apagando.

—Claro —dijo Maartje, briosamente.

Había terminado los platos de la cena y estaba atareada con un cuenco enorme, harina y una tabla de amasar.

—Claro, suba. Yo todavía tengo que hacer el pan y todo.

—Si pudiera conseguir un poco de agua caliente...

—¡Roelf! Deja de leer ahora mismo y enseña a la maestra dónde hay agua caliente. ¡Geertje! ¡Jozina! En mi vida he visto cosa igual —dijo Maartje.

Y para subrayarlo dio un cachete a la niña que tenía a mano, que empezó a llorar.

—Da igual. No importa. No se moleste.

Selina sufrió un momento de pánico. Quería salir de la habitación, pero Roelf, con sigilosa rapidez, había cogido un maltrecho cubo de hojalata del gancho de la pared y levantado una plancha de hierro en la parte trasera del fogón. Salió una nube de vapor y el muchacho sumergió el cubo en el minúsculo depósito que quedó al descubierto. Luego, cuando Selina hizo ademán de cogerlo, Roelf pasó delante de ella. Selina lo oyó subir la escalera de madera. Quería seguirlo, pero primero debía saber el título del libro que él había estado estudiando tan minuciosamente. Pero entre ella y el libro abierto sobre la mesa estaban Pool, Hoogendunk, el perro, las niñas y Maartje. Señalándolo con el dedo, preguntó:

—¿Cuál es ese libro que estaba leyendo Roelf?

Maartje aporreó una gran bola de masa en la tabla. Tenía los brazos blancos de harina. Amasaba y percutía con mano experta.

—*Woorden boek*.

Bueno. Aquello no significaba nada. *Woorden boek*. *Woorden b...* Selina intuyó vagamente el significado de esas palabras holandesas. Pero no podía ser. Pasó rozando junto a los hombres sentados en las sillas con punteras negras, saltó por encima del perro y alcanzó el otro extremo de la mesa. *Woorden...*, palabra... *Boek...*, libro. Libro de palabras.

—¡Está leyendo el diccionario! —dijo Selina en voz alta—. ¡Está leyendo el diccionario!

Tuvo la horrible sensación de que iba a echarse a reír y a llorar al mismo tiempo,

como una histérica.

La señora Pool echó un vistazo a su alrededor.

—El maestro se lo dio a Roelf la primavera pasada cuando dejó la escuela para plantar. Es un libro de palabras. Contiene más de cien mil palabras, todas diferentes.

Selina dio las buenas noches por encima del hombro y se encaminó a la escalera. Daría a Roelf todos sus libros. Encargaría libros de Chicago. Gastaría sus treinta dólares mensuales en comprarle libros. ¡Había estado leyendo el diccionario!

Roelf había puesto el cubo de agua caliente en el lavamanos y encendido la lámpara de cristal. Estaba decidido a recolocar el tubo de cristal en las cuatro horquillas que lo mantenían sujeto. Abajo, en la cocina abarrotada, a Selina le había parecido todo un hombre. Ahora, perfilado claramente contra la luz amarillenta de la lámpara, vio que solo era un niño con el pelo despeinado. En torno a las mejillas, la boca y el mentón podían apreciarse incluso las últimas trazas de morbidez infantil. Sus pantalones, cortados ridículamente de otros viejos de hombre por una mano inexperta, le colgaban ridículamente por las delgadas piernas.

«No es más que un niño», pensó Selina, con súbita emoción. Roelf se disponía a pasar junto a ella, sin mirarla y con la cabeza gacha. Ella alargó la mano y le tocó el hombro. Él la miró, con expresión sorprendentemente animada y ojos resplandecientes. Selina cayó en la cuenta de que hasta entonces no le había oído hablar. Su mano apretaba la fina tela de la manga del muchacho.

—Los repollos... los campos de repollos... usted dijo... que son bonitos — tartamudeó Roelf.

Estaba terriblemente serio.

Antes de que pudiera responder, Roelf salió del cuarto, taconeando escaleras abajo.

Selina se quedó parada, pestañeando ligeramente.

El resplandor que la animaba duró mientras Selina chapoteaba en la incómoda jofaina, se soltaba las suaves y oscuras guedejas del pelo y se ponía el voluminoso camisón de manga larga y cuello alto. Justo antes de apagar la lámpara, echó un último vistazo al tambor negro, plantado como un paciente eunuco en el rincón. Sonrió al verlo, e incluso le entró la risa tonta debido al cansancio, el nerviosismo y la sensación general de estar despierta en mitad de un sueño. Pero una vez en la enorme cama, no pudo pegar ojo, perdida completamente en las oleadas de terror y soledad que nos envuelven por la noche en una casa extraña y rodeados de extraños. Permaneció despierta, tensa y agarrotada, los dedos de los pies crispados, la columna encorvada, y los músculos de las piernas contraídos. Asomada entre las mantas, recordaba a un gnomo asustado, con los ojos muy abiertos, las pupilas observando los rincones con atención y recelo. El crudo aire de noviembre se colaba en el cuarto desde aquellos campos abonados con harina de sangre. Tiritando, Selina arrugó su preciosa naricita y pareció olfatear este odioso rastro en el aire. Escuchó los ruidos que llegaban de abajo, voces broncas, extrañas, estridentes y agudas, que cesaron y

dieron paso a otras más familiares para sus oídos criados en la ciudad, el ladrido de un perro y la respuesta de otro, el silbido de un tren a lo lejos, el ruido de cascos en el suelo del establo, el viento entre las ramas de un árbol pelado al otro lado de la ventana.

Su reloj —regalo de Simeon Peake cuando Selina cumplió dieciocho años—, metido en su estuche de oro grabado primorosamente con la imagen de una verja, una iglesia, una cascada y un pájaro, todo ello unido por espirales y florituras muy delicadas, dejaba oír su amistoso tictac bajo la almohada. Selina se compadeció de él, lo sacó y lo mantuvo contra su mejilla para consolarse.

Sabía que no iba a dormir aquella noche. Sabía que no iba a dormir...

Se despertó en un claro y frío amanecer de noviembre. Voces infantiles, relinchos de caballos, una gran crepitación y chisporroteo, olor a panceta frita, y cacareos y graznidos en el corral. Eran las seis en punto. El primer día de Selina como maestra. En poco más de dos horas estaría frente a un aula llena de Geertjes Jozinas y Roelfs de ojos redondos. El dormitorio estaba congelado. Mientras apartaba heroicamente las mantas, Selina decidió que esa vida que Simeon Peake había llamado «una gran aventura» requería un coraje tremendo.

Todas las mañanas de noviembre fueron iguales. A las seis en punto:

—¡Señorita Peake! ¡Señorita Peake!

—¡Estoy levantada! —gritaba Selina con una voz que intentaba sonar alegre entre el castañeteo de dientes.

—Es mejor que baje y se vista aquí al calor de la estufa.

Mirando por el hueco del suelo, a través del cual la chimenea del salón se hinchaba majestuosa en el tambor, Selina podía entrever a la señora Pool, situada justo debajo, mirando hacia arriba.

La primera mañana, al oír esta invitación, Selina había oscilado entre el horror y la alegría.

—No tengo frío, de verdad, y ya casi estoy vestida. Bajo ahora mismo.

Maartje Pool debió de notar algo de susto en la voz de la muchacha, y quizá también la alegría.

—Pool y Jakob salieron a segar hace mucho. Aquí detrás del fogón se puede vestir sin pasar frío.

Selina, aunque temblaba y se sintió tentada, estaba decidida a no hacerlo. Contrajo ligeramente los músculos de la mandíbula, haciéndolos resaltar bajo la fina piel. «No pienso bajar», se dijo, «no pienso bajar a vestirme detrás del fogón como... como un campesino en una de esas atroces novelas rusas... Esto ha sonado despectivo y repelente... Los Pool son buenos, amables y decentes... Pero no pienso bajar a acurrucarme tras el fogón con un fardo de ropa interior bajo el brazo. Oh, Dios, este corsé es como un caparazón de hielo».

Geertje y Jozina no tenían esos reparos. Cada mañana juntaban sus pequeñas prendas de lana en un fardo y corrían a calentarse en la cocina, aunque su dormitorio daba al salón y no era ni de lejos tan gélido como la húmeda y fría habitación de Selina. No solo eso. Las señoritas Pool dormían bien abrigadas con la muda de lana que llevaban durante el día, así que solo tenían que luchar con montones de enaguas de lana, medias de lana, y misteriosos y mugrientos cierres, cintas y correas. Sus leotardos de franela tenían un aire de cactus que hacía que, en comparación, los cilicios de los antiguos mártires parecieran forrados de borreguito. Vestirse detrás del fogón era una costumbre natural y universal en High Prairie.

A mediados de diciembre, mientras Selina asomaba cautelosamente la nariz de las mantas en la oscuridad profunda del amanecer, se habría podido observar, de haber habido algo de luz, que la punta de aquel elegante apéndice, antes de alabastro, se había vuelto carmín durante la noche por la acción de un pincel malicioso manejado por la misma persona que había pintado de hojas, intrincados helechos y preciosas flores de plata toda la ventana del dormitorio. Lentamente, centímetro a centímetro, esa ventana se le vino encima. Los Pool también se enfrentaban a las ráfagas heladas

que recorrían la escalera desprotegida y penetraban en sus cuartos herméticamente cerrados en el piso de abajo. Muchas veces, el agua de la jarra estaba congelada en el tocador cuando Selina se despertaba. Su ropa, preparada la noche anterior para que ponérsela llevara el menor tiempo posible, era mortal al tacto. Lo peor de todo eran los rígidos, inmanejables y ridículos corsés que ceñían las formas femeninas de la época. Mientras los dedos entumecidos de Selina batallaban con los cierres de aquella prenda congelada, sus costillas se encogían ante ese abrazo polar.

«Pero no pienso vestirme detrás del fogón», declaró Selina, mirando aquel tambor vano y farsante.

Hasta le sacó la lengua (recordemos que solo tenía diecinueve años). De hecho, conviene saber que se llevó a casa una tiza de la escuela y dibujó una cara de diablo en el abultado frontal del tambor, dándole un aspecto personal y repelente que satisfizo mucho a Selina.

Al reflexionar años después sobre aquel periodo de su vida en High Prairie, se dio cuenta de que las estufas ocupaban un lugar absurdamente prominente en sus recuerdos. No es de extrañar. Una estufa cambió el curso de su vida.

Desde el principio, la estufa de la escuela fue su bestia negra. Entre el caos de aquel primer año sobresalía la caldera, enorme y amenazante, como un negro tirano. La escuela de High Prairie donde enseñaba Selina estaba a poco más de un kilómetro y medio de la granja de los Pool. Selina llegó a conocer el camino en todas sus versiones: bloqueado por el hielo, con pilas de nieve y lleno de fango. La escuela empezaba a las ocho y media. Tras su primera semana, Selina redujo al mínimo sus operaciones mañaneras. Se levantaba a las seis, se zambullía en las gélidas ropas, desayunaba pan, queso, a veces panceta y siempre achicoria sin leche ni azúcar. A continuación se ponía la capa, la bufanda, la capucha, los guantes y los zuecos. Se preparaba la tartera cuando hacía mal tiempo. Se encaminaba a la escuela, luchando contra el viento de la pradera que le hacía saltar las lágrimas, batallando contra las ventiscas, resbalando en las duras roderas o en los helados caballones en época seca. Un ejercicio excelente a los diecinueve años. Mientras se lanzaba camino abajo con sol o con lluvia, con viento o con nieve, solo pensaba en la estufa. Una vez en la escuela, sus dedos entumecidos batallaban con el cerrojo oxidado. Una vez abierta la puerta, le llegaba el olor del aula, una mezcla de cenizas, queroseno, cuerpos sucios, polvo, ratones, tiza, leña de quemar, migas, moho y pizarra limpiada con saliva. Selina entraba corriendo mientras se quitaba la bufanda. En el pequeño vestíbulo había una caja con trozos de madera y otra repleta de mazorcas secas. Junta a esta, una lata de queroseno. Las mazorcas servían para prender el fuego. Se empapaba una docena o más con queroseno y se introducía en las fauces de la estufa herrumbrosa y barriguda. Se encendía una cerilla. Las mazorcas empezaban a llamear. Entonces era el momento de meter una rama pequeña, y luego otra para hacerle compañía. Se cerraba la puerta. Tiros. Reguladores. Humo. Expectación. Una llamarada, seguida de una crepitación. La leña había prendido. Ahora un trozo de madera. Se esperaba. Otro

trozo. Se cerraba la puerta. El fuego de la escuela se había encendido para todo el día. A medida que el aula se descongelaba, Selina se iba quitando capas de ropa. Para cuando llegaban los niños, se podía estar en el aula.

Naturalmente, los que se sentaban cerca del monstruo se asaban y los que estaban junto a las ventanas se congelaban. A veces Selina sentía que iba a enloquecer al ver las contracciones y contorsiones de aquellos cuerpos convulsos, que se rascaban la espalda, las piernas y los costados mientras la estufa se calentaba y la carne se rebelaba contra la aspereza de la muda de un día demasiado precavido.

Selina se vio de pronto, estricta pero cariñosa, enseñando los rudimentos del aprendizaje a una clase de querubines holandeses. Pero es difícil ser digna y refinada cuando se tienen sabañones. Selina, como todos los niños de la clase, fue víctima de esta infame incomodidad. Se sentaba junto al golpeado pupitre de pino o se movía de un lado a otro, con el chal de lana sobre los hombros, cuando el viento azotaba y la estufa renqueaba. Su pálida cara parecía más blanca en contraste con los negros pliegues de su ropa. Sus delgadas manos estaban ásperas y agrietadas. El chico mayor de la clase tenía trece años, y el menor, cuatro y medio. Desde las ocho y media a las cuatro, Selina gobernaba esos dominios mugrientos, una clase, calurosa y helada al mismo tiempo, de niños que estornudaban, tosían, se retorcían, dormitaban y, con picor frenético, se rascaban un talón angustiado con el dedo del pie y el dedo del pie con el talón.

—Aggie Vander Sijde, analiza esta frase: «El suelo está mojado porque ha llovido».

La señorita Vander Sijde, de once años, se levantó con un revuelo de faldas y un bamboleo de trenzas.

—«Suelo» es el sujeto, «está mojado» el predicado, «porque»...

Selina escuchaba con expresión de maestra, alentadora y aprobatoria.

—Jan Snip, analiza esta frase: «La flor se marchita si la cortas».

El vestido de sarga marrón, el helado chal de lana, la tiza en la mano. Era solo una fase, un breve capítulo en la aventura. Algo que evocar y recordar con una mezcla de diversión y asombro. Iban a ocurrir muchas cosas. ¡Cosas como aquellas, pues tenía toda la vida por delante! Dentro de cinco años..., dos..., incluso puede que uno, ¿quién sabe si no estaría recostada sobre almohadones de encaje en una mañana de invierno igual de desapacible, con una colcha de seda por encima y unos cortinajes rosados que amortiguarían la luz de la mañana? Era la influencia temprana de *El compañero del hogar*.

—Celeste, ¿qué hora es?

—Son las once, señora.

—¿Solo?

—¿Quiere la señora que le prepare el baño ahora o más tarde?

—Más tarde, Celeste. Ahora tráeme el chocolate y el correo.

—... y «si» es la conjunción condicional...

A principios de invierno Selina había tenido la desafortunada idea de abrir a ratos las ventanas heladas y dar a los niños cinco minutos de gimnasia mientras el aire frío despejaba las mentes y el aula al mismo tiempo. Los brazos se agitaban como locos, las cabezas se bamboleaban, las cortas piernas trabajaban vigorosamente. Pasadas veinte semanas, los padres de High Prairie protestaron por carta o verbalmente. Jan y Cornelius, Katrina y Aggie iban a la escuela a aprender a leer, a escribir y a contar, no a estar con las ventanas abiertas en invierno.

El invierno se había hecho notar en la granja de los Pool. Ahora Klaas iba a Chicago con verduras de invierno solo una vez por semana. Él, Jakob y Roelf almacenaban patatas y repollos en el sótano, reparaban vallas, preparaban cajoneras para la primera plantación de primavera y ordenaban semilleros. Fue Roelf quien enseñó a Selina a encender la estufa de la escuela. La había acompañado la primera mañana, había encendido el fuego, llenado el cubo de agua, y la había iniciado en el rito de las mazorcas, el queroseno y los reguladores. Era un muchacho tímido, moreno y silencioso, y Selina se propuso ganarse su amistad.

—Roelf, tengo un libro titulado *Ivanhoe*. ¿Te gustaría leerlo?

—Es que no tengo mucho tiempo.

—Tómate el tiempo que necesites. Está en casa. Y hay otro titulado *Los tres mosqueteros*.

Roelf trató de no parecer complacido, de mostrarse impasible y holandés como la estirpe de la que provenía. Algún antepasado holandés, pensó Selina, marinero o pescador, debió de arribar a un puerto italiano o español y se llevó consigo una mujer cuyos ojos, tez y sentido de la belleza se habían saltado generaciones y generaciones de apacibles neerlandeses para aflorar en aquel muchacho sensible y melancólico.

Selina había dicho a Jakob Hoogendunk algo de un estante para sus libros y fotos. Él había montado una tabla tosca, muy fea y rudimentaria, pero suficiente. Selina volvió a casa una tarde nevada y vio que el estante había desaparecido y en su lugar había otro liso y pulido con escuadras talladas con esmero. Roelf lo había cortado, alisado, pulido y tallado en muchas horas de trabajo en su frío cobertizo contiguo a la cocina. Allí tenía un taller muy rudimentario, equipado con los utensilios y herramientas que podía idear. Hacía el trabajo de un hombre en la granja, y sin embargo, muchas noches, ya acostada, Selina podía oír vagamente el ruido de su sierra de mano. Roelf había hecho una casa de muñecas para Geertje y Jozina que era la envidia de todas las niñas de High Prairie. Esto eran tonterías para Klaas Pool. El verdadero trabajo de Roelf en el cobertizo era construir y reparar cajoneras y semilleros para las primeras plantas de primavera. Siempre que podía, Roelf desatendía su aburrido trabajo para dedicarse a alguna de sus aficiones. Klaas protestaba por considerar aquello «una tontería». En realidad, High Prairie consideraba «tonto» al hijo de Pool. Decía cosas raras. Cuando se terminó la nueva iglesia reformada holandesa tras un esfuerzo gigantesco —de ladrillo rojo, la primera iglesia de ladrillo en High Prairie, con bancos pintados de amarillo brillante, un

espléndido rosetón rojo y amarillo, y la presencia del reverendo Vaarwerk, traído de New Haarlem para pronunciar el sermón inaugural—, se oyó a Roelf Pool insinuar sombríamente a un grupo de chicos de High Prairie que una noche iba a incendiar la iglesia solo porque era fea y hacía daño a la vista.

Desde luego, el chico era diferente. Selina, sin ser muy entendida, reconocía que allí había algo poco común, algo valioso que había que fomentar, proteger y estimular.

—Roelf, deja esa tontería y lleva leña a tu madre ahora mismo. ¿Otra vez tallando esa caja en vez de terminar las cajoneras? Un día vas a ver. Te la voy a hacer añicos... Eres tan tonto como un groningués.

Roelf no se enfadaba. Parecía no importarle demasiado y, en cuanto tenía oportunidad, volvía a la caja tallada. Maartje y Klaas Pool no eran personas crueles ni insensibles, pero estaban un poco desconcertados con esa extraña criatura que, inexplicablemente, habían traído al mundo. No era una familia muy dada a demostraciones de afecto. La vida era demasiado dura para que aflorara ese lado más amable. Además, ellos también provenían de gente flemática y fría. Klaas trabajaba como un esclavo en los campos y en el cobertizo. La jornada de Maartje era una rutina consistente en cocinar, fregar, lavar y coser desde que se levantaba (a las cuatro en verano, a las cinco en invierno) hasta que caía rendida en la cama, a menudo mucho después de que los demás se hubieran dormido. Selina nunca la había visto besar a Geertje ni a Jozina. Pero una vez le había sorprendido ver a Maartje, en uno de sus incontables viajes del fogón y a la mesa, pasar la mano por los morenos mechones de Roelf, bajarla por la mejilla y pellizcarle el mentón con un gesto increíblemente tierno mientras le miraba a los ojos. Fue un movimiento vago y fugaz, pero de un cariño infinito. A veces incluso protestaba cuando Klaas regañaba a Roelf.

—Deja en paz al muchacho, Klaas. Déjalo ya.

«Es al que más quiere», pensó Selina, «hasta intentaría comprenderle si tuviera tiempo».

Roelf leía los libros de Selina con tal avidez que ella se preguntó si su colección le duraría todo el invierno. A veces, después de cenar, mientras él martilleaba y serraba en el pequeño cobertizo, Selina cogía un viejo chal de Maartje, se lo echaba por encima para protegerse del aire que entraba por las rendijas y leía en voz alta al muchacho mientras este tallaba, o le hablaba entre el ruido de las herramientas. Selina era una persona alegre y vivaz. Le encantaba hacer reír al chico. La cara morena de Roelf brillaba con una animación casi deslumbrante. A veces Maartje, al oír aquellas risas juveniles, se acercaba hasta la puerta del cobertizo y se quedaba allí un momento, con los brazos metidos en el delantal, sonriéndoles, sin comprender pero afectuosa.

—Os divertís, ¿eh?

—Pase, señora Pool. Siéntese en mi caja y diviértase usted también. Tenga, le dejo la mitad del chal.

—¡*Og heden!* No tengo tiempo para sentarme —dijo, marchándose.

Roelf deslizó su cepillo una y otra vez despacio por la superficie de una tabla de roble suave como la seda. Se detuvo y se enrolló una viruta en el dedo.

—Cuando me haga un hombre y gane dinero, le compraré a mi madre un vestido de seda como el que vi en una tienda de Chicago, y ella se lo pondrá todos los días, no solo el domingo, y se sentará en una silla y hará finos bordados como la viuda Paarlenberg.

—¿Qué más harás cuando seas mayor? —preguntó ella, segura de que él respondería algo precioso.

—Llevar el carro yo solo al mercado.

—¡Oh, Roelf!

—Claro que sí. Ya he ido cinco veces, dos con Jakob y tres veces con papá. Muy pronto, cuando tenga diecisiete o dieciocho años, podré ir solo. Se sale a las cinco de la tarde y a las nueve se está en el Haymarket.^[1] Allí se duerme toda la noche en el carro. Hay lámparas de gas. Los hombres juegan a los dados y a las cartas. A las cuatro de la mañana hay que estar preparados para cuando vienen los comisionistas, los vendedores ambulantes y los verduleros. Oh, es estupendo, se lo aseguro.

—¡Roelf!— exclamó Selina, profundamente decepcionada.

—Mire esto.

Roelf rebuscó en una caja polvorienta en un rincón y, de nuevo súbitamente tímido, extendió ante ella una hoja de basto papel marrón, en la que había dibujado tosca pero eficazmente una amalgama de caballos percherones, carros repletos de hortalizas, hombres vestidos con monos y prendas de pana y antorchas de gas. Lo había dibujado con un trozo de lápiz exactamente tal como lo veía. El resultado era tan sorprendente como el logrado por los discípulos de la escuela impresionista.

Selina estaba encantada.

Muchas noches de noviembre transcurrieron así. La vida familiar se hacía en la cocina, azul por el humo de la tubería y con un fuerte olor a comida. A veces —pocas— se encendía la estufa del salón. A menudo Selina tenía deberes que corregir, mugrientas hojas de aritmética, gramática y ortografía. A menudo tenía ganas de leer o coser, pero su cuarto era demasiado frío. Los hombres se sentaban en la cocina o entraban y salían haciendo ruido, Geertje y Jozina se peleaban o jugaban, Maartje andaba de un lado a otro como un animal acosado, torpe pero increíblemente rápida. El suelo siempre estaba arenoso por el légamo que soltaban las botazas de los hombres.

Una vez, a principios de diciembre, Selina fue a la ciudad. El viaje nació de una súbita rebelión contra aquel entorno y de un ataque de nostalgia por la suciedad, el fragor y el gentío de Chicago. Un sábado por la mañana, muy temprano, Klaas la llevó a la estación de tren que estaba a ocho kilómetros de la granja. Selina se iba a quedar en Chicago hasta el domingo. Había escrito una carta a Julie Hempel diez días antes, pero no había recibido respuesta. Una vez en la ciudad, se fue directa a casa de

los Hempel. La señora Hempel, con los labios apretados, la recibió en el vestíbulo y dijo que Julie estaba de viaje, visitando a su amiga la señorita Arnold, en Kansas City. No preguntó a Selina si quería quedarse a comer, ni la invitó a sentarse. Cuando Selina salió de la casa sus bonitos ojos parecían más grandes y profundos que nunca, y su mandíbula estaba tensa por el esfuerzo de contener las lágrimas. De pronto odiaba aquel Chicago que no quería nada de ella, que la esquivaba, golpeándole el codo sin disculparse, que atronaba, aullaba, silbaba y bramaba en sus oídos, acostumbrados ahora al silencio de la pradera.

«No me importa», se dijo, lo que significaba que sí le importaba, «no me importa. Espera y verás. Un día seré... tremendamente importante. Y la gente dirá: “¿Conoces a la maravillosa Selina Peake? Pues dicen que era maestra en una escuela rural, dormía en un cuarto helado y comía cerdo tres veces al...”. Ya sé lo que voy a hacer. Voy a almorzar, y pediré los mejores manjares. Creo que iré al Palmer House, donde mi padre y yo... No, no podría soportarlo. Iré al restaurante del Hotel Auditorium y tomaré helado, caldo de pollo en taza de plata, petisús, verduras de todo tipo, chuletitas de cordero envueltas en papel, y té de naranja».

Pidió, en efecto, todas esas cosas y tuvo a un grupo de atónitos camareros rondando su mesa y esperando verla devorar toda esa comida. Un grupo parecido se había quedado mirando a David Copperfield, inocente de haberse zampado el colosal almuerzo pedido en la posada camino de Londres.

Selina tomó el helado y bebió el té de hoja de naranja, sobre todo porque le encantaba ese nombre. Le hacía pensar en crisantemos y flores de cerezo, especias, ventiladores y doncellas de ojos almendrados. Devoró una crujiente ensalada con la avidez de un canario que picotea una hoja de lechuga. Coqueteó con las chuletas de cordero. Se acordó de las generosas propinas de su padre y dejó una cantidad en la mesa que mitigó temporalmente el odio del camarero a la clientela femenina. Pero no podía decirse que el almuerzo hubiera sido un éxito. Selina pensó en la cena y se le encogió el ánimo. Entre la una y las tres, estuvo comprando regalos para toda la familia Pool, incluyendo plátanos para Geertje y Jozina, que sentían por esta fruta harinosa la misma fascinación que siempre suscitó en los niños granjeros. Cogió un tren a las cuatro y treinta y cinco, recorrió a pie los ocho kilómetros de la estación a la granja y llegó medio congelada, agotada, con los brazos doloridos y los dedos de los pies entumecidos. Fue recibida a lo grande por los chillidos, gruñidos, ladridos y sonidos guturales que eran la expresión de los Pool. Le asombró descubrir lo contenta que estaba de volver al fogón, al olor a cerdo frito, a su cuarto con la cama de nogal y la estantería. Hasta el sombrío tambor había tomado el aspecto entrañable y reconfortante de lo cotidiano.

Los pretendientes de High Prairie no consideraban atractiva a Selina. Era demasiado pequeña, demasiado pálida y frágil para su gusto contundente. Naturalmente, su llegada había sido un acontecimiento en aquella comunidad aislada. Le habría sorprendido saber con cuánta avidez y curiosidad High Prairie reunía información sobre ella, sobre su aspecto, modales y ropa. ¿Era estirada? ¿Era moderna? Selina no se fijaba en que las cortinas de todas las granjas se agitaban a su paso cuando se dirigía a la escuela. Sin aparentes medios de comunicación, las noticias sobre ella saltaban de granja en granja como las llamas saltan los claros en un incendio forestal. Le habría horrorizado saber que High Prairie, inexplicablemente, lo sabía todo sobre ella, desde el color de la cinta que ataba su pequeño corsé blanco hasta el número de libros en su estantería. Los campos de repollos le parecían preciosos, leía libros al tonto de Roelf Pool, estaba arreglando un vestido a Maartje al estilo del elegante traje marrón que llevaba (absurdamente) en la escuela. De vez en cuando se cruzaba con un carro en el camino y daba los buenos días. A veces el carretero respondía con retraso, como sorprendido, y otras veces se la quedaba mirando. Selina casi nunca veía a las mujeres granjeras de High Prairie, atareadas en sus cocinas.

El quinto domingo de su estancia en el distrito, acompañó a los Pool a la misa matinal en la iglesia reformada holandesa. Maartje casi nunca tenía tiempo para estas frivolidades, pero aquella mañana Klaas enganchó el asiento doble al gran carro de la granja y se llevó a la familia al completo: Maartje, Selina, Roelf y las niñas. Maartje, sin su delantal de percal y ataviada con su mejor vestido negro, con un sombrero fúnebre, que resultaba más triste aún por una pluma rala y mustia que emergía sorprendentemente de una deslucida rosa de algodón, presentaba un aspecto nuevo y extraño a ojos de Selina, al igual que Klaas, con su tosco traje de domingo. Roelf se había resistido a ir, había recibido un cachete por ello y estuvo sentado muy quieto durante toda la misa, con la mirada fija en la vidriera roja y amarilla. Más tarde confesó a Selina que la luz del sol, al filtrarse por el amarillo crudo de los paneles, daba un aspecto repulsivo a los desventurados que estaban a su alcance, lo que le proporcionó una honda y secreta satisfacción.

La aparición de Selina había causado un gran revuelo, del que ella no era en absoluto consciente. Cuando la congregación entró en la iglesia en grupos de dos o tres, Selina pensó que recordaban asombrosamente a un grabado que había visto una vez en un viejo libro ilustrado. Los pantalones y chaquetas de domingo de los hombres tenían una angulosidad rígida y cuadrada, como cortados de un bloque. Las mujeres, con chales y sombreros de un negro descolorido, estaban increíblemente cortadas por el mismo patrón. Sin embargo, las muchachas solteras eran rellenitas, ruborosas y nada feas, con pómulos salientes y redondos en los que había un lunar

encarnado que no daba ningún brillo al rostro. Tenían frentes prominentes y anodinas.

En medio de esta gris asamblea entró con retraso y entre un frufrú de faldas una mujer alta y premiosa, con una capa comprada en la ciudad y un sombrero muy diferente de los anticuados bonetes de High Prairie. Mientras bajaba del altar, Selina pensó que parecía una fragata con todas las velas desplegadas. Una mujerona, de piel fina y labios carnosos; el pecho firme y turgente y grandes muslos que se movían lenta y rítmicamente; los párpados gruesos e insolentes; las manos, mientras pasaba las páginas de su cantoral, eran suaves y blancas. Cuando entró se produjo un pequeño runrún en la congregación, y un estirar de cuellos. Aunque iba llena de polisones, volantes y miriñaques, recordaba, curiosamente, a esas mujeres ociosas, poco convencionales y de carnes blancas que los pintores del siglo xvi siempre retrataban como si estuvieran haciéndose la pedicura desnudas.

—¿Quién es esa? —susurró Selina a Maartje.

—La viuda Paarlenberg. Es más rica que un pachá.

—¿Sí?

Selina estaba fascinada.

—Fíjate cómo le mira.

—¿A quién?

—A Pervus DeJong. El que está sentado junto a Gerrit Pon, con camisa azul y mirada triste.

Selina estiró el cuello y miró detenidamente.

—Ese..., ah..., es muy guapo, ¿no?

—Desde luego. La viuda Paarlenberg está colada por él. Mira cómo... ¡sh, sh!... El reverendo Dekker nos está mirando. Luego te cuento.

Selina decidió que iría a la iglesia más a menudo. La misa continuó, aburrida, pesada, en inglés y en holandés. Apenas prestó atención. La viuda Paarlenberg y el tal Pervus DeJong ocupaban sus pensamientos. Decidió, sin malicia, que la viuda recordaba al cerdo más lustroso que hozaba en el establo de Klaas Pool a la espera de ser trinchado para la comida de Navidad.

La viuda Paarlenberg se volvió y sonrió. Tenía los ojos esquivos (un término de Selina) y ensanchaba y distendía la boca bajando ligeramente una comisura en algo muy parecido a un gesto malicioso.

Como una ola, la congregación reformada holandesa se inclinó para ver la respuesta de Pervus DeJong a esa pública muestra de favor. Su mirada, adusta, seria, estaba clavada en el reverendo Dekker, ese señor tan soso.

«Está molesto», pensó Selina, complacida, «bueno, puede que yo no sea viuda, pero estoy segura de que ese no es el camino». Y añadió: «Me pregunto cómo será cuando se ríe».

En la ficción, tal como la había conocido Selina en *El compañero del hogar* y en otros sitios, Pervus se habría dado la vuelta en ese momento, irresistiblemente atraído por el magnetismo de su mirada, y habría esbozado una inusual y dulce sonrisa que

iluminaría su cara joven y adusta. Pero no lo hizo, y se limitó a bostezar súbita y ostensiblemente. La congregación reformada holandesa se reclinó sintiéndose engañada. «Es guapo, desde luego», pensó Selina. Pero, probablemente, Klaas también había sido guapo unos años atrás.

Terminó la misa, se habló mucho del tiempo, de semilleros, ganado, provisiones, y de la inminente temporada de vacaciones. Maartje, pensando todo el tiempo en la comida del domingo, se abrió paso a codazos por el pasillo central. De vez en cuando presentaba rápidamente a Selina a alguna de sus amigas:

—Señora Vander Sijde, le presento a la maestra.

—¿La madre de Aggie? —empezaba a decir Selina, muy formal, antes de ser arrastrada por Maartje hacia la puerta.

—Señora Von Mijnen, le presento a la maestra. Esta es la señora Von Mijnen.

Las mujeres la miraban adustas. Selina sonreía y asentía bastante nerviosa, sintiéndose joven, frívola y algo culpable.

Cuando llegó con Maartje al atrio de la iglesia, Pervus DeJong estaba desenganchando el jamelgo uncido a su carro torcido y baqueteado. El animal, con las cuatro patas muy juntas, en una postura gacha y patética, le iba que ni pintado a aquel vehículo decrepito. DeJong desató las riendas rápidamente y estaba a punto de subir al combado carruaje cuando la viuda bajó los escalones de la iglesia con majestuosidad y asombrosa rapidez para alguien de su tamaño. Se fue directa hacia él entre un revuelo de faldas, una agitación de volantes y un tremolar de plumas. Maartje agarró del brazo a Selina:

—¡Mírala! Te apuesto a que le está invitando a comer el domingo. Verás cómo él le dice que no con la cabeza.

En efecto, Selina (y toda la congregación, que miraba descaradamente) pudieron ver a Pervus negar con la cabeza. Todo su cuerpo parecía aplicarse en la negativa: la espléndida cabeza, los anchos y pacientes hombros, las musculosas piernas en aquellos feos pantalones de domingo. Pervus sacudió la cabeza, recogió las riendas y se marchó en el carro, obligando a la viuda Paarlenberg a salir airosa de aquel desplante a la vista de toda la congregación reformada holandesa de High Prairie. Hay que decir que superó la prueba con magnífica compostura. Al volverse, su cara redonda y rosada estaba tranquila y sus grandes ojos bovinos, afables. Selina cambió el símil del cerdo rosa por el de un gran gato persa, rollizo y traicionero, con las garras hundidas en terciopelo. La viuda subió ágilmente a su pulcro faetón con su lustroso caballo y se marchó con la cabeza alta por el abrupto camino sin nieve.

—¡Vaya! —exclamó Selina, con la sensación de haber presenciado el primer acto de una obra apasionante.

Respiró hondo, y lo mismo hizo la congregación de mirones, por lo que podía decirse que la viuda había sido arrastrada por una ventolera.

Mientras trotaban de vuelta a casa en el carro de los Pool, Maartje le contó la historia con mucho aderezo.

Pervus DeJong había enviudado dos años atrás. Menos de un mes después murió Leendert Paarlberg, dejando a su viuda la granja más rica y rentable de toda la comunidad. Por el contrario, Pervus DeJong había heredado de su padre, el viejo Johannes, apenas doce hectáreas de la peor tierra baja —prácticamente la única— de todo High Prairie. Aquella superficie era notoriamente estéril. En primavera, la época crucial para las plantas de semillero y las primeras cosechas hortícolas, siete de las doce hectáreas probablemente estuvieran anegadas. Pervus DeJong, pacientemente, plantaba, sembraba, cosechaba y llevaba las verduras al mercado, aunque nunca parecía prosperar en esa ahorrativa comunidad holandesa en la que prosperar era un rasgo tan común que ya no se consideraba una virtud. La suerte y la naturaleza parecían conjurarse en su contra. Sus semilleros resultaban estériles; su ganado siempre estaba enfermo; sus repollos infestados de gusanos; los gorgojos perforaban su ruibarbo. Cuando plantaba mucha espinaca, esperando una primavera lluviosa, la estación era seca. Si al año siguiente volvía a las batatas, porque todo auguraba una primavera y un verano secos, el verano resultaba ser el más lluvioso en una década. Una fuerza maligna parecía atraer a los insectos y hongos a sus campos. De haber sido un hombre pequeño, enclenque e insignificante, su mala suerte habría inspirado una compasión desdeñosa. Pero tenía el encanto y el esplendor de un gigante golpeado. Para colmo de males, su casa estaba mal atendida por una parienta vieja y reumática cuyos pasteles y panes eran la comidilla de las vecinas.

Así pues, ese Pervus DeJong era de quien se había encaprichado la viuda Paarlberg de las hectáreas fértiles, la granja confortable, el collar de oro, los vestidos de seda, las manos suaves y blancas y los talentos culinarios. Ella lo cortejaba abierta y públicamente, con una vehemencia holandesa que habría enamorado perdidamente a cualquier otro hombre. Era sabido que le enviaba semanalmente una remesa de tortas, pasteles y pan. Lo incitaba con semillas escogidas de sus fértiles campos y plantas de sus semilleros, pero él lo rechazaba todo sistemáticamente. La viuda lo engañaba, engatusaba y atosigaba para que comiera sus opíparas comidas. Hasta le pedía consejo (la forma más sutil de adulación). Le preguntaba sobre la labranza del subsuelo, el humus y el barbecho, ella, cuya tierra fecunda, bajo su hábil dirección, daba más beneficios en una sola hectárea que las quince mejores de Pervus. Bajo sus directrices, un tal Jan Bras llevaba admirablemente la granja.

DeJong era de mente sencilla. Al principio, cuando ella le decía con voz profunda y zalamera:

—Señor DeJong, ¿puedo pedirle un consejo? Soy una mujer sola desde que no tengo a Leendert, y los extraños no se preocupan de cómo llevar la tierra. Es sobre mis rábanos, lechugas, espinacas y nabos. El año pasado, en vez de tiernos, salieron fibrosos y llenos de hebras por culpa de ese Jan Bras. Él es partidario del cultivo lento, pero esas verduras hay que cultivarlas rápido. Bras dice que la culpa es de mi fertilizante, pero yo sé que no. ¿Usted qué cree?

Jan Bras, cuando se enteró, lo divulgó con sarcasmo. Los hombres de High Prairie, al cruzarse con Pervus DeJong en el camino, lo saludaban con un:

—¿Qué, DeJong? ¿Has dado últimamente algún buen consejo sobre cultivos a la viuda Paarlenberg?

Había sido una época especialmente mala para los campos de Pervus. Cuando High Prairie se burló de él, comprendió que la astuta viuda lo había embaucado. Sintió una ciega cólera holandesa contra ella, un resentimiento masculino por dejarse manipular por una mujer. La siguiente vez que ella se le acercó con voz zalamera buscando que la orientara sobre el arado, el drenaje o las cosechas, él dijo bruscamente:

—Mejor pídale consejo a Harm Tien.

Harm Tien era el tonto del pueblo, una pobre criatura de treinta años con la mente de un niño.

Consciente de que toda la comunidad le instaba a esa boda provechosa con la viuda opulenta, rica y de labios rojos, Pervus, terco como una mula, decidió que no aceptaría nada de ella. Vivía incómodo en su casa desastrada, se sentía solo y desgraciado, pero no aceptaría nada de ella por una mezcla de vanidad, orgullo y resentimiento.

La primera vez que Pervus DeJong vio a Selina, tuvo ocasión de protegerla. Con un comienzo así, el final estaba cantado. Además, en aquella ocasión, Selina llevaba el vestido burdeos de cachemir y estaba intentando contener las lágrimas delante de todo High Prairie. A instancias de Maartje (y bastante ilusionada ante la idea) había asistido a la gran fiesta, con baile incluido, en el salón de Adam Ooms, encima del almacén general cercano a la estación de High Prairie. Allí había familias granjeras procedentes de kilómetros a la redonda. El nuevo órgano de la iglesia —ese pretexto inveterado para socializarse— era la excusa de aquella reunión. Había que pagar una pequeña entrada. Adam Ooms les había cedido la sala. Los tres músicos tocaban gratis. Las mujeres debían llevar la cena en cajas o cestas para que fueran vendidas al mejor postor, quien tendría el privilegio de cenar con la mujer cuya cesta había comprado. Se podía tomar café caliente a tanto la taza. Toda la recaudación iría destinada al órgano. Se sobreentendía, claro está, que no se iba a pujar contra los maridos. Cada granjera conocía su cesta como el rostro de sus hijos, y cada granjero, cuando se rifaba esa cesta, ofrecía una suma prudente que lo convertía automáticamente en su dueño. La libertad de costumbres aún no había llegado a High Prairie en 1890. Las cestas y cajas de las mujeres solteras iban a ser los premios más disputados. Maartje había preparado su cesta a mediodía y salido a las cuatro en el carro con Klaas y las niñas. Iba a ayudar en uno de los atareados comités cuyos cometidos iban desde hacer café a fregar los platos. Klaas y Roelf tendrían que echar una mano. Las niñas se deslizarían de un lado a otro por el suelo encerado del salón de Ooms con otras niñas chillonas del vecindario hasta que llegara el gentío para la puja y la cena. Jakob Hoogendunk llevaría a Selina a la fiesta cuando terminara sus

tareas. La cesta de Selina iba a ser algo aparte, sacada a subasta con las de las Katrinas, Linas y Sofías de High Prairie. Con cierta aprensión, se dispuso a preparar la cesta. Maartje, al salir, había dejado muchas instrucciones, pero inconexas.

—Jamón... Ponles galletas en la vasija... Pepinillos... Ten cuidado de no volcarlo... mermelada de ciruela...

La cesta de Maartje era de proporciones gigantescas y contenidos tambaleantes. Sus emparedados eran bloques cúbicos, sus pepinillos garrotes y sus pasteles, grandes mesetas.

La cesta que dejó a Selina, aunque no tan grande, a ella le pareció de un tamaño descomunal. De pronto decidió que no la quería. En su baúl tenía una caja de cartón como las que se utilizan para guardar zapatos. Seguro que cabía suficiente comida para dos, pensó. Ella y Julie Hempel habían utilizado esas cajas en sus almuerzos campestres de los sábados. Estaba un poco nerviosa por todo aquello y bastante aterrada ante la idea de cenar con un pretendiente de High Prairie al que no conocía. ¿Y si nadie pujaba por su caja? Decidió llenarla a su estilo, sin hacer caso del pesado forraje que le dejó Maartje.

Tenía toda la cocina para ella. Jakob estaba en los campos o en los cobertizos. La casa estaba agradablemente silenciosa. Selina hurgó en el baúl buscando la caja de zapatos, la forró con una hoja de papel de seda, se arremangó, sacó un cuenco, harina y cacerolas. Se dispuso a hacer magdalenas. Horneó seis, que salieron con un tono bonito pero un poco apagado. Aun así, cualquier cosa era mejor que un enorme trozo de pastel humedecido, se dijo. Coció unos huevos, los partió por la mitad, añadió salsa picante a las yemas, llenó las claras cuidadosamente con la mezcla y volvió a juntar las dos mitades, ensartándolas con un palillo de dientes. Luego envolvió cada huevo por separado en papel de seda enroscado en los extremos. Había decidido que la delicadeza iba a ser la nota predominante en su cesta. Cortó pan en rebanadas muy finas e hizo emparedados de gelatina, descartando el omnipresente cerdo. Sabía que los plátanos no debían faltar en una cesta, pero eran imposibles de conseguir. Los sustituyó por dos jugosas manzanas, que pulió hasta dejarlas resplandecientes. Después de empaquetar cuidadosamente la comida, envolvió la caja con papel y la ató con una vistosa cinta roja que cogió del baúl. En el último momento corrió al patio, arrancó unas hojas del árbol que estaba junto a la casa y las ató con la cinta en la parte superior de la caja. Dio un paso atrás para ver el efecto final y lo encontró precioso.

Estaba esperando con el vestido rojo de cachemir, la capa y la capucha cuando la llamó Hoogendunk. Llegaron con retraso, pues fuera del salón de Ooms había todo tipo de vehículos. Dos días antes había caído una fuerte nevada, que había hecho salir *bobsleighs*, deslizadores y trineos. Los establos no eran lo bastante grandes para albergarlos todos. Los últimos en llegar tenían que amarrarlos donde podían. Se oía un ruidoso campanileo cuando los caballos pateaban en la nieve.

Selina, manteniendo su cesta en cuidadoso equilibrio, abrió la puerta que

conducía a la escalera de madera. El salón estaba en el segundo piso. El clamor que atronó sus oídos tuvo el efecto de un puñetazo. Vaciló un momento, y si hubiera habido algún modo de volver a la granja de los Pool, como caminar ocho kilómetros en la nieve, lo habría hecho. Subió las escaleras y penetró en el bullicio. Estaba claro que la subasta de las cestas ya había comenzado. Había estallado un estruendo de gritos tras la venta de una cesta y ahora el clamor remitía bajo los martillazos ensordecedores del subastador. A través de la multitud que llenaba la entrada, Selina pudo verlo subido a una silla, con las cestas apiladas frente a él. Usaba como púlpito un barril montado sobre una caja. El subastador era Adam Ooms, que en su día fuera el maestro de High Prairie. Un hombre pequeño con cara de zorro, calvo y con voz de falsete. Era el payaso del pueblo, con una sólida base de astucia bajo sus bufonadas y una capa de malicia por encima.

Se oyó su voz aguda y estridente:

—¿Quién da más? ¿Quién da más? ¡Treinta centavos! ¡Treinta y cinco! ¡Qué vergüenza, señores! ¿Quién da más? ¿Quién da cuarenta?

Selina sintió un ligero estremecimiento de excitación. Miró a su alrededor buscando un lugar donde dejar sus prendas de abrigo. Todas las mesas, sillas, ganchos y percheros de la entrada estaban llenos de ropa. Divisó una caja que parecía estar vacía, enrolló la capa, la bufanda y la capucha en un fardo compacto y, cuando iba a echarlo en la caja, vio, apuntando hacia ella desde el fondo, las caritas rosadas y durmientes de los gemelos Kuyper, de seis meses de edad. De la enorme sala llegaba un enorme griterío, aplausos, pataleos y silbidos. Se había vendido otra cesta. ¡Oh, Dios! Selina, desesperada, dejó la ropa en el suelo, en un rincón, se alisó el vestido rojo de cachemir, cogió su cesta y se dirigió a la entrada con el entusiasmo infantil del extraño que quiere entrar en un grupo. Se preguntó dónde estaban Maartje y Klaas Pool en aquella sala atestada de gente. ¿Y Roelf? En la entrada descubrió que unas anchas espaldas con sus chaquetas negras cerraban la vista y el paso. Había escrito pulcramente su nombre en la cesta y ahora no sabía cómo llegar hasta Adam Ooms. Miró la extensión del mar de hombros que tenía delante. Desesperada, decidió atravesarlo empujando con una esquina de su cesta. Arremetió con furia. La espalda atacada hizo un gesto de dolor y su dueño se volvió:

—¡Oiga! ¿Pero qué...?

Selina levantó la vista y vio el rostro enfurecido de Pervus DeJong. Pervus DeJong miró hacia abajo y vio los ojos asustados de Selina Peake. Sus ojos, normalmente grandes, ahora parecían enormes del miedo por lo que había hecho.

—¡Lo siento, lo siento! Pensé que si podía..., no hay manera de llevar mi cesta hasta allí..., con tanta gente...

Una delgada, atractiva y encantadora figura con el vestido burdeos de cachemir entre todos aquellos pechos opulentos, cuerpos sofocados y caras coloradas. Pervus apartó la mirada de ella, la posó en la caja y se quedó, si cabe, más desconcertado.

—¿Eso? ¿Una caja de comida?

—Sí, para la subasta. Soy Selina Peake, la maestra.

Él asintió:

—La vi el domingo en la iglesia.

—¿Ah, sí? No creía que usted... ¿De veras?

—Espere aquí. Ahora vuelvo. Espere aquí.

Pervus cogió la caja de zapatos. Selina esperó mientras él se abría paso entre el gentío como un gigante, alcanzaba la plataforma de Adam Ooms y colocaba la caja discretamente junto a una cesta colosal, una más entre la docena que esperaba atraer la atención de Adam. Cuando Pervus regresó junto a Selina, repitió:

—Espere.

Y desapareció escaleras abajo.

Selina esperó. Había dejado de agobiarse por no ver a los Pool entre la multitud, aunque estaba de puntillas. Cuando Pervus regresó poco después, llevaba en la mano una caja de jabón vacía. La puso en vertical junto a la entrada, justo detrás de la multitud que estaba allí parada. Selina se subió y vio que tenía la cabeza un poco por encima de la de Pervus. Podía inspeccionar la sala de punta a punta. Allí estaban los Pool. Saludó con la mano a Maartje y sonrió a Roelf. Este hizo ademán de ir hacia ella, avanzó un poco y se vio frenado por Maartje, que le agarró de la chaqueta.

Selina deseaba encontrar algo que decir. Bajó la mirada hacia Pervus DeJong. Tenía la nuca rosada, como si estuviera haciendo un esfuerzo. Ella pensó instintivamente: «Dios mío, él también está pensando qué decir». Eso, de algún modo, la tranquilizó. Esperaría a que él hablara. Ahora tenía la nuca muy roja. La multitud retrocedió a una por algo ocurrido en la tarima de Adam Ooms. Selina se balanceó peligrosamente en el cajón, agitó una mano en el aire y sintió la fuerte mano de Pervus en su brazo, sujetándola.

—Cuánta gente, ¿no?

El esfuerzo había alcanzado su cénit. El rojo de su nuca empezó a desvanecerse.

—Oh, mucha.

—No todos son de High Prairie. Algunos son del camino de Low Prairie, y hasta de New Haarlem.

—¿De veras?

Una pausa. Otro intento.

—¿Qué tal van las clases?

—Oh..., muy bien.

—De todas formas, es usted muy joven para ser maestra, ¿no?

—¿Joven? —Selina se irguió desde su atalaya del cajón—. Soy mayor que usted. Se rieron como ante una réplica ingeniosa.

El martillo de Adam Ooms (un majador de patatas hecho de madera) retumbó pidiendo silencio.

—¡Damas [¡zas!]... y caballeros! [¡zas!] ¡Señores! Miren qué cesta tenemos aquí. Desde luego, era para verla. Una cesta imponente, tan rebosante que ya no cabía

en su envoltorio. Su contenido sobresalía en un montículo, finamente cubierto con una delicada tela blanca cuya superficie refulgente revelaba que se trataba de damasco. Un Himalaya de las cestas. Se sabía que bajo esa capa nevada había oro trasmutado en pollo crujiente y succulento; esmeraldas en forma de pepinillos; rubíes transformados en mermeladas de frambuesa; pasteles bañados como diamantes, por no hablar de joyas semipreciosas como la ensalada de patata; quesos; crema agria para untar sobre pan de centeno y mantequilla; bizcochos y buñuelos.

¡Zas!

—¡La cesta de la viuda Paarlénberg, damas... y caballeros! ¡La viuda Paarlénberg! No sé qué contiene. Ustedes no saben qué contiene. No necesitamos saberlo. Quien ha probado el pollo de la viuda Paarlénberg no necesita saberlo. Quien ha probado el pastel de la viuda Paarlénberg no necesita saberlo. ¿Qué ofrecen por la cesta de la viuda Paarlénberg? ¿Qué ofrecen? ¿Qué-ofrecen-qué-ofrecen?

¡Zas!

La viuda, espléndida con su vestido negro de seda, su collar de oro que subía y bajaba ostensiblemente por el ligero frenesí que agitaba su abundante pecho, estaba sentada contra la pared a menos de un metro y medio del estrado del subastador. Se contuvo, se sonrojó, bajó la mirada, la elevó y logró parecer tan inocente como una sumisa esclava turca sacada a subasta.

Adam Ooms inspeccionó la sala. Se inclinó hacia delante, con su cara de zorro congelada en una sonrisa. Miró a la viuda, sentada a su derecha en un lugar prominente, y luego identificó a los jóvenes galanes del pueblo, a los viejos petimetres, a mozos, viudos y solteros. Allí estaba el premio de la noche. Echó una ojeada en semicírculo hasta alcanzar la alta figura que sobresalía en la entrada, y allí se detuvo. Sus ojillos astutos parecieron abrirse camino hasta encontrar la mirada firme de Pervus DeJong. Subió el brazo derecho, blandiendo el majador de patatas. Toda la sala clavó la mirada en la cabeza rubia que estaba a la entrada.

—¡Hablen, jóvenes de High Prairie! ¡Eh, usted, Pervus DeJong! ¡Qué-ofrecen-qué-ofrecen-qué-ofrecen!

—¡Cincuenta centavos!

La puja provenía de Gerrit Pon, al otro extremo del salón. Una oferta atrevida, para ser la primera, en un distrito donde un dólar a menudo representaba los beneficios de todo un carro de verduras vendido en la ciudad.

¡Zas!, sonó el majador de patatas.

—He oído cincuenta centavos. ¿Quién ofrece setenta y cinco? ¿Quién ofrece setenta y cinco?

—¡Sesenta! —gritó Johannes Ambuul, un viudo cuya edad superaba la cantidad ofrecida.

—¡Setenta! —exclamó Gerrit Pon.

—S-s-s... setenta —dijo, o mejor dicho, siseó Adam Ooms—. Damas y caballeros, prefiero no repetir en voz alta esa cifra. Me daría vergüenza. ¡Miren la

cesta, señores, y vean si pueden ofrecer... sss... setenta!

—¡Setenta y cinco! —dijo prudente Ambuul.

El rojo que inundaba su cara contradecía el aspecto aparentemente sereno de la viuda. Pervus DeJong, de pie junto a Selina, observaba todo aquello con aire indiferente. High Prairie lo miraba con expectación y descaro. La viuda se mordió el labio rojo y sacudió la cabeza. Pervus DeJong respondió a la elocuente sonrisa del subastador con la mirada tranquila y desinteresada de alguien ajeno a la situación. High Prairie, Low Prairie y New Haarlem se hallaban en tensión, como el público de una función. Allí, desde luego, se estaba representando un drama en una comunidad donde apenas ocurría nada emocionante.

—¡Señores! —la voz de Adam Ooms adquirió un tono más dolido que enfadado—. ¡Señores!

Lentamente, con veneración infinita, levantó una de las esquinas de la tela de damasco que ocultaba el contenido de la cesta y miró dentro como si se tratara de un tesoro. Lo que vio le hizo recular histriónicamente, al mismo tiempo eufórico, desesperado y atónito. Puso los ojos en blanco, se relamió los labios y se frotó la tripa. El tipo de bufonada que, desde los tiempos del teatro griego, se ha usado para representar el placer gastronómico.

—¡Ochenta! —soltó de pronto Goris Von Vuuren, diecinueve años, el hijo gordo y glotón de un rico granjero de New Haarlem.

Adam Ooms se frotó las manos enérgicamente:

—¡Vamos, vamos! ¡Un dólar! ¡Un dólar! Es un insulto para esta cesta ofrecer menos de un dólar.

Levantó de nuevo el envoltorio y olfateó el contenido, aparentemente derrotado.

—Señores, si no fuera porque la señora Ooms está aquí sentada, yo mismo ofrecería un dólar y me la llevaría. ¡Un dólar! ¿He oído un dólar! —dijo, inclinándose mucho hacia delante en su improvisado púlpito—. ¿Le he oído ofrecer un dólar, Pervus DeJong?

DeJong miraba fijamente, inmóvil, impertérrito. Su indiferencia era contagiosa. La opulenta cesta de la viuda parecía encogerse delante de los presentes.

—¡Ochenta, ochenta, ochenta, ochenta, señores! Les diré algo. Voy a contar un secreto.

La malicia se marcaba en su rostro enjuto.

—Caballeros, escuchen. No es pollo lo que hay en esta hermosa cesta. No es pollo. Es... —pausa dramática—, ¡es pato asado!

Se balanceó hacia atrás, se limpió la frente con su pañuelo rojo y levantó una mano en el aire. Su última carta.

—¡Ochenta y cinco! —gruñó el gordo Goris Von Vuuren.

—¡Ochenta y cinco! ¡Ochenta y cinco!
¡Ochentaycincoochentaycincoochentaycinco, ochentaycinco! ¡Señores! ¡Se-ño-res!
¡Ochenta y cinco a la de una! ¡Ochenta y cinco a las... dos! [Zas] ¡Adjudicada a

Goris Von Vuuren por ochenta y cinco centavos!

Se oyó un suspiro entre la concurrencia, un suspiro que era el viento antes de la tormenta. Le siguió un torbellino de conversaciones, ruidoso y atronador. La rica viuda Paarlensberg tendría que cenar con el hijo de Von Vuuren, el gordo Goris. Y allí, en la entrada, hablando con la maestra como si se conocieran hace años, estaba Pervus DeJong con su dinero en el bolsillo. Era tan bueno como una obra de teatro.

Adam Ooms estaba enfadado. Su enjuta cara de zorro se llenó de rencor. Se enorgullecía de sus bufonadas de subastador, y su obra maestra había reportado unos míseros ochenta y cinco céntimos, además de granjearle la indudable enemistad de la viuda Paarlensberg, una clienta muy importante de la tienda. Goris Von Vuuren se presentó para reclamar su premio entre gritos, aplausos y risas. Se le hizo entrega de la enorme cesta, un cargamento opíparo y cuantioso con el asa doblada cómodamente sobre la panza redonda, el envoltorio blanco tan resplandeciente por el almidón y el planchado que reflejaba la luz de la enorme lámpara situada sobre el estrado del subastador. Cuando Goris Von Vuuren la levantó, sus anchos hombros se hundieron por el peso. Su contenido prometía saciar incluso a un cebón como él. Una sonrisa entre avergonzada y triunfal surcó su cara regordeta.

Adam Ooms rebuscó entre las muchas cestas que tenía a sus pies. Pareció apretar las ventanas de su nariz y las flacas manos le temblaban un poco, como buscando un objeto pequeño.

Cuando se levantó, sonreía de nuevo y le brillaban los ojillos. Golpeó su cetro de madera pidiendo silencio. En la mano, en delicado equilibrio sobre las puntas de los dedos, sostenía la caja blanca de zapatos de Selina, atada con la cinta roja y, pegado a la cinta, el ramillete de hojas. Ooms, fingiendo una gran solicitud, la bajó para leer el nombre que estaba escrito y volvió a levantarla con una sonrisita.

No dijo nada. Sonriendo, la mantuvo en alto. Giró la cintura de un lado a otro para que todos pudieran verla. El público aún tenía en su mente la imagen de la enorme cesta repleta de comida que acababa de entregar. El contraste era demasiado absurdo, demasiado cruel. Una oleada de risas recorrió la sala y fue creciendo hasta convertirse en un aullido. Adam Ooms torció la boca y, doblando elegantemente el meñique, balanceó la caja de izquierda a derecha como si de un péndulo se tratara. Giró sus malvados ojillos, esperó con gran sentido dramático a que las risas alcanzaran su punto álgido y levantó la mano demandando silencio. Mientras se aclaraba la garganta, soltó un «ejem» carrasposo que amenazó con provocar otro estallido del público.

—¡Damas y... caballeros! Aquí tenemos una golosina. Aquí tenemos algo que no es solo para el estómago, sino un festín para la vista. Bien, muchachos, si el último lote era demasiado para vosotros este es justo vuestro tamaño. Si la comida os parece escasa, podéis atar la cinta al pelo de la dama, poneros el ramillete en el ojal y listo. ¡Listo! Además, la dama hace juego con la cesta. No os lleváis una chica de campo

con esta cesta, caballeros. Una chica de ciudad, seguro, a juzgar por su aspecto. ¿Y quién es? ¿Quién ha hecho esta delicada cestita solo para dos?

Volvió a examinarla solemnemente y apostilló, mirando teatralmente a su alrededor:

—Siempre, claro está, que no tengáis mucha hambre. ¿Quién...?

Las mejillas de Selina iban a juego con su vestido. Tenía los ojos muy abiertos y oscuros por el esfuerzo de contener la indignación que los amenazaba. ¿Qué hacía subida a ese cajón lastimoso? ¿Por qué había asistido a esa fiesta espantosa? ¿Por qué había ido a High Prairie? ¿Por qué...?

—La señorita Selina Peake. Es ella. ¡La señorita Se-li-na Peake!

Cien caras como globos unidos por una sola cuerda se volvieron hacia ella, subida al cajón donde todos podían verla. Parecían flotar hacia ella, y levantó una mano para hacerlos retroceder.

—¿Cuánto ofrecen? ¿Cuánto ofrecen? ¿Cuánto ofrecen por este adorable bocadito, caballeros? ¿Quién es el primero?

—¡Cinco centavos! —saltó el viejo Johannes Ambuul con una risita.

La multitud no pudo aguantarse más y soltó una carcajada. Selina notó un ligero malestar en la boca del estómago. En su aturdimiento, vio la cara de la viuda, ya no enfadada sino sonriente, y la cabeza morena de su querido Roelf, con la expresión resuelta de un hombre. Venía hacia ella, o lo intentaba, pero la multitud no lo dejaba pasar, pequeño como era entre aquellos corpachones. Selina lo perdió de vista. ¡Qué calor hacía! ¡Qué calor...! Sintió un brazo en la cintura. Alguien había subido a la caja y se tambaleaba a su lado, apretándose ligeramente contra ella de un modo tranquilizador. Era Pervus DeJong. Selina tenía la cabeza a la altura de sus anchos hombros. Permanecieron juntos en la entrada, subidos al cajón, a la vista de todo High Prairie.

—Ofrecen cinco centavos por este precioso bocadito que ha hecho la maestra con sus bonitas manos. ¡Cinco centavos! ¡Cinco...!

—¡Un dólar! —gritó Pervus DeJong.

Las caras como globos se pincharon de repente. High Prairie dejó caer la mandíbula y se quedó boquiabierto por el asombro.

Selina ya no parecía nada insulsa. Tenía la cabeza morena bien alta, y la rubia de Pervus contrastaba llamativamente a su lado. La compra del vestido burdeos de cachemir estaba al fin justificada.

—¡Un dólar y diez centavos! —cacareó el viejo Johannes Ambuul, posando sus ojos acuosos en Selina.

El arte y la malicia se disputaron visiblemente la supremacía en el rostro de Adam Ooms... y ganó el arte. El subastador triunfó sobre el hombre. Ooms desconocía el término «psicología de masas», pero era lo bastante artista para notar que un extraño proceso mágico, actuando a través de aquella sala abarrotada, había transformado la cestita blanca y convertido algo desdeñable y ridículo en un objeto bello, valioso e

infinitamente deseable. Ahora la miraba hipnotizado.

—Me ofrecen un dólar diez por esta cesta atada con una cinta y a juego con el vestido de la joven que la ha traído. Caballeros, se llevan la cinta, la cena y la joven. ¿Y solo ofrecen un dólar diez por todo esto? ¡Caballeros! ¡Caballeros! Recuerden que no es solo una cena..., es un cuadro que agrada a la vista. ¿He oído uno...?

—¡Uno con veinte! —gritó Barend DeRoo, de Low Prairie, sumándose a la lista.

Era un fornido joven holandés de Low Prairie, el Brom Bones^[2] de la comarca. Aaltje Huff, en un ataque de despecho por su indiferencia, se había casado para fastidiarle. Decían que Cornelia Vinke, la bella de New Haarlem, suspiraba por su amor. Aaltje iba al Haymarket con su cargamento de productos y jugaba a las cartas en el carro durante toda la noche bajo las lámparas de gas mientras las chicas del vecindario lo abordaban en vano. Medía un metro noventa y su cara colorada resplandecía como una luna llena sobre la multitud. Lanzó una mirada divertida y maliciosa que se burlaba de Pervus DeJong y de su oferta de un dólar.

—¡Un dólar y medio! —soltó una voz aguda y clara..., una voz infantil. Roelf.

—¡Oh, no! —dijo Selina en voz alta, pero no se la oyó entre el murmullo general.

Roelf le había confesado en una ocasión que había ahorrado tres dólares y cincuenta centavos en los últimos tres años. Cinco dólares era lo que valía un juego de herramientas que tenía en mente hacía meses. Selina vio a Klaas Pool pasar del asombro a la ira y a Maartje cogerle rápidamente del brazo, conteniéndolo.

—¡Dos dólares! —gritó Pervus DeJong.

—¡Dosdosdosdosdosdos! —cantó Adam Ooms en un frenesí vendedor.

—Y diez centavos —pujó prudentemente Johannes Ambuul.

—Dos con veinticinco —ofreció Barend DeRoo.

—Dos cincuenta —contraatacó Pervus DeJong.

—¡Tres dólares! —gritó una voz infantil, que se quebró ligeramente en la última sílaba, lo que provocó risas entre el público.

—Tres-tres-tres-tres-trestrestres. Tres a la una...

—Y medio —soltó Pevus DeJong.

—Tres sesenta.

—¡Cuatro! —pujó Deroo.

—Y diez centavos.

Ya no se oía la voz del muchacho.

—Ojalá paren —musitó Selina.

—¡Cinco! —de nuevo Pervus DeJong.

—¡Seis! —reaccionó DeRoo, con la cara muy roja.

—Y diez centavos.

—¡Siete!

—Solo son emparedados de mermelada —dijo Selina a DeJong, aterrada.

—¡Ocho! —voceó Johannes Ambuul, enloquecido.

—¡Nueve! —replicó DeRoo.

—¡Nueve! ¡Ofrecen nueve! ¡Nueve-nueve-nueve! ¿Quién ofrece...?

—Deje que se lo lleve. Las magdalenas han quedado un poco planas. No...

—¡Diez! —dijo Pervus DeJong.

Barend DeRoo encogió sus anchos hombros.

—Diez-diez-diez. ¿He oído once? ¿He oído diez con cincuenta? Diez-diez-diez-diez-diezdiezdiezdiez! ¡Señores! Diez a la una. Diez a las dos. ¡Adjudicado por diez dólares a Pervus DeJong! Y es una ganga —dijo Adam Ooms, enjugándose la calva, las mejillas y el húmedo lunar bajo el mentón.

Diez dólares. Adam Ooms sabía, como sabe la gente de campo, que aquello no eran solo diez dólares. Ninguna cesta de comida, ni aunque contuviera lenguas de rruiseñor, la manzana dorada de Atalanta y vinos de las mejores cosechas, era suficiente recompensa para esos diez dólares. Aquel dinero representaba sudor y sangre, esfuerzo y penurias, horas bajo el sol abrasador de la pradera a mediodía, trabajo infatigable durante las lluvias torrenciales de primavera, noches insomnes con cabezadas de una hora bajo el cielo de la plaza del mercado de Chicago, kilómetros de viaje agotador por el tosco camino de troncos entre High Prairie y Chicago, unas veces con las ruedas hundidas en el barro y otras con los ojos cegados por la nube de polvo y arena.

La venta en Christie's de una miniatura subastada en un millón no habría causado un silencio tan profundo, seguido de un murmullo tan dramático.

Pervus y Selina se pusieron a comer juntos en una esquina de la sala de Adam Ooms. Selina abrió la caja y sacó los huevos rellenos, las magdalenas un poco planas, las manzanas y los emparedados de rebanadas muy finas. Todo High Prairie, Low Prairie y New Haarlem tasaron fríamente el escaso condumio que sacó de la caja de zapatos. Selina ofreció a Pervus un emparedado, que parecía microscópico en aquella manaza. De pronto desapareció la vergüenza que torturaba a Selina, y se echó a reír, no loca ni histéricamente, sino alegre como una niña. Hincó sus pequeños dientes blancos en uno de los absurdos emparedados y miró a Pervus, esperando verlo reír a él también. Pero Pervus no reía. Estaba muy serio, con los ojos azules clavados en el trozo de pan que tenía en la mano, con la cara roja y bien afeitada. Dio un mordisco al emparedado y lo masticó con aire grave. Selina pensó: «¡Qué encanto! ¡Qué encanto de gigantón! Y pensar que podía estar comiendo pechugas de pato...».

—¡Diez dólares! —dijo en voz alta—. ¿Por qué lo ha hecho?

—No lo sé —dijo él—. Parecía usted tan pequeña. Y los demás se estaban burlando y riendo.

Parecía muy serio, los ojos azules clavados en el emparedado y la cara muy roja.

—Esa es una razón muy absurda para tirar diez dólares —le reprendió Selina.

Él pareció no oírla. Mordió con aire pensativo una de las magdalenas y de pronto soltó:

—Casi no sé escribir, solo firmar mi nombre y cosas así.

—¿Y leer?

—Solo deletrear. De todas formas no tengo tiempo para leer. Pero me gustaría saber calcular. Aritmética. Sé calcular un poco, pero esos tipos del Haymarket son demasiado listos para mí. Calculan mentalmente... fácil y rápido.

Selina se inclinó hacia él y le dijo:

—Yo le enseñaré. Yo le enseñaré.

—¿Qué quiere decir con que me enseñará?

—Por las tardes.

Él se miró las manos grandes y encallecidas y, alzando la mirada, dijo:

—¿Qué paga aceptaría?

—¿Paga? No quiero ninguna paga —respondió ella, sorprendida.

El rostro de Pervus se iluminó con una idea repentina.

—Le diré lo que haremos. Mi casa queda justo a este lado de la escuela, después de la de Bouts. Yo podría encender la estufa de la escuela por las mañanas, descongelar la bomba y llevarle un cubo de agua. Podría encender la estufa este mes, enero, febrero e incluso parte de marzo, ahora que no voy al mercado porque es invierno. Hasta primavera. Y tal vez podría acercarme tres tardes por semana a casa de Pool para las clases.

Parecía tan indefenso, tan humilde, tan enorme... y esa enormidad lo hacía más conmovedor.

Ella sintió una oleada de afecto hacia él, al mismo tiempo impersonal y maternal. De nuevo pensó: «¡Pero qué pobre! ¡Pobre grandullón indefenso! ¡Qué serio está, y qué gracioso!».

Desde luego, estaba serio y gracioso con la ridícula magdalena en su enorme mano, los ojos muy abiertos y pensativos, la cara colorada como nunca, la frente arrugada de tanta formalidad. De pronto Selina se echó a reír, alegre y jovial, y él, tras un momento de desconcierto, se unió a ella amistosamente.

—Tres tardes por semana —repitió Selina, desde su más profunda ignorancia—. Por supuesto, me encantaría. Me encantaría...

Las tardes resultaron ser los martes, jueves y sábados. Las cenas terminaban hacia las seis y media en casa de los Pool. Pervus llegaba a las siete, con la camisa muy limpia y el pelo cepillado hasta quedar brillante. Tímido, con tendencia a que se le cayera el sombrero y a golpearse con las sillas, y muy formal. Selina sentía al mismo tiempo compasión y alborozo. ¡Ay, si Pervus fuera un bravucón! Un gigante bravucón pone al mundo a la defensiva. Un grandullón afable lo desarma.

Selina sacó la gramática de McBride y la aritmética de Duffy, y juntos empezaron a analizar verbos, empapelar paredes, cavar cisternas y extraer raíces cuadradas. Descubrieron que era imposible estudiar en la mesa cubierta de hule de la cocina, rodeados por los Pool. Jakob encendía la estufa del salón y allí se sentaban, maestra y alumno, con los pies cómodamente apoyados en la reja de níquel que rodeaba la caldera de leña.

La primera tarde de clase, Roelf puso mala cara durante toda la cena y desapareció en el pequeño taller, de donde empezó a salir un estrépito de martillazos, ruidos de serrucho y otros. Él y Selina habían adquirido la costumbre de pasar mucho tiempo juntos, dentro o fuera de la casa. Patinaban en el estanque de Vander Sijde, mientras las niñas se deslizaban gritando por la pequeña pendiente que comunicaba los bosques de Kuyper con la carretera principal, utilizando trineos contruidos por Roelf. Los días desapacibles, leían o estudiaban. Pasaban así no solo los domingos, sino muchas tardes de diario. Selina estaba empeñada en que Roelf se desprendiera de la tosca habla rural y al menos compartiera con ella los conocimientos bastante incompletos adquiridos en el selecto colegio de la señorita Fister. Ella, la joven de casi veinte años, nunca hablaba de forma condescendiente con el niño de doce. Él la veneraba más allá de las palabras. Selina notó enseguida que él tenía una sensibilidad para la belleza —belleza de líneas, textura, color y composición— infrecuente en alguien de su edad. Sentir una cinta de seda entre los dedos, el naranja y el rosa de una puesta de sol, los pliegues de un vestido burdeos de cachemir, la cadencia de una poesía, producían una expresión en su cara que asombraba a Selina. Ella tenía un libro ajado de Tennyson. La primera vez que le leyó la poesía que empieza: «Elaine la bella, Elaine la adorable, Elaine, la doncella-lirio de Astolat», Roelf soltó una pequeña exclamación. Selina, levantando la vista del libro, vio los ojos muy abiertos, brillantes y luminosos en la cara enjuta y morena del muchacho.

—¿Qué pasa, Roelf?

Él se sonrojó.

—No he decidido... dicho nada. Empiece otra vez donde dice: «Elaine...».

Ella reanudó la lectura de los delicados versos: «Elaine la bella, Elaine la adorable...».

Desde la fiesta en el salón de Ooms, Roelf estaba hosco y malhumorado. Se

negaba a responder cuando ella le preguntaba por qué había pujado. Apremiado, se limitó a responder:

—Bah, lo hice por divertirme un poco volviendo loco al viejo Ooms.

Ahora, con la llegada de Pervus DeJong, Roelf ofrecía el más triste y conmovedor de los espectáculos: un muchacho celoso incapaz de contener la envidia. Selina le había invitado a apuntarse a las tres clases semanales y le había insistido mucho en que fuera a la lección impartida junto a la estufa del salón. La primera noche que se presentó Pervus DeJong, Maartje había dicho:

—Roelf, siéntate también tú y aprende. Te conviene aprender de los libros, como dice la maestra.

Klaas Pool también había aprobado el plan, porque no costaba nada y además no interfería en absoluto con el trabajo de Roelf en la granja.

—Claro, aprende —dijo con gesto magnánimo.

Roelf se negó. Se portó muy mal. Dio portazos, silbó, arrastró los pies en el suelo de la cocina, hizo muchos viajes misteriosos por el salón, subió ruidosamente las escaleras, azuzó a Geertje y Jozina para que se pelearan y lloraran, tuvo la casa alborotada y pisó a *Dunder*, el perro, para que los angustiados aullidos del animal se sumaran a la barahúnda.

Selina estaba desquiciada. Era imposible dar clase con ese alboroto.

—Esto no ha ocurrido nunca —le aseguró a Pervus, casi llorando—. No sé qué pasa. Es horrible.

Pervus levantó la mirada de su pizarrín, tranquilo y sonriente:

—No pasa nada. Mi casa es demasiado silenciosa por las noches. La próxima vez será mejor, ya verá.

En efecto, la siguiente vez fue mejor. Roelf desapareció en su taller después de cenar y no salió hasta que DeJong se hubo marchado.

Había algo en la imagen de ese gigantón inclinado sobre la pizarra, con la tiza torpemente cogida entre sus enormes dedos, que conmovía extrañamente a Selina. Sentía una piedad mortificante. De haber sabido con qué emoción se emparentaba aquella piedad, se habría llevado la pizarra, habría dado un cuaderno a Pervus, y todo el curso de su vida habría sido diferente. «Pobrecillo», se reprendía por divertirse con aquella formalidad infantil.

Pervus no era un alumno brillante, pero sí concienzudo. El tiro superior de la chimenea solía estar abierto, y el resplandor del fuego transmitía un cierto esplendor rosáceo a su rostro y cabeza. Estaba muy serio, con el ceño fruncido en un gesto de concentración. Selina, pacientemente, volvía una y otra vez sobre un problema o una frase, y de pronto lo veía sonreír, transformado, como si una mano le hubiera pasado por el rostro. Pervus tenía los dientes blancos y fuertes, demasiado pequeños y quizá no tan blancos como parecía debido a su rubicundez. Sonreía como un niño, y Selina debería haberse alertado por la cálida alegría que aquella sonrisa le proporcionaba. Ella también sonreía, y él estaba tan contento como si hubiera hecho un

descubrimiento nuevo y maravilloso.

—Es fácil una vez que se comprende —decía, como un niño.

Solía volver a casa hacia las ocho y media o las nueve. Muchas veces los Pool se acostaban antes de que se marchara. Después de que se hubiera ido, Selina se quedaba desvelada. Calentaba agua, lavaba y se cepillaba el pelo enérgicamente, sintiéndose al mismo tiempo alegre y deprimida.

A veces se ponían a hablar. La mujer de Pervus había muerto al segundo año de casados, cuando nació el bebé. El bebé también había muerto. Una niña. Él no tenía suerte, eso es todo. Ocurría lo mismo con la granja.

—En primavera, la mitad de la tierra está inundada. Justo mi parcela. La de Bouts, la siguiente a la mía, es alta y fértil. Bouts ni siquiera necesita arar de modo profundo. Su tierra es rápida. Se calienta pronto en primavera. Después de la lluvia es fácil de trabajar. Se le echa fertilizante, el que sea, y las plantas parecen salir disparadas. Mi parcela es mala para las verduras. Húmeda. Siempre húmeda. O en verano se abrasa antes de que pueda mullirla de nuevo. Tierra humífera.

Selina reflexionó un momento. Había oído muchas conversaciones entre Klaas y Jakob en las noches de invierno.

—¿No se puede hacer nada? ¿Arreglarla... para que el agua no se escape? ¿Elevarla, cavar una zanja o algo?

—Bueeeno, tal vez. Tal vez se podría. Pero drenar cuesta dinero.

—No hacerlo también, ¿no?

Él se quedó pensándolo.

—Supongo que sí. Pero no se necesita dinero para dejar la tierra como está. Para drenarla, sí.

Selina sacudió la cabeza, impaciente.

—Esa es una forma de razonar muy absurda y miope.

Pervus parecía indefenso como solo pueden parecerlo los fuertes y poderosos. El corazón de Selina se derretía de lástima. Él se miró las enormes manos encallecidas y luego a ella. Uno de los encantos de Pervus DeJong consistía en lo que sus ojos decían y su lengua callaba. Las mujeres siempre imaginaban que estaba a punto de decir lo que aquellos expresaban, pero nunca lo hacía. Esto daba un cariz emocionante a una conversación que de otro modo hubiese sido anodina.

Pervus no era en absoluto perspicaz. Sentía un respeto casi reverencial por Selina. Pero tenía una ventaja: había estado casado con una mujer, había vivido con ella durante dos años y habían tenido una hija. Selina, en cambio, tenía la experiencia de una muchacha. Era una mujer capaz de sentir una gran pasión, pero no lo sabía. La pasión es algo que las mujeres no sentían, ni mucho menos hablaban de ello. Simplemente no existía, excepto en los hombres, y en ese caso era algo de lo que avergonzarse, como un carácter violento o un estómago delicado.

A primeros de marzo, Pervus era capaz de hablar un inglés lento, cauteloso y bastante correcto. Podía hacer sumas simples. A mediados de marzo acabarían las

clases. Había mucho trabajo que hacer en la granja, tanto de día como de noche. Selina se vio de pronto intentando no pensar en el final de las clases. Se negaba a plantearse el próximo abril.

Una noche, a finales de febrero, Selina se dio cuenta de que estaba tratando de controlar algo. Estaba intentado apartar la mirada de algo. Comprendió que estaba intentando no mirar las manos de Pervus. Tenía una ganas locas de tocarlas. Quería sentir las alrededor de su garganta. Quería posar los labios en aquellas manos, rozar el dorso con la boca, lenta, húmeda, prolongadamente. Estaba aterrorizada. Pensó: «Me estoy volviendo loca. Estoy perdiendo la cabeza. Algo me pasa. No sé qué debo parecer. Seguro que un bicho raro».

Dijo algo para atraer la atención de Pervus. Él la miró sereno e impasible, así que esa cosa horrible no se reflejaba en su rostro. Selina mantuvo los ojos clavados en el libro. A las ocho y media lo cerró bruscamente.

—Estoy cansada. Creo que es porque se acerca la primavera —dijo, sonriendo tímidamente.

Pervus se levantó y desperezó los enormes brazos por encima de la cabeza. Selina se estremeció.

—Dentro de dos semanas será la última clase —dijo él—. ¿Cree que lo he hecho... hecho bien?

—Muy bien —replicó Selina, serenamente.

Estaba muy cansada.

La primera semana de marzo, Pervus estuvo enfermo y faltó. Una afección reumática a la que era propenso. Su padre, el viejo Johannes DeJong, la había tenido antes que él. Decían que era por trabajar en las tierras húmedas. Era la maldición del granjero hortícola. Selina tenía las noches libres para dedicárselas a Roelf, que volvió a reverdecer. Además, Selina cosió, leyó y ayudó a la señora Pool con las tareas domésticas en un arranque de compasión, y aquello le proporcionó un extraño alivio. Arregló un viejo vestido, estudió, escribió todas sus cartas (pocas), incluida una a sus tías de Vermont, aquellas manzanas resacas. Ya no escribía a Julie Hempel. Había oído que Julie iba a casarse con un hombre de Kansas llamado Arnold. Julie no le había escrito para contárselo. Pasó la primera de marzo y Pervus no apareció. Tampoco lo hizo el martes ni el jueves siguiente. El jueves, al salir de la escuela, Selina, tras una terrible batalla consigo misma, pasó corriendo delante de su casa, como ocupada en algún recado. Se despreció por ello y no pudo evitar sentir una horrible y retorcida satisfacción cuando pasó sin mirar por casa de él.

Estaba confundida y asustada. Durante toda la semana había tenido una sensación, o una serie de sensaciones extrañas. Estaba la sensación de ahogo seguida de un vacío, la sensación de estar hueca, sin huesos ni sangre. También, a veces, una sensación de dolor físico. Otras, la de estar sin entrañas. Pasaba de la inquietud a la apatía, y viceversa. Había periodos de actividad frenética seguidos de rachas de indolencia. Era la primavera, decía Maartje. Selina esperaba no caer enferma. Nunca

antes se había sentido así. Tenía ganas de llorar. Estaba irritable hasta el punto de mostrarse irascible con los niños en la escuela.

El sábado —catorce de marzo—, Pervus se presentó a las siete. Klaas, Maartje y Roelf habían ido a una reunión en Low Prairie, dejando a Selina con las niñas y el viejo Jakob. Ella había prometido hacerles caramelo de melaza, y estaba en plena tarea cuando oyó a Pervus llamando a la puerta de la cocina. Sintió que toda la sangre se le agolpaba en el rostro, que empezó a latir con fuerza. Pervus entró, y ella se cubrió con una coraza de calma, autocontrol y conversación insustancial: «¿Cómo está usted, señor DeJong? ¿Qué tal se encuentra? ¿No quiere sentarse? La estufa del salón no está encendida, tendremos que sentarnos aquí».

Pervus la ayudó a estirar el caramelo. Selina se preguntó si Geertje y Jozina se habían chivado alguna vez. A las ocho y media las mandó a la cama con un plato de virutas de caramelo para las dos. Las oyó revolver y trastear aprovechando la rara ausencia de sus padres.

—¡A ver, niñas! —gritó—. Recordad lo que habéis prometido a papá y a mamá.

Oyó a Geertje imitándola con afectación: «Recordad lo que habéis prometido a papá y a mamá», y luego una cascada de risas sofocadas.

Era evidente que Pervus había ido a la ciudad, porque sacó del bolsillo de la chaqueta una bolsa con media docena de plátanos, ese manjar de los manjares para el paladar granjero. Selina peló dos y se los llevó a las niñas, que se los comieron extasiadas y se durmieron enseguida, saciadas.

Pervus DeJong y Selina se sentaron a la mesa de la cocina, con los libros desplegados ante ellos sobre el mantel. El olor fuerte y dulce de la fruta llenaba la habitación. Selina llevó la lámpara del salón a la cocina para ver mejor. Era una lámpara con la base de níquel y una pantalla de cristal amarillo que arrojaba un suave resplandor dorado.

—No ha ido usted a la reunión —dijo ella, ceremoniosa—. El señor y la señora Pool sí han ido.

—No, no he ido.

—¿Por qué no?

Selina vio a Pervus tragar saliva.

—Llegué demasiado tarde. Fui a la ciudad y llegué muy tarde. Mañana hemos quedado en sembrar tomates en los semilleros.

Selina abrió la gramática de McBride.

—Ejem —tosió en plan maestra—. Bueno, vamos a analizar esta frase: «Blucher llegó al campo de Waterloo justo cuando Wellington estaba sufriendo el último ataque de Napoleón». «Justo» puede considerarse un modificador de la proposición subordinada. Es decir, «justo» significa «en el momento en que». Bien. «Justo» modifica aquí a «en el momento». Y «Wellington» es...

Así durante un cuarto de hora. Selina no apartaba los ojos del libro. Pervus siguió con el árido análisis sintáctico y la profunda resonancia de su voz hallaba respuesta

en Selina como la de un arpa cuando una mano acaricia sus cuerdas. Selina oyó en el piso de arriba las pisadas del viejo Jakob, que se disponía a acostarse. Luego todo quedó en calma. Selina no apartaba los ojos del libro, pero veía, como si las estuviese mirando, las grandes y fuertes manos de Pervus. Un fino vello dorado bajaba por el dorso y aumentaba en las muñecas. Selina se sorprendió pidiendo al Cielo que le diera fuerzas contra aquel horror y aquella perversión, contra el pecado y la infamia que la poseían. Fue una oración terrible, cruda y lastimera, formulada en el lenguaje de la Biblia: «Oh Dios, aparta de él mis ojos y mis pensamientos. Apártalos de sus manos. Mantén mis ojos y pensamientos apartados del vello dorado de sus muñecas. Líbrame de pensar en sus muñecas...».

—El dueño de las sesenta hectáreas al suroeste vende una parcela de cien metros de ancho al sur de su granja. ¿Qué cantidad recibirá a ciento cincuenta dólares la hectárea?

Pervus acertó el resultado y empezó a bregar con la raíz cuadrada de 576. Las raíces cuadradas lo atormentaban. Selina limpió la pizarra con su pequeña esponja mientras él se inclinaba en su esfuerzo por comprender las endemoniadas cifras que marchaban tan dócilmente bajo la tiza de Selina.

Selina prosiguió con soltura.

—El resto debe contener dos veces el producto de las decenas por las unidades más el cuadrado de las unidades.

Pervus pestañeó, completamente anonadado.

—Y —continuó—, dos veces la decenas por las unidades, más el cuadrado de las unidades, equivale a la suma de dos veces las decenas y las unidades por las unidades. Así que... —aquí hizo una floritura con la tiza— sumo cuatro unidades a las cuarenta y multiplico el resultado por cuatro. Conque —remató triunfante— la raíz cuadrada de 576 es 24.

Selina respiraba deprisa. El fuego en la estufa de la cocina chisporroteó.

—Bueno, ¿qué tal si lo hace usted? Vamos a borrarlo. ¡Ya está! ¿Qué debe contener el resto?

Pervus continuó lento, titubeante. La casa estaba en completo silencio, excepto por su voz.

—El resto..., dos veces..., producto..., decenas..., unidades...

Había algo en su voz... un timbre... una nota. Selina se sintió extrañamente mecida, como si toda la casa se balanceara suavemente. Una serie de pequeños y deliciosos escalofríos le recorrían los brazos, las piernas, la columna...

—... más el cuadrado de las unidades equivale a la suma del doble de las decenas..., el doble..., las decenas..., las decenas...

Pervus calló.

De forma incontrolable, la mirada de Selina saltó del libro a las manos de él. Algo en ellas la sobresaltó. Estaban cerradas, con los puños apretados. Entonces desvió la mirada de esos puños crispados a la cara del hombre que tenía a su lado, levantó la

cabeza y la echó atrás. Sus ojos, muy abiertos y sorprendidos, se encontraron con los de él, una llama azul y cegadora en su rostro curtido. Algún rincón todavía lúcido en la mente de Selina advirtió aquello. Luego Pervus relajó las manos. La llama azul abrasaba y envolvía a Selina. Sintió el roce duro y frío de una mejilla masculina contra la suya, y el poderoso, aterrador e intenso olor del contacto íntimo, una mezcla de humo de tabaco, del pelo de Pervus, de ropa recién lavada y un olor corporal indefinible. Se notaba al mismo tiempo atraída y repelida, y entonces sintió los labios de él sobre los suyos, y los de ella, increíblemente, respondiendo ávidos y apasionados a esa presión.

Se casaron en mayo, justo dos meses después. El año escolar de High Prairie prácticamente terminaba con la aparición de los primeros brotes verdes, que anunciaban las cebollas, rábanos y espinacas en el fértil légamo. Las clases de Selina se fragmentaban, menguaban y encogían hasta la mínima expresión. La escuela se convirtió en un parvulario de niños de cinco años que corrían y se revolcaban en el cálido aire primaveral que llegaba de la exuberante pradera por las ventanas abiertas. La caldera de la escuela estaba fría y oxidada. El tambor del dormitorio de Selina era ahora un genio maligno sin poder para zaherirla.

Selina se sentía al mismo tiempo desconcertada y tranquila, rebelde y contenta. Por encima de estas emociones, había una especie de sombrío regocijo. Por debajo, algo parecido al miedo. En mayo, High Prairie era verde, dorado, rosa y azul. Las flores de primavera salpicaban los campos y el borde de la carretera de amarillo, rosa, malva y morado. Violetas, ranúnculos, mandrágoras, caltas, hepáticas. Del lago llegaba un aire fresco y suave. Selina nunca había visto la primavera en el campo, y le produjo una sensación de puro dolor físico. Se movía con un extraño aire de fatalidad. Era como si se viera arrastrada, contra su voluntad, su entendimiento y sus planes, a algo dulce y terrible. Cuando estaba con Pervus se sentía eufórica, alegre y locuaz. Él hablaba poco y la miraba mudo de asombro y admiración. Cuando le llevó un ramo de trilios marchitos, a ella se le saltaron las lágrimas. Había ido a cogerlos a los bosques de Updike porque le había oído decir que le encantaban y no los había más cerca. Estaban lacios y mustios por el calor y por llevarlos en la mano. Selina estaba en la puerta, y Pervus la miró desde los escalones que daban a la cocina. Ella cogió las flores y le acarició la cabeza. Era como un manso perrazo que desentierra un premio ajado y sucio, lo pone ante nuestros pies y nos mira con ojos interrogantes.

Había días en que Selina se sentía invadida por una sensación de irrealidad. ¡Ella, la mujer de un granjero, viviendo en High Prairie para el resto de su vida! ¡No, imposible! ¿Esa era la gran aventura de la que siempre hablaba su padre? Ella, que iba a ser una alegre caminante por la senda de la vida y elegiría cualquiera de sus múltiples opciones. Ese invierno en High Prairie debería ser solo un episodio, ¡no toda su vida! Miraba a Maartje, pero ella siempre había sido así. Aquello era estúpido e innecesario. Necesitaba vestidos azules y rosas en la casa. Encajes en las cortinas de las ventanas. Jarrones con flores.

Confesó a la señora Pool algunos de los miedos y comezones que asaltan a muchas futuras novias mientras la laboriosa mujer trajinaba en la cocina.

—¿Alguna vez tuvo un poco de... miedo cuando pensó en casarse, señora Pool?

Maartje Pool estaba aporreando y aplastando vigorosamente una gran masa de pan. Espolvoreó un puñado de harina sobre la tabla mientras sostenía la masa con la otra mano, la dejó caer pesadamente y de nuevo empezó a amasar, cerrando los

puños.

Maartje se echó a reír.

—Yo me escapé.

—¿De veras? ¿Quiere decir que se escapó de verdad? Pero ¿por qué? ¿Es que no quer..., no le gustaba Klaas?

Maartje amasaba con brío. Tenía las mejillas rojas de tanto amasar y estirar, lo que le daba un aspecto extrañamente joven, casi infantil.

—Claro que me gustaba. Naturalmente.

—Pero se escapó.

—No muy lejos. Volví. Nadie se enteró siquiera de que me había escapado. Pero lo hice. Yo sí lo sabía.

—¿Por qué regresó?

Maartje expuso su filosofía sin ser en absoluto consciente de que aquello pudiera merecer un nombre tan rimbombante.

—No puedes huir muy lejos. A menos que dejes de vivir, no puedes huir de la vida.

El aspecto juvenil se había desvanecido. Era tan vieja como el mundo. Sus fuertes brazos dejaron de amasar y tundir por un momento. En los escalones de la entrada, Klaas y Jakob revisaban el informe semanal para el viaje que iban a hacer a la ciudad a última hora de la tarde.

Selina tenía la difícil tarea de ganarse de nuevo a Roelf. Era como un inocente animalillo que, herido por la mano en la que había confiado, se muestra receloso. Selina empleaba con el muchacho unas zalamerías que no concedía a su futuro marido. Un día, Roelf le preguntó de repente:

—¿Por qué te vas a casar con él?

Nunca pronunciaba su nombre.

Ella reflexionó profundamente. ¿Qué podía decir? La respuesta que estaba a punto de darle significaba poco para un muchacho. Entonces recordó un verso de Lancelot y Elaine, y respondió:

—Para servirle y seguirle por el mundo entero.

Le pareció que sonaba muy bien, pero Roelf desechó aquello rápidamente.

—Esa no es una razón, solo una respuesta tomada de un libro. De todas formas, seguirlo por el mundo entero es una tontería. Pervus se va a quedar toda la vida en High Prairie.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Selina, casi enfadada y también sorprendida.

—Lo sé. Se va a quedar aquí.

Sin embargo, Roelf no pudo resistirse por mucho tiempo a Selina. Juntos cavaron y plantaron parterres en el deslucido patio delantero de Pervus. Ya era demasiado tarde para los tulipanes. Pervus había traído una variedad de semillas de la ciudad, desde amapolas a margaritas, de lirios morados a suspiros. Estos últimos, al crecer rápidamente, iban a formar la enredadera del porche trasero. Selina, criada en la

ciudad, desconocía las variedades, pero insistió en que quería un jardín a la antigua, con margaritas, claveles, resedas y polemonios. Ella y Roelf cavaron, escarbaron y plantaron. La granja de Pervus era especialmente fea, incluso en esa comunidad de casas destartadas. Le faltaba el aspecto de limpieza reluciente que libraba a las otras granjas de la sordidez. Además, la casa tenía ya treinta años. Era como un cajón golpeado por la intemperie con techo en mansarda y una fachada lisa que daba a los tupidos sauces de la carretera. Necesitaba una capa de pintura. Las vallas estaban hundidas y las cortinas torcidas. El salón era húmedo y fúnebre. La anciana que llevaba la casa deambulaba todo el día con un cubo y una bayeta gris. Siempre había una pila demencial de platos sucios sobre la mesa, y la comida anterior siempre parecía enlazar con la siguiente. La casa entera desprendía un aire inhóspito y desnudo, señal de que no la había habitado ninguna mujer que la apreciara.

Selina se dijo (y dijo a Pervus) que iba a cambiarlo todo. De pronto se vio deambulando con una brocha y una lata, dejando a su paso belleza donde antes había fealdad.

Su ajuar era exiguo. La casa de Pervus ya estaba equipada con toda la ropa que podían necesitar. La cuestión del traje de novia le preocupó hasta que Maartje le sugirió que se casara con el viejo vestido holandés que estaba guardado en el arcón de su dormitorio.

—Una auténtica novia holandesa —dijo Maartje—. A tu hombre le parecerá estupendo.

Pervus estaba encantado. Selina se deleitaba en su amor como una gata al sol. Al fin y al cabo, era una novia muy solitaria con solo dos fotografías en el estante de su cuarto para darle ánimo y consejo. El viejo traje de novia holandés le quedaba varias tallas grande. La cinta de la falda excedía su delgada cintura y su esbelto pecho no llenaba la generosa amplitud del corpiño, pero el efecto general era al mismo tiempo curioso y patético. Las alas rígidamente bordadas de la cofia enmarcaban el blanco rostro de ojos grandes y oscuros. Incluso había probado a ponerse los zapatos tallados a mano, pero tuvo que desistir. En ellos, los pies le bailaban como pececillos en una barca. Tuvo muchas dificultades con aquellos extraños botones y cierres. Era como si la difunta Sophia Kroon intentara, con dedos fantasmales, impedir que la joven afrontara su destino.

Se casaron en la casa de Pervus. Klaas y Maartje insistieron en hacerse cargo del banquete nupcial: jamón, pollos, salchichas, pasteles, pepinillos y cerveza. Los casó el reverendo Dekker y, durante toda la ceremonia, Selina no pudo prestar atención a sus palabras por la fascinación que le producía el temblor de su barba hirsuta cada vez que movía la mandíbula. Pervus parecía envarado, serio e incómodo en su traje negro, muy distinto del apuesto gigante cotidiano, con ropa de pana y camisa azul. En mitad de la ceremonia Selina sufrió un momento de pánico, cuando se imaginó gritando y huyendo de aquella gente, de aquel hombre y de aquella casa, carretera abajo hacia, hacia..., ¿hacia dónde? Fue un sentimiento tan intenso que le sorprendió

verse todavía allí, con el traje de novia holandés y respondiendo «Sí, quiero» cuando correspondía.

Hubo pocos regalos de boda. Los Pool les obsequiaron una «lámpara colgante», tan codiciada por la mujer de un granjero. Era un engendro amarillo, con tonos rosados en la pantalla y prismas de cristal que colgaban y tintineaban en el borde. Estaba pensada para colgar del techo del salón, y subía y bajaba mediante una especie de polea. La viuda Paarlenberg envió un juego de cristalería rojo con tonos rosáceos que incluía una jarra y seis vasos. El regalo de Roelf, fruto del trabajo de muchas semanas en el taller, era un baúl de novia copiado de la vieja y magnífica pieza que había mitigado la absoluta fealdad del cuarto de Selina. Roelf había teñido y pulido la madera, y tallado en el frontal sus iniciales —de forma muy parecida a las que resaltaban tan claramente en el viejo baúl del piso de arriba—, S. P. D., y el año, 1890. El conjunto era una magnífica pieza de artesanía para un chico de trece años, y no habría desmerecido a un hombre de cualquier edad. Era el único regalo bonito entre los burdos y feos arreos nupciales de Selina, que le dio las gracias con lágrimas en los ojos.

—Roelf, vendrás a verme a menudo, ¿verdad? A menudo, ¿eh?

Al verlo dudar, dijo algo extraño en una novia:

—Te necesito tanto... Eres lo único que tengo.

—Iré —dijo el chico, con un tono y una voz que intentaban sonar desenfadados—. Por supuesto que iré de vez en cuando.

—Vez, Roelf. De vez en cuando.

Él lo repitió, obediente.

Tras la boda se fueron directos a casa de Pervus. En mayo los granjeros no podían descuidar la huerta ni un solo día. Habían arreglado la casa para ellos. El dominio de la vieja ama de llaves había terminado. Su cuarto junto a la cocina estaba vacío.

Durante la cena, Selina había tenido pensamientos tan absurdos e inconexos que casi se alarmó: «Ahora estoy casada. Soy la señora de Pervus DeJong. Es un nombre bonito. Quedará muy elegante en una tarjeta. Muy fino y estilizado:



Esto lo recordaría tiempo después con tristeza, cuando ella, la señora DeJong, no solo estaba en casa los viernes, sino también los sábados, domingos, lunes, martes, miércoles y jueves.

Fueron en el carro hasta su nuevo hogar. Selina pensó: «Voy a casa con mi marido. Siento su hombro contra el mío. Ojalá hablara y dijera algo. Pero no estoy asustada».

El carro de Pervus estaba en el patio, con los ejes bajados. Aquel día tenía que haber ido al mercado. Desde luego tendría que ir al siguiente y salir a primera hora de la tarde para conseguir un buen sitio en el mercado de Haymarket. A la luz de su linterna, el carro le pareció un símbolo a Selina. Lo había visto antes muchas veces, pero ahora que iba a convertirse en una parte de su vida —el carro DeJong, y ella, la señora DeJong—, se dio cuenta de lo estrafalario, destartalado y pobretón que era aquel viejo vehículo, en contraste con el carro sólido y bien cuidado que estaba en el patio de Klaas Pool, pintado elegantemente de verde y con un rótulo rojo que decía: «Klaas Pool, productos de la huerta». Con los dos lustrosos caballos de tiro, el acabado parecía tan próspero y confortable como el propio Klaas.

Pervus bajó a Selina del pescante cogiéndola por la cintura, y la sostuvo así un momento, pegada a él. Selina dijo:

—Tienes que pintar el carro, Pervus. Y arreglar los muelles y reparar el lateral.

Él se la quedó mirando.

—¿El carro?

—Sí. Está hecho un cuadro.

La casa estaba bastante ordenada, pero no muy limpia. La vieja señora Voorhees no se había esmerado demasiado en llevar una casa para un hombre que no se iba a fijar en si estaba limpia o sucia. Pervus encendió las lámparas. Había un fuego encendido en la cocina, que hacía que la casa pareciera sofocante en la suave noche de mayo. Selina pensó que su antiguo cuarto en casa de los Pool estaría deliciosamente fresco y tranquilo por la brisa que soplaba del oeste. Pervus estaba metiendo el caballo en el establo. El dormitorio se hallaba lejos del salón. La ventana estaba cerrada. El último año, Selina había aprendido a dejarlo todo preparado la noche anterior para perder el menor tiempo posible al levantarse por la mañana. Se puso a ello, inconscientemente. Se quitó la muda de algodón con sus encajes y bordados: las tres rígidas enaguas, el cubrecorsé almidonado y el corpiño de pecho generoso, y los guardó en el cajón de la cómoda que ella misma había limpiado y empapelado cuidadosamente la semana anterior. Se cepilló el pelo, dejó preparada la ropa del día siguiente, se puso el camisón de cuello alto y manga larga y se metió en esa cama extraña. Oyó a Pervus DeJong cerrando la puerta de la cocina, el ruido de un pestillo, el giro de un cerrojo. Pasos rápidos y pesados en el suelo desnudo de la cocina. Ese hombre iba a entrar en su habitación... «No puedes huir muy lejos —había dicho Maartje Pool—. A menos que dejes de vivir, no puedes huir de la vida.»

A la mañana siguiente, aún estaba oscuro cuando Pervus la despertó a las cuatro.

Ella se sobresaltó, dio un pequeño grito y se sentó en la cama, aguzando los ojos y los oídos.

—¿Eres tú, papá?

Era otra vez la pequeña Selina Peake, y Simeon Peake había entrado, alegre y arrogante, después de una noche de juego. Pervus DeJong ya andaba en calcetines por el cuarto.

—¿Qué... qué hora es? ¿Qué ocurre, papá? ¿Por qué estás levantado? ¿No te has acostado?

De pronto se acordó.

Pervus DeJong se rio y se acercó a ella.

—Levanta, perezosa. Son más de las cuatro. Tengo que hacer todo el trabajo de ayer y el de hoy. El desayuno, Lina, el desayuno. Ahora eres la mujer de un granjero.

En octubre las granjeras de High Prairie se contaron unas a otras que la señora de Pervus DeJong estaba «esperando». Dirk DeJong nació el quince de marzo en el dormitorio que daba al salón, de una madre perpleja y algo resentida pero sumamente curiosa, y de un padre orgulloso, ridículo y jactancioso cuyos aires de héroe, considerando el papel tan pequeño que había desempeñado en aquel largo, tedioso y agotador asunto, eran desproporcionados. El nombre de Dirk le evocaba a Selina la imagen de alguien alto, tieso y delgado. Pervus lo había elegido. Era el nombre de su abuelo.

A veces, durante aquellos meses, Selina recordaba su primer invierno en High Prairie —ese invierno de la habitación helada, el frío tambor negro, el fuego de la escuela, los sabañones, y el cerdo de los Pool— y le parecía un sueño precioso, una época de relajación, libertad, felicidad y despreocupación. Ese cuarto helado había sido su cuarto, el kilómetro y medio recorrido durante las glaciales mañanas de invierno un simple paseo, la caldera de la escuela un juguete díscolo pero fascinante.

Pervus DeJong quería a su guapa mujercita y ella a él. Pero el amor juvenil crece en el color, el calor y la belleza. Se vuelve prosaico y obtuso cuando se ve obligado a empezar el día a las cuatro de la mañana, tratando de coger a ciegas las prendas lacias y oscuras que colgaban del pilar de la cama o de la silla, y terminar la jornada a las nueve, entumecido, torpe y agotado tras diecisiete horas de trabajo físico.

Fue un verano húmedo. Las tomateras escogidas por Pervus, plantadas tan cuidadosamente con la esperanza de una estación seca, se volvieron espectros sucios y grises en un lodazal. De este fruto, el campo dio unos tomates del tamaño de una canica.

Por lo demás, las cosechas fueron moderadamente bien en casa de los DeJong. Pero el trabajo que aquello requería era salvaje. Pervus y su jornalero, Jan Steele, usaban la sembradora manual y la azada. A Selina le parecían esclavos de los brotes, retoños y raíces que clamaban con cien mil voces: «¡Dejadnos salir! ¡Dejadnos salir!». Había observado, durante su invierno en casa de los Pool, que Klaas, Roelf y el viejo Jakob trabajaban a primera y última hora, pero sus meses allí habían coincidido con lo que en realidad es la época de descanso del granjero. Ella había llegado en noviembre y se había casado en mayo. De mayo a octubre había que trabajar los campos con una dedicación casi feroz. Selina nunca había imaginado que el ser humano tuviera que afanarse así para ganarse el sustento. No había sabido lo que era el trabajo duro hasta que llegó a High Prairie. Ahora veía a su marido arrancar el sustento a la tierra a fuerza de puro músculo, sudor y fatigas. Durante los meses de junio, julio, agosto y septiembre el fértil suelo negro de la pradera estaba rebosante, como un semillero de abundancia, en varios kilómetros a la redonda. En esta época Selina sintió nacer en su interior un sentimiento de amor por la naturaleza

que nunca perdería. Puede que el hijo que llevaba en su vientre tuviera algo que ver. Era consciente de un sentimiento de afinidad con la naturaleza, una ilusión de esplendor y de logro. A veces, en un descanso momentáneo de sus labores domésticas, se apostaba en la puerta de la cocina y, con el rostro arrebatado, contemplaba los campos, olas y olas de verde, ola tras ola que se fundían unas con otras hasta formar un mar.

Igual que para Klaas Pool los repollos eran repollos y nada más, para Pervus, las zanahorias, remolachas, cebollas, nabos y rábanos no eran más que productos que había que plantar, cuidar, recoger y vender. Pero para Selina, durante aquel verano, se convirtieron en una parte esencial del vasto mecanismo del mundo viviente. Pervus, la tierra, el sol, la lluvia, eran fuerzas elementales que trabajaban con el fin de producir el alimento destinado a millones de seres humanos. La sórdida y mísera parcela se convirtió en un reino: los flemáticos granjeros flamenco-americanos de la región eran sumos sacerdotes consagrados a servir a la divinidad, la Tierra. Pensó en los niños de Chicago. Si tenían las mejillas coloradas, la mirada despejada y la mente despierta era porque Pervus les llevaba el alimento que hacía aquello posible. Esto era antes de que la cháchara sobre el hierro, las vitaminas y el arsénico entrara en todas las discusiones sobre comida. Sin embargo, Selina intuía el sentido oculto tras aquellas figuras pacientes y laboriosas, ignorantes de su papel, dobladas en los campos a lo largo de varios kilómetros por todo High Prairie. Trató de transmitir algo de esto a Pervus y él se la quedó mirando, con los ojos azules muy abiertos e indiferentes.

—¡Que el trabajo de la granja es grandioso! La labranza es un trabajo esclavo. Del carro de zanahorias que llevé ayer a la ciudad no saqué lo suficiente para traerte las cosas del niño y que así tenga ropa cuando nazca. Es mejor dárselas al ganado.

Pervus iba al mercado de Chicago cada dos días. En julio y agosto, a veces no se quitaba la ropa en una semana. Él y Jan Steen cargaban el carro con lo cosechado aquel día y a las cuatro emprendían el tedioso viaje a la ciudad. El histórico y viejo Haymarket, al este de la calle Randolph, se había convertido en el punto de venta para los hortelanos de los alrededores de Chicago. Allí aparcaban los carros y se preparaban para la venta del día siguiente. Los carros estaban colocados muy juntos, en triple fila, a ambos lados del bordillo y en mitad de la calle. El que llegaba antes conseguía el mejor puesto. No había una distribución regular del espacio. Pervus trataba de llegar al Haymarket hacia las nueve de la noche. A menudo el mal estado de las carreteras le obligaba a tomar un desvío y llegaba tarde, lo que normalmente significaba poca venta al día siguiente. Los hombres, en su mayor parte, dormían en los carros, hechos un ovillo en los asientos o tumbados sobre los sacos. Los caballos se guardaban y comían en establos cercanos, donde estaban más cómodos que los propios hombres. Se podía conseguir una habitación por veinticinco centavos en una de las destartadas pensiones que daban a la calle. Pero las habitaciones eran pequeñas, insalubres y nada limpias, y las camas poco más cómodas que los carros.

Además, ¡veinticinco centavos! Veinticinco centavos es lo que se pagaba por medio barril de tomates. El precio de un saco de patatas. Un saco de cebollas costaba setenta y cinco centavos. Los repollos valían dos dólares la centena, y eran piezas de dos kilos. Si volvías a casa con diez dólares en los bolsillos, eso representaba un beneficio exacto de cero. La cifra debía ser superior a eso. No, no se pagaban veinticinco centavos por el simple privilegio de dormir en una cama.

Un día de junio, un mes después de su boda, Selina fue a Chicago con Pervus. Era una figura menuda y fuera de lugar vestida con sus galas de novia y encaramada al asiento del carro repleto de los primeros productos de la huerta. Habían salido antes de las cuatro de la tarde, y llegaron a la ciudad a las nueve, aunque las carreteras aún estaban pesadas por las últimas lluvias de mayo. Era, en cierto modo, su viaje de novios, puesto que Selina no había salido de la granja desde su boda. Lucía el sol y hacía calor. Selina cogió un paraguas para protegerse del sol y miró a su alrededor, animada y curiosa. Parloteaba, volvía la cabeza de un lado a otro, exclamaba, preguntaba. A veces le gustaría que Pervus respondiera antes a aquella efusividad. Ella, una criatura alegre y vivaz, retozaba a su alrededor como un terrier simpático y jugueteón junto a un san bernardo pesado e imperturbable.

Mientras traqueteaban por el camino, Selina reveló planes magníficos que había estado ideando durante las cuatro semanas anteriores. No había necesitado cuatro semanas —ni días— en comprender que aquel hombretón de anchos hombros con el que se había casado era un ser bondadoso, tierno y bueno, pero sin un ápice de iniciativa ni de garbo. A veces ella se maravillaba al recordar la audacia de Pervus cuando pujó por su cesta aquella tarde en la subasta. Ahora le parecía increíble, aunque él lo mencionaba a menudo, meneando la cabeza como un perro y con la sonrisa amplia y complaciente del macho victorioso. Pero, a fin de cuentas, era un tipo anodino, y había en Selina un espíritu fogoso, pícaro y aventurero que él nunca llegó a comprender. Los destellos apasionados de Selina producían en su marido una mezcla de orgullo y desasosiego.

Como todas las recién casadas, Selina se propuso cambiar a su marido. Él era guapo, fuerte y dulce, tardo, conservador y taciturno. Ella lo volvería entusiasta, audaz, exitoso y alegre. Ahora, mientras traqueteaban por la carretera de Halsted, Selina esbozó a grandes rasgos algunos de sus planes.

—Pervus, tenemos que pintar la casa en octubre, antes de que lleguen las heladas y una vez haya terminado el trabajo de verano. Iría bien un blanco con toques verdes. Aunque quizá es poco práctico. O verde con toques de un verde más oscuro. Sería un fondo precioso para las malvarrosas —las que ella y Roelf habían plantado no mostraban signos de que fueran a brotar—. Además, está ese terreno al oeste. Hay que drenarlo.

—Sí, claro, drenarlo —masculló Pervus—. Es tierra arcillosa. Drénala y tendrás arcilla. Suelo duro y arcilloso.

Selina tenía una respuesta para eso.

—Lo sé. Hay que usar un drenaje por tubos. Y... espera un momento..., humus. Yo sé lo que es el humus. Son vegetales descompuestos. Siempre hay un montón al lado del granero y tú lo has estado usando en la tierra rápida. Ese terreno no es todo arcilla. Una parte es fungosa. Solo necesita drenaje y estiércol. Y también potasa y ácido fosfórico.

Pervus soltó una sonora carcajada que Selina encontró sorprendentemente irritante. Él posó una manaza morena y condescendiente en la mejilla sonrojada de su mujer y la pellizcó suavemente.

—¡Déjame! —dijo Selina, apartando bruscamente la cabeza.

Era la primera vez que le molestaba una caricia de su marido.

Pervus rio otra vez.

—¡Bueno, bueno! Así que la maestra ahora es una granjera, ¿eh? Apuesto a que hasta la viuda Paarlenberg no sabe tanto como mi pequeña granjera de... —y soltó otra carcajada—, de eso, ¿cómo era?, potasa y... ¿qué tipo de ácido? Dime, Lina, cielo, ¿dónde has aprendido todo eso sobre el cultivo de hortalizas?

—De un libro —dijo Selina, furiosa—. Lo mandé traer de Chicago.

—¡Un libro! ¡Un libro! —dijo él, palmeándose la rodilla—. Aprende a ser granjera en un libro.

—¿Por qué no? El hombre que lo escribió sabe más de cultivar verduras que nadie en todo High Prairie. Sabe de métodos nuevos. Tú llevas la granja exactamente igual que la llevaba tu padre.

—Si a mi padre le parecía bien, a mí también.

—¡No es cierto! ¡No lo es! El libro dice que el suelo arcilloso es bueno para los repollos, guisantes y judías. Te dice cómo hacerlo. ¡Te dice cómo!

Era como una mosca frenética que se lanzaba sobre él y le picaba para acelerar la imperturbable lentitud de su marido.

Una vez que había empezado, se lanzó de lleno.

—Deberíamos tener dos caballos para llevar el carro al mercado. Eso te ahorraría dos horas que podrías pasar en casa. Dos caballos y un carro nuevo, verde y rojo, como el de Klaas Pool.

Pervus miró a la carretera, con la vista fija entre las orejas de su caballo, igual que había hecho Klaas Pool de forma tan exasperante en el primer viaje de Selina por la carretera de Halsted.

—Bonito discurso, bonito discurso —dijo.

—¡Oh! —dijo Selina golpeándose la rodilla con el puño, impotente.

Nunca hasta entonces habían estado tan cerca de reñir. Se diría que Pervus tenía mejores argumentos, porque, dos años después, el terreno al oeste aún era una masa cenagosa e improductiva, y la vieja casa seguía mirando, destartalada y sin pintar, a los tupidos sauces de la carretera.

Durmieron aquella noche en una de las pensiones de veinticinco centavos. Mejor dicho, Pervus durmió. Selina permaneció despierta, escuchando los ruidos de la

ciudad que se habían vuelto extraños a sus oídos y mirando por el rectángulo morado de la ventana abierta, hasta que el rectángulo se volvió gris. Quizá lloró un poco. Pero, por la mañana, Pervus debería haber notado (de haber sido un hombre más perspicaz) que la hermosa mandíbula de su mujer reflejaba más determinación que nunca y significaba inevitablemente pintura, drenaje, humus, potasa, ácido fosfórico y un tiro de dos caballos.

Selina se levantó con Pervus antes de las cuatro, contenta de abandonar el cuarto insalubre, con su sucio papel verde de lunares y la cama y la silla desportilladas. Tomaron una taza de café y una rebanada de pan en el comedor del primer piso. Selina esperó mientras Pervus se ocupaba del caballo. Habían pagado otros veinticinco centavos al vigilante nocturno por controlar el carro, aparcado en una fila con otros cien en el Haymarket. Aún no había amanecido cuando empezó el mercadeo. Selina, observándolo desde el asiento del carro, pensó que aquel era un método caprichoso y arriesgado de distribuir los alimentos en los que Pervus se había dejado la espalda y los brazos, pero no dijo nada.

Los dos primeros años se quedó en casa, obligada. Pervus dijo que su mujer nunca trabajaría en los campos como hacían muchas de las mujeres e hijas de High Prairie. Casi no tenían dinero. A Pervus apenas le daba para pagar a Jan Steen el sueldo de mayo, junio, julio y agosto, época en que el jornalero estaba empleado en la granja DeJong, a pesar de que Steen, conocido por su ineptitud e incompetencia, no era nada productivo. Selina aprendió mucho los dos primeros años, pero no dijo gran cosa. Tenía la casa ordenada —un trabajo duro e interminable— y consiguió, milagrosamente, mantenerse fresca y arreglada. Entonces comprendió la ropa gris, el rostro agobiado, los pies presurosos y nunca quietos de Maartje Pool. La idea de poner jarrones con flores fue desechada en julio. De no haber sido por la constante dedicación de Roelf, hasta los parterres, plantados con tanta ilusión, habrían muerto por falta de cuidado.

Roelf iba a menudo a la casa. Encontraba allí una tranquilidad y una paz que no había conocido en el hogar de los Pool, siempre ruidosa y alborotada. Para decorar su casa, Selina había expoliado su preciado tesoro del banco: los cuatrocientos noventa y siete dólares que le había dejado su padre. Todavía tenía uno de los diamantes blancos, que guardaba cosido en el dobladillo de una vieja enagua de franela. Una vez se lo enseñó a Pervus.

—Si lo vendo quizá podríamos conseguir dinero suficiente para drenar.

Pervus cogió la piedra, la sopesó en la enorme palma de su mano y pestañeó como hacía siempre que se discutía un asunto que no comprendía.

—¿Cuánto sacarías por él? ¿Cincuenta dólares? Me hacen falta quinientos.

—Los tengo. ¡Los tengo en el banco!

—Bueno, quizá la primavera que viene. Ahora estoy demasiado ocupado.

A Selina le pareció un argumento ramplón, pero llevaba casada demasiado poco tiempo para plantarse, estaba demasiado enamorada y aún sabía demasiado poco de

granjas.

La lata de pintura blanca y la brocha sí se hicieron realidad. Durante varias semanas fue peligroso sentarse, apoyarse o pisar en cualquier superficie de la casa DeJong sin que Selina lanzara un grito de advertencia. Ella misma habría probado a pintar en el exterior de la casa con una lata de un kilo y una brocha de diez centímetros si Pervus no hubiera intervenido. Hizo el dobladillo de las cortinas de fustán y fundas para el espantoso sofá del salón y para las sillas aún más feas. Se suscribió a una revista llamada *Casa y jardín*. Ella y Roelf se enfrascaban en la lectura de esta fascinante publicación. Terrazas, piscinas con lirios, ventanas emplomadas, cretona, chimeneas, tejos, pérgolas, fuentes... Absorbían todo aquello, lanzaban exclamaciones de admiración y hacían sus críticas. Selina estaba indecisa entre una casa de campo inglesa con porche de madera, mirador y enlosado, y una villa italiana con una gran terraza donde se pasearía vestida de blanco con un galgo ruso. Si High Prairie hubiera oído por casualidad una de estas conversaciones entre la mujer granjera que siempre sería una niña y el muchacho granjero que nunca fue del todo un niño, se habría echado las manos a la cabeza y habría soltado un escandalizado «*¡Hog heden!*». Pero High Prairie nunca las oyó, y de haberlo hecho, no las habría entendido. Selina hizo otra cosa rara: colocó el bonito baúl de roble tallado a mano que Roelf le había regalado de tal manera que fuese lo primero que viera su hijo al despertar por la mañana. Era su bien máspreciado. Tenía también un juego incompleto de loza vidriada que había pertenecido a la madre de Pervus, y antes a su abuela. Los domingos por la noche Selina lo sacaba en la cena, pese a las protestas de Pervus, y siempre insistía en que Dirk tomara la leche en una de esas copas preciosas y brillantes. A Pervus le parecía una locura.

Selina se levantaba todos los días a las cuatro. Vestirse consistía en cubrirse el cuerpo de forma rápida y mecánica. El desayuno debía estar listo para cuando Pervus y Jan llegaran del establo. Tenía que limpiar la casa, ocuparse de las gallinas, coser, lavar, planchar y cocinar. Ideó maneras de reducir sus pasos al mínimo y aligerar el trabajo, y vio claramente que la pequeña granja estaba mal explotada por falta de previsión, de imaginación y —lo afrontó directamente— de inteligencia. Sentía cariño por ese niño grande, bueno, torpe y obstinado que era su marido, pero comprendió aquello con sorprendente claridad entre las nieblas de su amor. Había algo profético en cómo empezó a absorber conocimientos sobre la explotación agrícola, el cultivo de verduras y su comercialización. Escuchando y observando, aprendió sobre el suelo, la siembra, el clima y la venta. Las conversaciones diarias en la casa y los campos no trataban de otra cosa. La pequeña parcela de diez hectáreas no se parecía nada a las majestuosas granjas de cereales de Iowa, Illinois y Kansas, con sus olas interminables de trigo, maíz, centeno, alfalfa y cebada que se perdían en el horizonte. Aquí todo se hacía a escala diminuta. Una hectárea de esto. Dos hectáreas de aquello. Veinte pollos. Una vaca. Un caballo. Dos cerdos. Aquí había todas las cargas de la vida en la granja sin nada de su abundancia, magnitud o

esplendor. Selina sentía que cada centímetro de suelo debía explotarse para rendir el máximo. Pero ahí estaba la hectárea dieciséis, inservible durante casi todo el año y nunca disponible. Y no había dinero para drenarlo o fertilizarlo, ni para comprar tierras vecinas que fueran rentables. Selina ignoraba el término «agricultura intensiva», pero eso es lo que pretendía hacer. Lamentablemente, la protección artificial contra el clima traicionero de la región de los grandes lagos no entraba en los planes de Pervus. Primero hacía calor, ese calor húmedo, abrasador y pegajoso de la comarca. El suelo hervía y echaba humo, y la verdura parecía abrirse paso hasta la superficie, de forma que casi se la podía ver crecer, como en una absurda ilusión óptica. Luego, sin avisar, llegaba el viento helado del lago Míchigan y segaba los brotes tiernos con sus dedos diabólicos. Tenía que haber habido semilleros, invernáculos y viveros. Casi no había ninguno.

Selina veía estas cosas, pero no muy claramente. Se dedicaba a las tareas domésticas, unas veces soñadora y otras alegre. Su estado físico influía en su ánimo. A veces, a principios de otoño, cuando los días refrescaban, solía ir a última hora de la tarde adonde Pervus y Jan estuvieran recogiendo los productos que iban a llevar esa noche al mercado. Se quedaba allí, con alguna labor de costura en la mano, mientras el viento alborotaba su pelo y agitaba su falda, la cara morena vuelta ligeramente hacia el cálido sol como una bonita flor dorada. A veces se sentaba en una pila de sacos vacíos o en un cajón de embalar con la costura en la mano. En esas ocasiones era muy feliz, estaba invadida de gozo, excepto por la inquietud que sentía al observar la gran mancha oscura de sudor en la camisa de Pervus.

Así salió a los campos una tarde de otoño. Se sentía especialmente alegre y animada. En una de sus escasas horas libres Roelf Pool había ido a ayudarla con las raíces de peonías que Pervus le había traído de Chicago para plantar en otoño. Roelf había cavado la zanja, ancha y profunda, la había cubierto con estiércol y luego con tierra. Las flores iban a formar una fila doble a lo largo del camino hasta la fachada de la casa y, en su imaginación, Selina ya las veía floreciendo cuando llegara la primavera, como bolas peludas de un rosa exquisito. Roelf estaba echando una mano a Pervus y Jan, inclinados sobre las últimas remolachas y rábanos. Era un día dorado, azul y escarlata, templado para esa época del año, con un calor suave y apacible como el *chartreuse* amarillo. Había tramos de légamo negro donde las verduras habían sido arrancadas. Manojos de estas, atados con cuerdas, yacían listos para ser repartidos en las cestas. Selina se alegró la vista con el límpido coral de los rábanos tirados en el fértil légamo negro.

—¡Una joya, Pervus! —exclamó—. ¡Parece una joya en la oreja de una etíope!

—¿Qué? —dijo Pervus, alzando la vista, afectuoso pero desconcertado.

Pero el chico sonrió. Selina le había regalado ese libro al marcharse. De pronto Selina se inclinó y cogió uno de los racimos verdes atados con un trozo de cuerda. De pronto Selina se quitó una horquilla y se sujetó el manojito en el pelo, justo detrás de la oreja. Algo absurdo e infantil. Y lo lógico es que pareciera ridículo, pero no. Por el

contrario, el manajo, en su rostro, semejaba una gran flor carmesí. Selina tenía las mejillas coloradas por el cálido sol, el bonito pelo negro mecido por el viento y un poco suelto, el vestido abierto hasta el cuello. Estaba más rellenita y su pecho formaba una curva más generosa, porque estaba embarazada de cuatro meses. Selina reía. Al oír una pequeña exclamación de Roelf, Pervus alzó la vista, al igual que Jan. Selina, lentamente, dio un paso de baile, y luego otro, con los brazos levantados. Era una pequeña figura provocativa y encantadoramente báquica en aquellos campos bajo el caluroso cielo azul. Jan Steen se secó el sudor de su cara morena, con los ojos brillantes.

—¡Eres como el calendario que está en la pared del salón! —exclamó Roelf.

Era una imagen barata, pero colorida y vistosa, de una chica con cerezas en el pelo. Estaba colgada en casa de los Pool.

Pervus DeJong mostró uno de sus raros arrebatos de ira. Selina no había visto esa nube azul en sus ojos desde aquella noche, meses atrás, en la cocina de los Pool. Pero aquel había sido un azul cálido y abrasador como el del cielo sobre sus cabezas. Este era un azul frío, una cosa gélida y glacial, como el azul acerado del hielo bajo el sol.

—¡Quítate eso del pelo ahora mismo! ¡Debería darte vergüenza!

Se fue directo hacia ella, le arrancó el manajo del pelo, lo tiró al suelo y lo pisoteó con sus botas. Mientras, un largo mechón de bonito pelo negro cayó por el hombro de Selina. Se quedó mirando a Pervus con los ojos muy abiertos, oscuros y enormes en aquel rostro súbitamente pálido.

La ira de Pervus era el resultado de la mente estrecha y cerrada que teme el cotilleo. Pervus sabía que el jornalero iba a contar por todo High Prairie que la mujer de Pervus DeJong se colgaba rábanos rojos en el pelo y bailaba en los campos como una casquivana.

Selina se dio media vuelta y corrió hacia la casa. Era la primera vez que reñían en serio. Pasó unos días dolida, avergonzada y taciturna. Naturalmente, hicieron las paces. Pervus estaba arrepentido, casi abochornado. Pero una parte de la niñez de Selina desapareció aquel día.

Durante el invierno Selina se sintió a menudo terriblemente sola. Nunca superó sus ganas de tener compañía. Era una criatura sociable y amante de la diversión, enterrada en una granja en la pradera de Illinois aislada por la nieve, con un marido que consideraba la conversación algo práctico y no un pasatiempo. Aquel invierno supo lo que era la tremenda sordidez de la vida en la granja. Casi nunca veía a los Pool. En realidad, casi nunca veía a nadie excepto a su pequeña familia. El salón solía estar congelado, pero a veces se deslizaba hasta allí con un chal sobre los hombros y se sentaba junto a la ventana helada para ver pasar un carro o algún caminante inesperado. No se compadecía de sí misma, ni lamentaba su decisión. Se sentía muy bien físicamente para estar embarazada y Pervus se mostraba tierno, afectuoso y amable, aunque no siempre comprensivo. Selina luchaba valerosamente por mantener los pequeños detalles que hacen la vida más decorosa. Le encantaba el brillo en los

ojos de Pervus cuando la veía aparecer con un lazo llamativo o un collar nuevo, aunque no dijera nada y quizá aquel brillo solo fuera una fantasía de la joven. En un par de ocasiones, había recorrido los dos kilómetros del camino resbaladizo hasta la casa de los Pool y se había sentado en la cocina cálida, animada y bulliciosa de Maartje en busca de consuelo. Le parecía increíble que, poco más de un año antes, hubiera pisado por primera vez esa cocina con su elegante vestido marrón, envuelta en ropas de abrigo, con frío pero eufórica, curiosa, lista para la aventura, la sorpresa, la incomodidad... y lo que viniera. Y ahora estaba en la misma cocina, sorprendente e increíblemente convertida en la señora DeJong, casada con un granjero y esperando un hijo que estaba a punto de nacer. ¿Dónde estaba la aventura? ¿Y la vida? ¿Dónde estaba la pasión por lo imprevisto que le había inculcado su padre?

Los dos años que siguieron al nacimiento de Dirk siempre fueron algo borroso en la mente de Selina, como un sueño en el que el horror y la felicidad están mezclados indisolublemente. El niño era un bebé fuerte y rollizo que se entretenía en cualquier sitio donde lo dejara Selina. Tenía el aspecto rubio de su padre y la vivacidad morena de su madre. A los dos años era un niño de inteligencia media, físico robusto y notable buen carácter. Casi nunca lloraba.

Tenía justo doce meses cuando el segundo hijo de Selina, una niña, nació muerta. En esos dos años Pervus cayó dos veces víctima de unos ataques reumáticos tras las primeras siembras de primavera, cuando tenía que trabajar con el agua hasta los tobillos. Sufría mucho, y durante su enfermedad se mostraba tan tratable como un toro agujoneado. Selina comprendió por qué medio High Prairie estaba encorvado y contrahecho por el reumatismo, y por qué los domingos por la mañana la pequeña iglesia reformada holandesa parecía un santuario al que acudían arrastrándose los peregrinos, enfermos y tullidos.

High Prairie se portó bien con aquella familia en apuros. Las granjeras enviaron exquisiteces holandesas. Los hombres echaron una mano en el campo, aunque se veían agobiados para atender sus propias cosechas en esa época del año. Era frecuente ver el pulcro y elegante carruaje de la viuda Paarlenberg aparcado bajo los sauces en el jardín de los DeJong. La Paarlenberg, todavía viuda, todavía Paarlenberg, llevaba sopas, pollos y pasteles que nunca llegaron a la garganta de Selina porque esta se negó a tocarlos. La viuda Paarlenberg tenía lo que se dice buen corazón. Se sentía más feliz cuando alguien tenía problemas. Al enterarse de una enfermedad o una catástrofe, soltaba un «*¡Og heden!*» e iba corriendo al lugar de los hechos con una sopa nutritiva. Era la clase de mujer dadivosa que disfruta viendo a sus beneficiados beneficiarse delante de sus ojos. Si les llevaba sopa a las diez de la mañana quería ver que se la tomaban.

—Acábesela —urgía—. Tómela ahora que está caliente. ¿Lo ve? Ya tiene mejor aspecto. Solo una cucharada más.

En las dificultades de los DeJong hallaba una macabra satisfacción disfrazada de piedad. Selina, pálida y débil tras su trágico segundo parto, encontró no obstante la

fuerza para rechazar las atenciones de la viuda. Esta, con su frufú de sedas en el austero dormitorio, miraba a Selina con ojos en los que la piedad y el triunfo se hallaban en terrible conflicto. Los ojos de Selina, enormes ahora en su pálido rostro, eran dos lagunas del orgullo de los Peake.

—Es muy amable por su parte, señora Paarlensberg, pero no me gusta la sopa.

—Lleva un pollo entero.

—Sobre todo la sopa de pollo. A Pervus tampoco le gusta. Pero estoy segura de que a la señora Voorhees le encantará.

Se refería a la vieja ama de llaves de Pervus, reclutada temporalmente para un servicio de emergencia.

Era fácil comprender por qué la casa de los DeJong seguía sin pintar dos años después de que los prometedores sueños de Selina empezaran a cobrar forma, por qué las vallas seguían caídas y el carro chirriaba, tirado por un solo caballo hasta el mercado.

Selina llevaba casada casi tres años cuando recibió una carta de Julie Hempel, también casada. La carta había sido enviada a la granja de Klaas Pool y se la llevó Jozina. Aunque no la había visto desde su paso por la escuela de la señorita Fister, Selina reconoció, con el corazón palpitante, la caligrafía estilizada, llena de sombreados y florituras. La leyó sentada en los escalones de la cocina con su vestido de tergal.

Querida Selina:

Me extrañó que no contestaras a mi carta y ahora sé que a ti también te habré extrañado que yo no contestara a la tuya. Encontré la carta que me enviaste, escrita hace mucho tiempo, mientras revisaba las cosas de mamá la semana pasada. Era la carta que debiste de escribirme cuando yo estaba en Kansas City. Mamá nunca me la dio. No la estoy culpando. Yo te había escrito desde Kansas City, pero envié la carta a mamá para que la echara al correo porque nunca pude recordar esa dirección tuya tan rara en el campo.

Mamá murió hace tres semanas. La semana pasada estaba revisando sus cosas —una tarea difícil, como puedes imaginar— y allí estaban las dos cartas que me habías escrito. No las había destruido. Pobre mamá...

Bueno, querida Selina, supongo que ni siquiera sabes que estoy casada. Me casé con Michael Arnold, de Kansas City. Los Arnolds se dedican allí a la industria conservera. Michael ha entrado a trabajar con papá aquí en Chicago y supongo que estarás enterada del éxito de papá. De pronto empezó a ganar mucho dinero después de dejar la carnicería y meterse en el negocio de los corrales... de ganado, ya sabes. La pobre mamá fue muy feliz estos últimos años y tuvo muchas cosas bonitas. Yo tengo dos hijos, Eugene y Pauline.

Me estoy convirtiendo en una mujer de la alta sociedad. Te reirías de mí.

Pertenezco al Comité Femenino de Hospitalidad de la Exposición Universal. Se supone que debemos recibir a todos los peces gordos que vengan, o sea, a las mujeres de los merluzos. ¡Toma ya! ¿Qué te parece el chiste? Imagino que has oído hablar de la infanta Eulalia de España, y de lo que hizo con el baile de Potter Palmer...

Selina, con la carta en su mano manchada por el trabajo, levantó la vista y la dirigió a través de los campos hasta perderse allí donde la pradera se encontraba con el cielo y se cerraba sobre ella: su mundo. La infanta Eulalia de España... Volvió a la carta.

Pues verás, vino a Chicago para la Exposición y la señora Palmer iba a organizar una magnífica recepción y un baile en su honor. La señora Palmer es la presidenta del comité, como sabes, y debo decir que está majestuosa con el pelo blanco tan divinamente peinado, la gargantilla de diamantes, el terciopelo negro y todo lo demás. Bueno, pues en el último minuto la infanta se negó a asistir al baile porque acababa de enterarse de que la señora Palmer era la mujer de un posadero. ¡Imagínate! Se refiere al Palmer House, por supuesto.

Selina, con la carta en la mano, se lo imaginaba.

Al tercer año de casada, Selina fue a trabajar a los campos por primera vez. Pervus había protestado enérgicamente, aunque las verduras se estaban estropeando en el suelo.

—Déjalas que se pudran —dijo—. Prefiero que la cosecha se pudra en el suelo. Las mujeres de los DeJong nunca han trabajado los campos. Ni siquiera en Holanda. Ni mi madre ni mi abuela. No es para mujeres.

Selina había recobrado la salud y el vigor tras dos años de penurias. Volvía a sentirse fuerte como el acero y hasta ilusionada, signos inequívocos de bienestar físico. Hacía mucho que se había dado cuenta de que ese momento tenía que llegar, así que respondió tajante:

—Tonterías, Pervus. Trabajar en el campo no es más duro que lavar, planchar, fregar o vigilar un fogón encendido en agosto. ¡El trabajo femenino! Las tareas domésticas son el trabajo más duro del mundo. Por eso los hombres no quieren hacerlo.

A menudo se llevaba al pequeño Dirk a los campos y lo dejaba sobre un montón de sacos vacíos, a la sombra. El niño siempre bajaba gateando de ese humilde trono para escarbar y hurgar en la tierra negra y caliente. Incluso hacía como que ayudaba a su madre, tirando en vano de las raíces para quedar sentado de sopetón cuando alguna cedía inesperadamente.

—¡Mira! ¡Ya es un granjero! —decía Pervus.

Pero algo gritaba dentro de Selina: «¡No, no!».

Durante los meses de mayo, junio y julio, Pervus trabajó no solo de la mañana a la noche, sino también a la luz de la luna, y Selina trabajó con él. Muchas veces dormían solo tres o cuatro horas.

Así transcurrieron dos, tres, cuatro años. Cuatro años después de su boda, Selina sufrió la pérdida de su única amiga en todo High Prairie. Maartje Pool murió al dar a luz, como era frecuente en esa región donde una partera rolliza hacía de tocóloga. El bebé tampoco sobrevivió. La muerte no fue generosa con Maartje Pol. No llevó paz ni juventud a su rostro, como ocurre a menudo. Selina, al contemplar aquella figura extrañamente inmóvil que había sido tan activa y bulliciosa, comprendió que, por primera vez en los años que la conoció, la estaba viendo descansar. Parecía increíble que reposara allí, con el bebé en brazos, mientras la casa estaba llena de gente y había sillas que sacar, espacio que despejar y comida que preparar y servir. Sentada allí con las otras mujeres de High Prairie, Selina tuvo la terrible corazonada de que Maartje se iba a levantar de repente para encargarse de todo: frotar y raspar con mano experta las salpicaduras de barro en los pantalones negros de Klaas Pool (que había estado en el patio ocupándose de los caballos), calmar los gemidos de Geertje y Jozina, pasar su mano nudosa por los ojos secos y extraviados de Roelf, y quitar la capa de polvo de la mesa del salón, que nunca había tenido una mota durante su gobierno.

«No puedes huir muy lejos», había dicho Maartje, «a menos que dejes de vivir, no puedes huir de la vida».

Bueno, ella había huido muy lejos esta vez.

Roelf tenía dieciséis años, Geertje doce y Jozina once. ¿Qué iba a hacer esa familia ahora, se preguntó Selina, sin la mujer que había sido para ellos la esclava más fiel? ¿Quién mantendría a las niñas —que ya no reían— con su ropa limpia y sus decorosos zapatos de puntera cuadrada? ¿Quién, cuando Klaas tuviera un arrebato de ira holandesa contra lo que llamaba «tonterías» de Roelf, diría: «Og, Pool, deja al chico en paz de una vez. No ha hecho nada». ¿Quién cuidaría del propio Klaas, le haría la comida, lavaría su ropa, plancharía sus camisas y se sentiría orgullosa de aquel gigantón infantil y rubicundo?

Klaas dio respuesta a todas estas preguntas nueve meses después casándose con la viuda Paarlensberg. La noticia conmocionó a High Prairie. Durante meses la boda fue la comidilla del distrito. Habían ido a las cataratas del Niágara en el viaje de novios. Iban a hacer esto y lo otro en casa de Pool. No, se iban a mudar al imponente caserón de la viuda Paarlensberg (seguían llamándola así). No, Pool estaba poniendo un baño con bañera y agua corriente. No, iban a comprar la casa de Stikker, entre la de Pool y la de Paarlensberg, para hacer una sola granja, la mayor de todo High Prairie, Low Prairie y New Haarlem. Bueno, a la vejez viruelas.

La curiosidad de High Prairie era tan insaciable que engullía de golpe cualquier mínima novedad. Cuando circuló el rumor de que Roelf había huido de la granja, nadie sabía adónde, la noticia fue solo una salsa más en el gran festín del cotilleo.

Selina se había enterado. Pervus había ido al mercado cuando Roelf llamó a la puerta una noche a las ocho, giró el picaporte y entró, como de costumbre. Pero su aspecto no era en absoluto el de costumbre. Llevaba su mejor traje, su primer traje de confección, comprado para el funeral de su madre. Nunca le sentó bien y ahora le estaba ridículamente pequeño. Roelf había dado un estirón increíble en los últimos ocho o nueve meses. Sin embargo, no parecía nada ridículo allí de pie, delante de ella, alto, delgado y moreno. Dejó en el suelo su maleta amarilla y barata.

—¿Qué pasa, Roelf?

—Me voy. No puedo quedarme.

Ella asintió.

—¿Adónde?

—Lejos. A Chicago, tal vez —estaba vencido por la emoción, así que fingió un tono despreocupado—. Llegaron a casa anoche. Tengo varios libros tuyos.

Hizo ademán de abrir la maleta.

—¡No, no! Quédatelos.

—Adiós.

—Adiós, Roelf.

Cogió con las dos manos la cabeza del chico y, poniéndose de puntillas, lo besó. Roelf se dio la vuelta para marcharse.

—Un momento, un momento —dijo Selina.

Tenía unos pocos dólares —en monedas de diez, veinticinco y cincuenta centavos — escondidos en un bote sobre la balda. Fue a buscarlos, pero cuando volvió con la caja en la mano, Roelf se había marchado.

Dirk tenía ocho años. Era el pequeño Sobig DeJong, con ropas de arpillera cosidas por su madre. Era un niño de cabello rubio y piel morena, con picaduras de mosquito en las piernas, y no paraba quieto. El chico no tenía nada de soñador. La escuela con una sola aula de los tiempos de Selina había sido sustituida por una estructura de ladrillo de dos pisos, muy bonita, de la que High Prairie estaba enormemente orgulloso. La calefacción central había destronado a la herrumbrosa caldera de hierro. Dirk iba al colegio de octubre a junio. Pervus se quejaba de que aquello era una estupidez. El niño podía ser de gran ayuda en los campos desde principios de abril hasta el primero de noviembre, pero Selina luchó ferozmente por su escolarización, y ganó.

—Leer, escribir y contar es todo lo que necesita saber un granjero —sostenía Pervus—. El resto es pura tontería. Anoche el niño estaba estudiando que Constantinopla es la capital de Turquía y gastó mucho aceite de la lámpara. ¿De qué le sirve a un granjero saber que Constantinopla es la capital de Turquía? Eso no le ayuda a cultivar nabos.

—Sobig no es granjero.

—Bueno, lo será pronto. Con quince años yo ya llevaba esta granja.

Selina no lo rebatía, pero estaba reuniendo todas las fuerzas en su interior para luchar cuando llegase el momento. ¡Su Sobig un granjero, esclavo de la tierra, doblado, golpeado y destrozado por ella, para que, con el tiempo, como los otros hombres de High Prairie, acabara pareciéndose a las rocas y a la tierra en las que había trabajado duramente!

Con ochos años, Dirk no era un niño demasiado guapo, teniendo en cuenta cómo eran (o habían sido) su padre y su madre. Pero tenía un aspecto «diferente». Tenía las pestañas demasiado largas para un chico. Qué desperdicio, decía Selina mientras las acariciaba con el dedo índice, cuando una niña habría estado encantada con ellas. Además, tenía una nariz ligeramente aguileña, probablemente heredada de algún bribón cromwelliano, de los Peake ingleses del siglo pasado. Hasta los diecisiete o dieciocho años no se transformaría de golpe en un joven guapo y aristocrático con un toque indefinible de distinción y verdadera elegancia. Fue después de cumplir los treinta cuando Peter Peel, el sastre inglés al norte de la avenida Míchigan, dijo que Dirk era el único hombre de Chicago que podía llevar ropa inglesa sin hacer que pareciera de la calle Halsted. Dirk probablemente se azoró un poco por este comentario, y no era para menos, pues el oeste de la calle Halsted se cernía imponente sobre su pasado.

Selina era una granjera a punto de cumplir los treinta. El trabajo la hostigó como había hostigado a Maartje Pool. En el patio de los DeJong siempre había una ristra de ropa tendida idéntica a la que recibiera a Selina cuando, años atrás, entró por primera

vez en el patio de los Pool. Monos desteñidos, una camisa, calcetines, unos calzones de chico grotescamente cosidos y remendados, toallas de burda arpillera. Selina también se levantaba a las cuatro, agarraba las prendas amorfas, se cubría con ellas, se cogía el gran remolino de pelo oscuro, lo enrollaba en un práctico moño y lo ensartaba en una horquilla gris mate, porque el esmalte había desaparecido mucho tiempo atrás. Calzaba rápidamente sus pies menudos en unos feos zapatos, se echaba un poco de agua fría por la cara y corría al fogón de la cocina. El trabajo siempre andaba pisándole los talones y ella sentía su cálido aliento en la nuca. Pilas de ropa por zurcir amenazaban con abrumarla. Monos, camisas de lana, calzones, calcetines. ¡Calcetines! Yacían enrollados y retorcidos en una vieja cesta de la compra. A veces, mientras se quedaba zurciéndolos hasta bien entrada la noche, zis-zas, dando rápidas y enérgicas puntadas con la mano llena de cicatrices, aquellos calcetines parecían retorcerse, girar y contorsionarse horriblemente, como serpientes. Una de sus pesadillas era verse aplastada, ahogada y engullida por un enorme y humeante revoltijo de camiones, calzoncillos, calcetines, delantales y monos sin zurcir ni remendar.

Viéndola así, cabría pensar que la Selina Peake del traje burdeos de cachemir, amante de la diversión, animosa y valiente, había desaparecido para siempre. Pero todo aquello aún perduraba. De hecho, hasta el vestido burdeos se aferraba a la vida. Tan pasado de moda que casi resultaba pintoresco, estaba colgado en un armario de Selina como un recuerdo rosado. A veces, cuando se lo encontraba en una orgía de limpieza, su dueña pasaba las ásperas manos por los suaves pliegues del vestido y, mediante este proceso mágico, la señora de Pervus DeJong desaparecía como por ensalmo y era sustituida la joven Selina Peake, subida de puntillas en una caja de jabón en el salón de Adam Ooms, mientras todo High Prairie miraba boquiabierto al humilde Pervus DeJong tirar diez dólares ganados con el sudor de su frente. A menudo, en épocas de apuro, Selina había pensado en cortarlo para hacer trapos, teñirlo de marrón o de negro y convertirlo en un vestido para las ocasiones especiales, siempre tan necesario, o transformarlo en camisas para Dirk, pero no lo hizo.

Sería bonito poder contar que en esos ocho o nueve años Selina hizo maravillas en la granja DeJong, que la casa relucía, las cosechas cada vez eran más abundantes y el establo albergaba un ganado lustroso. Pero no sería fiel a la verdad. Es cierto que Selina había logrado cambiar algunas cosas, pero a costa de un esfuerzo terrible. Una mujer menos indómita se habría hundido en la apatía años antes. La casa tenía una capa de pintura (color gris plomo, porque era el más barato). Había dos caballos, el segundo de ellos una yegua vieja, cascada y tuerta que habían comprado por cinco dólares después de que la sacaran a pastar para sacrificarla y luego venderla. Piet Pon, el lechero y dueño de la yegua, esperaba obtener tres dólares por el animal muerto. Un mes de descanso en los pastos hicieron de nuevo útil a la yegua. Selina cerró el trato, y Pervus se lo reprochó duramente. Ahora, al guiarla al mercado, Pervus notaba que tiraba con más fuerza que el otro caballo, pero nunca se retractó.

No es que fuera mezquino. Pervus era así, simplemente.

¡Pero la hectárea dieciséis! Ese había sido el logro más heroico de Selina. Su plan, expuesto a Pervus en el primer mes de su matrimonio, había necesitado años para madurar, e incluso ahora era solo una victoria parcial. Selina incluso se había rebajado hasta resultar agobiante.

—¿Por qué no ponemos espárragos?

—¡Espárragos!

Se consideraban una especie de lujo y rara vez se incluían entre los productos de las granjas de High Prairie.

—¿Y esperar tres años hasta cosecharlos?

—Sí, pero entonces los tendremos. Y una plantación, una vez empezada, sirve para diez años.

—¿Plantación? ¿Qué es eso? ¿Una plantación de espárragos? Siempre he oído que los espárragos van en arriates.

—Ese es el método antiguo. He estado leyendo sobre el asunto. La nueva técnica consiste en plantar espárragos en hileras, como el ruibarbo o el maíz. Hay que dejar dos metros entre fila y fila, y plantar al menos dos hectáreas.

Pervus ni siquiera estaba lo bastante interesado para divertirse con aquello.

—Ya. ¿Y dónde, las dos hectáreas? ¿Tal vez en la tierra arcillosa? —dijo echándose a reír, si aquel sonido breve y amistoso pudiera considerarse una expresión de alegría—. ¿Lo has leído en un libro?

—En la tierra arcillosa —insistió Selina, crispada—. Y sí, lo he visto en un libro. Todos los granjeros de High Prairie cultivan repollos, nabos, zanahorias, remolachas, judías y cebollas, y son de mejor calidad que los nuestros. La hectárea dieciséis no te está rindiendo nada. Así que, ¿qué importa si estoy equivocada? Déjame que invierta mi dinero en esto. Lo tengo todo pensado, Pervus. Por favor. Drenaremos el subsuelo de la tierra arcillosa. Solo dos o tres hectáreas para empezar. Lo abonaremos mucho, tanto como podamos permitirnos, y luego, durante dos años, plantaremos patatas. Pondremos las esparragueras la tercera primavera, plantas de un año. Te prometo mantenerlo limpio de cizaña... Lo haremos Dirk y yo. Él será un hombrecito por entonces.

—¿Cuánto abono?

—Oh, veinte o cuarenta toneladas por hectárea...

Pervus sacudió la cabeza, con lenta oposición holandesa.

—... pero si me dejas usar humus no necesitaría tanto. Déjame intentarlo, Pervus. Anda.

Al final Selina se salió con la suya, en parte porque Pervus estaba demasiado ocupado con su propio e interminable trabajo para oponerse a ella, y en parte porque, a su modo inexpresivo, seguía enamorado de su vivaz, avispada y briosa mujer, aunque él fuera indiferente a sus frenéticos apremios y exhortaciones como un elefante al pinchazo de un alfiler. Año tras año, mantenía su lentitud y parsimonia,

contento de hacer lo mismo que había hecho su padre y dejar que el resto de High Prairie lo adelantara. Casi nunca perdía los estribos. A menudo Selina deseaba que lo hiciera. A veces, en un arrebatado de histeria y desesperación, corría hacia él, le alborotaba el pelo abundante y áspero, ya entreverado de gris, y le sacudía los anchos hombros impasibles.

—¡Pervus, Pervus! ¡Ojalá te volvieras loco..., loco de verdad! ¡Ojalá montaras en cólera, rompieras cosas, me pegaras, vendieras la granja, te escaparas...!

No lo decía en serio, por supuesto. Era la fuerza vital y constructiva en su interior que se negaba a admitir la apatía y resignación de su marido.

—¿A qué vienen esas tonterías? —respondía él, mirándola con gesto serio a través de una nube de humo mientras su pipa hacía un ruido exasperante de soñolienta satisfacción.

Aunque Selina trabajaba tan duro, tenía tan pocas cosas y vestía tan mal como cualquier otra mujer de High Prairie, Pervus la seguía considerando un lujo, un juguete primoroso que, en un momento de locura, había ganado para sí.

—La pequeña Lina —decía tolerante y cariñoso.

Cabía pensar que la mimaba y consentía. Puede que hasta él lo pensara.

Cuando Selina hablaba de agricultura moderna y de libros de horticultura, Pervus se impacientaba hasta casi enfadarse, pero la diversión que le producía aquello se lo impedía. Decía que los estudios universitarios de agricultura eran una tontería. Nunca había oído hablar de Linneo. Burbank no existía para él, y pensaba que la lechuga repollo era una estúpida moda pasajera. Selina a veces había hablado de cultivarla y venderla para hacer ensalada. Todo el mundo sabía que la lechuga normal era la lechuga de hoja rizada que se tomaba con vinagre y una pizca de azúcar, o con bacón caliente y grasa empapando sus lánguidas hojas.

Pervus también le dijo que estaba malcriando al niño. Detrás de esto tal vez estuvieran los celos.

—Siempre el niño, siempre el niño —mascullaba cuando Selina hacía planes para el chico, lo protegía o se ponía de su parte (a veces injustamente)—. Lo vas a volver un blando con tanto mimo.

Así que, de vez en cuando, Pervus se encargaba de endurecer a Dirk con resultados generalmente desastrosos. En una ocasión, el proceso terminó casi en tragedia. Fue durante las vacaciones de verano. Dirk tenía ocho años. Las laderas boscosas de los alrededores y las colinas arenosas en los confines de High Prairie se hallaban cubiertas con el intenso azul de los arándanos en sazón. Un chubasco los echaría a perder. Geertje y Jozina Pool iban a coger arándanos y consintieron en llevarse a Dirk (una concesión en toda regla, pues él solo tenía ocho años y ellas, a su avanzada edad, lo consideraban una rémora). Pero los últimos tomates de la granja DeJong también estaban maduros y a punto para la recogida. Colgaban firmes, como jugosos globos rojos, listos para el mercado de Chicago. Pervus quería llevarlos a la ciudad aquel mismo día y ese era un trabajo en el que el niño podía ayudar. Cuando

Dirk preguntó:

—¿Puedo ir a coger arándanos? Están maduros. Van a ir Geertje y Jozina.

Su padre dijo que no con la cabeza.

—Sí, pero los tomates también están maduros, y eso está antes que los arándanos.

La parcela tiene que estar limpia a las cuatro.

Selina levantó la vista, miró a Pervus, luego al niño, y no dijo nada, pero sus ojos decían: «Es un niño. Deja que se vaya, Pervus».

Dirk se sonrojó, decepcionado. Estaban desayunando y apenas había amanecido. El niño se quedó mirando su plato, con los labios temblorosos y las largas pestañas que caían pesadamente. Pervus se levantó y se limpió la boca con el dorso de la mano. Tenía una dura jornada por delante.

—A tu edad, Sobig, yo consideraba fácil el día en que lo único que tenía que hacer era cosechar un campo de tomates.

Dirk levantó rápidamente la vista.

—Si los recojo todos, ¿podré ir?

—Es un día entero de trabajo.

—Pero si dejas limpia la parcela..., si termino pronto..., ¿podré ir?

En su imaginación, Pervus veía el campo de tomates más rojo que verde, tan gruesos eran los frutos de las tomateras, y sonrió.

—Sí. Si recoges todos los tomates puedes ir. Pero sin tirarlos de cualquier manera a las cestas y espachurrarlos.

En su mente, Selina decidió ayudar al muchacho, pero sabía que no podría hacerlo hasta la tarde. Los campos de arándanos estaban por lo menos a cinco kilómetros de la granja de los DeJong. Dirk debería terminar como muy tarde a las tres para llegar allí, y Selina tenía toda la mañana ocupada con las tareas domésticas.

Dirk estaba en el tomatal antes de las seis y se puso a trabajar frenéticamente. Recogía y agrupaba los tomates en montones. Los campos, de un rojo sangre, brillaban bajo el sol. El niño trabajaba como una máquina, con una economía de gestos calculada al milímetro. Recogía los tomates, encorvado, y los iba apilando en el calor sofocante de la mañana de agosto. El sudor bañaba su frente, oscurecía su pelo rubio, corría por sus mejillas, que primero eran sonrosadas, luego coloradas y finalmente se tiñeron de púrpura bajo el bronceado veraniego. Cuando llegó la hora de comer, Dirk engulló una docena de bocados y salió otra vez al achicharrante resplandor del mediodía. Selina dejó los platos sin lavar sobre la mesa para ayudarle, pero Pervus intervino:

—El chico tiene que hacerlo solo— insistió.

—No lo conseguirá, Pervus. Solo tiene ocho años.

—Cuando yo tenía ocho años...

Dirk dejó limpio el tomatal a las tres de la tarde. Fue al pozo y bebió agua en cantidad. Tomó dos cazos llenos hasta arriba, sorbiendo ávidamente como si fuera un potro. Estaba increíblemente fresca y deliciosa. Luego se echó un tercer y cuarto cazo

sobre el cuello y la cabeza, cogió un cubo vacío para los arándanos, echó a andar por el camino polvoriento y a través de los campos, ligero y veloz, pese a las temblorosas olas de calor que parecían bailar entre el cielo abrasador y la tierra reseca. Selina se quedó un momento en la puerta de la cocina, mirándolo. Parecía muy pequeño y decidido.

Dirk encontró a Geertje y a Jozina atiborradas de fruta, manchadas de bayas, arañadas por las zarzas y repantingadas lánguidamente en los bosques de Kuyper. Empezó a coger las gruesas bolas azules, pero las comió con desgana aunque diligentemente, porque para eso había venido y su padre era holandés. Cuando Geertje y Jozina se prepararon para marcharse apenas una hora después de que él llegara, Dirk también estaba listo para salir, pero le costaba extrañamente moverse. Su cubo estaba medio lleno. Caminó hacia casa penosamente mientras caía la tarde, sintiéndose mareado y enfermo, con un terrible dolor de cabeza. Esa noche empezó a delirar, suplicó que no le obligaran a acostarse y estuvo a un paso de la muerte.

El corazón de Selina era un motor que bombeaba terror, odio y angustia por sus venas. Odio por su marido, que había hecho aquello al niño.

—¡Es culpa tuya! ¡Es culpa tuya! Es un niño pequeño y lo has hecho trabajar como un hombre. ¡Si le pasa algo...! ¡Si le pasa algo...!

—No creía que el chico fuera a hacerlo. Yo no le pedí que recogiera los tomates y luego se fuera a coger moras. Él me preguntó si podía y yo le dije que sí. Si me hubiese negado quizá también habría salido mal.

—Sois todos iguales. ¡Mira Roelf Pool! También intentaron convertirlo en granjero y lo destrozaron.

—¿Qué hay de malo en trabajar en el campo? ¿Qué hay de malo en ser granjero? Tú dijiste una vez que el trabajo en la granja era algo magnífico.

—Oh, sí, lo dije. Y es magnífico. Podría serlo. Podría... Oh, ¿qué sentido tiene discutir esto ahora? ¡Míralo! ¡No, Sobig! No, mi niño. ¡Qué caliente tiene la frente! ¡Escucha! ¿Es Jan con el médico? No, no son ellos. ¿Emplastos de mostaza? ¿Estás seguro de que le irán bien?

Era una época anterior al teléfono y al Ford que ahora se ven en todas las granjas. El trayecto de Jan al pueblo en busca del médico y el correspondiente retorno a la granja suponía unas horas. Pero al cabo de dos días el chico estaba de nuevo a punto, muy pálido pero aparentemente recuperado de su aventura.

Así era Pervus. Ahorrador, como los de su estirpe, pero sin la astucia de estos. Su incapacidad para comprender que lo barato sale caro le causó la muerte. Aquel año, el mes de septiembre, por lo general una sucesión de días dorados y atardeceres opalescentes en las llanuras de Illinois, fue desastrosamente frío y lluvioso. El corpachón de Pervus se vio azotado por el reumatismo. Tenía por entonces cuarenta años y conservaba un físico imponente, por lo que, al verlo sufrir, Selina experimentaba las punzadas piadosas que se sienten ante el dolor de los muy fuertes o los muy débiles. Pervus recorría los agotadores kilómetros hasta el mercado tres

veces a la semana, porque septiembre era el último mes fuerte para el granjero. Después, solo las plantas más resistentes sobrevivían a las heladas: repollos, remolachas, nabos, zanahorias y calabazas. Algunos tramos de la carretera eran barrizales donde las ruedas se hundían fácilmente hasta el eje. Una vez atascado, a menudo había que esperar a que pasara alguien que te sacara del hoyo. Pervus salía temprano y daba un rodeo de kilómetros para evitar los peores sitios. Jan era demasiado estúpido, demasiado viejo e inexperto para poder confiarle la venta en el Haymarket. Selina miraba a Pervus alejarse por el camino en el carro viejo y destartado. La mercancía iba bien protegida con lona, pero Pervus ya estaba empapado antes incluso de subir al pescante. Nunca parecía haber suficiente lona impermeable para él y la mercancía.

—Pervus, coge esos sacos y échatelos sobre los hombros.

—Debajo hay cebollas blancas. Son las últimas. Puedo conseguir un buen precio por ellas, pero no si están empapadas.

—Pervus, no duermas en el carro esta noche. Duerme a cubierto. Sé prudente. Al final compensa. Recuerda que la última vez tuviste que pasar una semana en la cama.

—Va a escampar. Está despejando por allí, en el oeste.

Las nubes se disiparon al final de la tarde y el engañoso sol salió cálido y brillante. Pervus durmió en el Haymarket, porque la noche era pesada y húmeda. A medianoche se levantó el viento del lago, frío y traicionero, y con él llegó otra vez la lluvia. Por la mañana Pervus estaba empapado, aterido y en un estado lamentable. Una taza de café caliente a las cuatro y otra a las diez cuando terminó el ajetreo de la venta le reanimaron un poco. Llegó a casa a mitad de la tarde. Bajo el moreno forjado por el viento y el sol de muchos años brillaba sombría la palidez grisácea de la enfermedad, como la plata bajo el esmalte. Selina lo acostó pese a sus tibias protestas, lo cubrió con bolsas de agua caliente y le puso en los pies una plancha envuelta en franela. Pero luego llegó la fiebre en vez del esperado alivio del sudor. Pese a estar enfermo parecía más rubicundo y fuerte que muchos hombres sanos, pero de pronto Selina, asustada, vio dos líneas negras como tajos grabadas bajo sus ojos, alrededor de la boca y en las mejillas.

En una época en que la neumonía era conocida como fiebre pulmonar y en una localidad que aconsejaba las ventanas cerradas y el aire caliente como remedio, la batalla de Pervus estaba perdida antes de que se viera la calesa cubierta del médico aparcada en el patio durante toda la noche. Al amanecer, el médico dijo a Jan que metiera el caballo en la cuadra. Hacía una noche sofocante, con fogonazos de calor que iluminaban el oeste.

—Creo que si abriéramos la ventanas, respiraría mejor —repetía Selina una y otra vez al viejo médico de High Prairie, envalentonada por el pánico—. Respira tan... respira tan...

No alcanzó a decir «tan horrible». El sonido de sus palabras la desgarraba igual que el sonido de aquella horrible respiración.

Tal vez el detalle más conmovedor y emotivo de los días que siguieron no fue la imagen del gigante abatido, yaciendo majestuoso, distante y vestido insólitamente de negro, ni la del pequeño Dirk, desconcertado pero también exultante por el inusual revuelo y alboroto, ni la de la destartada y pequeña granja que parecía encogerse y menguar hasta resultar aún más insignificante, indigna de la repentina publicidad que había suscitado. No, era la imagen de Selina, viuda, pero sin tiempo para lágrimas decorosas. La granja estaba ahí y había que atenderla. Enfermedad, muerte, dolor..., pero había que ocuparse del huerto, cosechar las verduras, llevarlas al mercado y venderlas. Del huerto dependía el futuro del chico y el suyo propio.

Los primeros días después del funeral, uno u otro de los granjeros vecinos llevaron el carro DeJong al mercado y ayudaron al inepto Jan en los campos. Pero todos estaban agobiados de trabajo con sus propias granjas. Al quinto día Jan Steen tuvo que llevar la verdura a Chicago, aunque con muchos recelos por parte de Selina, todos los cuales se vieron confirmados cuando regresó tarde aquel día con la mitad de la mercancía aún en el carro y una suma de dinero que representaba un beneficio exacto de cero. Las mustias verduras sobrantes se volcaron detrás del granero para ser utilizadas más tarde como fertilizante.

—No lo he hecho tan bien esta vez porque no conseguí un buen sitio en el mercado —explicó Jan.

—Saliste con tiempo suficiente.

—Bueno, se puede decir que me desplazaron. Vieron que era nuevo y, en lo que tardé en meter a los animales en la cuadra y volver, ya habían movido el carro.

Selina estaba en la puerta de la cocina y Jan en el patio con los caballos. Ella volvió el rostro hacia los campos. Una persona observadora (Jan Steen no era una de ellas) habría notado la singular determinación en la mandíbula de aquella granjera vestida de burdo percal.

—El lunes iré yo.

Jan la miró sorprendido:

—¿Ir? ¿El lunes, adónde?

—Al mercado.

Ante esta aparente broma, Jan Steel rio con aire indeciso, encogió los hombros y se fue a la cuadra. Selina siempre andaba diciendo cosas sin sentido. Su horror e incredulidad fueron compartidos por el resto de High Prairie cuando, el lunes, Selina cogió literalmente las riendas en sus delgadas manos curtidas por el trabajo.

—¡Al mercado! —exclamó Jan con toda la excitación que le permitía su carácter flemático—. Las mujeres no van al mercado. Las mujeres...

—Esta mujer sí.

Selina se levantó a las tres de la mañana. No solo eso, obligó a levantarse entre

gruñidos a Jan. Dirk se les unió a las cinco en los campos. Entre los tres recogieron y agruparon lo suficiente para llenar un carro.

—Divídelos por tamaños —ordenó Selina cuando empezaron a agrupar rábanos, remolachas, nabos y zanahorias—. Y no dejes que se desparramen así. Átalos bien por la cabeza, así. Dos vueltas con el cordel, y a lo largo. Haz ramilletes con ellas, no manojos. Y vamos a limpiarlos.

High Prairie lavaba sus hortalizas muy por encima, y a veces ni eso. Al buen tuntún, las grandes con las pequeñas, se agrupaban y se vendían como verduras, no como obras de arte. Solían estar cubiertas de una buena capa de tierra marrón que las amas de casa podían limpiar en su propio fregadero. ¡Qué otra cosa tenían que hacer las amas de casa!

Selina, mientras lavaba las zanahorias enérgicamente bajo el surtidor, pensó que salían de su desacostumbrado baño como picas de oro puro, pero era lo bastante inteligente para no decirlo en presencia de Jan, que, en ese punto, estaba taciturno y perplejo. Se negaba a creer que Selina pensara realmente llevar a cabo su plan. ¡Una mujer —la mujer de un granjero de High Prairie— llevando el carro al mercado como un hombre! ¡Sola de noche en la plaza del mercado, o, en el mejor de los casos, en una de aquellas fonduchas! El domingo, no se sabe cómo, la noticia se había filtrado por todo el distrito. High Prairie fue a la iglesia reformada holandesa con una pregunta quemándole en la boca y Selina no asistió a la misa matinal. ¡Muy bonito, cuando no llevaba viuda ni una semana! High Prairie hizo una visita a la granja DeJong y se le dijo que la viuda estaba en la húmeda hectárea dieciséis, curioseando con el pequeño Dirk pegado a sus faldas.

El reverendo Dekker apareció el domingo por la tarde de camino al oficio vespertino. Un clérigo adusto, el reverendo Dekker, y de virtudes anacrónicas. Habría sido valiosísimo en la época en que Nueva York era Nueva Ámsterdam. Pero la segunda y tercera generaciones holandesas de High Prairie empezaban a crispase bajo su régimen anticuado. El reverendo Dekker tenía una mirada azul, dura y fanática.

—¿Qué es eso que he oído, señora DeJong, de que va a ir al Haymarket con la mercancía? Usted, una mujer sola...

—Dirk viene conmigo.

—No sabe lo que hace, señora DeJong. El Haymarket no es lugar para una mujer decente. ¡Ni para el niño! Hay timbas, alcohol y todo tipo de perversidades, y mujeres de Jezabel por las calles, pasando entre los carros.

—¿De veras? —dijo Selina.

Aquello sonaba emocionante, tras doce años en la granja.

—No debe ir.

—Las verduras se están pudriendo en el suelo. Y Dirk y yo tenemos que subsistir.

—Recuerde los dos gorriones: «Ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Marcos X-29».

—No veo de qué le sirve eso al gorrión una vez que ha caído —se limitó a replicar Selina.

El lunes por la tarde, entre las tres y las cinco, cuando pasaban los carros camino de Chicago, un fuerte viento pareció agitar las cortinas de todas las granjas de High Prairie que daban a la carretera de Halsted. Aquel mediodía, en el almuerzo, Klaas Pool había hablado del esperado viaje de Selina con una mezcla de piedad y desaprobación.

—No es decente que una mujer vaya al mercado.

La señora Pool (todavía la llamaban la viuda Paarlensberg) esbozó una sonrisa falsa y torcida.

—¿Qué esperabais? No tenéis más que ver cómo ha actuado siempre.

Klaas no prestaba atención. Estaba sumido en sus propias reflexiones: «No puede ser. Cuando vino aquí de maestra, yo mismo la llevé en el carro y parecía un pajarito, encaramada al asiento. Dijo —lo recuerdo como si fuera ayer— que los repollos eran bonitos. Apuesto a que ahora pensará otra cosa».

Pero no. Selina había aprendido tan poco en los once años anteriores que ahora, tras cargar el carro en el patio, lo contemplaba con más brillo en los ojos del que High Prairie podía tolerar en una mujer que llevaba viuda poco más de una semana. Habían recogido y juntado en manojos solo lo mejor de la última cosecha: los rábanos más firmes y rojos; las remolachas más redondas y jugosas; las zanahorias de al menos veinte centímetros de la base a la punta; repollos de la variedad Savoy, bolas verdes e impecables; pepinos jugosos y firmes; coliflores (plantadas por ella, pues Pervus se había negado) semejantes a ramos de novia. Selina retrocedió un poco para contemplar ese derroche de carmesí y verde, de blanco, oro y morado.

—¿A que son bonitos? ¿A que son bonitos, Dirk?

Dirk, brincando de excitación ante la perspectiva del viaje, sacudió la cabeza impaciente:

—¿Qué? Yo no veo nada bonito. ¿Qué es lo bonito?

Selina abrió los brazos.

—La... toda la mercancía. Los repollos.

—No sé qué quieres decir —dijo Dirk—. Vamos, mamá. ¿Salimos ya? Dijiste que en cuanto el carro estuviese cargado.

—Oh, Sobig, eres igualito que tu...

Selina no acabó la frase.

—¿Que mi qué?

—Nos vamos ya, hijo. Jan, tienes fiambre para cenar, y patatas peladas para freír, y tarta de manzana que ha sobrado del almuerzo. Lava los platos, no lo dejes tirados por la cocina. El resto de calabazas tienen que estar recogidas para la noche. Quizá puede vender el lote entero en vez de por carretadas. Hablaré con un comisionista. Si es preciso, ajustaré el precio.

Selina vistió al chico con el traje hecho aprovechando uno de su padre. El

muchacho llevaba un sombrero de paja y ala ancha que odiaba. Selina le había hecho un abrigo de recia arpillera que guardó bajo el asiento del carro junto con un viejo pañuelo negro, porque, aunque la tarde de septiembre era calurosa, sabía que por las noches podía refrescar en cuanto el sol, un gran globo chino de color carmesí, se consumiera en un mar de llamas por el horizonte de la pradera. Selina, con un vestido negro de mucho vuelo, subió ágilmente al carromato, cogió las riendas, miró al niño sentado a su lado y chistó a los caballos para que arrancaran. Jan Steen soltó un último bramido de indignación.

—¡En mi vida he visto cosa semejante!

Selina orientó las cabezas de los caballos hacia la ciudad.

—Jan, te sorprendería saber todas las cosas que verás algún día y que no habías visto antes.

Pero, veinte años después, cuando el Ford, el tocadiscos, la radio y el correo postal habían puesto el mundo a sus pesados pies, Jan disfrutaba contando el memorable día en que Selina DeJong marchó al mercado con un carro cargado de hortalizas lavadas a mano y con el pequeño Dirk encaramado a su lado.

El viajero que pasara aquel día por la carretera de Halsted habría visto un carromato decrepito, cargado de verduras y conducido por una mujer demasiado flaca, cetrina, de ojos vivaces, vestida con un amorfo vestido negro y un viejo sombrero de fieltro que parecía de hombre y probablemente lo era. Llevaba el pelo recogido sin ninguna gracia en aquel rostro de pómulos salientes, de modo que, si uno no era muy observador, no se fijaría en la preciosa naricita o los delicados ojos exageradamente grandes en aquella cara inquieta. A su lado, habría visto a un niño de unos nueve años, un chico moreno y pecoso con un cómico traje hecho en casa y un sombrero de paja con un ala rota y caída. El niño no paraba de quitárselo, pero la mujer se lo volvía a encasquetar, temerosa al parecer de los efectos del caluroso sol de la tarde sobre la cabeza rapada del chico. Pero en los breves intervalos en que iba sin sombrero, se podía ver el brillo en los ojos del muchacho.

A sus pies estaba el perro *Pom*, un chucho cuya cola no guardaba ninguna proporción con la cabeza, ni las patas con el cuerpo en forma de barril. Ahora dormitaba, pues su deber siempre había sido vigilar el carro por la noche mientras Pervus dormía.

Un grupo bastante desastrado, pero también magnífico. Allí estaba Selina DeJong, conduciendo el carro hasta la ciudad en vez de quedarse sentada en el salón de su casa vestida de luto mientras High Prairie iba a darle el pésame. Mientras traqueteaban por el camino polvoriento, sintió brotar en su interior una sensación muy parecida a la euforia. Consciente de ello, su veta de Nueva Inglaterra la llamó al orden: «Selina Peake, ¿no te da vergüenza? ¡Eres una mala mujer! ¡Sentirte casi contenta cuando deberías estar triste...! Pobre Pervus... la granja... Dirk... ¡y tú estás casi contenta! Debería darte vergüenza».

Pero no se avergonzaba, y lo sabía. Porque, incluso pensando estas cosas, la

pequeña oleada de euforia volvió a inundarla. Más de diez años atrás, había recorrido la misma carretera por primera vez, y a pesar de la reciente tragedia de la muerte de su padre, de su juventud, su soledad y la idea aterradora del nuevo hogar al que se dirigía, una extraña entre extraños, había notado un cálido estremecimiento de júbilo, entusiasmo... ¡y aventura! Sí, era aquello. «Todo esto no es más que una gran aventura», había dicho Simon Peake, su padre. Y ahora se estaban repitiendo las sensaciones de aquel día. Ahora, como entonces, estaba haciendo algo que se consideraba revolucionario y atrevido. Algo que High Prairie contemplaba horrorizado. Y ahora, como entonces, hizo balance. Ya no era joven, pero tenía salud y coraje, un niño de nueve años, diez hectáreas de tierra agotada, una casa y unos cobertizos en mal estado, y un espíritu alegre y aventurero que no iba a morir nunca, aunque la llevara a lugares extraños y yermos que, muchas veces, debía desandar trabajosamente. Pero, para Selina, los repollos, rojos o verdes, siempre serían jade y burdeos, crisoprasio y pórfido. La vida no tiene armas contra una mujer así.

¡Y el vestido rojo burdeos! Selina se echó a reír.

—¿De qué te ríes, mamá?

Aquello la despejó.

—Oh, de nada, Sobig. No sabía que estaba riendo. Solo pensaba en un vestido rojo que tenía cuando llegué a High Prairie siendo una niña. Todavía lo tengo.

—¿Y qué tiene eso de gracioso?

El niño seguía a un pájaro escribano con la mirada.

—Nada. Ya te he dicho que no era nada.

—Ojalá hubiera traído el tirachinas.

El pájaro estaba posado en una valla junto al camino, a menos de tres metros de distancia.

—Sobig, me prometiste que tirarías más a los pájaros.

—Oh, no le tiraré a dar. Solo me gustaría apuntarle.

Avanzaban por la carretera rural caliente y polvorienta. Selina iba muy seria. Había que pagar el coste del funeral, la factura del médico, el sueldo de Jan, y todos los gastos, grandes y pequeños, de la pequeña y humilde granja. Desde luego, no era como para reírse. El niño era más sensato que ella.

—Mira, mamá. Allí está la señora Pool, meciéndose en su porche.

Allí, en efecto, estaba la antigua viuda Paarlénberg, sentada en una mecedora frente a la puerta de su casa. Un lugar agradable donde estar a media tarde de un día caluroso de septiembre. La señora Pool se quedó mirando el traqueteante carro cargado de verduras, al niño encaramado en el alto asiento, y a la mujer morena y desaliñada que conducía aquel conjunto estrambótico. La señora Pool sonrió, arrugando el rostro rosado, se inclinó hacia delante y dejó de mecerse.

—¿Adónde va con este calor, señora DeJong?

Selina se sentó muy derecha.

—A Bagdad, señora Pool.

—¿A...? ¿Dónde está eso? ¿A qué va allí?

—A vender mis joyas, señora Pool. Y a ver a Aladino, a Harun-al-Rashid y a Alí Babá y los cuarenta ladrones.

La señora Pool se levantó de la mecedora y bajó los escalones. El carro pasó chirriando delante de su puerta. La señora Pool avanzó un par de pasos por el sendero y exclamó:

—Nunca he oído hablar de ese lugar. Bag... ¿Cómo se va hasta allí?

Por encima del hombro, Selina gritó desde el pescante:

—Siga hasta encontrar una puerta cerrada, diga: «¡Ábrete Sésamo!», y ya está.

El desconcierto ensombreció el plácido rostro de la señora Pool. Cuando el carro se alejó dando tumbos por la carretera, era Selina la que sonreía y la señora Pool la que estaba seria.

El niño miraba ojiplático a su madre.

—Lo que has dicho es de *Las mil y una noches*. ¿Por qué lo has dicho? —dijo, y de pronto su voz se tiñó de excitación—. Lo has sacado del libro, ¿verdad? ¿Verdad? No iremos en serio...

Selina estaba un poco arrepentida, pero no mucho.

—Bueno, en serio, en serio, puede que no. Pero casi cualquier lugar es Bagdad si no sabes lo que va a pasar. Y esto que estamos viviendo es una aventura, ¿no? No se puede saber qué va a pasar. Puede pasar de todo, con todo tipo de gente. Gente disfrazada en el Haymarket. Califas, princesas, esclavos, ladrones, hadas buenas y brujas.

—¿En el Haymarket? ¡Allí es donde papá iba siempre! ¡Eso es una tontería!

Algo en el interior de Selina exclamó: «¡No digas eso, Sobig! ¡No digas eso!».

Siguieron camino abajo. Aquí, una cabeza asomaba en la ventana de un salón. Allí, una mujer vestida de percal estaba apostada en la puerta. La señora Sijde se abanicaba la cara colorada con el delantal en el porche de su casa. Cornelia Snip hacía que amarraba los tallos mustios de la hortensia y observaba el carro que se acercaba con ávida mirada de cotilla. Selina las saludó a todas.

—¿Cómo está, señora Sijde?

Su saludo halló una fría respuesta. La desaprobación era patente en el rostro sonrojado de la granjera.

—¡Hola, Cornelia!

Una sorpresa fingida, notable por lo impostada.

—¡Ah, es usted, señora DeJong! El sol me da en los ojos. No podía imaginarme que fuera usted.

Los ojos de aquellas mujeres, hostiles y fríos, la inspeccionaban.

Las cinco de la tarde. Las seis. El niño bajó por la rueda y llenó un cubo de agua en el pozo de una granja. Comieron y bebieron mientras seguían su viaje, pues no había tiempo que perder. Pan, carne, pepinillos y pastel. Había verduras en el carro, listas para comer. Había otras variedades que Selina podía haber cocinado en casa

para tomar en el viaje: apios tiernos cocidos y empapados en vinagre, remolachas, cebollas, ensalada de col, judías. Pero las habrían mirado con la apatía del que está harto de verlas. Selina comprendía ahora por qué en la mesa de los Pool, en sus días de maestra, faltaban las ansiadas verduras. La idea de cocinar las espinacas que había plantado, escardado, cuidado, recogido, lavado y agrupado en manojos le producía una repulsión como la que sentiría al contemplar un acto de canibalismo.

El niño había empezado el viaje animoso en el calor del día, sentado muy erguido junto a su madre, gritando a los caballos, chillando y espantando a los pollos que cruzaban piando la carretera. Pero ya empezaba a flaquear. Se acercaba la noche. Un manto de aire frío procedente del lago al este los envolvió con la rapidez típica de la región, y la bruma empezó a extenderse por la pradera, ablandando los rastros otoñales, enfriando la carretera polvorienta, cubriendo los resecos sauces al borde del camino y difuminando las desportilladas granjas.

Selina sacudió las migas, guardó previsoramente el pan y la carne sobrantes en una cesta y la tapó con una servilleta por si el niño se despertaba con hambre por la noche.

—¿Tienes sueño, Sobig?

—No, te lo prometo.

Dirk tenía los párpados pesados. Su cara y su cuerpo, relajados, adoptaron los suaves contornos infantiles que produce el agotamiento. El sol estaba bajo. El crepúsculo aureolaba el oeste con una llamarada final de naranja y carmín. Anochecía. El niño se reclinó sobre Selina, pesado y vencido. Ella lo abrigó con el viejo pañuelo negro. Él abrió los ojos y tiró de la prenda que le cubría los hombros.

—No quiero este pingo..., el pañuelo... es de niña...

Se fue venciendo nuevamente con un suspiro y encontró la suave curva en el costado de su madre que acababa de servirle de almohada. A la luz del crepúsculo, el polvo parecía de un blanco resplandeciente sobre los abrojos, la maleza y la hierba. Se oía el sonido lejano y apacible de un cencerro. Se escuchaba un ruido de cascos a sus espaldas. Un carro pasaba envuelto en una nube de polvo, alguien se volvía para lanzar una mirada curiosa o cambiar un saludo.

—¡No puede ser que vaya al mercado, señora DeJong!

Uno de los hijos de Oom, Jakob Boomsma, miraba el carro con sus ojos azules.

—Sí puede ser, señor Boomsma.

—No es trabajo para una mujer, señora DeJong. Haría mejor quedándose en casa y dejando que fueran los hombres.

Los «hombres» de Selina la miraron: uno con mirada interrogante de niño, el otro, perruno y confiado.

—Mis hombres también vienen— respondió Selina.

Pero, por otro lado, siempre la habían considerado un poco rara, así que daba igual.

Selina espoleó a los caballos, negándose a reconocer el terror que le inspiraba el

destino al que se iban acercando. Ahora las casas a lo largo del camino estaban iluminadas y cada vez más próximas. Selina enrolló las riendas en el látigo y, sujetando a su hijo dormido con una mano, con la otra trató de alcanzar el abrigo de arpillera bajo el pescante. Envolvió cuidadosamente al niño en el abrigo, dobló un saco vacío a modo de almohada y, cogiendo a Dirk en brazos, lo depositó suavemente en la cama formada por los sacos de patatas apilados detrás del pescante, al fondo del carro. Así durmió el niño. Había anochecido.

Aquella figura femenina se inclinó un poco mientras el carro crujía camino de Chicago. Era una figura muy pequeña, con su vestido negro y un chal sobre los hombros. Se había quitado el viejo sombrero de fieltro. La brisa alborotaba su pelo fino y suave y formaba una pequeña aureola en torno a aquel rostro, que casi resplandecía en la oscuridad cuando miraba al cielo.

«Dormiré con Sobig en el carro. No nos hará daño a ninguno de los dos. Hará más calor en la ciudad. La pensión costaría veinticinco centavos, puede que cincuenta por los dos. Cincuenta centavos solo por dormir. Se necesitan muchas horas de trabajo en los campos para ganar cincuenta centavos.»

Empezaba a tener sueño. El aire de la noche era deliciosamente suave y sedante. Le llegaba el olor de los campos, de la hierba humedecida por el rocío, de tierra mojada, del ganado, el fuerte olor a plantas herbáceas y, de vez en cuando, un efluvio que indicaba la proximidad de una acequia. Selina aspiraba todo aquello agradecida, con la mente y el cuerpo extrañamente atentos a los sonidos, aromas, y hasta a las formas en la oscuridad. Había sufrido mucho la semana anterior, y había comido y dormido muy poco. Había sentido terror, desconcierto, angustia y turbación. Ahora estaba relajada, receptiva, quizá un poco exaltada, debido a la falta de alimento, a las lágrimas y al exceso de trabajo. Aquel martirio le había despejado la mente y las entrañas, la había purificado espiritualmente y había agudizado extraordinariamente sus sentidos. Selina ahora era como un instrumento eléctrico delicado y sensible, preparado para percibir y registrar, capaz de vibrar cada onda del éter.

Allí estaba guiando el carro en la oscuridad, ella, una granjera desaliñada vestida con prendas informes, apenas un bulto en el desportillado asiento del carro decrepito. El niño dormía en su duro camastro como un tierno vegetal más. Las luces de las granjas desaparecieron y las casas se volvieron borrosas en la oscuridad. Las luces de la ciudad estaban cada vez más próximas. Selina pensaba con claridad aunque de forma inconexa, sin amargura ni reproches.

«Mi padre estaba equivocado. Decía que la vida era una gran aventura, un bonito espectáculo. Decía que cuantas más cosas te ocurran, más rico eres, aunque no sean cosas agradables. En eso consiste vivir, decía. Da igual lo que te pase, bueno o malo, mayor es la... ¿qué palabra utilizó?... mayor es... ah, sí, la “puesta”. Mayor es la puesta. Bueno, pues no es verdad. Él era inteligente, encantador y culto y murió tiroteado en una casa de juego, mientras miraba al hombre al que querían matar... Ya empiezan los adoquines. ¿Se despertará Dirk? Mi pequeño Sobig... No, está

dormido. Dormido sobre un montón de sacos de patatas porque su madre creyó que la vida era una gran aventura, un bonito espectáculo, y que había que tomarla como viniera... ¡Mentira! Yo la tomé como vino y traté de ver el lado positivo. Pero esa no es la manera. Hay que tomar lo mejor y sacar el máximo provecho... Esa era la calle treinta y cinco. En una hora y media llegaremos al mercado... No tengo miedo. Después de todo, la verdura solo se vende por lo que puedas sacar. Bueno, con él será diferente. No debo seguir llamándole Sobig. No le gusta. Dirk. Es un nombre bonito. Dirk DeJong... No quiero que ande sin rumbo. Me encargaré de que tenga un plan y lo siga. Tendrá todas las oportunidades. Todas. Para mí ya es demasiado tarde, pero con él será distinto... La calle veintidós... La doce... ¡Cuánta gente!... Me gusta esto, no puedo negarlo. Estoy disfrutando. Igual que disfruté cuando iba en el carro aquella tarde con Klaas Pool, hace muchos años. Asustada, pero contenta. Quizá no debería estarlo. Pero no quiero ser hipócrita y falsa. ¿Por qué no puedo disfrutarlo? Voy a despertarle. ¡Dirk! Dirk, casi hemos llegado. Mira cuánta gente, y las luces. Ya casi hemos llegado.»

El niño se despertó, se incorporó en su cama de sacos, miró a su alrededor, pestañeó, y se tumbó de nuevo hecho un ovillo.

—No quiero ver las luces... ni la gente...

Se durmió otra vez. Selina guió hábilmente los caballos por las calles del centro. Miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos. Otros carros pasaban a su lado. Había una fila delante de ella. Los hombres la miraban con curiosidad. Se llamaban los unos a los otros y la señalaban con el dedo, pero ella no hacía caso. No obstante, decidió sentar al niño a su lado. Estaba a dos manzanas del Haymarket, en la calle Randolph.

—¡Dirk! Ven, anda. Ven con mamá.

El niño subió gruñendo al pescante, bostezó, chasqueó la lengua y se frotó los ojos con los nudillos.

—¿Para qué hemos venido?

—Para vender las verduras y ganar dinero.

—¿Para qué?

—Para mandarte al colegio a que aprendas cosas.

—¡Tiene gracia! Ya voy al colegio.

—A otro colegio. Uno grande.

El niño se había despertado del todo y miraba a su alrededor con interés. Giraron y entraron en el Haymarket. Era un revoltijo de caballos, carros y hombres. Los carros llegaban en tropel de las granjas alemanas al norte de Chicago y de las holandesas del sudoeste, de donde venía Selina. Toneladas, hectáreas enteras de frutas y verduras se apilaban en los carros que bloqueaban la histórica plaza. Era un ejército desarmado que llevaba comida para alimentar una gran ciudad. Por este pequeño tramo, y por la calle South Water, al este, pasaban todas las verduras que alimentaban a los millones de habitantes de Chicago. Algo de esto pensó Selina

mientras se abría paso entre la multitud. Se estremeció ligeramente por la importancia de su hazaña. Selina sabía el sitio que quería ocupar. Desde su primer viaje a Chicago al poco de casarse, había ido a la ciudad no más de una docena de veces, pero había visto, oído y recordado. Un sitio cercano a la esquina de Des Plaines, no en el bordillo sino en la doble fila de carros que se extendía en mitad de la calzada. Allí los proveedores y verduleros tenían fácil acceso a los carros. Allí Selina podía exponer el género de la mejor forma. Estaba justo enfrente del restaurante, pensión y taberna de Chris Spanknoebel. Chris la conocía. Había conocido a Pervus durante muchos años, y antes a su padre, y sería amable con ella y con el niño en caso de necesidad.

Dirk ya estaba totalmente despabilado, ansioso y excitado. Las luces, los hombres, los caballos, el rumor de las conversaciones y las risas, el entrechocar de vasos en las cantinas a lo largo de la calle, todo aquello era nuevo y desconcertante para sus oídos y ojos de niño campesino. Azuzó a los caballos y se puso de pie en el carro, pero se apretó contra su madre cuando se encontraron en mitad de aquel tumulto.

En las esquinas de las calles donde las farolas brillaban más había unos puestos que vendían chocolates, cigarros, botones, tirantes, cordones y artículos patentados. Era como una feria. Más abajo, los rostros de los hombres acechaban misteriosamente en la sombra. Rostros impasibles y tostados por el sol que ahora parecían oscuros y aterradores, con el blanco de los ojos muy blanco, los bigotes muy negros y los hombros enormes. Aquí, bajo una farola, se jugaba una partida de dados. Allí, dos chicas reían y charlaban con un policía.

—Este es un buen sitio, madre. Aquí. En ese carro hay un perro como *Pom*.

Pom, al oír su nombre, se incorporó, miró al niño, tembló, movió nerviosamente la cola y se puso a ladrar. La vida nocturna del Haymarket era algo trillado para *Pom*, pero siempre lo incitaba. Había custodiado el carro muchas veces mientras Pervus se ausentaba un rato. Se sentaba en el pescante, dispuesto a gruñir al que osara tocar un rábano en ausencia de Pervus.

—¡Échate, *Pom*! ¡Tranquilo!

Selina no quería que se fijaran en ella y en el niño. Aún era temprano. Había llegado en muy buena hora. Pervus dormitaba a menudo durante el viaje y los caballos se retrasaban, pero Selina los había espoleado aquella noche. Habían ganado más de media hora sobre el horario habitual. A mitad de manzana, Selina atisbó el sitio que quería. Desde la dirección opuesta avanzaba el carro de un granjero que obviamente se dirigía al mismo lugar. Por primera vez en aquella noche Selina desenfundó el látigo y fustigó duramente a sus sorprendidos jamelgos, que dieron un respingo y echaron a trotar torpemente. El granjero alemán percibió la jugada con diez segundos de retraso, fustigó sus cansados caballos y llegó al sitio justo cuando Selina, bloqueando el camino, se disponía a dar marcha atrás para ocuparlo.

—¡Eh, tú, sal de ahí, pedazo de...! —bramó el granjero.

Entonces, por primera vez, se dio cuenta, a la tenue luz de la calle, de que su rival

era una mujer. Vaciló, se quedó mirando con la boca abierta y adoptó otra táctica.

—No puede meterse ahí, señora.

—¡Oh, sí que puedo!

Selina hizo retroceder hábilmente el tiro.

—¡Claro que podemos!— exclamó Dirk, con actitud fiera y beligerante.

Asomaron varias cabezas en los carros de al lado.

—¿Dónde está su hombre? —preguntó el derrotado cochero, fulminándola con la mirada.

—Aquí —replicó Selina, acariciando la cabeza de Dirk.

El otro, preparándose para embestir, recibió esta respuesta con incredulidad. Daba por hecho que el marido de Selina andaría por el barrio, probablemente en el local de Chris Spanknoebel o discutiendo precios con algún amigo en otro carro, cuando debería estar allí ocupándose del suyo. A falta de su esperado guardián, el granjero se desahogó mientras recogía las riendas.

—En cualquier caso, las mujeres no pintan nada en el Haymarket. Mejor haría pasando las noches en la cocina de su casa.

Esta admonición, pronunciada tan alegremente por tantas personas en los últimos días, se estaba repitiendo demasiado. Selina explotó. Un sorprendido granjero alemán se vio de pronto increpado desde el asiento de un carro de verduras por una mujer iracunda, resuelta y tocada con un sombrero negro aplastado.

—¡No me hable así, pedazo de alcorneque! ¿De qué le sirve a una mujer quedarse en la cocina de su casa para morir de hambre con su hijo? No voy a ganar dinero quedándome en la cocina. He venido aquí para vender las verduras que ayudé a cultivar, y eso voy a hacer. Así que apártese de mi camino y ocúpese de sus asuntos o le denunciaré a Mike, el policía de esta calle.

Dicho lo cual Selina bajó del carro para desengachar los cansados caballos. No es posible decir qué interpretación dio a estos movimientos el atónito granjero norteamericano. Desde luego, no tenía nada que temer de aquella pequeña criatura de mirada abrasadora. Sin embargo, el terror se reflejó claramente en su rostro rubicundo mientras recogía las riendas.

—¡*Teufel!* ¡Qué mujer! —exclamó.

Y partió entre un estrépito de ruedas y herraduras sobre los adoquines.

Selina desenganchó rápidamente los caballos.

—Dirk, tú quédate aquí con *Pom*. Mamá volverá en un minuto.

Selina condujo los caballos calle abajo hasta los establos, donde, por veinticinco centavos, los animales se alojaban con más comodidades que sus dueños. Al volver encontró a Dirk charlando con dos muchachas, vestidas con blusas rojas, faldas escocesas hasta el suelo y sombreros marineros ladeados de forma provocativa sobre peinados piramidales de estilo Pompadour.

—No le encuentro ningún sentido. ¿Y tú, Elsie? Yo he entendido «Dirt», pero nadie va a llamar a un niño así, ¿no? Es de cajón.

—Oh, vamos. ¡Que lo primero que sepas es que te llamas «barro»! Ya son más de las nueve y ni un...

La joven se volvió y vio el rostro blanco de Selina.

—Aquí está mi madre —dijo Dirk, señalándola triunfante.

Las tres mujeres se miraron. Dos de ellas vieron aquel patético sombrero y aquellas ropas desaliñadas y comprendieron. La otra vio aquellas blusas rojas y los sugerentes labios pintados y también comprendió.

—Solo estábamos hablando con el niño —se justificó la joven a quien había extrañado el nombre de Dirk—. Le estábamos preguntando cómo se llamaba, y eso.

—Se llama Dirk —dijo amablemente Selina—. Es un nombre holandés..., de Holanda, ya sabe. Somos de la parte de High Prairie, al sur. Dirk DeJong, y yo soy la señora DeJong.

—¿Sí? —dijo la otra chica—. Yo soy Elsie. Elsie de Chelsea, esa soy yo. Vamos, Mabel. Llevas toda la noche de palique.

Elsie era rubia y tenía voz chillona. La otra era mayor y morena, con una paradójica pureza.

Mabel, la mayor, inspeccionó a Selina. Del carro de al lado llegaban sonoros ronquidos de alguien que dormía bajo el pescante. De otro, más alejado, en cuya trasera se balanceaba una linterna, llegaba el ruido de dados.

—De todas formas, ¿qué hace usted aquí?

—He venido a vender mi género mañana por la mañana. Verduras de la granja.

Mabel miró a su alrededor. No era una persona muy perspicaz.

—¿Dónde está su hombre?

—Mi marido murió hace una semana.

Selina estaba preparando la cama para pasar la noche. De debajo del asiento cogió un saco de heno, muy abultado, vació su contenido y lo desparramó por el suelo, en el frontal. Desatornilló el asiento y lo sujetó contra un costado del carro, a modo de cabecero. Sobre el heno extendió varios sacos vacíos. Se quitó el chal para utilizarlo de manta. La joven Mabel observaba estos preparativos. Sus ojos insulsos mostraban un interés que se convirtió en horror.

—Oiga, no estarán pensando dormir aquí fuera, ¿verdad? Usted y el niño, así, sin más...

—Sí.

—Bueno, esto sí que...

Mabel la miró atónita, se dio media vuelta para marcharse y regresó. De su cinturón, caído elegantemente por delante, colgaba un arsenal de objetos tintineantes que llaman *châtelaine*: un monedero, un lápiz, un espejo, un peine y una cadena. Abrió el monedero, sacó un dólar de plata y, casi bruscamente, se lo ofreció a Selina.

—Tome. Búsquele al niño un nido decente esta noche. Al niño y a usted, ¿comprende?

Selina miró la brillante moneda de dólar y luego a Mabel. Sintió el repentino

escozor de las lágrimas en sus ojos. Sacudió la cabeza y sonrió.

—No nos importa dormir aquí. Gracias de todas formas..., Mabel.

La joven se volvió a guardar el dólar en el monedero.

—Bueno, tiene que haber de todo en la viña del señor, siempre lo he dicho. Yo creía que mi situación era mala, pero comparada con la suya, no está mal. Por lo menos busque un sitio donde dormir, aunque sea..., en fin, buenas noches. ¿Oye eso? Es la Elsie, llamándome a gritos. ¡Ya voy! ¡Calla de una vez!

Las dos jóvenes se alejaron calle arriba, riendo y cogidas del brazo.

—Ven, Dirk.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó el chico, encantado.

—Aquí mismo, arrebujados en el heno, como campistas.

El niño se tumbó, hecho un ovillo, riendo.

—Como gitanos, ¿eh, mama?

—«Mamá», Dirk. No «mama».

Hablaba la maestra de escuela.

Selina se acostó junto a su hijo. Dirk parecía muy desvelado.

—Mabel era la que más me gustaba. ¿A ti no? Era la más maja, ¿verdad?

—Oh, la más maja con diferencia —dijo Selina, rodeando a su hijo con el brazo y atrayéndolo hacia sí.

De pronto, Dirk cayó profundamente dormido. La calle se fue quedando en silencio. Cesaron las conversaciones y las risas. Las luces eran tenues en la posada de Chris Spanknoebel. De vez en cuando el ruido de ruedas y cascos de caballo anunciaba a un recién llegado en busca de sitio, pero el ruido era lejano, porque aquella manzana y las siguientes al este y al oeste ya estaban ocupadas. Aquellos hombres se habían levantado a las cuatro de la mañana y tendrían que hacer lo mismo al día siguiente.

La noche era fresca pero no fría. En lo alto se divisaba una amplia franja de cielo entre los edificios de ladrillo a ambos lados de la calle. Llegaron dos hombres cantando. «¡Silencio!», gruñó una voz desde uno de los carros junto al bordillo. Los cantantes se callaron. «Deben de ser las diez o más», pensó Selina. Llevaba consigo el reloj de níquel de Pervus, pero estaba demasiado oscuro para ver la hora y no creyó prudente encender una cerilla. Se oían pasos acompasados que iban y venían a intervalos regulares. Era el policía nocturno.

Selina se tumbó mirando al cielo. No había lágrimas en sus ojos. Ya no estaba para lágrimas. Pensó: «Aquí estás, Selina Peake, durmiendo en un carro, entre la paja, como un animal, con tu cachorro acurrucado junto a ti. Ibas a ser como Jo en el libro de Louise Alcott. Llevas los pies calzados con botas y el cuerpo cubierto con un vestido teñido. ¡Qué largo se me va a hacer hasta que amanezca...! Debo intentar dormir... Debo intentar dormir...».

Y se durmió, milagrosamente. Las estrellas de septiembre titilaban sobre sus cabezas. Allí tumbada, con el niño entre sus brazos, dormida, la paz inundó aquel

rostro demacrado y relajó aquellos miembros cansados. Recordaba mucho a otra mujer que había dormido entre la paja con su hijo en brazos, casi dos mil años antes.

Sería maravilloso poder contar que, al día siguiente, Selina tuvo un gran éxito, que vendió provechosamente sus productos cuidadosamente expuestos y que enfiló elegantemente la calle Halsted camino de High Prairie con una buena ganancia tintineando en su ajado monedero de piel. Lo cierto es que tuvo un día tan devastador y catastrófico que habría desanimado a muchos hombres y desde luego a cualquier mujer menos desesperada y resuelta.

Se despertó no con el alba, sino en plena oscuridad, a las tres de la madrugada. La calle ya era un hervidero. Selina se cepilló el heno de su falda, llamó a *Pom*, acurrucado bajo el asiento del carro, para que hiciera de centinela junto al guardabarros, y cruzó la calle en dirección a la posada de Chris Spanknoebel. Selina conocía a Chris, y él a ella. Chris la dejaría lavarse en el grifo que había en la parte trasera de la cantina. Selina fue a comprar café para ella y para Dirk. Aquello los calentaría y reanimaría, y se comerían los bocadillos que sobraron por la noche.

Chris en persona, un austriaco barrigón, rubio y bondadoso, estaba detrás de la barra, limpiando aquel bloque con un gran trapo mojado. Con la otra mano frotaba la superficie utilizando una tablilla con el borde de goma y el tamaño aproximado de una teja. Este artilugio absorbía las gotas de humedad que hubiera podido dejar el trapo. Con dos pasadas, el mostrador quedaba limpio y reluciente. Más adelante, Chris dejaría a Dirk utilizar aquel invento, algo muy satisfactorio y que le dejaba a uno la sensación de haber hecho un trabajo perfecto.

Spanknoebel parecía no dormir nunca, pese a su tez rubicunda y sus ojos azules. El último carretero que entraba por la noche a pedir una cerveza, una taza de café o un bocadillo era recibido por Chris, muy despierto con su delantal blanco, mientras limpiaba la superficie reluciente del bar con el trapo absorbente y la frotaba con la ingeniosa tablilla de goma.

—Bueno, ¿cómo va todo? —decía Chris.

El comerciante más madrugador encontraba a Chris con otro delantal blanco, crujiente por el almidón y el planchado, dándole la bienvenida mientras limpiaba el bar.

—Bueno, ¿cómo va todo?

Cuando Selina entró en la amplia sala, había algo alentador y reconfortante en el limpio delantal blanco de Chris, en su rubicundez y hasta en el movimiento de su brazo al limpiar el mostrador. Desde la cocina, al fondo, llegaban chisporroteos y ruidos de fritura, y el delicioso aroma de café, de bacón frito y patatas. Los hombres del mercado ya estaban sentados a las mesas, comiendo apresuradamente unos desayunos enormes: lonchas de jamón, huevos a pares, patatas cortadas a grandes dados, tazas de café humeante y rebanadas de pan que untaban generosamente de mantequilla.

Selina se acercó a Chris, cuya cara redonda surgía entre el humo como el sol entre la niebla.

—Bueno, ¿cómo va todo?

Entonces reconoció a Selina.

—*¡Um Gottes!* ¡Pero si es la señora DeJong!

Se limpió la manaza en un trapo que tenía cerca y la tendió a la viuda en señal de condolencia.

—Ya me he enterado, ya me he enterado— murmuró.

Su ofuscación hizo que sus palabras resultaran doblemente eficaces.

—He venido con la verdura, señor Spanknoebel. Me he traído al crío. Todavía está durmiendo en el carro. ¿Puedo traerlo aquí para lavarlo un poco antes del desayuno?

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —De repente le asaltó una sospecha—. No habrán dormido en el carro, ¿verdad, señora DeJong? *¡Um Gottes...!*

—Sí. No ha estado mal. El niño ha dormido de un tirón y yo también he dormido un poco.

—¿Por qué no ha venido aquí? ¿Por qué...?

La mirada de Selina le hizo comprender.

—Usted y el niño podían haber dormido aquí gratis.

—Lo sé. Por eso no vine.

—No diga disparates, señora DeJong. La mitad del tiempo hay habitaciones libres. Usted y el chico podían..., bueno, quedamos en veinte centavos y me los da cuando pueda. De todos modos, no pensará usted traer las verduras regularmente, ¿verdad? Esto no es para mujeres.

—No tengo quien lo haga por mí, excepto a Jan. Y es una nulidad. Solo será en septiembre y octubre. Después, tal vez...

Se le quebró la voz. Es difícil ser optimista a las tres de la mañana, antes del desayuno.

Selina fue al pequeño lavabo del fondo y se sintió rápidamente mejor una vez que se hubo lavado y peinado. Volvió al carro y encontró a Dirk presa del pánico, convencido de que su madre lo había abandonado. Quince minutos más tarde, los dos estaban sentados a una mesa en la que Chris Spanknobel había servido lo que consideraba un desayuno adecuado. Un comienzo del día engañosamente alentador.

Los clientes del Haymarket no quisieron comprar las verduras de Selina DeJong. No estaban acostumbrados a comprar a las mujeres, sino a venderles. A las cuatro, la plaza se llenó de buhoneros y pequeños verduleros (griegos, italianos y judíos). Compraban con astucia y habilidad, a menudo de forma deshonesta. Vendían sus productos a las amas de casa. Usaban muchas triquiñuelas. Cambiaban una caja de tomates en cuanto uno se daba la vuelta, o birlaban una coliflor. Había un sistema muy poco organizado.

Estaba Luigi, por ejemplo. Luigi vendía en las calles de la zona norte. Anunciaba

sus productos por los callejones y bocacalles de Chicago y su ronco vozarrón se sumaba al estrépito de una ciudad incipiente. Luigi tenía la cara morena, la sonrisa fácil y radiante y una mirada astuta. En el Haymarket le llamaban Luyi. Cuando los precios no le gustaban, Luigi fingía no entender. Entonces el Haymarket, sin dejarse engañar, gritaba: «Eh, Luyi, ¿qué pasa? ¡Hablamos inglés!». Lo tenían calado.

Selina había quitado los envoltorios a las verduras, que lucían frescas, flamantes y coloridas. Pero sabía que había que venderlas rápidamente. Cuando las hojas empezaran a marchitarse, cuando los bordes ligeramente curvos de la coliflor se pusieran marrones y mustios, su valor caería a la mitad, aunque el cogollo siguiera blanco y firme.

Calle abajo venían los compradores, hombres morenos de ojos negros; hombres rollizos, grasientos y en mangas de camisa; hombres astutos, con petos y mascando tabaco. Rostros impasibles y colorados de holandeses, quemados por el sol. Rostros enjutos, morenos y extranjeros. Griterío, estrépito, barullo.

—¡Eh, tú, saca tu caballo de aquí! ¿Qué te has creído?

—¿Cuánto por el barril entero?

—¿Tiene judías? No, no quiero coliflor. ¡Judías!

—¡Están duros!

—Quédeselos. No los quiero.

—Veinticinco centavos el saco.

—¡Anda ya! No son piezas de dos kilos y medio. Seguro que no llegan a dos kilos.

—¿Quién dice que no?

—Deme cinco fanegas.

Alimento para los millones de habitantes de Chicago. Dentro y fuera de los carros. Bajo los cascos de los caballos. Niños descalzos, con cestas en los brazos, recogían los trozos de verdura que habían caído en los adoquines. Gutter Annie, con un chal sobre su pecho flácido, rescataba una patata por aquí, una cebolla por allí, sobras de fruta y verdura tiradas en la cuneta. Big Kate compraba zanahorias, perejil, nabos, remolachas, ligeramente pochadas y baratas, que juntaba en manojos y vendía a los verduleros para hacer sopa.

El día amaneció caluroso. El sol se elevó rojo en el cielo. Iba a ser un húmedo día de septiembre, como los que abundaban en el otoño de aquella región lacustre. Había que vender rápidamente las verduras aquella mañana. Por la tarde no valdrían nada.

Selina aparcó ella misma el carro. Vio las caras familiares de media docena de vecinos de High Prairie, que la saludaron o se acercaron un momento a su carro para examinar sus productos. «¿Qué tal se apaña, señora DeJong? Tiene usted buena mercancía. Véndala rápido esta mañana. Parece que va a hacer calor.»

Empleaban un tono amable, pero también desaprobador. Parecían decir con la mirada: «No es lugar para una mujer. No es lugar para una mujer».

Los verduleros miraban sus manojos, luego a ella, y pasaban de largo. No los

movía la malicia, sino una cierta timidez y el miedo a lo inusual. Veían aquel rostro pálido y delicado, aquellos ojos grandes y oscuros, la figura menuda con su sobrio vestido negro, las manos delgadas y morenas ansiosamente entrelazadas. Sus productos eran tentadores, pero ellos pasaban de largo con la prevención del ignorante frente a lo que no es habitual.

Hacia las nueve la actividad empezó a menguar. Selina se dio cuenta de que las ventas que había hecho sumaban poco más de dos dólares. Si se quedaba allí hasta el mediodía quizá doblara esa cantidad, pero no más. Desesperada, enganchó los caballos, se abrió paso por la calle atestada y se dirigió al este, a la calle South Water. Allí estaban las casas de comisiones. El distrito estaba repleto de carros y carromatos rebosantes, exactamente igual que el Haymarket, pero el mercadeo se hacía a una escala diferente. Selina sabía que, a veces, Pervus había tenido que dejar toda la mercancía a un conocido tratante de allí para que la vendiera a comisión. Se acordaba del nombre, Talcott, aunque no sabía la dirección exacta.

—¿Adónde vamos ahora, mamá?

El niño había sido increíblemente bueno y paciente. Había aceptado aquel entorno nuevo y sorprendente con la capacidad de adaptación propia de la infancia. Había disfrutado de lo lindo con el generoso desayuno de Chris Spanknoebel. Las cuatro polvorientas palmeras artificiales que adornaban la sala trasera de Chris le habían parecido exuberantemente tropicales. Le había fascinado la cocina con su fogón alargado y reluciente, sus grandes mesas para trinchar, pelar y cortar. Le gustó aquella alegría rozagante, el bullicio, los efluvios que hacían la boca agua. En el carro, había permanecido firme junto a su madre, desviviéndose por ayudarla en sus ventas exiguas, arrancando las hojas mustias y poniendo delante las verduras más frescas y lucidas. Pero ahora Selina lo veía un poco decaído, como las verduras, por el calor y por hallarse en un lugar desconocido.

—¿Adónde vamos ahora, mamá?

—A otra calle, Sobig.

—¡Dirk!

—Dirk. A ver a un hombre que va a comprarnos todo el género..., tal vez. ¿No es estupendo? Luego nos iremos a casa. Ayuda a mamá a encontrar su nombre en el rótulo. Talcott. T-a-l-c-o-doble t.

La calle South Water estaba cambiando con el crecimiento de la ciudad. Los nombres yanquis que antes la copaban —Flint, Keen, Rusk, Lane— habían sido sustituidos por los Cuneo, Meleges, Garibaldi, Campagna. Allí estaba: «William Talcott. Frutas y verduras».

William Talcott, de pie en la fría entrada de su gran almacén parecido a un cobertizo, era la antítesis de la calle atestada y enfebrecida que él contemplaba tranquilamente. Llevaba cuarenta años de comerciante. Tenía el aire sereno del que sabe que el mundo necesita lo que él vende. Todas las mañanas, a las seis, su oscura caverna se llenaba de sacos, cajones, cajas y barriles de los que asomaban rizos

entrevistos, ramitas verdes, y destellos de carmín, marrón, púrpura y naranja. Compraba solo lo mejor y vendía caro. Había conocido a Pervus, y antes que él a su padre, y había considerado a ambos hombres honestos y admirables. Pero estimaba poco sus verduras. Los barcos de los grandes lagos le traían uvas y melocotones selectos de Míchigan; carros refrigerados le suministraban los productos de las tierras californianas, en una época en que el alimento que no fuera de temporada era un lujo extraordinario. Llevaba pantalones de espiguilla y chaleco impecables, las mangas de la camisa de un blanco reluciente en aquel mundo de petos y camisas azules, la cadena del reloj, enorme y dorada, alrededor de la cintura, botas de puntera cuadrada, un sombrero de paja muy echado hacia atrás y en la boca un buen cigarro apagado. Tenía los ojos azules y perspicaces, y el pelo ralo y casi del mismo color que el traje. Como un dios enjuto y lacónico permanecía en la puerta de su nicho mientras los esforzados campesinos le ofrecían los frutos de la tierra para que los examinara.

—No. No puedo quedarme con este lote, Jake. Es todo muy pequeño. ¡Hum! Mejor que te lo lleves calle arriba, Tunis. Los bordes se han puesto marrones. Está mustio.

Dispenseros de los mejores hoteles de Chicago de aquella época —el Sherman House, el Auditorium, el Palmer House, el Wellington, el Stratford— acudían a Will Talcott para sus suministros diarios. Los verduleros que abastecían a las familias adineradas de la zona norte y a las que vivían en los alrededores de la elegante Prairie Avenue, al sur, le compraban a él.

Ahora, de pie en la puerta de su negocio, inspeccionó a la pequeña figura que apareció delante de él, toda vestida de un negro descolorido, con el rostro tenso y angustiado y los ojos grandes y hundidos.

—¿DeJong, eh? Siento lo de su marido, señora. Pervus era un gran tipo, aunque no fuera un hacha con las verduras. Así que usted es su viuda, ¿eh? ¡Hum!

Comprendió que no se trataba de una granjera tonta, ni de una impávida campesina holandesa. Se acercó al carro y pellizcó la morena mejilla del niño.

—Vaya, señora DeJong, tiene usted aquí un cargamento estupendo y con muy buena pinta. Sí, señor, muy buena pinta. Pero llega tarde. Son casi las diez.

—¡Oh, no! —exclamó Selina—. ¡No me diga que es demasiado tarde!

Talcott, al notar la angustia en su voz, la miró de modo penetrante.

—Hagamos una cosa. Podría intentar vender la mitad de su mercancía, pero el género no aguanta con este tiempo. Se pone mustio y mis clientes no lo quieren... ¿Es la primera vez que viene?

Selina se secó el rostro, que estaba húmedo pero frío al tacto.

—Sí, es la primera vez.

De pronto sintió que le costaba respirar.

Desde la acera, Talcott llamó a sus empleados.

—¡George! ¡Ben! Meted esto, rápido. La mitad. Lo mejor. Mañana le enviaré un cheque, señora DeJong. Ha elegido un mal día para empezar, ¿no cree?

—¿Lo dice usted por el calor?

—Bueno, también por el calor. Pero me refiero a que en un día festivo como hoy la mayoría de los verduleros no compran.

—¿Festivo?

—Sabía que era la fiesta judía, ¿no? ¡No lo sabía! ¡Dios bendito! Es el peor día del año. Todos los verduleros judíos están hoy en la sinagoga y los que no son verduleros compraron el sábado para dos días. Los polleros de más abajo tienen las jaulas vacías y así seguirá hasta mañana. Sí, señor. Los judíos son los mayores comedores de pollo del mundo... Hum... Amiga mía, más vale que vuelva a casa y tire el género que le ha sobrado.

Con una mano en el pescante, Selina se dispuso a subir. Puso el pie en el cubo de la rueda, dejando ver aquellas viejas y absurdas botas de campo demasiado grandes para sus pies menudos.

—Si solo me compra el género porque le doy pena... —dijo, con el orgullo de los Peake.

—Yo no hago negocios de ese tipo. No puedo permitírmelo, señora. Mi hija está estudiando canto. Se llama Caroline. Ahora está en Italia y me cuesta un dineral. Se lleva casi todo el dinero que puedo juntar.

El rostro de Selina recobró un poco el color.

—¡Italia! ¡Oh, señor Talcott!

A juzgar por su expresión, se diría que había estado allí. Empezó a dar las gracias solemnemente a Talcott.

—Vamos, vamos. Está bien, señora DeJong. Veo que ha presentado el género en manojos de la mejor calidad y del mismo tamaño. ¿Piensa hacerlo igual de ahora en adelante?

—Sí. Pensé... Así lucían más... Claro que las verduras no tienen por qué parecer bonitas, supongo... —balbuceó y terminó callando.

—Preséntelas así de bonitas y tráigamelas a mí primero, o envíemelas. A mis clientes les gusta un género especial. Sí, señor.

Mientras Selina recogía las riendas, Talcott volvió a su sitio en la puerta, sereno, distante, con el cigarro apagado en la boca, viendo pasar las ruidosas carretillas que circulaban a su lado, los barriles y cajas arrojados a la acera delante de él, y las ruedas, los cascos y los gritos que formaban un estrépito a su alrededor.

—¿Nos vamos ya a casa? —preguntó Dirk—. ¿Nos vamos ya? Tengo hambre.

—Sí, mi niño.

Dos dólares en el bolsillo. Todo el penoso esfuerzo de la víspera y de ese día, y meses de duro trabajo antes de esos dos días, resumidos en aquellos dólares que guardaba en el bolsillo de su enagua negra de percal.

—Comeremos algo cuando salgamos de la ciudad. Un poco de leche, pan y queso.

El sol pegaba con fuerza. Selina quitó el sombrero al niño y pasó tiernamente su

mano encallecida por el cabello húmedo que le caía por la frente.

—Ha sido divertido, ¿verdad? —dijo—. Como una aventura. Fíjate cuánta gente buena hemos visto. El señor Spanknoebel, el señor Talcott...

—Y Mabel.

—Y Mabel —dijo Selina, sorprendida.

De pronto tuvo ganas de besar a su hijo, pero sabía que el niño y el holandés que este llevaba dentro lo odiarían y no lo hizo.

Decidió avanzar hacia el este y luego al sur. A veces Pervus conseguía algunas ventas de última hora con verduleros de la periferia. ¿Qué cara iba a poner Jan si la viese llegar con la mitad de la mercancía? ¿Y qué iba a hacer con las cuentas que faltaban por pagar? Tendría en total unos treinta dólares. Debía cuatrocientos, o más. Había plantas de semillero que Pervus había comprado en abril y que había que pagar antes de la época de crecimiento, en otoño. Y el otoño estaba a la vuelta de la esquina.

El miedo la hizo estremecerse. Se dijo a sí misma que estaba cansada y nerviosa. Había sido una semana terrible. Y ahora esto. El calor. Pronto Dirk y ella estarían en casa. Qué fresca y tranquila parecería la casa. Los cuadros del mantel de la cocina. Su pulcro dormitorio con la cama negra de nogal y la cómoda. El sofá del salón con la arrugada funda de percal. La vieja silla del porche con el asiento de rejilla hundido allí donde los mimbres se habían aflojado por el uso y sobresalían en penachos irregulares. Parecían haber pasado años desde que viera todo aquello, la comodidad, la paz de algo seguro, deseable, de pronto apreciado. Ese no era trabajo para una mujer. Pues bien, quizá tenían razón.

Bajaban por la avenida Wabash, con los trenes rugiendo sobre sus cabezas. Los caballos, asustados e inquietos por el desusado fragor y estruendo del tráfico, pateaban y zigzagueaban con movimientos rígidos, grotescos y angulosos. Una granjera desaliñada y un niño tostado por el sol en un destartado carro de verduras absurdamente fuera de lugar en aquella garganta de adoquines, tiendas, tranvías, carros pesados, carruajes, bicicletas y peatones. Hacía un calor horrible.

El niño tenía los ojos como platos por el asombro y la excitación.

—Enseguida llegamos —dijo Selina.

Los músculos se dibujaban claramente bajo la piel de su mandíbula.

—Enseguida estaremos en Prairie Avenue. Casas grandes, césped, todo muy tranquilo.

—Lo prefiero a esto.

Por fin llegaron a Prairie Avenue, tras doblar la calle Dieciséis. Era como la calma después de la tormenta. Selina se sentía maltrecha y exhausta.

Había verdulerías cerca de la calle Dieciocho y en las otras calles transversales, la Veintidós, la Veintiséis, la Treinta y Uno, la Treinta y Cinco. Estaban pasando por delante de las grandes casas de piedra de Prairie Avenue de los años noventa. Torres y torretas, cornisas y cúpulas, invernaderos convexos, cocheras, miradores... Allí

vivían los ricos de Chicago que habían hecho sus fortunas con el cerdo, el trigo y las conservas, con la venta de productos básicos a una ciudad que los pedía a gritos.

«Igual que yo», pensó Selina, divertida. Entonces tuvo otra idea. Sus verduras, cubiertas de lona, eran más frescas que las de los mercados más próximos. ¿Por qué no intentar vender algunas en aquellas grandes casas? En una hora podía ganar unos cuantos dólares vendiendo a precios ligeramente inferiores a los que pedían los verduleros del barrio.

Detuvo el carro en mitad de la manzana de la calle Veinticuatro. Se apeó ágilmente y dio las riendas a Dirk. Los caballos tenían tanta propensión a correr como los caballitos de un tiovivo. Selina llenó una gran cesta del mercado con su género más fresco y selecto y, con ella al brazo, miró un momento la casa frente a la que se había parado. Era una casa de cuatro pisos, de piedra caliza y con una alta y espantosa escalinata. Detrás de esta había un pequeño vestíbulo y una puerta que era la entrada de servicio. Selina comprendió que la puerta de la cocina estaba al final de un pasillo, en la parte de atrás, pero no lo tomó. Cruzó la acera, subió un tramo de escalones de piedra y llegó al vestíbulo, debajo del porche. Miró la aldaba, un pomo de bronce. Se tiraba de ella, se soltaba y sonaba un campanilleo al otro lado del oscuro vestíbulo. Bastante sencillo. Puso la mano en la aldaba. «¡Tira!», dijo Selina, desesperada. «¡No puedo! ¡No puedo!», gritaron a coro todos los estúpidos y remilgados Peakes de Vermont. «Muy bien. Muérete de hambre y deja que se te lleven la granja, y a Dirk también.»

Al oír aquello Selina tiró del pomo con fuerza. Sonó la campanilla en el recibidor. Otra vez. Y otra.

Se oyeron pasos acercándose. Se abrió la puerta y apareció una mujerona de pómulos marcados y en delantal. Una cocinera, al parecer.

—Buenos días —dijo Selina—. ¿Quiere usted unas verduras frescas de la huerta?

—No —contestó la mujer, entrecerrando la puerta y volviéndola a abrir para preguntar—: ¿Tiene huevos frescos o mantequilla?

Ante la negativa de Selina, cerró la puerta y echó el pestillo. Selina, de pie, cesta en ristre, podía oír sus pesados pasos atravesando el pasillo hacia la cocina. Bueno, estuvo bien. No fue tan terrible, se dijo Selina. Simplemente no querían verduras. Tocaba la siguiente casa. La siguiente, la siguiente y la siguiente. Un lado entero de la calle y luego el otro. Rellenó la cesta cuatro veces. En una casa vendió por valor de veinticinco centavos. Por quince en otra. Veinte centavos aquí, casi cincuenta allí. «Buenos días», decía siempre con su dicción clara y nítida. Normalmente la inspeccionaban. Pero también sentían curiosidad y no le cerraron muchas veces la puerta en las narices.

—¿Sabe usted de algún buen trabajo? —le preguntó una pinche de cocina—. Este no es bueno. La señora solo me paga tres dólares. Ahora se pueden ganar cuatro. Igual conoce usted a alguna señora que necesite una buena criada.

—No —contestó Selina—. Lo siento.

En otra casa la cocinera le había ofrecido una taza de café al notar su palidez y su aspecto cansado. Selina rehusó educadamente. La calle Veintiuno, la Veinticinco, la Veintiocho. Tenía más de cuatro dólares en el bolsillo. Dirk estaba agotado, hambriento y a punto de llorar.

—La última casa —le prometió Selina—. La última, de verdad. Después de esta nos vamos a casa.

Selina rellenoó la cesta.

—Comeremos algo de camino y, si quieres, te duermes con la lona por encima, muy alta, atada al asiento como una tienda de campaña. Y estaremos en casa en un santiamén.

La última casa era una construcción nueva de piedra gris, ya un poco deslucida por el humo de los trenes suburbanos de la Illinois Central que pasaban resoplando por el borde del lago, a una manzana al oeste. La casa tenía grandes miradores, macizos y relucientes. Había un jardín con césped, estatuas y un invernadero en la parte de atrás. Cortinas de encaje en las ventanas de la planta baja y, detrás de ellas, cortinajes de felpa. Rodeaba la finca una alta verja de hierro, que le daba un aire retirado y seguro. Selina echó un vistazo a aquella reja de hierro forjado que parecía cerrarle el paso. Había en ella algo intimidatorio y amenazante. Estaba cansada, eso era todo. La última casa. Tenía casi cinco dólares, ganados en la última hora.

—Solo cinco minutos —dijo a Dirk, intentando sonar alegre y animada.

Cargada con las verduras que pensaba meter en la cesta, oyó una voz junto a ella:

—Vamos a ver, ¿dónde está su licencia?

Se dio la vuelta. Había un policía a su lado. Selina lo miró. «Qué alto es», pensó, «y qué cara tan colorada».

—¿Licencia?

—Sí, ya me ha oído. ¿Dónde está su licencia de vendedora ambulante? Supongo que tendrá una.

—Pues... no. No tengo —respondió Selina, mirándolo, inmóvil.

La cara del policía iba enrojeciendo. Selina se preocupó por él. Pensó, estúpidamente, que si seguía enrojeciendo...

—Pero bueno, dígame, ¿dónde se cree que está para ir vendiendo sin licencia? Tengo un buen motivo para arrestarla. Largo de aquí, usted y el niño. No quiero verla más por aquí.

—¿Qué ocurre, agente?— dijo una voz de mujer.

Un elegante carruaje abierto, del tipo llamado victoria, con dos caballos alazanes cuyos arreos brillaban como el metal. Flamante, fue la palabra que vino a la mente a Selina, que funcionaba maliciosa y alocadamente. Un tiro flamante. Los flamantes corceles miraron con desdén a los cómicos jamelgos de Selina, que pastaban en la hierba cortada que crecía en los pulcros rectángulos de césped entre la cuneta y la acera.

—¿Qué ocurre, Reilly?

La mujer se apeó del carruaje. Llevaba un vestido Eton de seda negra, muy a la moda, y un sombrero negro de pluma.

—Una mujer que está vendiendo sin licencia, señora Arnold. No se les puede quitar el ojo de encima... ¡Venga, largo de aquí! —dijo el policía, cogiendo del hombro a Selina y empujándola suavemente.

Selina se sintió sacudida de pies a cabeza por una cólera, por un torbellino de sensibilidad ultrajada, que hizo que la calle, el carruaje, la mujer vestida de seda, los caballos y el policía empezaran a flotar en una niebla delante de sus ojos. La rabia de una mujer susceptible que había sentido la mano de un extraño sobre ella. Estaba pálida y con un fulgor en sus ojos negros y enormes. Parecía alta, hasta majestuosa.

—¡Quíteme las manos de encima! —gritó con voz entrecortada y trémula—. ¿Cómo se atreve a tocarme? ¿Cómo se atreve? ¡Quite esa mano...!

Los ojos eran brasas en aquella pálida máscara. El policía le quitó la mano del hombro. Selina lo vio enrojecer aún más. Allí estaba ella, una mujer morena, curtida por la intemperie y la dura labor, con su abundante cabellera recogida en un moño y sujeta por una larga horquilla gris, con la falda larga salpicada del barro de la rueda, con un par de botas camperas en sus pies menudos, con un viejo sombrero de fieltro (de su marido) grotescamente abollado, los brazos llenos de mazorcas de maíz, zanahorias, rábanos y manojos de remolachas, una mujer con mala dentadura y el pecho plano... Y aun así, Julie la reconoció por los ojos. Se la quedó mirando y corrió hacia ella con su vestido de seda y su sombrero de pluma, gritando entre sollozos de horror y piedad:

—¡Oh, Selina! ¡Querida! ¡Querida mía!

Y abrazó a Selina, zanahorias, remolachas, mazorcas y rábanos incluidos. Las verduras se desparramaron a su alrededor en la acera, frente a la gran casa de piedra de Julie Hempel Arnold en Prairie Avenue. Pero, extrañamente, fue Selina la que consoló a su amiga, palmeando aquel hombro cubierto de seda y diciéndole una y otra vez, como a una niña:

—¡Vamos, vamos! No pasa nada, Julie. No pasa nada. No llores. ¿Qué razón hay para llorar...? Ssh... No pasa nada.

Julie levantó la cabeza con aquel elegante sombrero negro de pluma, se secó las lágrimas y se sonó la nariz.

—¡Largo de aquí, vamos! —le dijo a Reilly, el policía, usando las mismas palabras que él había empleado con Selina—. Voy a informar de esto al señor Arnold, puede estar seguro. Y ya sabe lo que eso significa.

—Escuche, señora Arnold, solo estaba cumpliendo con mi deber. ¿Cómo iba a saber que la señora era amiga suya? Yo...

Inspeccionó a Selina, el carro, los caballos exhaustos y los restos de verduras pochadas.

—¿Cómo iba a saberlo, señora Arnold?

—¿Y por qué no? —preguntó Julie con magnífica sinrazón—. ¿Por qué no? Me

gustaría que me lo dijera. ¡Largo de aquí!

Derrotado, el implacable agente del orden se marchó. Ahora era Julie la que inspeccionaba a Selina, el carro, los caballos exhaustos y los restos de verduras pochadas.

—Selina, ¿pero qué diablos...? ¿Qué estás haciendo con...?

Entonces reparó en las absurdas botas de Selina y se echó de nuevo a llorar. Ante aquello, los nervios sobreexcitados de Selina estallaron y rompió a reír histéricamente. Su risa asustó a Julie.

—¡Selina, no te rías así! Entra en casa conmigo. ¿De qué te ríes? ¡Selina!

Con un dedo tembloroso, Selina señaló las verduras desparramadas a sus pies.

—¿Ves ese repollo, Julie? ¿Recuerdas cómo despreciaba a la señora Tebbit porque hacía repollo cocido los lunes por la noche?

—Esa no es razón para reírse, ¿no? ¡Deja de reír ahora mismo, Selina Peake!

—Está bien. Ya no me río. Solo me reía de mi ignorancia. Cada repollo cuesta sudor, sangre, salud y juventud. ¿No lo sabías, Julie? Sabiendo eso, no se desprecia... Ven, baja, Dirk. Aquí hay una mujer que mamá conocía..., ay, hace muchos, muchos años, cuando era niña. Hace miles de años.

Lo mejor para Dirk. Lo mejor para Dirk. Era la frase que Selina repitió una y otra vez durante los días siguientes. Julie Arnold estaba empeñada en acogerlo en su gran casa de piedra gris, vestirlo como lord Fauntleroy y mandarlo al colegio privado de la zona norte al que iban Eugene, su hijo, y Pauline, su hija. En aquella época de desconcierto y fatiga Julie intentó hacerse cargo de Selina igual que hiciera doce años atrás, cuando la trágica muerte de Simeon Peake. Y ahora, como entonces, presionó a su padre milagroso y esclavo, August Hempel. Julie descartaba a su marido con cariñosa indiferencia.

—Michael es fantástico si le dices lo que hay que hacer —dijo el día en que lo presentó a Selina—. Siempre lo hará. Pero papá es la mente pensante. Es como un general, y Michael el capitán. Escucha, papá mañana se va de viaje y yo probablemente iré con él. Tengo una reunión del comité, pero me es fácil...

—¿Has dicho...? ¿Has dicho que tu padre se va mañana? ¿Adónde?

—A tu casa. A la granja.

—Pero ¿por qué? Es una pequeña granja de diez hectáreas, y la mitad de ellas están inundadas parte del año.

—Papá le encontrará una utilidad, no te preocupes. No va a decir mucho, pero pensará en ello. Y todo irá bien.

—Está a bastantes kilómetros. Bien entrado High Prairie.

—Bueno, si tú pudiste hacerlo con esos caballos, Selina, supongo que nosotros podremos hacerlo con los dos alazanes de papá, que tienen el récord de la milla en tres minutos, o de tres millas en un minuto, no me acuerdo. O si no en el coche, aunque papá lo odia. Michael es el único de la familia a quien le gusta.

Una especie de feo orgullo se apoderó de Selina.

—No necesito ayuda. De verdad que no, Julie, querida. Nunca me ha pasado lo de hoy. Nunca. Pervus y yo nos apañábamos muy bien. Luego, tras la muerte de Pervus, tan repentina, me asusté. Me asusté muchísimo por Dirk. Quería que él lo tuviera todo. Cosas bonitas. Quería que su vida fuese bonita. La vida puede ser tan fea, Julie. Tú no lo sabes, no lo sabes.

—Pues por eso lo digo. Papá y yo iremos mañana. Dirk tendrá todas esas cosas bonitas. Nos encargaremos de ello.

Entonces Selina dijo:

—Pero esa es la cuestión. Quiero hacerlo yo. Quiero darle todas esas cosas yo sola.

—Pero eso es egoísta.

—No pretendo serlo. Solo quiero hacer lo mejor para Dirk.

Era poco después del mediodía cuando High Prairie, al oír el desacostumbrado ruido de un motor, se precipitó a las ventanas o a los porches para ver a Selina

DeJong con su aplastado sombrero negro y a Dirk, que agitaba frenéticamente su maltrecho sombrero de paja, pasar por la carretera de Halsted hacia la granja en un coche rojo brillante que había encabritado a todos los caballos que se había encontrado por el camino. No había ni rastro del tiro de los DeJong, del perro de los DeJong ni del carro de verduras de los DeJong. High Prairie fue incapaz de trabajar durante las siguientes veinticuatro horas.

La idea había sido de Julie y Selina se había sometido más que accedido, porque a esas alturas estaba demasiado cansada para luchar contra nada ni contra nadie. Si Julie le hubiese propuesto entrar en High Prairie a lomos de un elefante con un *mahout* sentando entre las orejas del animal, habría aceptado, o mejor dicho, habría sido incapaz de poner alguna objeción.

—Te dejaré en casa en un santiamén —dijo Julie enérgicamente—. Tú pareces un fantasma y el niño está medio dormido. Diré a papá que mande a uno de los mozos para que lleve tu carro y lo deje allí a las seis. Tú déjalo todo en mis manos. ¿Nunca has montado en coche? No hay de qué asustarse. Yo prefiero los caballos, como papá. Él dice que a caballo siempre se llega.

Dirk se adaptó al nuevo medio de transporte con la facilidad propia de la infancia, e incluso predijo solemnemente:

—Cuando sea mayor, tendré uno que correrá más que este.

—¡Dirk, no querrás que corra más que este! —protestó Selina, casi sin aliento, mientras avanzaban a la alarmante velocidad de casi veinticinco kilómetros por hora.

Jan Snip se quedó sin palabras. Hasta la llegada de los caballos y del carro a las seis, los dio por perdidos misteriosamente y creyó que la viuda DeJong se había vuelto loca. La llegada de August Hempel al día siguiente, con Julie sentada a su lado en el ligero faetón tirado por dos esbeltos y trémulos alazanes de ojos saltones, aumentó poco la estupefacción de Jan, incapaz en ese punto de asimilar más sorpresas.

En los doce años en que pasó de carnicero a conservero, August Hempel había adquirido cierta autoridad y distinción. Ahora, a los cincuenta y cinco, tenía el pelo gris, lo que mitigaba la excesiva rubicundez de su rostro. Hablaba casi sin acento y empleaba los giros que oía en los almacenes donde estaba situada la planta conservera Hempel. Solo sus des sonaban como tes y sus jotas como haches aspiradas. En los últimos años se había quedado sordo de un oído, por lo que cuando se le hablaba miraba fijamente a su interlocutor. Esto le había dado una reputación de gran agudeza y penetración, cuando no era más que un mecanismo de defensa de alguien que no quiere confesarse duro de oído. Llevaba zapatos de puntera blanda y cuadrada, ropa gris de corte recto y un gran sombrero gris con una cinta que nunca iba a juego. Los botines eran caros, igual que la ropa y el sombrero gris, pero, con ellos, Hempel siempre daba la impresión de ir vestido con las prendas desechadas de alguien mucho más importante.

Examinó los terrenos de Selina de forma detallada y exhaustiva.

—¿Quieres vender?

—No.

—Me parece bien —Hempel pronunció «paeece»—. Dentro de pocos años estas tierras valdrán un buen dinero.

Hempel apenas tardó quince minutos en hacer una aguda evaluación de toda la finca, desde los campos a la cuadra, del cobertizo a la casa.

—Bueno, ¿qué quieres hacer, Selina?

Estaban sentados en el fresco e inesperadamente agradable salón, con su vieja loza vidriada que brillaba débilmente en el aparador, sus tres filas de libros y su ambiente cómodo y casero. Dirk estaba en el patio con uno de los hijos de Van Ruys, examinando los alazanes como si fuera el amo y señor del lugar. Jan estaba escardando los campos. Selina cruzó las manos en el regazo, esas manos que, de tanto escarbar en el suelo, habían tomado el aspecto nudoso de aquello que cultivaban. Las uñas, cortas, estaban descoloridas y rotas. Las palmas ásperas y encallecidas. Toda la historia de los últimos doce años de Selina estaba escrita en sus manos.

—Quiero quedarme aquí, trabajar la granja y hacerla productiva. Puedo hacerlo. La primavera que viene, mis espárragos empezarán a dar dinero. No voy a seguir cultivando lo de siempre, no mucho, en todo caso. Voy a especializarme en género fino, el que quieren los comisionistas de la calle South Water. Voy a drenar la tierra baja con tubos de barro. Ese terreno lleva años inutilizado. Bien drenado, debería ser una buena tierra de cultivo. Y quiero que Dirk vaya al colegio. A buenos colegios. No quiero que mi hijo vaya al Haymarket. De eso ni hablar.

Julie se agitó en su asiento con un leve frufú y un crujir de sedas y abalorios. Su dulce afabilidad se alarmó un tanto por la férrea determinación que percibió en el tono de su amiga.

—Sí, pero ¿y tú qué, Selina?

—¿Yo?

—Sí, claro. Hablas como si tú no contaras. Se trata de tu vida. De las cosas que te hagan feliz.

—Mi vida no cuenta, excepto en lo que pueda servir a Dirk. Lo demás se terminó para mí. Oh, no quiero decir que esté desanimada o decepcionada en la vida, ni nada parecido. Me refiero a que empecé con ideas equivocadas. Ahora soy más sensata. Estoy aquí para impedir que Dirk cometa los mismos errores que yo.

En ese momento Aug Hempel, cómodamente repantingado en su silla y observando atentamente a Selina, volvió la mirada con aire distraído a los alazanes que esperaban delante de la casa como una estatua ecuestre.

—Las cosas no funcionan así —dijo con tono pensativo, no discutiendo—. Es curioso lo que pasa con los errores. Cada uno tiene que cometer los suyos. Y no solo eso, si uno intenta impedir que los demás no cometan los suyos, termina enfureciéndolos.

Hecha esta afirmación, se puso a silbar entre dientes y a tamborilear en el asiento

de la silla con las uñas de los dedos.

—¡Es la belleza! —dijo Selina, casi arrebatada.

Y como Aug Hempel y Julie simplemente no podían entender ese comentario, siguió explicándose, entusiasmada:

—Yo creía que si uno persigue la belleza, si la persigue con la suficiente fuerza y esperanza, termina alcanzándola. Solo había que esperar y vivir la vida lo mejor posible, sabiendo que la belleza podía estar a la vuelta de la esquina. Solo había que esperar y entonces llegaba.

—¡La belleza! —exclamó Julie débilmente.

Miró a Selina con la evidente convicción de que aquella mujer demacrada y ajada por el trabajo se estaba lamentando de su falta de hermosura.

—Sí. Todo lo que merece la pena en la vida. Todo mezclado. Habitaciones a la luz de las velas. El tiempo libre. El color. Los viajes. Los libros. La música. Los cuadros. La gente..., gente de todo tipo. Un trabajo que te apasiona. Y crecer..., crecer y ver crecer a los demás. Sentir pasión por las cosas y desarrollar esa pasión para..., para producir algo bonito a partir de ella.

El término «expresión personal» apenas se usaba por entonces, y Selina no podía echar mano de ella para explicarse ante sus amigos. De haberlo hecho, no la habrían entendido. Extendió los brazos en un gesto inútil.

—Eso es lo que entiendo por belleza. Y quiero que Dirk la consiga.

Julie pestañeó y asintió con el aire afable y comprensivo de quien no ha entendido una palabra de lo que se ha dicho. August Hempel carraspeó.

—Creo que sé a qué te refieres, Selina. Yo sentí lo mismo con Julie. Quería que tuviera cosas bonitas. Quería que lo tuviera todo. Y así fue, desde luego. Si hubiera pedido la luna, la hubiera tenido.

—¡Papá, yo nunca tuve una cosa semejante!

—Que yo sepa, nunca la pediste.

—¡Por favor! —suplicó Julie, poco fantasiosa—. Basta de hablar y hagamos algo. Dios mío, cualquiera con un poco de dinero puede tener libros, velas, viajar y ver cuadros, si eso es todo. Así que hagamos algo. Papá, probablemente hace tiempo que lo tienes claro. Es hora de que te oigamos. Selina era una de las chicas más populares en el colegio de la señorita Fister, y muchos la consideraban la más guapa. ¡Y ahora mírala!

Una chispa de la antigua llama saltó en Selina.

—¡Lisonjera! —murmuró.

Aug Hempel se puso de pie.

—Si piensas que dedicando toda tu vida a hacer feliz al muchacho lo vas a hacer feliz, no eres tan lista como creía. Eso es pretender vivir la vida de otros.

—No voy a vivir su vida. Solo quiero enseñarle cómo vivirla para que le saque el máximo partido.

—No lo conseguirás apartándolo del Haymarket si el Haymarket es su lugar

natural. ¿Cómo puedes saberlo? Eso es manipular el futuro. Yo estoy todo el día en los corrales, entro y salgo de los establos, hablo con los arrieros y pastores y me mezclo con los clientes. Sé cuánto pesa y lo que vale un cerdo solo con mirarlo, y lo mismo un ternero. Mi yerno Michael Arnold se pasa todo el día sentado en la oficina de nuestra planta dictando cartas. Su ropa nunca huele a cuadra como la mía... No lo estoy criticando, Julie. Pero apuesto a que mi nieto Eugene —lo repitió, recalcándolo para que se viera que no le gustaba el nombre—, Eugene, si alguna vez entra en el negocio cuando sea mayor, no se acercará a los corrales a una distancia donde huela a cuadra. Apuesto a que tendrá su oficina en un edificio nuevo de, por ejemplo, la calle Madison, con vistas al lago. ¡La vida! Uno puede truncarla sin darse cuenta.

—No le hagas caso —intervino Julie—. Le gustan estas batallitas. ¡Los dichosos corrales!

August Hempel mordió la punta de un cigarro y estuvo a punto de escupir el trozo de tabaco, pero se lo pensó mejor y lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—No me cambiaría por Mike ni...

—Por favor, papá, no lo llames Mike.

—Bueno, pues Michael. Ni por diez millones. Y en este momento necesito diez millones.

—E imagino —replicó Selina, animada— que cuando su yerno Michael Arnold tenga su edad, contará a Eugene las penurias que pasó en los viejos tiempos en una oficina cerca de los corrales. Estos serán los viejos tiempos de entonces.

August Hempel se echó a reír con buen humor.

—Puede ser, Selina, puede ser.

Mascó su cigarro y resolvió el asunto que los ocupaba.

—Tú quieres drenar con cañerías de barro y plantar género de primera. Necesitas un hombre sobre el terreno que sepa qué es cada cosa, y no ese Rip van Winkle que hemos visto en el campo de repollos. Además de caballos nuevos y un carro.

Entornó los ojos, calculando. Las arrugas que salían de sus comisuras irradiaban astucia.

—Apuesto a que veremos el día en que los granjeros llevaréis el género a la ciudad en grandes carros motorizados que os dejarán allí en menos de una hora. Tiene que llegar. El caballo tiene los días contados, está claro —y añadió—: Te conseguiré los caballos por una ganga en los establos.

Sacó una chequera plana y alargada y se puso a escribir en ella con una pluma que cogió de su bolsillo, una pluma maravillosa que parecía venir cargada de tinta y que se desenroscaba por arriba y se enroscaba por abajo. Miró con los ojos entornados a través del humo del cigarro, con la chequera apoyada en las rodillas, y arrancó limpiamente una hoja.

—Esto para arrancar —dijo, tendiéndola a Selina.

—¡Eso es! —exclamó Julie, exultante.

Así estaba mejor. Actividad.

Pero Selina no cogió el cheque. Se quedó muy quieta en la silla con las manos cruzadas.

—Este no es el procedimiento habitual— dijo.

August Hempel estaba cerrando de nuevo su estilográfica.

—¿Procedimiento habitual? ¿Para qué?

—Tomo el dinero como un préstamo, no como un regalo. ¡Sí, lo cojo! No podría arreglármelas sin él. Me doy cuenta ahora, después de lo de ayer. ¡Vaya día pasé! Pero lo devolveré en cinco años... o en siete.

Y ante un conato de protesta por parte de Julie, continuó:

—Solo lo aceptaré así. Es para Dirk. Pero voy a ganarlo y lo devolveré. Quiero firmar un... —estaba actuando como una mujer de negocios y lo disfrutaba sin darse cuenta—, un pagaré. Una promesa de devolverle el dinero en cuanto pueda. Así son los negocios, ¿no? Quiero firmarlo.

—Desde luego —dijo Aug Hempel, abriendo nuevamente la estilográfica—. Desde luego que así son los negocios.

Muy serio, garabateó de nuevo afanosamente en un trozo de papel. Un año después, cuando Selina había aprendido muchas cosas, entre ellas que el interés simple y el compuesto sobre el dinero prestado no son simples problemas inventados para llenar la aritmética de Duffy de su época de maestra, fue a August Hempel entre risas y lágrimas.

—Usted no dijo una palabra sobre el interés aquel día. Ni una sola. Debió de pensar que yo era una pobre ignorante.

—Entre amigos... —protestó August Hempel.

—No —insistió Selina—. ¡El interés!

—Supongo que más me vale abrir rápidamente un banco si sigues tan suelta en los negocios.

Diez años después, August Hempel era efectivamente el mayor accionista del Yards & Ranger's Bank. Y Selina tuvo aquel primer pagaré con su «pagado íntegramente. Aug Hempel», guardado cuidadosamente en el arcón de roble tallado junto con otros recuerdos que atesoraba como una tonta, despojos ridículos que nadie más habría entendido o valorado: un pizarrín como el que usan los niños pequeños (aquel con el que había enseñado a Pervus a calcular y analizar); un ramillete seco de trilios; un vestido burdeos de cachemir con volantes y miriñaques, completamente pasado de moda; una carta que hablaba de la infanta Eulalia de España, firmada por Julie Hempel Arnold; un par de viejas botas camperas con pegotes de barro; un bosquejo rudimentario, casi borrado ya, hecho en un trozo de papel marrón y que mostraba el Haymarket con los carros cargados de verdura, los hombres reunidos bajo el resplandor de las farolas, y los pacientes caballos... Era el bosquejo infantil de Roelf.

Selina solía hurgar periódicamente entre estos desechos durante los años siguientes. De hecho, veinte años después, Dirk, cuando la sorprendía alisando el

arrugado y amarillento pagaré o sacudiendo los pliegues llenos de alcanfor del vestido de cachemir, decía:

—¡Ya estás otra vez! ¡Mamá, qué generación tan sentimental la tuya! ¡Flores secas! Han salido del desván, ¿no? Si la casa se incendiara probablemente correrías a salvar los cachivaches de ese arcón. El lote entero no vale ni dos centavos.

—Tal vez —dijo Selina lentamente—. Aunque supongo que un boceto juvenil de Rodin valdría un dinero.

—¿Rodin? Tú no tienes un...

—No, pero aquí tengo uno firmado por Pool, Roelf Pool. La semana pasada uno de sus dibujos, sin terminar ni nada, un boceto muy simple de un grupo de personas entrando en el monumento al soldado desconocido, se subastó en Nueva York por mil...

—Oh, bueno, eso sí... Pero el resto de lo que tienes ahí... Es curioso que la gente guarde esos bártulos. Trastos inútiles. Ni siquiera son bonitos.

—¡Bonitos! —dijo Selina, cerrando la tapa del viejo arcón—. ¡Ay, Dirk, Dirk! No tienes ni idea de lo que es la belleza. Nunca la tendrás.

Si esas vagas características llamadas (según cada cual) magnetismo, estilo, gracia, distinción, atractivo o fascinación constituyen la nebulosa cualidad conocida como encanto, y si el poseedor de esta cualidad tiene la suerte de estar bien equipado para lo que los gurús de la época denominan la lucha por la vida, entonces Dirk DeJong era un tipo afortunado y con un futuro prometedor. Indudablemente lo era e indudablemente lo tenía. La gente decía que las cosas le «salían fáciles» a Dirk. Él mismo lo decía, no con arrogancia sino más bien con timidez. No era de los que hablan mucho. Quizá esa fuera una de sus cualidades más atrayentes. Sabía escuchar. Lo hacía con discreción y naturalidad. Escuchaba mientras los demás hablaban, ladeando ligeramente su bonita cabeza e inclinándola hacia su interlocutor, atento a lo que estaba diciendo y evidentemente impresionado. Daba la impresión de ser tremendamente inteligente y perceptivo. Era un don más valioso que cualquier otra habilidad social que hubiera podido tener. Él mismo no sabía lo valiosa que resultaría esta cualidad tiempo después, cuando poder terminar una frase era una experiencia de lo más rara. La gente mayor, sobre todo, decía que era un tipo inteligente y que llegaría lejos. Y esto, sorprendentemente, después de una conversación en la que él apenas había aportado unos cuantos «sí», «no», o «puede que tenga razón, señor», intercalados en el sitio adecuado.

Selina pensaba continuamente en el futuro de Dirk. Otros mil pensamientos podían desfilar por su mente durante el día —planes para la granja y la casa—, pero siempre, por encima de todos ellos, como el ruido constante de un tambor que atraviesa sonidos más agudos y urgentes, estaba la preocupación por Dirk. Al muchacho le fue bastante bien en el colegio. No era un alumno excelso, ni siquiera muy bueno, pero sí lo bastante bueno. De la media. Y muy apreciado.

Fue durante esos despreocupados años de la infancia de Dirk, entre los nueve y los quince, cuando Selina transformó las hectáreas DeJong, de un granja inservible y desastrada cuyos escasos productos se vendían a precios de segunda en mercados de segunda, en una huerta próspera y floreciente cuya producción era codiciada con un año de antelación por los comisionistas de la calle South Water. Los espárragos DeJong, de tallos blancos, firmes y gruesos por la base, se estrechaban en las puntas de un verde apetitoso con estrías azuladas. Los tomates del invernadero DeJong aparecían en febrero, gruesos, rojos y jugosos. Por medio kilo se pagaba lo que Pervus hubiera cobrado encantado por una fanega.

Esos seis o siete años de trabajo incesante no trajeron ningún éxito llamativo, por el que Selina se postulara grandiosamente como la nueva mujer emprendedora. No, fue un proceso doloroso, mugriento y desgarrador, como cualquier proyecto cuya realización dependa de la tierra. Selina trabajó como una esclava. Literalmente arrancó un sustento al suelo con sus manos desnudas. Y sin embargo, no había nada

lastimoso en esa pequeña y animosa mujer de treinta y cinco o cuarenta años de ojos bonitos, suaves y oscuros; de mandíbula bien perfilada; con ropas sobrias probablemente salpicadas por el barro de los caminos o los campos; con una nariz preciosa que formaba una graciosa arruguita a través del puente cuando se reía. Más bien, había en ella algo esplendoroso, algo grandioso y profético. Era el esplendor y la grandeza del esfuerzo recompensado.

Es difícil que Selina hubiera podido conseguirlo sin el dinero prestado y los sabios consejos de August Hempel. A veces se lo decía y él lo negaba.

—Puede que haya sido más fácil. Pero habrías encontrado la manera, Selina. De un modo u otro. Julie no, pero tú sí. Tú eres así, y yo también. Mira, muchos tipos que eran carniceros como yo hace veinte años en la calle North Clark siguen de carniceros, cortando filetes y chuletas. «Buenos días, señora Kruger. ¿Qué va a querer hoy?»

Conservas Hempel era un monstruo que estaba extendiendo sus brazos por Europa y Sudamérica. En algunos de los periódicos sensacionalistas que habían aparecido en esos últimos años se veía al propio Aug caricaturizado como un pulpo de ojos fríos y viscosos y con un centenar de tentáculos largos y retorcidos. Esto le molestaba un poco, aunque fingía reírse de aquello.

—¿Por qué se empeñan en sacarme así? Vendo buena carne al mejor precio que puedo obtener. Así son los negocios, ¿no?

Dirk tenía sus obligaciones en la granja. Selina se encargó de que así fuera. Pero no eran muy duras. Iba al colegio a las ocho de la mañana en carro, porque la distancia era demasiado grande para ir a pie. Muchas veces había oscurecido cuando volvía al final de la tarde. En ese intervalo Selina había hecho el trabajo de dos hombres. Ahora la ayudaban dos jornaleros en la época de más ajetreo y la mujer de uno de ellos, Adam Bras, se ocupaba de la casa. Jan Snip seguía trabajando en la cuadra y los graneros, encargándose de los semilleros e invernaderos y haciendo trabajos esporádicos de carpintería. Desconfiaba de los métodos modernos de Selina, fruncía el ceño ante cualquier aparato novedoso y predijo desgracias cuando Selina compró las nueve hectáreas de la vieja finca de Bouts, contigua a la granja DeJong.

—Está usted abarcando más de lo que puede asumir —le dijo—. Se va a ahogar, ya lo verá.

Cuando Dirk volvía del colegio el trabajo principal estaba hecho. El muchacho tenía siempre la comida preparada, caliente, sabrosa y abundante. La casa estaba limpia y cómoda. Selina había instalado un cuarto de baño, uno de los dos que había en High Prairie. El vecindario aún no se había repuesto de la conmoción sufrida al enterarse por Jan de que Selina y Dirk comían a la luz de las velas. High Prairie se dio una palmada en el muslo y aulló alborozado.

—¡Los repollos son bonitos! —dijo el viejo Klaas Pool al oír aquello—. ¡Apuesto a que los repollos son bonitos!

Selina, durante la adolescencia del muchacho, nunca le urgió a tomar un decisión

sobre su futuro. Ya llegaría el momento, decía. A medida que la granja prosperaba y la presión de la necesidad aflojaba, Selina intentó, de varios modos ingeniosos, sonsacarle algún signo de preferencia por tal o cual profesión. Así como en su época más apurada había comprado algún que otro libro en vez de unos zapatos que necesitaba de verdad, ahora compraba muchos con el dinero que otra mujer habría gastado en lujos o adornos. Los años de privaciones no habían eliminado su amor por las finas y tersas prendas de seda, por los colores suaves y el acabado exquisito, pero la habían hecho incapaz de vestirse con ellas. Le encantaba verlas, sentir las, pero no podía ponérselas. Años después, cuando se podía permitir comprar un sombrero francés en una de las sombrererías de la avenida Míchigan, miraba aquellas fruslerías de seda y raso que brotaban en los escaparates como flores radiantes en un invernadero, y terminaba comprándose algo sencillo de 2,95 dólares en los sótanos de Field. Los hábitos de toda una vida son difíciles de cambiar. Solo una vez se obligó a comprar una de esas caras extravagancias de seda y plumas, y realizó la compra con la frialdad y premeditación de quien se emborracha una vez para ver cómo es aquello. El sombrero costó veintidós dólares. Nunca se lo puso.

Hasta que Dirk tuvo dieciséis años, Selina lo dejó desarrollarse con la mayor naturalidad posible y con la mayor libertad posible para que cayera sin darse cuenta en las trampas. Biografías de hombres ilustres: Lincoln, Washington, Gladstone, Disraeli, Voltaire. Libros de historia o de pintura, magníficamente ilustrados. Libros de arquitectura, de derecho y hasta de medicina. Se suscribió a dos de las mejores revistas de ingeniería. Había un cobertizo que Dirk podía usar libremente como taller, equipado con todo tipo de herramientas. Pasadas las primeras semanas, apenas lo usó. Se interesaba alegre y moderadamente por todo, pero nada le apasionaba. Selina pensó en Roelf cuando montaron el taller. Los Pool habían tenido noticias de Roelf solo una vez desde que escapó de la granja. Habían recibido una carta de Francia con dinero para Geertje y Jozina, una cantidad muy pequeña, pensó el pudiente matrimonio Pool, para molestarse en enviarla desde un país extranjero. Geertje se había casado con Gerrit, el hijo de Vander Sidje, y vivía en una granja lejos de High Prairie. Jozina tuvo la disparatada idea de que aquel pobre estudiante de arte parisino había tenido que ahorrar esa cantidad céntimo a céntimo. Selina no había sabido nada de él, pero un día, años más tarde, corrió hacia Dirk con una revista ilustrada en la mano.

—¡Mira! —exclamó, señalando una foto.

Dirk pocas veces la había visto tan nerviosa y agitada. Era la fotografía de una escultura, una figura de mujer. Se llamaba *La Seine*. Se trataba de una figura sinuosa, serpentina, grácil, repulsiva, hermosa y terrible. El rostro era a la vez seductor, insaciable, generoso y traicionero. Era el Sena, el río que irrigaba un valle fértil y reclamaba mil cuerpos flotantes sin vida, la arpía sanguinaria de 1973 y la dama coqueta de 1650. Debajo de la ilustración, una o dos líneas: «Roelf Pool... Salón... Estadounidense... futuro...».

—¡Es Roelf! —exclamó Selina—. Roelf. El pequeño Roelf Pool.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Dirk se interesó educadamente, aunque en realidad no había conocido a Roelf. Había oído hablar a su madre de él, pero...

Selina enseñó la foto a los Pool una tarde en que fue a su casa para darles la sorpresa. La señora Pool se quedó horrorizada ante la imagen de una mujer desnuda, soltó un asqueado «¡Og heden!» y pareció creer que Selina había llevado aquello movida por el rencor. ¿Pensaba enseñárselo al resto de la gente de High Prairie?

Selina ya conocía mejor a la gente de High Prairie, aunque no del todo, incluso después de haber vivido casi veinte años entre ellos. Eran suspicaces, pero generosos. Desconfiaban de cualquier cambio, pero prosperaban a fuerza de ahorrar y trabajar sin descanso. Sin imaginación durante generaciones hasta producir un Roelf Pool.

Selina trató de explicar el significado de la figura que Roelf había esculpido tan magistralmente.

—Verá, se supone que representa el Sena. El río Sena, que atraviesa París y continúa por los campos de la región. Toda la historia de París..., de Francia... está ligada al Sena, entremezclada con él. Cosas terribles y cosas grandiosas. Pasa justo por delante del Louvre. Se puede ver desde la Bastilla. En su isla más grande se alza Notre Dame. ¡El Sena ha visto tantas cosas, señora Pool...!

—¡Qué tonterías! —interrumpió la antigua viuda—. Un río no puede ver. Cualquiera sabe eso.

Cuando Dirk cumplió diecisiete años, Selina habló con él acerca del año siguiente. Dirk iría a la universidad, pero ¿a cuál? ¿Y qué quería estudiar? Bueeeno, no estaba seguro. Algo de carácter general, ¿no? Idiomas —un poco de francés o algo así—, economía política, un poco de literatura y puede que historia.

—Ah —dijo Selina—. Sí, algo general. Por supuesto. Para quien quiera ser arquitecto, bueno, supongo que Cornell sería el lugar adecuado. O Harvard para derecho. O Boston Tech para ingeniería, o...

Oh, sí, para quien quiera ser algo de eso. No obstante, era una buena idea hacer un curso de carácter general hasta descubrir exactamente lo que se quiere hacer. Idiomas, literatura y ese tipo de cosas.

Selina estaba encantada. Sabía que así es como se hacía en Inglaterra. Se mandaba al hijo a la universidad no para embutirle un curso técnico o empapuzarlo con el saber libresco de tal o cual profesión. Se le mandaba para que pudiera desarrollarse en un ambiente de libros y aprendizaje, para que pasara tranquilamente las horas en compañía de hombres que enseñaban por amor a la enseñanza y cuyas charlas informales ante la chimenea de un estudio valían más que cursos enteros de clases. Había leído estas cosas en las novelas inglesas. Oxford. Cambridge. Catedráticos. Hiedra. Paseos en barca. Imprentas. Ventanas con parteluces. Libros. Discusiones. Clubes literarios.

Eso era Inglaterra. Una civilización más antigua, por supuesto. Pero tenía que haber algo parecido en las universidades norteamericanas. Y si eso es lo que quería

Dirk, ella estaba feliz. ¡Feliz! Era una búsqueda de la verdadera belleza.

¡Hablaban maravillas de la Midwest University de Chicago! Estaba al sur. Era nueva, sí, pero aquellos edificios góticos de algún modo daban una sensación de antigüedad y permanencia (el humo y las cenizas de los trenes suburbanos de la Illinois Central tenían buena culpa de ello, así como el hollín de mil chimeneas cercanas). Y había hiedra. Hiedra de verdad, y ventanas con parteluces.

Fue Dirk quien la propuso, no ella. Los requisitos de ingreso eran muy asequibles. ¿Harvard? ¿Yale? Oh, todos esos chicos estaban forrados. Eugene Arnold tenía coche propio en New Haven.

En vista de todo ello, decidieron que la Midwest University de Chicago, en la zona sur, cerca del lago, sería un lugar estupendo para hacer un curso general o algo parecido. El mundo se abría ante Dirk. Era como el juego infantil de contar botones.

Rico, pobre, mendigo, ladrón,
doctor, abogado, comerciante y patrón.

Juntos contaron los botones mentales de Dirk, pero nunca les salió dos veces lo mismo. Naturalmente, aquello dependía del traje que se llevara. Eugene Arnold iba a estudiar derecho en Yale. Decía que le iba a hacer falta si se dedicaba a los negocios. No se expresaba así cuando hablaba con Dirk. Decía «el maldito negocio de los cerdos». Pauline (que insistía en que la llamaran Paula) iba a un colegio femenino Hudson arriba, uno de esos colegios que nunca se anuncian, ni siquiera en la portada de las revistas de treinta y cinco centavos.

Así pues, con dieciocho años, Dirk se fue a la Midwest University. Era un plan mucho más económico que si hubiera elegido una universidad del este. High Prairie se enteró de que Dirk DeJong se marchaba a estudiar fuera. El hijo de un vecino le preguntó:

—¿Vas a Wisconsin? ¿A hacer un curso de agricultura?

—No, hombre, no —respondió Dirk.

Luego se lo contó a Selina, riendo. Pero ella no se rio.

—Te diré una cosa. A mí me gustaría hacer ese curso. Dicen que es estupendo— dijo, mirándolo de pronto fijamente—. Dirk, ¿a ti no te gustaría? Me refiero a ir a la Universidad de Madison. ¿Eso te gustaría?

Él la miró sorprendido.

—¿A mí? ¡No...! A no ser que quieras que vaya. Entonces iría encantado. Odio que trabajes así en la granja mientras yo voy a la universidad. Me hace sentir fatal tener a mi madre trabajando para mí. Los otros chicos...

—Yo hago el trabajo que me interesa para la persona que más quiero en el mundo. Me sentiría perdida e infeliz sin la granja. Si la ciudad acaba llegando hasta aquí, como dicen, no sé lo que haré.

Pero Dirk tenía otra predicción.

—Chicago nunca crecerá por este lado, con todas esas acerías y esos obreros polacos que tenemos por el sur. El sitio para vivir será el norte. Ya lo es.

—¿El sitio para quién?

—Para la gente con dinero.

Selina sonrió, mostrando la graciosa arruguita que cruzaba su nariz.

—Bueno, entonces la zona sur de Chicago será un buen sitio para nosotros durante un tiempo.

—Espera a que yo triunfe. Entonces ya no tendrás que trabajar.

—¿Qué quieres decir con «triunfar», Sobig?

Selina llevaba años sin llamarlo así. Pero ahora el viejo apodo le vino a los labios porque estaban hablando del futuro y del éxito de Dirk.

—¿Qué quieres decir con «triunfar», Sobig?

—Ser rico. Tener mucho dinero.

—¡Oh, no, Dirk! Eso no es triunfar. Roelf, lo que hace Roelf, eso es triunfar.

—Oh, bueno, si tienes dinero suficiente puedes comprar las cosas que él hace y poseerlas. Eso es casi igual de bueno, ¿no?

La Midwest University se había erigido casi de la noche a la mañana en los terrenos que ocupara el Midway Plaisance en la Exposición Universal de 1893. Los millones de un hombre habían sido la varita mágica que, agitada sobre un pradera desnuda, había producido un centro del saber. La guía de la universidad hablaba de él con reverencia y lo llamaba el Fundador, con mayúscula, como se hace con Dios. Los alumnos hablaban de él sin tanta veneración. Lo llamaban Johnny el Carbonero. El hombre ya había donado treinta millones a la universidad y, aun así, las fauces insaciables de la institución seguían pidiendo más. Cuando el petróleo subía una fracción de centavo, decían: «Seguro que Johnny el Carbonero está pensando en darnos otro millón».

Dirk comenzó sus estudios en la Midwest University en el otoño de 1909. El primer año no fue demasiado agradable, como suele ocurrir en la carrera, pero salió adelante. Un alto porcentaje de los estudiantes cursaba derecho, lo que explica el gran número de agentes inmobiliarios y de seguros que hoy en día hacen negocios dentro y fuera de Chicago. Antes de que terminara el primer semestre, Dirk ya era popular. Era un miembro de comité nato y las insignias florecían en su ojal. Con solo ponerse un traje de confección lo hacía parecer hecho a medida. Tenía un gran encanto y una elegancia innata. Los chicos lo apreciaban, y las chicas también. Aprendió a decir: «Tengo eco a las diez», lo que significaba que a esa hora tenía clase de economía política, y «Me gustaría saltarme psico» significaba que no había estudiado para la siguiente clase de psicología aplicada. Rara vez se «saltaba» una clase. Le parecía injusto y desleal hacia su madre. Algunos de sus compañeros se burlaban de este rigor en la asistencia. «Cualquiera diría que vienes de oyente», decían.

Los oyentes eran, en su mayor parte, estudiantes aplicados y más bien talludos cuya educación era una floración tardía. Normalmente no se matriculaban para todo

el curso, o compaginaban febrilmente el trabajo y los estudios. Los matriculados, sin embargo, eran los inscritos de forma regular, con edades parecidas (entre los diecisiete y los veintitrés años) y se tomaban su educación con bastante ligereza. El prospecto de la universidad decía de los oyentes:

Las personas mayores de veintiún años que no pretendan obtener un título, podrán ser admitidas, a través de la oficina del examinador, a los cursos de educación ofrecidos en la universidad, en calidad de oyentes. Deberán documentar su experiencia como maestros u otras experiencias con valor educativo en la vida práctica... No tienen derecho a comparecer ante un tribunal público...

Eran las cenicientas y los *smikes*^[3] de aquel templo del saber.

Los matriculados y los oyentes casi nunca se mezclaban. No solo los separaba la edad, también sus metas. Los matriculados, chicos y chicas, eran en su mayor parte jóvenes esbeltos con gorras, pipas y suéteres, que hablaban de rugby, béisbol y chicas, o jóvenes esbeltas con blusas muy finas y cintas rosas en el cubrecorsé que se transparentaba por debajo, faldas de tablas que se agitaban deliciosamente mientras paseaban del brazo por el campus, y cuyas conversaciones giraban en torno a partidos de rugby, banalidades, ropa y chicos. Hacían novillos siempre que podían. Eran el alumnado. Midwest los producía a centenares, podría decirse que en cadena, como la fábrica de Aug Hempel producía sus salchichas gruesas y lustrosas, cada una de ellas idéntica a la anterior y a la siguiente. Tantos cientos de alumnos se graduaban ese año. Al año siguiente se graduarían otros tantos. De vez en cuando una salchicha rebelde se despellejaba ligeramente y era descartada. Iban a la universidad porque sus padres —prósperos tenderos, industriales, comerciantes o profesionales, y sus respectivas mujeres— querían que sus hijos tuvieran una educación. Querían verlos triunfar. «Yo no pude estudiar y siempre lo he lamentado. Ahora quiero que mi hijo (o hija) tenga una buena educación que lo prepare para luchar en la vida. Dejadme que os diga que estamos en una época de especialización.»

Rugby, banalidades, hablé con fulano, hablé con mengano.

Los oyentes, antes que faltar a una clase, habrían tirado por la alcantarilla su escasa asignación semanal. De ser físicamente posible, habrían ido a dos clases o a dos conferencias a la vez y habrían hecho dos trabajos al mismo tiempo. Mujeres anodinas y aplicadas entre los treinta y los cuarenta años, cuyo pelo no era un adorno, sino algo que había que recoger y apartar rápidamente, y su ropa un simple envoltorio, los zapatos ni siquiera «prácticos» pero elegantes, sino solo zapatos, raspados, remendados y útiles. Los hombres eran serios, desaliñados y solían llevar gafas. Tenían caspa en el cuello de la chaqueta y el semblante arrugado e inquieto, en curioso contraste con los rostros lozanos, juveniles y despreocupados de los matriculados. Decían, cuidadosa, casi solemnemente, «economía política» y

«psicología aplicada». La mayoría había trabajado diez o quince años para poder acceder a esta educación tardía. Este había tenido que mantener a su madre, aquel a sus hermanos y hermanas pequeños. Esta rolliza mujer de treinta y nueve años y rostro afable y jovial tenía un padre paralítico. Otra había conocido la pobreza, la miseria absoluta y sórdida, y había estado ahorrando céntimo a céntimo para hacer realidad el sueño gloriosamente cumplido de una educación universitaria. Había una mujer que estudiaba para ser trabajadora social. Había hecho todo tipo de trabajos, desde criada a dependienta en una tienda de baratillo. Había estudiado por las noches y ahorrado monedas de uno, cinco, diez y veinticinco centavos. *Otras experiencias con valor educativo en la vida práctica*. Las tenían, bien lo sabe Dios.

Al principio, contemplaban la universidad con el embelesamiento de un novio que mira con apasionada ternura a la amante conquistada por la que ha trabajado y a la que ha esperado durante sus años jóvenes. La universidad iba a devolverles la juventud perdida... y algo más. La sabiduría. El conocimiento. El poder. El entendimiento. Hubieran dado su vida por ello. Casi lo habían hecho, a fuerza de privaciones, renunciaciones y trabajo.

Llegaban con las manos llenas de amor, ofreciéndose: «Tómame», exclamaban, «vengo con lo que tengo. Devoción, esperanza, ganas de aprender, la promesa de no defraudarte. He tenido experiencias y vivencias agrídulces. Sé lo que es batallar. Mira mis cicatrices. Puedo aportar muchas cosas valiosas a tus clases. A cambio, solo te pido pan..., el pan del conocimiento».

Y la universidad les dio una piedra.

—¡Mirad ese sombrero! —se burlaban los matriculados al cruzar el campus—. ¡Vaya adefesio!

Los profesores los encontraban una pizca demasiado aplicados, curiosos y preguntones. Se quedaban después de clase y hacían mil consultas. Estaban llenos de preguntas y tendían a enrollarse en clase. «Bueno, he tenido ocasión de comprobar por experiencia...»

Pero el profesor prefería ser él quien diera la clase. Si había alguna experiencia pertinente, debía venir del estrado del profesor, no de la silla del alumno. Además, ese tipo de cosas entorpecía el desarrollo de la clase e impedía avanzar con suficiente rapidez. Cuando sonaba el timbre que marcaba el final de la clase, todavía estaban por la mitad de la lección prevista para ese día.

En su primer año Dirk cometió el error casi fatal de trabar amistad con una de las oyentes, una estudiante que iba a la clase de eco y se sentaba a su lado. Era una mujer grandona, rellenita y alegre, de unos treinta y ocho años, con una piel brillante que no empolvaba nunca y un pelo abundante que desprendía un desagradable olor a aceite. Era simpática y jovial, pero vestía como un adefesio, habrían dicho los matriculados, e hiciera el frío que hiciera, siempre tenía una mancha de sudor en forma de media luna bajo las axilas. Tenía una mente aguda, despierta, curiosa, equilibrada y un punto crítica. Sabía qué referencias eran valiosas y cuáles irrelevantes, cómo obtener

información para la siguiente clase o para el trabajo semanal. Se llamaba Schwengauer, Mattie Schwengauer. ¡Terrible!

—Escucha —solía decir generosamente a Dirk—, no tienes que leer todo esto. ¡Qué locura! Yo te explico. Lo importante está en las páginas 256 a 273 de Blaine, 549 a 567 de Jaeckel, y las primeras once..., no, doce páginas del informe de Trowbridge. Con eso tienes prácticamente todo lo que necesitas.

Dirk estaba agradecido. Los apuntes de Mattie siempre eran detallados, perfectos. Nunca ponía reparos a que Dirk los copiara. Tomaron la costumbre de salir de clase y cruzar juntos el campus. Ella le contó cosas de sí misma.

—¡Así que tus padres son granjeros!

Sorprendida, miró el buen corte de la ropa de Dirk, sus manos finas, fuertes y sin callos, la gorra y los zapatos elegantes.

—¡La mía también! De Iowa —pronunció «Iowai»—. Viví en la granja hasta los veintisiete años. Siempre quise ir al colegio, pero no teníamos dinero y yo no podía venir a trabajar a la ciudad porque era la mayor y mamá enfermó después de tener a Emma, la pequeña. Somos nueve hermanos. Mamá quería que yo estudiase y papá estaba de acuerdo, pero no pudo ser. No fue culpa suya. Un año, el verano era muy caluroso, sin apenas lluvia desde la primavera al otoño, y el maíz se secaba en los tallos como si fuera papel. Al año siguiente era tan húmedo que las semillas se pudrían en la tierra. Mamá murió cuando yo tenía veintiséis años. Los chicos ya estaban crecidos por entonces. Papá volvió a casarse un año después y yo fui a trabajar a Des Moines. Estuve allí seis años, pero no ahorré mucho por culpa de mi hermano. Era un cabeza loca. También se fue a Des Moines después de casarse papá. Él y Aggie —su segunda mujer— no se llevaban bien. Vine a Chicago hará unos cinco años... He hecho todo tipo de trabajos, menos cavar en la mina. Lo hubiera hecho de haber sido necesario.

Le contó esto con absoluta ingenuidad y sencillez. Dirk sintió interés y pena por ella, pues era de natural compasivo. Algo en la historia de Mattie le emocionó y también le desconcertó un poco.

—No puedes hacerte una idea de lo que significa para mí estar aquí... Todos estos años soñaba con esto. Todavía me parece que no puede ser verdad. Soy consciente de lo que me rodea y aun así no puedo creerlo. Como cuando uno está dormido y sueña con algo bonito para despertarse y descubrir que es verdad. Me digo: «Estoy cruzando el campus. Soy una estudiante, mujer, en la Midwest University y estoy cruzando el campus de mi universidad para ir a clase».

Tenía la cara grasienta, emocionada y bonita.

—Bueno, eso es estupendo —replicó débilmente Dirk—. Es realmente estupendo.

Le habló de ella a su madre. Dirk solía ir a casa los viernes por la noche y se quedaba hasta el lunes por la mañana, porque los lunes tenía la primera clase a las diez. Selina estaba muy interesada y emocionada.

—¿Crees que le gustaría pasar un fin de semana con nosotros en la granja? Podría

venir contigo el viernes y, si quiere, volver el domingo por la noche. O quedarse hasta el lunes por la mañana y volver contigo. Hay un cuarto libre, muy fresco y tranquilo. Podría estar a su antojo. Le daría nata y toda la fruta y verdura fresca que quisiera. Y Meen le haría uno de sus pasteles de coco. Le pediría a Adam que trajera un coco de la calle South Water.

Mattie llegó un viernes por la noche. Era a finales de octubre, el veranillo de San Martín, la época más bonita del año en las praderas de Illinois. Una suave luz dorada parecía teñirlo todo, como si el aire mismo fuese oro líquido, tonificante. Las calabazas reverberaban sobre la fértil tierra marrón, y la escarcha en las hojas de los arces refulgía al sol. En kilómetros a la redonda, el campo era la viva imagen de la abundancia y la plenitud, de profecía cumplida, como cuando una mujer hermosa y fértil, tras dar a luz y ver a sus hijos sanos, se sienta a descansar con mirada serena, benévola, opulenta y satisfecha.

La cara de Mattie Schwengauer cobró cierto esplendor. Cuando ella y Selina se dieron la mano, Selina la miró con curiosidad, como sorprendida. Más tarde, aparte, le dijo a Dirk:

—Pero tú me dijiste que era fea.

—Y lo es... ¿o no?

—¡Pero mírala!

Mattie Schwengauer estaba hablando con Meena Bras, la mujer que trabajaba en la casa, con las manos en las anchas caderas, la bonita cabeza echada hacia atrás, los ojos brillantes y una sonrisa que dejaba ver sus fuertes dientes cuadrados. El tema de aquella conversación era un nuevo artilugio para separar la nata. Algo le había hecho gracia a Mattie y se rio. Era una risa juvenil, distendida y relajada.

Durante dos días Mattie hizo lo que se le antojó, lo que significa que ayudó a recoger verduras de la huerta, a ordeñar las vacas y a ensillar los caballos; los montó a pelo en el prado, anduvo por la carretera, se abrió camino entre los matorrales del bosque, se puso una hoja de arce escarlata en el pelo, durmió como una bendita desde las diez a las seis y se atiborró de nata, frutas, verduras, huevos, salchichas y pasteles.

—Llegó un punto en que odiaba hacer todas estas cosas en la granja —dijo, riendo un tanto avergonzada—. Supongo que era porque tenía que hacerlas. Pero ahora me acuerdo de aquello y lo disfruto, porque para mí es lo natural. Lo estoy pasando en grande, señora DeJong. Mejor que nunca en mi vida.

Tenía la cara radiante y casi hermosa.

—Si quieres que me lo crea tienes que volver —dijo Selina.

Pero Mattie Schwengauer no volvió.

A principios de la semana siguiente uno de los estudiantes de la universidad se acercó a Dirk. Era un alumno de tercer año, muy influyente en su clase y miembro de la hermandad con la que Dirk estaba prácticamente comprometido. Una hermandad de lo más apetecible.

—DeJong, quiero hablar un momento contigo. Escucha, tienes que alejarte de esa

chica, Swinegour o como se llame, o los de la hermandad pasarán de ti.

—¿Qué quieres decir? ¿Alejarme de ella? Pero ¿cuál es el problema?

—¿El problema? Es una oyente, ¿no? ¿Y no te sabes la historia? Ella misma lo contó como un consejo para ahorrar a una chica que trabaja para pagarse los estudios. Resulta que se baña con la ropa interior y las medias puestas para ahorrar jabón. ¡Las lava sin quitárselas! No te miento.

Dirk se imaginó por un momento a aquella mujer grandona con su ropa interior de punto y sus medias blancas sentada en un barreño lleno de agua hasta la mitad, frotándose y frotando la ropa al mismo tiempo. Era una imagen cómica y repulsiva. También conmovedora, pero eso no iba a reconocerlo.

—¡Figúrate! —continuó el futuro compañero de hermandad—. Oye, no podemos tener un compañero que anda con una mujer así. Tienes que alejarte de ella, ¿comprendes? Del todo. Los chicos no lo aceptarían.

Dirk se imaginó adoptando una actitud noble y diciendo: «Conque no lo aceptarían, ¿eh? Ella vale más que todos vosotros juntos, así que podéis ir todos al infierno».

En vez de eso, dijo vagamente:

—Ah, bien. Pues...

Dirk se cambió de sitio en clase, rehuía la mirada de Mattie y salía disparado por la puerta nada más terminar la lección. Un día vio que Mattie venía hacia él en el campus y creyó que quería pararse a hablar un momento, tal vez para reprenderle entre risas. Dirk apresuró el paso, se escoró ligeramente y, al cruzarse con ella, se levantó la gorra y saludó con la cabeza sin dejar de mirar hacia delante. Por el rabillo del ojo pudo verla detenerse un momento en el camino, indecisa.

Dirk entró en la hermandad. Los chicos lo apreciaron desde el comienzo. Selina le dijo una o dos veces:

—¿Por qué no invitas otra vez a Mattie? ¡Qué chica..., mujer tan simpática! Parecía tan joven y contenta cuando estuvo aquí, ¿verdad? Además, tenía muy buena cabeza. Llegará lejos, ya lo verás. Tráela la semana que viene, ¿eh?

Dirk se rebulló, tosió y miró a otro lado.

—Ah, no sé. No la he visto últimamente. Supongo que anda con otra pandilla, o algo.

Trató de no pensar en lo que había hecho, porque se sentía sinceramente avergonzado. Terriblemente avergonzado. Así que se dijo: «¡Bah, qué importa!» y ocultó su vergüenza. Pasado un mes, Selina volvió a decirle:

—Me gustaría que invitaras a Mattie a la cena del Día de Acción de Gracias. A no ser que vaya a su casa, cosa que dudo. Tendremos pavo, pastel de calabaza y todo lo demás. Le encantará.

—¿Mattie?

Dirk hasta había olvidado su nombre.

—Sí, claro. ¿No se llama así? Mattie Schwengauer.

—Ah, sí. Eh..., bueno... No la he visto mucho últimamente.

—Oh, Dirk, no habrás regañado con esa chica tan maja.

Dirk decidió hablar claro.

—Escucha, mamá. Hay muchos grupos diferentes en la universidad, ¿comprendes? Y Mattie no pertenece a ninguno de ellos. No lo entenderías, pero es así. Ella... es inteligente, simpática y todo lo demás, pero simplemente no encaja. Ser amigo de una chica así no te lleva a ninguna parte. Además ya no es una chica. Bien pensado, es una mujer madura.

—¡Que no te lleva a ningún parte! —dijo Selina con tono frío y reposado.

Y, como el muchacho rehuía su mirada, añadió:

—Vaya, Dirk DeJong. Mattie es una de las razones por las que te mandé a la universidad. Es lo que yo llamo parte de una educación universitaria. Solo hablando con ella ya se aprende algo importante. Es natural que prefieras andar con chicas jóvenes y guapas de tu edad. Sería raro que no fuera así. Pero esa Mattie... es pura vida. ¿Recuerdas lo que contaba de cuando lavaba platos en el restaurante judío de la calle Doce y el dueño alquilaba platos y cubiertos para las bodas irlandesas e italianas del barrio en las que comían cerdo y sabe Dios qué, y luego volvía a usarlos al día siguiente en el restaurante para los clientes judíos?

Sí, Dirk se acordaba. Selina escribió a Mattie invitándola a la granja para el Día de Acción de Gracias, y Mattie respondió muy agradecida, pero rehusando la invitación. «Siempre la recordaré con inmenso cariño», escribió en la carta.

Durante todo el primer año de Dirk en la universidad, no hubo charlas alentadoras, informales y apacibles frente a la chimenea en el despacho lleno de libros de algún catedrático, cuya sabiduría fuese una mezcla de saber clásico y moderno que inspirase a sus oyentes. Los catedráticos de la Midwest daban sus clases en las aulas como habían venido haciéndolo durante los últimos diez o veinte años y como seguirían haciéndolo hasta que su muerte o el Consejo universitario los relevara. Los catedráticos y profesores más jóvenes, con elegantes trajes grises y corbatas de colores vivos, se esforzaban por no ser pedantes en clase y acababan excediéndose. Se hacían pasar por un estudiante más, utilizaban alegremente un poco de jerga para divertir a los chicos y obtener una risita arrobada de las chicas. En cierto modo, Dirk prefería a los pedantes. Cuando los otros tenían que dar a los alumnos una charla informal antes de algún acto universitario, empezaban diciendo: «Eh, chicos, escuchad...». En los bailes eran muy capaces de «asediar» a las estudiantes guapas.

Dos de las asignaturas de Dirk las daban profesoras. Eran de mediada edad o ya la habían pasado. Mujeres disecadas, solo sus ojos tenían vida. Su ropa era de algún indefinido tejido negro, marrón o gris anodino, el pelo sin vida, las manos largas, huesudas e inertes. Habían visto desfilar infinidad de cursos, aulas llenas de caras jóvenes como círculos de tiza dibujados momentáneamente en la pizarra para ser borrados enseguida y dar paso a otros. De las dos mujeres, una, la mayor, a veces se animaba de repente, como la llama en las brasas de una hoguera apagada. Tenía sentido del humor y cierto ingenio cáustico, cualidades que había logrado salvar milagrosamente de los efectos mortales y abrumadores de treinta años de clases. Una inteligencia fina e iconoclasta, constreñida por las restricciones de una comunidad convencional y por un espíritu de solterona congénita.

En clase de estas profesoras, Dirk se irritaba e impacientaba. La señorita Euphemia Hollingswood tenía una forma peculiar de enfatizar cada tres o cinco sílabas, bajando bruscamente el tono de voz: «Al *considerar* todos los hechos del caso que se nos presenta, *primero* debemos revisar la *historia* y *tratar* de analizar *el* extraordinario...».

Dirk notó que estaba pendiente de aquellos énfasis que le crispaban como un martillazo en la cabeza.

La señorita Lodge hablaba de un modo exasperante. Atacaba cada palabra con un desesperante «eh...»: «Vista..., eh..., la..., eh..., situación geométrica de la..., eh...».

Dirk se revolvía en su asiento, sentía que apretaba los puños y se refugiaba en la contemplación de la sombra proyectada por la rama de un roble próximo a la ventana sobre una franja de luz en la pizarra detrás de la profesora.

A comienzos de la primavera Dirk y Selina volvieron a hablar de sus cosas, sentados delante de la chimenea en la granja de High Prairie. Selina había hecho construir la chimenea cinco años antes y su amor por ella parecía casi veneración por el fuego. La encendía todas las noches de invierno y las frías de primavera. Cuando no estaba Dirk, se quedaba largo rato delante de ella después de que los demás se hubieran acostado, rendidos. El viejo *Pom*, el chuchó, se tendía a sus pies, disfrutando de un lujo en su vejez que nunca soñó en su dura juventud. High Prairie, al volver de alguna infrecuente reunión social o en algún viaje tardío y obligado al mercado, veía el rosado resplandor del fuego de la señora DeJong danzando en la pared y se sentía reconfortado aunque le diera rabia: «Tiene una buena estufa y aun así tiene que tener la chimenea encendida. Siempre hace cosas raras. Seguro que se siente sola ahí sentada con la única compañía de ese perro».

Nunca supieron cuántos invitados tuvo Selina delante del fuego en aquellas noches de invierno, viejos y nuevos amigos. Estaba Sobig, el niño rollizo manchado de tierra que se revolcaba y retozaba en los campos mientras su joven madre se limpiaba el sudor de la cara para mirarlo amorosamente. Estaba el Dirk DeJong de diez años. Simeon Peake, atildado, de voz suave, irónico, con los botines relucientes y el sombrero siempre un poco ladeado. Pervus DeJong, un gigante de camisa azul con manos fuertes y tiernas cuyo dorso estaba cubierto de un fino vello dorado. La actriz Fanny Davenport, el ídolo de su niñez, volvió a la mente de Selina, sonriendo y saludando al público, y las maravillosas criaturas con lentejuelas, leotardos y corpiños de las viejas *extravaganzas*. En extraño contraste con todos ellos estaba la figura paciente e incansable de Maartje Pool, de pie junto a la puerta del pequeño cobertizo de Roelf, con los brazos metidos en el delantal para calentarse. «Os divertís, ¿eh?», decía, nostálgica, «Roelf y tú os estáis divirtiéndolo». Y Roelf, el chico moreno, vivaz e incomprendido, nunca faltaba en el grupo.

No, Selina DeJong nunca estaba sola aquellas noches de invierno frente al fuego.

Ella y Dirk se sentaron allí una noche hermosa y desapacible a principios de abril. Era sábado. Últimamente Dirk no había ido a la granja todos los fines de semana. Eugene y Paula Arnold habían vuelto a casa a pasar las vacaciones de Semana Santa. Julie Arnold había invitado a Dirk a las alegres fiestas en la casa de Prairie Avenue. Dirk incluso había pasado allí dos fines de semana enteros. Después del lujo emperifollado de la casa de Prairie Avenue, su cuarto de la granja parecía de una desnudez y una austeridad casi sobrecogedoras. Selina disfrutaba sinceramente con las descripciones un tanto fragmentadas que Dirk hacía de aquellas visitas y extraía indirectamente tanto placer de ellas como Dirk había sentido en la realidad, o probablemente más.

—Venga, cuéntame qué os daban de comer —decía, extrovertida como una niña—. ¿Qué cenasteis, por ejemplo? ¿Era fastuoso? Julie me dijo que ahora tienen mayordomo. ¡Caray! Estoy deseando oír los comentarios de Aug Hempel.

Dirk le contaba las grandezas de la casa de los Arnold y ella lo interrumpía

exclamando:

—¡Mayonesa! ¡Con fruta! Mmm, no creo que me gustara. ¿A ti sí? Bueno, te lo pondré la semana que viene cuando vengas. Pediré la receta a Julie.

Dirk no creía que volviera la semana siguiente. Uno de los chicos que había conocido en casa de los Arnold le había invitado a su casa del lago en el norte. Además, tenía una barca.

—¡Es un plan estupendo! —exclamó Selina, tras un momento de silencio casi imperceptible y temeroso—. Intentaré no angustiarme como una histérica cada vez que piense que estás en el agua. Venga, sigue, Sobig. De primero fruta con mayonesa, ¿eh? ¿Y qué clase de sopa?

Dirk no era de natural muy hablador. Pero no había nada hosco en su silencio. Simplemente se trataba de una veta taciturna heredada de sus antepasados holandeses. Sin embargo, esta vez estaba más locuaz que de costumbre. «Paula...», repetía una y otra vez en su conversación. «Paula...», y otra vez «Paula...». Dirk no parecía ser consciente de esta repetición, pero el oído atento de Selina la captó.

—No la he visto desde que se fue al colegio —dijo Selina—. Debe de tener... vamos a ver... es un año mayor que tú. Tiene diecinueve para veinte. La última vez que la vi me pareció una criatura morena y esmirriada. Qué pena que no haya heredado el color dorado y la belleza de Julie, en vez de Eugene, que no los necesita.

—¡No es así! —dijo Dirk, con vehemencia—. Es morena, delgada y... sensual.

Selina se sorprendió visiblemente y se tapó rápidamente la boca para ocultar una sonrisa.

—Como Cleopatra. Tiene los ojos grandes y rasgados. No quiero decir bizcos, sino un poco rasgados en las comisuras. Recortados, podría decirse, por lo que parecen más grandes que los de la mayoría.

—Mis ojos tenían fama de ser bastante bonitos —dijo Selina maliciosamente, pero Dirk no la oyó.

—Hace que las demás chicas parezcan desaliñadas.

Dirk se quedó un momento callado. Selina también calló. No fue un silencio gozoso. De repente, Dirk se puso a hablar de nuevo, como siguiendo en voz alta el hilo de sus pensamientos.

—... Excepto sus manos.

Selina trató de sonar natural, no demasiado curiosa.

—¿Qué pasa con sus manos, Dirk?

Dirk meditó un momento con el ceño fruncido, y al final, lentamente, dijo:

—Bueno, no sé. Son morenas, muy delgadas y un poco como... garras. Quiero decir que me pone nervioso mirarlas. Y cuando toda ella está fría, sus manos, al tocarlas, están calientes.

Dirk miró las manos de su madre, ocupadas en alguna labor de costura. Selina estaba trabajando en un trozo de cinta de raso, parte de una capucha pensada para adornar la cabeza del segundo bebé de Geertje Pool Vander Sidje. Le estaba costando

no engancharse los ásperos dedos en la suave superficie de raso. El trabajo manual, el agua, el sol y el viento habían curtido y endurecido esas manos, y agrandado, ensanchado y resecao los nudillos. Sin embargo, qué manos tan seguras, fuertes, frescas y fiables... y qué tiernas. De pronto, mirándolas, Dirk dijo:

—¡Pero tus manos...! Me encantan tus manos, mamá.

Selina dejó la costura, rápida pero tranquilamente, para que las súbitas lágrimas de agradecimiento y felicidad no mancharan la cinta de seda rosa. Estaba sonrojada como una niña.

—¿De veras te gustan, Sobig?

Al cabo de un momento, Selina retomó la labor. Su rostro parecía tan joven, animado y fresco como el de la chica que había encontrado tan bonitos los repollos aquella noche mientras iba traqueteando por la carretera llena de baches de Halsted junto a Klaas Pool, muchos años atrás. Su semblante recobró la mirada de aquellos momentos felices, jubilosos y emocionantes. Ese era el motivo por el que quienes la querían e inspiraban esa mirada consideraban hermosa a Selina, mientras que los demás nunca se fijaron en su mirada y la consideraban una mujer del montón.

Se produjo otro silencio entre los dos, que fue roto por Dirk:

—Mamá, ¿qué te parecería que fuera al este el próximo otoño para hacer un curso de arquitectura?

—¿Te gustaría, Dirk?

—Sí, creo... que sí.

—Entonces a mí me gustaría más que nada en el mundo. Yo... me siento feliz solo de pensarlo.

—Costaría... un dineral.

—Me las arreglaré. ¿Qué te ha hecho decidirte por la arquitectura?

—No lo sé exactamente. Los nuevos edificios de la universidad..., los góticos, ya sabes..., contrastan tanto con los antiguos. Además, Paula y yo estuvimos hablando el otro día. Odia su casa de Prairie Avenue, esa horrible mole de piedra gris ennegrecida por el humo de los trenes de la Illinois Central. Quiere que su padre construya en el norte una villa italiana o un castillo francés. Algo de ese tipo. Muchos de sus amigos se están mudando a la orilla norte, lejos de las casas espantosas del norte y el sur de Chicago, con sus escalinatas, sus miradores y sus horribles torrecillas.

—Bueno, te diré que a mí me gustan —protestó suavemente Selina—. Supongo que estoy equivocada, pero a mí me parecen naturales, sólidas y sin pretensiones, como la ropa que lleva August Hempel, de corte recto y holgado. Esas casas me parecen dignas y adecuadas. Podrán ser feas, que probablemente lo son, pero desde luego no son ridículas. Tienen una cierta grandeza tosca. Son Chicago. Esas ridiculeces francesas e italianas están fuera de lugar. Es como si Abraham Lincoln apareciera de repente con un pantalón corto de seda rosa, zapatos de hebilla y puños de encaje.

Dirk se echó a reír ante esa imagen, aunque también protestó.

—Pero si no hay arquitectura local, ¿qué se puede hacer? Supongo que no llamarás arquitectura local a esas viejas moles de piedra y ladrillos ennegrecidas por el humo, con sus verjas de hierro, sus invernaderos, cúpulas y molduras talladas.

—No —admitió Selina—, pero esas villas italianas y esos castillos franceses de los distritos del norte de Chicago son como un traje de gala lleno de encajes en el desierto de Arizona. No te mantendrían fresco durante el día ni te abrigarían lo suficiente por la noche. Supongo que una arquitectura local nace de construir en función del clima local y de las necesidades de la comunidad, sin olvidar la belleza a medida que aquella va evolucionando. No necesitamos torres más de lo que necesitamos puentes levadizos y fosos. Supongo que está bien mantenerlos donde surgieron, en un país donde el sistema feudal significaba que, cualquier día, a tu vecino se le podía ocurrir llamar a su banda y aparecer por sorpresa para raptar a tu mujer y robar los tapices y las copas de oro.

Dirk parecía interesado y divertido. Las conversaciones con su madre solían producirle ese efecto.

—Mamá, ¿cuál es tu idea de una típica casa de Chicago?

Selina contestó rápidamente, como si hubiera pensado mucho sobre ello, como si le hubiese gustado tener una vivienda así en el solar de la casa donde ahora estaban cómodamente sentados.

—Harían falta grandes porches para los días y noches de calor, con el fin de aprovechar los vientos del sudoeste que llegan de las praderas durante el verano. Un porche que mire al este, o una terraza u otro porche orientado en esa dirección para que, si la deliciosa brisa del lago llega justo cuando uno cree morir de calor, como a veces ocurre, también se la pueda aprovechar. Habría que construirla (me refiero a la casa) cuadrada, fuerte y sólida para resistir nuestros fríos inviernos y las tormentas del nordeste. Y porches donde se pueda dormir, por supuesto. ¡Ahí tienes algo característico de Norteamérica! Puede que Inglaterra tome el té de las cinco en la terraza, que España y Francia tengan sus patios e Italia sus pérgolas cubiertas de parra, pero Estados Unidos tiene su porche para dormir, un porche cerrado donde dormir al aire libre, y no me extrañaría que la persona a la que se le ocurrió tenga preferencia el día del Juicio Final sobre el inventor del avión, el fonógrafo o el teléfono. Después de todo, él solo pensaba en la salud de la raza humana.

Después de esta parrafada, Selina sonrió a Dirk, Dirk a Selina, y los dos se echaron a reír alegremente junto al fuego.

—¡Mamá, eres maravillosa! Solo que tu casa típica de Chicago parece consistir básicamente en un porche.

Selina rechazó este comentario con un gesto de indiferencia.

—Verás, en cualquier casa que tenga porches suficientes, dos o tres cuartos de baño y al menos ocho armarios se puede vivir cómodamente. El resto da igual.

Al día siguiente estuvieron más serios. La universidad del este y la carrera de

arquitectura parecían decisiones firmes. Selina estaba contenta y feliz. Dirk estaba preocupado por los gastos. Habló de ello a la hora del desayuno (del desayuno de Dirk, porque su madre había desayunado horas antes y ahora, mientras él tomaba café, se sentó un momento con su hijo y hojeó el periódico que había llegado por correo). Selina había estado en los campos supervisando el trasplante de las tomateras jóvenes del invernadero al campo. Llevaba una vieja chaqueta gris abotonada hasta arriba, porque el aire todavía era frío. En la cabeza llevaba un maltrecho sombrero de fieltro negro (uno viejo de Dirk) muy parecido al que había llevado en el Haymarket aquel día, diez años atrás. Selina tenía las mejillas ligeramente coloradas por la caminata a través de los campos en el frío aire mañanero.

Selina olfateó y dijo:

—Ese café huele muy bien. Creo que voy a ...

Se sirvió media taza con el aire virtuoso de quien tiene ganas de tomar una taza entera pero no lo hace.

—He estado pensando —arrancó Dirk— que el gasto...

—Cerdos —dijo Selina, tranquilamente.

—¿Cerdos? —dijo Dirk, mirando perplejo a su alrededor y clavando la vista en su madre.

—Los cerdos son la solución —explicó Selina con calma—. Llevo tres o cuatro años queriendo tenerlos. Es una idea de August Hempel. En realidad son puercos.

De nuevo, como antes, Dirk repitió débilmente:

—¿Puercos?

—Puercos de raza. Ahora mismo valen su peso en oro, y así va a ser durante muchos años. No los criaré al por mayor, solo lo suficiente para que el señor Dirk DeJong sea arquitecto.

Al ver la expresión en el rostro de su hijo, añadió:

—Dirk, no pongas esa cara de pena. No hay nada asqueroso en un cerdo. Por lo menos en los míos, criados en una pocilga tan higiénica como un cuarto de baño alicatado y cebados con maíz. El cerdo es un animal hermoso e imponente si se le trata como es debido.

Dirk parecía abatido.

—Prefiero no ir a la universidad a costa de los puercos.

Selina se quitó el sombrero, lo lanzó al viejo sillón junto a la ventana y se alisó el pelo con la palma de la mano. Aquel suave cabello oscuro ya estaba generosamente entreverado de gris, pero los ojos seguían tan brillantes y claros como siempre.

—Sobig, ya sabes que esta es una granja rentable, tal como va el sector. No tenemos deudas, la tierra está en buen estado y la cosecha promete si no tenemos otra primavera fría y lluviosa como la del año pasado. Pero ningún granjero va a hacerse rico con la huerta en los tiempos que corren, con la mano de obra tan cara, el mercado como está, los gastos de transporte y todo lo demás. El granjero que no tiene pérdidas piensa incluso que le ha ido bien.

—Lo sé —dijo Dirk, compungido.

—Bueno. Hijo, no me estoy quejando, solo te digo lo que hay. Yo disfruto muchísimo. Cuando veo que la plantación de espárragos que sembré hace diez años está rindiendo, soy tan feliz como si hubiera encontrado una mina de oro. A veces recuerdo cómo se oponía tu padre a que plantara la primera esparraguera. Abril, como ahora, en el campo, con todo lo que brota, verde y nuevo, en el légamo fértil... No puedo describirlo. ¡Y cuando pienso que todo eso va al mercado como alimento, el mejor alimento, que mantiene el organismo limpio, sano, ágil y fuerte! Me gusta pensar en lo que dicen las madres a sus hijos: «Vamos, cómete las espinacas hasta la última hoja o te quedas sin postre... Las zanahorias son buenas para la vista... Acábate la patata. Las patatas dan fuerza».

Selina se echó a reír, un poco sonrojada.

—Sí, pero ¿y los cerdos? ¿Piensas lo mismo de ellos?

—¡Por supuesto! —dijo Selina rápidamente, acercándole una pequeña fuente azulada que estaba cerca de ella sobre el mantel blanco.

—Come un poco más de tocino, Dirk. Una de estas lonchas ricas y onduladas que son tan crujientes.

—He acabado el desayuno, mamá —contestó Dirk, levantándose.

El otoño siguiente, era estudiante de arquitectura en Cornell. Trabajó duro y estudió incluso durante las vacaciones. Volvía a casa para pasar los calurosos y húmedos veranos de Illinois y permanecía varias horas al día en su cuarto, que había acondicionado con una gran mesa de trabajo y un tablero de dibujo. Tenía la regla siempre a mano, dos escuadras, de 45 y 60 grados, el compás normal y otros dos de puntas fijas. Selina a veces se quedaba detrás de él, mirándolo trabajar cuidadosamente sobre el papel calco. El desprecio de Dirk por la arquitectura local ya era absoluto. Despotricaba especialmente contra las casas de apartamentos que estaban proliferando en todas las calles de Chicago, desde Hyde Park, al sur, hasta Evanston, al norte. Chicago era muy elegante al hablar de ellas. Nunca las llamaba «pisos», sino apartamentos. Delante de todos ellos (solía haber seis por edificio) había un pequeño cubículo acristalado que llamaban solarium. En estos (a veces llamados pomposamente «solariums»), los habitantes de Chicago se resguardaban de los cielos plomizos, la atmósfera pesada del lago, la bruma, la niebla y el humo que tan a menudo cubrían de gris la ciudad. Estaban tapizados con cretona amarilla o rosa. En su interior brillaban pantallas de seda y maceteros llenos de flores. En estos verdaderos cajones Chicago leía el periódico, cosía, jugaba al bridge y hasta desayunaba. Las persianas nunca estaban bajadas.

—¡Es terrible! —bufaba Dirk—. No solo son espantosos en sí mismos, pegados en la fachada de esas casas como tres pares de gafas, sino que son impúdicos. Allí se hace de todo menos bañarse. ¿Es que no han oído el consejo que se da a los que viven en casas acristaladas?

En su tercer año de universidad, Dirk hablaba pretenciosamente sobre las Bellas

Artes. Pero Selina no se rio de aquello. «Tal vez», pensaba «¿Quién sabe? Después de un año o dos en algún estudio de aquí, ¿por qué no otro año de formación en París si es necesario?»

Aunque era la época de más trabajo en la granja, Selina fue a Ítaca para asistir a la ceremonia de graduación de Dirk en 1913. Él tenía veintidós años y era —Selina estaba segura de ello— el joven más apuesto de su clase. Era innegable que su figura agradaba la vista. Alto y con buena planta, como su padre, y rubio, también como su padre, excepto por los ojos. Dirk los tenía castaños, no tan oscuros como los de Selina, pero con algo de la suave acuosidad de su mirada. En cierto modo, daban fuerza a su rostro y una mirada intensa de la que no era consciente. Las mujeres, al sentir el ardor de esos ojos morenos, atribuían a Dirk unos sentimientos hacia ellas que él estaba lejos de albergar. No sabían que aquella mirada y sus efectos se debían simplemente a la pigmentación y conformación de sus ojos. Por otra parte, la mirada de un hombre que habla poco siempre es más efectiva que la de uno locuaz.

Selina, con su traje negro de raso, su sencillo sombrero negro y sus prácticos zapatos era una figura un tanto pintoresca entre todas aquellas mamás vivarachas y emperifolladas, pero también una figura distinta. Dirk no tenía motivos para avergonzarse de ella. Selina observó a aquellos padres de mediana edad, prósperos y barrigudos, y pensó, con tristeza, que Pervus habría parecido mucho más guapo que cualquiera de ellos de haber vivido para estar allí. Entonces, sin querer, se preguntó si aquel día habría podido llegar de haber vivido Pervus, y se recriminó por pensar aquello.

Cuando volvió a Chicago, Dirk entró en el estudio de Hollis & Sprague, Arquitectos. Se consideró afortunado de trabajar para esa firma, que estaba haciendo mucho por guiar el gusto arquitectónico de Chicago lejos de los simples cubos. El perfil de la Avenida Míchigan se elevaba ya sobre la aburrida horizontalidad. Pero Dirk trabajaba poco más que de delineante, y su estipendio semanal difícilmente podía llamarse sueldo. No obstante, Dirk tenía grandes ideas sobre arquitectura y expresaba su sensibilidad reprimida en los fines de semana que pasaba con Selina en la granja. «Barroco» fue la palabra con que descalificó el nuevo Beachside Hotel de la zona norte. Decía que el nuevo quiosco de música del parque Lincoln parecía un iglú. Afirmaba que el Ayuntamiento debería ordenar la demolición de la mansión de los Potter Palmer, porque estropeaba el paisaje, y echaba pestes de la fachada oriental del edificio de la Biblioteca Pública, situada en el centro de la ciudad.

—No importa —le aseguró Selina, alegremente—. Todo se ha hecho de prisa y corriendo. Recuerda que hasta ayer, o anteayer, Chicago era un fuerte indio, con tiendas donde ahora hay torres y barrizales en lugar de asfalto. La belleza necesita tiempo para perfeccionarse. Quizá hemos estado esperando todos estos años a jóvenes como tú. Y tal vez un día yo pasee por la Avenida Míchigan con algún visitante ilustre. Puede que con Roelf Pool. ¿Por qué no? Pongamos que sea Roelf Pool, el famoso escultor. Y él dirá: «¿Quién ha diseñado ese edificio que parece tan

sólido y a la vez tan ligero, tan grácil y alegre y al mismo tiempo tan discreto?». Y yo contestaré: «Ah, ese. Es uno de los primeros trabajos de mi hijo, Dirk DeJong».

Pero Dirk, malhumorado, se quitó la pipa de la boca y sacudió la cabeza.

—No lo entiendes, mamá. ¡Todo va tan lento! Voy a cumplir los treinta y ¿qué soy? Poco más que un botones en el estudio de Hollis.

Durante sus años de universidad Dirk había tratado mucho a Eugene y Paula Arnold, pero, a veces, Selina pensaba que su hijo evitaba esos encuentros, esas fiestas y fines de semana. Le alegraba que así fuera, porque suponía que la cuestión del dinero retraía a Dirk. Le parecía bien que él comprendiera la diferencia entre ambas familias. Eugene tenía su propio coche, uno de los cinco que había en el garaje de los Arnold. Paula también tenía el suyo. Había sido una de las primeras jóvenes de Chicago en conducir un automóvil. Había recorrido tan campante los bulevares de Chicago en uno cuando apenas era una niña vestida de corto. Al volante era hábil, atrevida e increíblemente tranquila. Ejercía una fuerte fascinación sobre Dirk. Selina se dio cuenta. Hacía uno o dos años que Dirk hablaba muy poco de Paula y esto, Selina lo sabía, significaba que estaba muy enamorado.

A veces Paula y Eugene iban en coche a la granja, cubriendo la distancia entre su nueva casa en la orilla norte y la de los DeJong en un tiempo increíblemente corto. Eugene aparecía con una gorra deportiva, abrigo holgado de tres cuartos, pantalones bombachos, unas extrañas botas de estilo inglés y una estudiada dejadez en la caída y el talle de su chaqueta. Paula no usaba ropa deportiva. No era su estilo, decía. Delgada, morena y vivaz, llevaba prendas elegantes de seda o crepé. Sus pequeños pies iban siempre enfundados en medias de seda y zapatos de hebilla. Tenía los ojos lánguidos y embrujadores. Adoraba el lujo y lo decía abiertamente.

—Tendré que casarme con un rico —declaraba—. Ahora que han terminado llamando magnate de la carne al pobre abuelo y le han quitado no sé cuántos millones, estamos prácticamente en la calle.

—Salta a la vista —dijo Dirk, con un deje de amargura bajo el tono desenfadado.

—Pues es verdad. Todo ese estúpido amarillismo en los últimos diez años... ¡Pobre papá! Aunque te diré que el abuelo era un tipo duro. He leído algunos informes de la última acusación, la de 1910, y he llegado a la conclusión de que, comparado con el viejo Aug, Jesse James era un filántropo. Creo que a su edad debería estar un poco asustado. Al fin y al cabo, pasados los setenta, probablemente te asaltan dudas y temores sobre el castigo que vas a recibir en el más allá. Pero no a un viejo pirata como el abuelo. Saqueará y expoliará hasta que se hunda con el barco. Y me parece que ahora mismo el viejo barco está muy tocado. Hasta papá dice que, a no ser que estalle una guerra o algo parecido, cosa muy improbable, la industria conservera va a empezar a hacer agua.

—Qué metáfora tan elaborada— murmuró Eugene.

Los cuatro —Paula, Dirk, Eugene y Selina— estaban sentados en el amplio porche cubierto que Selina había construido en el ángulo sudeste de la casa. Paula,

naturalmente, estaba en el sofá-mecedora. De vez en cuando apoyaba uno de sus delgados y lánguidos pies en el suelo y daba un impulso indolente al sofá.

—Es más o menos así, ¿no? Conque todo podría acabarse. El buen Aug ha sido el gran capitán durante todo el viaje. Papá no ha sido más que un segundo de a bordo bastante holgazán. Y en cuanto a ti, querido Gene, tú serías un grumete, ¿comprendes?

Eugene llevaba un año en el negocio.

—¿Qué puedes esperar de un tipo que odia el tocino y cualquier otra carne de cerdo? —replicó Eugene, que despreciaba los corrales y todo lo relacionado con ellos.

Selina se levantó y fue hasta el extremo del porche. Miró a lo lejos, entre los campos, protegiéndose del sol con la mano.

—Allí viene Adam con la última carretada del día. Mañana lo llevará a la ciudad. Cornelius salió hace una hora.

La granja DeJong mandaba por entonces dos carros a la ciudad. Selina estaba pensando en comprar uno de esos grandes camiones que sustituiría a los percherones y ahorraría varias horas en cada viaje. Empezó a bajar los escalones para supervisar la carga del carro de Adam Brass y, antes de llegar abajo, se dio la vuelta y dijo:

—¿Por qué no os quedáis a cenar? Podéis discutir cómodamente durante la cena y volver a casa con el frescor de la noche.

—Yo me quedo, gracias —dijo Paula—. Siempre que haya toda clase de verduras, cocinadas y crudas. Las cocinadas, bañadas en crema y mantequilla. Y déjeme ir a la huerta a cogerlas yo misma como Maud Miller, María Antonieta o cualquiera de esas campesinas de pacotilla.

Con sus zapatos de talón cuadrado y sus vaporosas medias de seda, salió a los fértiles surcos negros de los campos. Dirk la acompañó, cargado con una cesta.

—Espárragos —ordenó en primer lugar—. ¿Pero dónde están? ¿Es esto?

—Tienes que escarbar, boba —dijo Dirk, agachándose y sacando de la cesta el cuchillo afilado y extrañamente curvo empleado para cortar los brotes de espárragos—. Corta los brotes ocho o diez centímetros por debajo de la superficie.

—¡Déjame hacerlo!

Paula, rodilla en tierra, destrozó un buen tramo de espárragos tiernos, se cansó y se puso a observar cómo Dirk manejaba diestramente el cuchillo.

—Coge rábanos, maíz, tomates, lechuga, guisantes, alcachofas y...

—Las alcachofas crecen en California, no en Illinois —dijo Dirk, más taciturno que de costumbre y visiblemente malhumorado.

Paula se dio cuenta.

—¿Por qué estás tan ceñudo? Pareces Otelo.

—No dijiste en serio esas tonterías, ¿verdad? Lo de casarte con un rico.

—Claro que hablaba en serio. ¿Con quién crees que debería casarme?

Dirk la miró en silencio.

—¿No soy la mujer perfecta para un granjero? —dijo ella sonriendo.

—Yo no soy granjero.

—Bueno, pues arquitecto. Tu trabajo de delineante en Hollis & Sprague debe de proporcionarte unos veinticinco dólares semanales.

—Treinta y cinco —dijo Dirk, sombrío—. ¿Eso qué tiene que ver?

—Nada en absoluto, querido —replicó Paula, adelantando un pie—. Estos zapatos cuestan treinta.

—No voy a ganar treinta y cinco dolares semanales toda la vida. Eres lo bastante lista para saberlo. Eugene no ganaría tanto si no fuera hijo de quien es.

—Nieto de quien es —le corrigió Paula—. Y no estoy seguro de que no lo hiciera. Gene es un mecánico nato si le dejaran trabajar en ello. Es un loco de los motores y de todos esos trastos. Pero no... «El hijo de un millonario conservero aprende el negocio desde abajo.» Y una fotografía de Gene con mono de trabajo y gorra en los periódicos dominicales. Va a la oficina de Míchigan a las diez, sale a las cuatro y no distingue un ternero de una vaca cuando los ve.

—Me da igual Gene. Estoy hablando de ti. Estabas de broma, ¿verdad?

—No. Me espantaría ser pobre, o incluso moderadamente rica. Estoy acostumbrada al dinero, a un montón de dinero. Tengo veinticuatro años y estoy buscando.

Dirk pateó con la bota una inocente remolacha.

—Yo te gusto más que cualquier otro hombre que conozcas.

—Desde luego. ¡Vaya suerte la mía!

—¿Y entonces?

—Entonces, vamos a llevar estas verduras y que nos las preparen con nata como pedí.

Paula hizo un amago de levantar el pesado cesto, pero Dirk se lo arrebató de las manos tan bruscamente que le hizo dar un grito y mirarse la marca roja en la palma con expresión dolorida. Dirk la cogió por los hombros e incluso la sacudió un poco.

—Escucha, Paula. ¿Me estás diciendo que te casarías con un hombre simplemente porque tiene mucho dinero?

—Quizá no solo porque tenga mucho dinero. Pero desde luego sería un factor importante, entre otros. Indudablemente lo prefiero a un hombre que me maltrate en el campo como si yo fuese un saco de patatas.

—¡Oh, perdóname! Pero, escucha... Paula, tú sabes que yo... ¡Dios...! Estoy estancado en un estudio de arquitectura y pasarán años antes de que...

—Sí, pero probablemente también pasarán años antes de que yo encuentre los millones que necesito. Así que ¿por qué preocuparse? Incluso si los encuentro, tú y yo podemos ser solo buenos amigos.

—Oh, calla. No trates de venderme esas ingenuidades. Recuerda que te conozco desde que tenías diez años.

—Y sabes lo malvado que es mi corazón, ¿no es eso? Tú lo que realmente quieres

es una chica buena y robusta que sepa distinguir los espárragos de los guisantes y que te proponga echar una carrera de aquí a la cocina.

—¡Dios no lo quiera!

Seis meses después, Paula Arnold se casó con Theodore A. Storm, un hombre de cincuenta años, amigo de su padre, presidente de tantas compañías, accionista de tantos bancos y director de tantas corporaciones que hasta el viejo Aug Hempel parecía un eremita de los negocios comparado con él. Paula nunca lo llamaba Teddy. Nadie lo hacía. Theodore Storm era un hombre corpulento, más fofo que robusto. Su estatura lo salvaba de parecer obeso. Tenía un rostro grande, blanco y serio, el pelo abundante y moreno, sienes plateadas y vestía muy bien excepto por cierta inclinación a llevar corbatas un tanto afeminadas. Construyó a Paula una mansión junto al lago, en la región conocida como Costa Dorada. La casa parecía una sobria biblioteca pública. Había una parcela que se extendía más allá del lago Forest por la orilla derecha, bajaba hasta el lago y estaba rodeada de hectáreas de bosque muy cuidado. Había caminos, quebradas, riachuelos, puentes, invernaderos, establos, fuentes, una pista de carreras, senderos boscosos y la casa del guarda (dos veces mayor que la granja de Selina). En menos de tres años Paula tuvo dos hijos, un niño y una niña. «Bueno, ya está», se dijo. Su matrimonio había sido un gran error, y lo sabía. La guerra, que estalló en 1914, unos meses antes de su boda, hizo que los intereses de la compañía Hempel-Arnold se dispararan. Se enviaron a Europa millones de kilos de ternera y cerdo estadounidenses. Al cabo de dos años la fortuna de Hempel era mayor que nunca. Paula se volcó en la «Ayuda a la Bélgica Sufriente». Toda la Costa Dorada se entregó a la causa. «La bella señora de Theodor A. Storm en su rastrillo organizado en “Ayuda a la Bélgica Sufriente”.»

Dirk llevaba meses sin verla. Paula lo llamó inesperadamente un viernes por la tarde a su oficina de Hollis & Sprague.

—Ven a pasar el sábado y el domingo con nosotros, ¿quieres? Nos vamos al campo esta tarde. No te imaginas lo harta que estoy de la Bélgica Sufriente. Mando a los niños fuera esta mañana. Yo no puedo escaparme tan pronto. Pasaré a buscarte en el descapotable esta tarde a las cuatro y te llevaré yo misma.

—Voy a pasar el fin de semana con mi madre. Me está esperando.

—Tráetela.

—No querrá. Ya sabes que no le gusta ese ambiente de terciopelos y mayordomos.

—Oh, pero si allí llevamos una vida muy sencilla, de verdad. Sin apenas comodidades. Ven, Dirk. Tengo que hablar contigo de unos proyectos... ¿Qué tal el trabajo?

—Bastante bien. Ya sabes que ahora se construye poco.

—¿Vendrás?

—No creo que...

—Te recojo a las cuatro. Estaré junto a la acera. No me hagas esperar, ¿quieres?

Los guardias se enfadan si aparcas en el centro después de la cuatro.

—¡Ve! —dijo Selina cuando Dirk la llamó al teléfono de la granja—. Te sentará bien. Estas semanas has estado más gruñón que un viejo. ¿Cómo andas de camisas? Y el otoño pasado te dejaste aquí unos pantalones de franela. Están limpios. ¿No te harán falta?

En la ciudad Dirk vivía en un espacioso estudio en el tercer piso de un bonito edificio de estilo antiguo, con tres plantas y sótano situado en Deming Place. Usaba el cuarto de estar como salón y la alcoba como dormitorio. Él y Selina lo habían amueblado juntos, descartando todo el mobiliario anterior excepto la cama, una mesa y un sillón mullido, cómodo y descolorido cuya superficie brocada indicaba un pasado esplendor. Cuando Dirk tuvo sus libros colocados en estanterías abiertas a lo largo de la pared, lámparas de tonos suaves en la mesa y el escritorio, la casa pareció, más que vivible, vivida. Mientras la amueblaban, Selina empezó a ir a la ciudad por uno o dos días para merodear por las salas de subastas y las tiendas de segunda mano. Tenía un talento especial para estas cosas. Odiaba el barniz y el revestimiento impecables de los muebles nuevos adquiridos por la vía normal.

«Cualquier mueble, me da igual lo bonito que sea, tiene que haber sido vivido, golpeado, frotado y maltratado por los criados. Han tenido que pulirlo, machacarlo, sentarse, tumbarse o comer en él hasta que desarrolle su verdadero carácter», decía Selina. «Igual que los seres humanos. Prefiero mi vieja mesa de arce, pulida por los años y el roce, hecha a mano por el padre de Pervus hace setenta años, a todas las mesas de caoba de la avenida Wabash.»

Disfrutaba con esos viajes esporádicos a la ciudad y los convertía en días festivos. Dirk la llevaba al teatro y ella se quedaba extasiada en su butaca. Su entusiasmo por este género era tan puro e intenso como en los tiempos de la Daly Stock Company, cuando, siendo una niña, se sentaba en la platea con su padre, Simeon Peake. Curiosamente, teniendo en cuenta la falta de lo que suele llamarse romance y aventura en su vida, no le gustaban las películas. «Hay un abismo entre las películas y la emoción que me produce una obra de teatro. ¡Ya lo creo! Es como jugar con muñecas cuando puedes hacerlo con un bebé de verdad.»

Adquirió la manía de husmear en extraños rincones de aquella enorme ciudad en constante crecimiento y parecía descubrir una nueva maravilla en cada visita. Al cabo de poco tiempo llegó a conocer Chicago mejor que Dirk. De hecho, mejor que el viejo Aug Hempel, que llevaba viviendo en él más de medio siglo pero que no había ido más allá del camino que había de los corrales a su casa y de su casa a los corrales.

Las cosas de Chicago que entusiasmaban a Selina no parecían interesar en absoluto a Dirk. A veces, Selina alquilaba una habitación por uno o dos días en la pensión de Dirk.

—¿Sabes qué? —le decía, emocionada, cuando él volvía de la oficina por la

noche—. He estado en la parte noroeste. Es otro mundo. Es... es Polonia. Catedrales, tiendas y hombres sentados todo el día en restaurantes, leyendo el periódico, tomando café y jugando al dominó o algo parecido. ¿Y sabes de lo que me he enterado? Que Chicago es la segunda ciudad con más polacos del mundo. ¡Del mundo!

—¿Ah, sí? —replicaba Dirk, distraído.

Pero su tono de voz no parecía nada distraído aquella tarde mientras hablaba por teléfono con su madre.

—¿Seguro que no te importa? Entonces iré el próximo sábado. O me escaparé entre semana y me quedaré a dormir. ¿Tú estás bien?

—Estoy muy bien. Fíjate bien en la nueva casa de Paula para luego contármelo. Julie dice que es como las que salen en las novelas, que el viejo Aug la vio solo una vez y ahora no quiere acercarse ni para ver a sus nietos.

Hacía un día maravillosamente templado para el mes de marzo en Chicago. La primavera, por lo general tan tímida en esta región, se había desplegado de repente ante ellos. Cuando Dirk salió por la enorme puerta giratoria del edificio donde trabajaba, vio a Paula en su deportivo descapotable, bajo y alargado, aparcado junto a la acera. Iba vestida de negro. Todas las mujeres estilosas y burguesas en Chicago iban de negro. Igual que las del resto del país. Dos años de guerra habían dejado París sin maridos, hermanos e hijos. París entero vestía de negro. Norteamérica, intacta, copió alegremente los elegantes trajes de luto y ahora las mujeres andaban recatadamente por la Avenida Míchigan y la Quinta Avenida con melancólicos crepés y chifones, sombreros negros, guantes negros y zapatos negros. Ese año solo «se llevaba» el negro.

A Paula el negro no le sentaba bien. Era demasiado cetrina para esas envolturas sombrías, aunque las mitigara con un collar de perlas de un color exquisito que conjuntaba impecablemente y con unos eficaces polvos faciales. Paula le sonrió y señaló el asiento a su lado con una mano cuyos dedos resultaban absurdamente gruesos en el guante de piel.

—En este coche se pasa frío. Abrígate bien. ¿Dónde paramos a recoger tu maleta? ¿Sigues viviendo en Deming Place?

Seguía viviendo en Deming Place. Dirk se acomodó como pudo en el asiento junto a Paula, una gesta solo apta para los jóvenes y ágiles. Theodore Storm nunca probó a doblar su corpachón para poder montar en el descapotable de su mujer. El coche estaba hecho para correr, no para ser cómodo. Había que tumbarse con las piernas extendidas. Los pies de Paula, que pisaban hábilmente el freno y el embrague, iban enfundados de forma poco adecuada en unas medias de seda muy finas y en unos zapatos de charol con hebillas.

—No vas bastante abrigada —le decía su marido—. Esos zapatos son absurdos para conducir.

Y tenía razón.

Dirk no dijo nada.

La conducción de Paula parecía mágica. El descapotable se deslizaba entre el tráfico como algo fluido, como un torrente esmaltado, silencioso como el rápido de un río.

—No puedo dejarlo aquí —dijo Paula—. Espera que pasemos el parque Lincoln. ¿Crees que alguna vez quitarán ese horrible puente de la calle Rush?

Cuando llegaron a casa de Dirk, dijo:

—Voy contigo. Supongo que no tienes té, ¿verdad?

—Pues claro que no. ¿Qué crees que soy? ¿El joven caballero de una novela inglesa?

—Vamos, Dirk, no seas provinciano.

Subieron los tres pisos. Paula echó un vistazo al estudio. Lo que vio no pareció disgustarle.

—No está mal. ¿Quién lo ha hecho? Ella, ¿verdad? Muy bonito. Pero tú deberías tener tu propio apartamento, pequeño y coqueto, con un japonés que se encargue de todo. De eso, por ejemplo.

—Sí —masculló Dirk.

Estaba haciendo la maleta, no de cualquier manera, sino doblando la ropa hábil y cuidadosamente, como hacen los hijos de una madre sabia.

—El sueldo no me daría ni para pagarle el uniforme.

Paula se paseó por el salón, cogía un libro, lo soltaba, tocaba un cenicero, miraba por la ventana, examinaba una fotografía o fumaba un cigarrillo de la caja que Dirk tenía sobre la mesa, inquieta, nerviosa, gatuna.

—Voy a enviarte unas cosas para tu apartamento, Dirk.

—Por favor, no lo hagas.

—¿Por qué no?

—En la facultad aprendí que hay dos tipos de mujeres. Las que mandan cosas a los hombres para sus casas y las que no.

—Eres muy grosero.

—Tú me has preguntado. Ya estoy listo.

Cerró la maleta.

—Siento no poder ofrecerte nada. No tengo nada. Ni siquiera una copa de vino y una..., ¿qué es eso que sale en los libros?... Ah, sí, una pasta.

De nuevo en el descapotable se deslizaron suavemente por la avenida Sheridan, giraron bruscamente en la curva del cementario hacia Evanston y pasaron por los pulcros y pretenciosos barrios de clase media de Wilmette y Winnetka. Paula sorteó con maestría las pavorosas curvas de las colinas de Hubbard Woods y el resto del viaje mantuvo una velocidad endiablada y constante.

—Llamamos a la casa Stormwood,^[4] y nadie aparte de nosotros sabe lo bien que le cuadra —dijo Paula—. No frunzas el ceño. No voy a contarte mis penas conyugales. Y no me digas que me lo he buscado... ¿Qué tal el trabajo?

—Fatal.

—¿No te gusta?

—Me gusta bastante, solo que... Bueno, ya sabes, salimos de la escuela de arquitectura pensando que vamos a ser un Stanford White o un Cass Gilbert, que vamos a construir rápidamente un edificio Woolworth y nos vamos a hacer famosos de la noche a la mañana. Me he pasado todo el día de ayer y hoy pensando cómo hacer sitio para los lavabos en cada planta de un nuevo edificio de oficinas de seis pisos y forma de cajón que están construyendo al oeste, en la esquina de la avenida Milwaukee y Ashland.

—¿Y dentro de diez años?

—Dentro de diez años puede que me dejen hacer los planos de todo el cajón.

—¿Por qué no lo dejas?

Dirk se sorprendió.

—¿Dejarlo? ¿Qué quieres decir?

—Descartarlo. Hacer algo que te dé resultados rápidos. No es tiempo de esperas. Supón que dentro de veinte años proyectas un gran edificio gótico de oficinas para adornar la nueva y ensalzada Avenida Míchigan de la que tanto alardean. Serás un hombre de mediana edad, que vivirá en una casa de clase media, en un barrio de clase media con una mujer de clase media.

—Tal vez —replicó Dirk, un tanto molesto—. O puede que sea el nuevo Christopher Wren de Chicago.

—¿Quién es?

—¡Dios santo! ¿Cuántas veces has estado en Londres?

—Tres.

—La próxima vez que vayas echa un vistazo a un pequeño edificio llamado la Catedral de San Pablo. Yo no la he visto pero hablan muy bien de ella.

Giraron para entrar en Stormwood. Aunque los árboles y arbustos estaban pelados, la hierba ya mostraba tramos de un verde intenso. A la luz crepuscular se captaban destellos, entre la espesura, del lago que estaba a lo lejos. Al caer el sol, era como un zafiro azul y deslumbrante. La última curva del camino. Una avenida arbolada. Una casa enorme, con columnas y pórtico. La puerta se abrió cuando se acercaron a la entrada. Una doncella con cofia y delantal estaba en la puerta. Un hombre apareció de repente junto al coche, saludó educadamente a Paula y se hizo cargo del descapotable. Los recibió el resplandor de una chimenea en el vestíbulo.

—El criado te subirá la maleta —dijo Paula—. ¿Cómo están los niños, Anna? ¿Ha llegado el señor?

—Llamó por teléfono, señora. Dice que no saldrá hasta tarde, a las diez por lo menos. En cualquier caso, que no lo esperen para cenar.

Paula, la ágil, experta e intrépida conductora del potente descapotable se convirtió de pronto en la señora de la casa, tranquila y observadora, que daba una orden con un movimiento de la ceja o de la cabeza. ¿Dirk quería ir directo a su cuarto? Quizá le

gustaría ver a los niños antes de que se acostaran, aunque la niñera probablemente lo echara de allí. Era una de esas rígidas mujeres inglesas. La cena era a las siete y media. No necesitaba cambiarse de ropa. Como él quisiera. Todo era muy informal allí. Sin lujos. (Al mediodía siguiente, Dirk llevaba contados trece criados, y eso sin acercarse a la cocina, al lavadero ni a la vaquería).

Su cuarto, una vez en él, le pareció muy feo. Era una gran habitación cuadrada, con estrechas ventanas emplomadas y muy hundidas a los lados. Desde una de ellas se podía captar un destello del lago, pero solo un destello. Evidentemente, los dormitorios de la familia eran los que daban al lago. En el código y la clase de los DeJong al invitado se le reservaba la mejor habitación, pero era evidente que, entre estos ricos, la familia se quedaba el mejor dormitorio y al invitado se le acomodaba bien, pero sin agasajos. Era algo nuevo para Dirk. Le pareció sorprendente pero bastante sensato. Alguien le había subido la maleta y guardado su contenido en un armario antes de que él llegara a la habitación. «Tengo que contárselo a Selina», pensó, sonriendo. Inspeccionó el cuarto con ojo crítico. Era de un estilo que definió vagamente como francés. Le dio la impresión de que había caído por accidente en la alcoba de un Récamier y no podía salir. Brocados rosas con visillos dorados, encajes de color crema y capullos de rosa. «Un sitio estupendo para un hombre», pensó, dando una patada a un escabel, un *fauteuil*, supuso que se llamaría, y en su interior se alegró de saber pronunciarlo perfectamente. Grandes espejos, cortinajes de seda y paredes de color crema. La cama tenía cortinas de encaje. La colcha era de satén rosa y ligera como una pluma. Dirk examinó el cuarto de baño. En realidad, era un cuarto mucho mayor que su alcoba de Deming Place, y tan grande como su habitación de la granja. El baño era de un azul y un blanco deslumbrantes. La bañera era enorme y tan sólida como si la casa estuviese construida sobre ella. Había infinidad de toallas azules y blancas de tamaño variado, desde minúsculos paños bordados a gigantescas toallas rizadas tan grandes como una alfombra.

Dirk estaba impresionado.

Decidió darse un baño y cambiarse para la cena, de lo que se alegró al ver a Paula vestida de chifón negro delante del fuego en la gran habitación con vigas en el techo que ella había llamado la biblioteca. A Dirk le pareció que estaba muy guapa con esa tela transparente y el collar de perlas. El rostro en forma de corazón, con sus grandes ojos ligeramente rasgados, el cuello largo y delgado, la cabellera morena recogida en lo alto, dejando ver sus pequeñas orejas... Decidió no mencionarlo.

—Pareces muy peligroso —dijo Paula.

—Lo soy —replicó Dirk—, pero es el hambre lo que da este aspecto de bestia a mis rasgos holandeses generalmente suaves. Oye, ¿por qué llamas a esto la biblioteca?

Las paredes se hallaban cubiertas de estantes vacíos. La habitación estaba pensada para contener cientos de libros, pero en total solo había cincuenta o sesenta, tumbados o apoyados lánguidamente unos sobre otros.

Paula se echó a reír.

—Parecen un poco dispersos, ¿verdad? Theodore compró la casa tal como está. Tenemos bastantes libros en la ciudad, por supuesto. Pero aquí no leo mucho. Y Theodore... No creo que haya leído otra cosa en su vida aparte de novelas policíacas y los periódicos.

Dirk pensó que Paula sabía que su marido no estaría en casa hasta las diez y había planeado deliberadamente una cena *tête-a-tête*. Por lo tanto, no quiso reconocer que se sintió un poco molesto cuando Paula dijo:

—He invitado a los Emery a cenar. Luego jugaremos una partida de bridge. Ya sabes, Phil Emery Tercero. Eso pone en su tarjeta de visita, como la realeza.

Los Emery eran empresarios textiles. Lo habían sido durante sesenta años y eran considerados miembros de la aristocracia de Chicago. Sentían predilección por Inglaterra, cazaban a caballo vestidos con chaquetas rojas por las pretenciosas y perplejas praderas a las afueras de Chicago. Tenían una finca enorme junto al lago, cerca de Stormwood. Se retrasaron un poco. Dirk había visto fotografías de Phillip Emery («Philip Primero», pensó con sorna) y decidió, a la vista de aquella anémica tercera edición, que el género se estaba echando a perder. La señora Emery era rubia, escultural e insulsa. A su lado, Paula parecía brillar como una joya oscura. La cena fue deliciosa pero asombrosamente simple, poco más de lo que Selina le habría ofrecido, pensó Dirk, si hubiera ido a la granja ese fin de semana. La conversación fue inconexa y bastante insípida. «Y este tipo tiene millones», se dijo Dirk. «Millones. No necesita hacer garabatos en un estudio de arquitectura.» La señora Emery estaba interesada en la correcta pronunciación de los nombres de las calles de Chicago.

—Es terrible —dijo—. Creo que debería haber un movimiento por una pronunciación correcta. Se debería enseñar a la gente y a los niños en la escuela. Lllaman «Gerty» a la calle Goethe y pronuncian todas las eses de Des Plaines. Hasta a Illinois lo llamaban «Illinoise».^[5]

Se lo tomaba muy en serio. Su pecho subía y bajaba acompasadamente, y comió la ensalada a toda velocidad. Dirk pensó que las rubias opulentas no deberían excitarse, porque eso las hacía enrojecer.

En la partida de bridge después de la cena, Phillip Tercero demostró ser hijo de su padre y ganó a Dirk más dinero del que este podía permitirse perder. Aunque la mujer de Phil tuvo mucho que ver en esto, como compañera de Dirk. Paula y Emery jugaron una partida atrevida y astuta.

Theodore Storm llegó a las diez y los estuvo observando. Cuando los invitados se fueron, los tres se sentaron delante del fuego.

—¿Le apetece beber algo? —preguntó Storm a Dirk.

Dirk dijo que no, pero Storm se sirvió un gran vaso de whisky con soda, y luego otro. El whisky no enrojeció en absoluto aquel rostro pálido e impassible. Storm apenas habló. Dirk, de natural callado, a su lado parecía locuaz. Pero mientras que no

había nada pesado ni inerte en el silencio de Dirk, el de este hombre era opresivo e irritante. Su barriga, sus manazas blancas, su cara pálida hacían el efecto de un bulto exangüe y lívido. «No sé cómo lo soporta Paula», pensó Dirk. Marido y mujer parecían tratarse con corrección y amabilidad. Storm se excusó y se retiró diciendo que estaba cansado y que los vería por la mañana.

Cuando se hubo marchado, Paula dijo:

—Le has gustado.

—Si es verdad, es algo importante.

—Claro que es importante. Puede ayudarte mucho.

—¿Ayudarme? ¿Cómo? No quiero...

—Pero yo sí. Quiero que triunfes. Quiero que seas algo. Puedes hacerlo. Lo llevas escrito en todo su ser. En tu manera de estar, de hablar y de no hablar. En cómo miras a la gente y en cómo te comportas. Supongo que es lo que llaman fuerza. Sea como sea, lo tienes.

—¿Tu marido lo tiene?

—¿Theodore? ¡No! Es decir...

—¿Lo ves? Yo tengo la fuerza pero él tiene el dinero.

—Puedes tener las dos cosas.

Paula se inclinó hacia delante. Sus ojos, enormes, brillaban. Tenía las manos — esas pequeñas manos morenas y calientes— cruzadas sobre el regazo. Dirk la miró en silencio y de pronto vio lágrimas en sus ojos.

—Dirk, no me mires así.

Paula se acurrucó en su butaca, desfallecida. De algún modo parecía un poco ojerosa y mayor.

—Mi matrimonio es un desastre, como puedes ver.

—Ya lo sabías, ¿no?

—No. Sí. Oh, no sé. De todas formas, ¿ahora qué importa? No trato de ser lo que llaman una influencia en tu vida. Es solo que te tengo mucho cariño, ya lo sabes, y quiero que seas importante y triunfes. Supongo que es algo maternal.

—Yo pensaba que dos hijos satisfacerían esa necesidad.

—Oh, no puedo entusiasmarme por dos criaturas rosadas y saludables. Los quiero y todo eso, pero todo lo que necesitan es un biberón en la boca cada cierto tiempo y que los bañen, vistan, aireen y duerman. Es una rutina mecánica tan emocionante como cualquier yugo. No puedo andar por ahí en plan maternal y dándome por dos lindos pedacitos de carne.

—Paula, ¿qué quieres de mí?

Paula estaba de nuevo anhelante, interesada vitalmente en él:

—Es tan ridículo... Todos esos hombres que ganan treinta, cuarenta, sesenta o cien mil dólares al año no suelen tener ninguna cualidad que no tenga uno que gana cinco mil dólares. El médico que mandó a Theodore una factura de cuatro mil dólares cuando nació cada uno de mis hijos no hizo nada que no hubiera hecho un médico

rural con su Ford. Pero sabía que podía conseguirlos y los pidió. Alguien tiene que ganar los sueldos de cincuenta mil dólares, algún publicista, agente de Bolsa, o... Mira Phil Emery. Probablemente no sabría vender un metro de cinta rosa a una colegiala si tuviera que hacerlo. Mira Theodore. Se sienta, pestañea y no dice nada. Pero cuando llega el momento dobla su gordo y blanco puño y masculla: «Diez millones» o «Quince millones», y asunto resuelto.

Dirk se echó a reír para ocultar su creciente entusiasmo.

—Me imagino que no es tan simple como eso. Hay algo más que se nos escapa.

—No lo hay. Te digo que los conozco a todos. Me he criado con esa pandilla de ricos, ¿no? Conserveros, magnates del trigo, vendedores de gas y electricidad y de artículos varios. El abuelo es el único de esa cuadrilla al que respeto. Sigue siendo el mismo. No pueden engañarlo. Sabe que tuvo la suerte de entrar en la venta al por mayor de ternera y cerdo cuando aquello era nuevo en Chicago. ¡Y ahora míralo!

—Aun así tienes que reconocer que hay que saber elegir el momento —arguyó Dirk.

Paula se levantó.

—Si no lo sabes, te lo diré yo. Ahora es el momento. Tengo al abuelo, a papá o a Theodore para que trabajes con ellos. Puedes seguir siendo arquitecto, si quieres. Es una profesión muy bonita. Pero a menos que seas un genio, ¿adónde te lleva? Vete con ellos, Dirk, y dentro de cinco años...

—¿Qué?

Los dos estaban de pie, uno frente a otro, Paula tensa y anhelante, Dirk, tranquilo pero interesado.

—Prueba a ver qué pasa, anda. ¿Lo harás, Dirk?

—No lo sé, Paula. No creo que mi madre lo aprobara.

—¡Ella qué sabe! Oh, no quiero decir que no sea una persona inteligente y maravillosa. Lo es y yo la quiero mucho. Pero triunfar... Cree que triunfar es plantar otra hectárea de espárragos o repollos, o poner otro fogón en la cocina, ahora que han llevado el gas hasta High Prairie.

Dirk tuvo la sensación de que Paula lo poseía, de que sus manos calientes y ansiosas lo agarraban aunque estaban separados y mirándose casi con hostilidad.

Mientras se desvestía esa noche en su cuarto de rosa y satén, Dirk pensó: «¿A qué está jugando? ¿Qué se propone? Ten cuidado, Dirk». Al entrar en su cuarto había ido directamente al espejo alargado y se había mirado municiosa e inquisitivamente, sin saber que Paula, en su habitación, había hecho lo mismo. Se pasó la mano por la barbilla afeitada y miró el corte de su chaqueta. Deseó que la hubiera hecho Peter Peel, el sastre inglés de la Avenida Míchigan. Pero Peel era prohibitivo. Quizá la próxima vez...

Tumbado en la cama mullida y cubierto con la colcha de raso, pensó: «¿A qué está jugando?».

Se levantó a las ocho con un hambre de lobo. Se preguntó, inquieto, cómo iba a

tomar el desayuno. Paula había dicho que se lo llevarían a la habitación. Se estiró voluptuosamente, saltó de la cama, abrió el grifo de la bañera y se dio un baño. Cuando salió en bata y zapatillas, le habían llevado misteriosamente la bandeja del desayuno y sus contenidos apetitosos se desplegaban en una mesita portátil. Consistían en un sinfín de pequeños platos tapados y un precioso servicio individual de café. Junto a la bandeja, plegados e immaculados, estaban los periódicos matutinos. Y había una nota de Paula: «¿Te apetecería dar un paseo hacia las nueve y media? Nos acercaremos hasta las cuadras. Quiero enseñarte mi nuevo caballo».

La distancia de la casa a las cuadras en realidad ya era un buen paseo. Paula, en ropa de montar, lo estaba esperando. Parecía un muchacho junto al enorme corpachón de Pat, el jefe de cuadras. Llevaba pantalones de montar de color tostado, chaqueta más oscura y un pequeño sombrero de fieltro con el ala elevada sobre el rostro.

Saludó a Dirk.

—Llevo dos horas levantada. Ya he montado.

—Odio a la gente que lo primero que te dice por la mañana es que llevan dos horas levantada.

—Si ese es el humor que traes no te enseñaremos el caballo, ¿verdad, Pat?

Pat pensó que debían hacerlo. Mostró a Dirk la nueva yegua de silla como una madre exhibe a su último retoño, con orgullo y ternura.

—Mire el lomo —dijo Pat—. Es ahí donde se ve cómo es un caballo. Por la longitud de esa línea. ¡Mírela ahora! Qué estampa, ¿eh?

Paula miró a Dirk.

—¿Tú montas, no?

—Solía montar a pelo los jamelgos en la granja.

—Tendrás que aprender. Le enseñaremos, ¿verdad, Pat?

Pat observó la figura delgada y flexible de Dirk.

—Será fácil.

—¡Oh, vamos! —protestó Dirk.

—Así tendré quien me acompañe. Theodore no monta nunca, ni hace ningún tipo de ejercicio. Solo sentarse en su enorme cochazo.

Entraron en la cochera, un lugar espacioso y encalado, con arneses resplandecientes y bridas que semejaban joyas en sus estuches de cristal. También había cintas rojas, amarillas y azules en un estante sobre la pared, y trofeos. La cochera produjo a Dirk una cierta desazón. Nunca había visto una cosa parecida. En primer lugar, no había automóviles. Había olvidado que la gente monta en otros vehículos que no son de motor. Un caballo por las avenidas de Chicago daba risa. La imagen de una berlina reluciente con dos brillantes alazanes bajando por la avenida Michigan habría hecho que toda la calle se quedara mirando, burlona, como si se tratara de un quadriga romana tirada por cebras. Sin embargo, allí estaba ese cupé, resplandeciente e impecable. Allí había un elegante birlocho de color crema con su capota de flecos. Había carruajes de dos ruedas, altos, esbeltos y refinados. Un

victoria. Dos cochecitos para ponis. Se podía pensar, viendo aquel recinto, que el automóvil no se había inventado. Y dominando y empequeñeciendo todo lo demás había una diligencia, una pieza de pura ostentación. Se hallaba en perfecto estado. Sus cojines estaban immaculados. Sus flancos brillaban. Los escalones resplandecían. Dirk, al contemplarla, se echó a reír. Parecía demasiado espléndida, demasiado absurda. Con un súbito impulso infantil, subió los tres escalones que llevaban a la caja y se acomodó en el mullido asiento beige. Parecía muy apuesto allí sentado.

—Un coche de cuatro caballos, ¿verdad? ¿Tienes alguna cuadriga romana?

—¿Quieres conducirlo? —preguntó Paula—. ¿Esta tarde? ¿Te ves capaz? Son cuatro caballos, ya sabes.

Paula se rio, mirándole desde abajo con su cara morena.

Dirk la miró.

—No —dijo, bajando—. Supongo que en la época en que se usaba este coche mi padre llevaba los jamelgos de la granja al Haymarket.

Paula notó que algo le había molestado. ¿La esperaba mientras se cambiaba de ropa? ¿O quizá preferiría conducir el descapotable? Caminaron juntos hasta la casa. Dirk deseaba que ella no se mostrase tan ansiosa por complacerlo. Le ponía de mal humor y lo impacientaba.

Paula le puso una mano en el brazo.

—Dirk, estás enfadado conmigo por lo que dije anoche.

—No.

—¿Qué pensaste cuando fuiste a tu habitación? Dímelo. ¿Qué pensaste?

—Pensé: «Está aburrida de su marido y trata de seducirme. Tengo que andarme con cuidado».

Paula rio encantada.

—Eso es bonito y sincero... ¿Y qué más?

—Pensé que la chaqueta no me sentaba muy bien y deseé poder permitirme que la siguiente me la hiciese Peel.

—Puedes permitirte —dijo Paula.

Al final resultó que Dirk no tuvo que preocuparse por el corte de su próximo esmoquin durante el siguiente año y medio. Su chaqueta, en ese periodo, fue de un pulcro verde oliva, como la de millones de jóvenes más o menos de su edad. Le sentaba muy bien, con la confianza del que se sabe ancho de hombros, estrecho de cintura, con el vientre plano, los costados delgados y las piernas rectas. Casi todo el tiempo lo pasó en Fort Sheridan, primero como cadete y luego como instructor de otros cadetes. Era excelente en esee cometido. Alguien influyente lo puso y lo mantuvo allí incluso después de que comenzara a irritarle aquel encierro. Fort Sheridan está a unos pocos kilómetros al norte de Chicago. Ninguna cena elegante en la orilla norte se consideraba completa si no contaba al menos con un comandante, un coronel, dos capitanes y unos cuantos tenientes capitanes. Sus botas brillaban divinamente durante el baile.

En los últimos seis meses de su estancia allí (aunque él, por supuesto, no sabía que iban a ser los últimos seis meses), Dirk trató desesperadamente de que lo destinaran a Francia. De repente estaba harto de su aseada misión, de las cenas, de la petulante rutina, del jeep verde que lo llevaba adonde quisiera (era capitán), de dar órdenes, de Paula, y hasta de su madre. Dos meses antes de terminar la guerra consiguió cruzar el charco, pero lo destinaron a París.

Entre Dirk y su madre había aparecido la primera grieta.

—Si yo fuera hombre —dijo Selina—, me formaría una opinión clara sobre esta guerra y haría una de estas dos cosas: me implicaría en ella igual que Jan Snip apila un montón de estiércol, es decir, como un trabajo sucio que hay que hacer, o me negaría en redondo a participar si pensara que no es un trabajo para mí. Lucharía o sería objetor de conciencia. No hay medias tintas para todo el que no sea un viejo, lisiado o enfermo.

Paula se quedó aterrada al oír esto. Igual que Julie, que había gemido desconsolada cuando Eugene ingresó en la aviación. Ahora su hijo estaba en Francia, muy feliz.

—¿Quiere decir que desea de verdad que Dirk marche al frente a que lo hieran o lo maten? —preguntó Paula.

—No. Si mataran a Dirk mi vida se detendría. Yo seguiría viviendo, supongo, pero mi vida se habría acabado.

Todo el mundo colaboraba de algún modo en el esfuerzo bélico.

Selina había reflexionado sobre cuál debía ser su lugar en aquel maremágnun de la guerra. Pensó en ir de cantinera a Francia, pero lo desechó por parecerle egoísta. «Lo que tengo que hacer», se dijo, «es seguir cultivando verduras y cerdos lo más rápidamente posible».

Suministró comida gratis a infinidad de familias cuyos hombres estaban en el

frente. Ella misma trabajó como un hombre, ocupando el lugar del jornalero, que por entonces estaba en el ejército.

Paula estaba adorable con su uniforme de la Cruz Roja. Convenció a Dirk para que participara en la venta de «bonos de la libertad», y él resultó sorprendentemente eficiente con su estilo serio y callado, muy convincente e indudablemente atractivo en uniforme. El carácter posesivo de Paula se había acentuado hasta envolverlo por completo. Ya no actuaba, estaba profunda y terriblemente enamorada de él.

Cuando, en 1918, Dirk colgó el uniforme, entró en el departamento de bonos de la Compañía Fiduciaria de los Grandes Lagos, en la que Theodore Storm tenía una gran participación. Decía que la guerra le había desilusionado. Era una palabra que se oía a menudo como razón o excusa para abandonar el camino normal. «Desilusionado.»

—¿Qué pensabas que iba a hacer la guerra? —dijo Selina—. ¿Purificar? Nunca lo ha hecho.

Se suponía, al menos así lo supuso Selina, que Dirk dejaba su profesión de forma temporal. Pese a lo rápida que era sacando conclusiones, no se dio cuenta hasta demasiado tarde de que su hijo había cambiado definitivamente los edificios por los bonos y que las únicas estructuras que construiría en lo sucesivo serían los castillos en el aire de su madre. Sus primeros dos meses como vendedor de bonos le reportaron más dinero que el sueldo de un año en su antiguo puesto en Hollis & Sprague. Cuando se lo contó triunfante a Selina, ella dijo:

—Sí, pero vender esas cosas de papel no tiene nada de divertido, ¿no? En cambio, la arquitectura debe de ser emocionante. Después de escribir una comedia y verla representada por personas reales, verla cobrar vida ante tus ojos, la arquitectura debe de ser lo más divertido. Imaginar un edificio en el papel, unas marcas aquí, líneas rectas allá, cifras, cálculos, planos, medidas... y de repente, un día, ver el edificio hecho realidad. De acero, piedra y ladrillo, con motores latiendo en su interior como un corazón, y gente entrando y saliendo. Parte de una ciudad. Un trozo de belleza real concebido por ti. ¡Oh, Dirk!

Al ver la cara de su madre en ese momento, tan animada y entusiasta, Dirk debió de sentir algún remordimiento.

Encontró excusas para justificarse.

—Vender bonos que hagan posible ese edificio tampoco es tan aburrido.

Pero Selina ignoró aquello con un gesto casi despectivo.

—Qué tontería, Dirk. Es como vender asientos en la taquilla de un teatro para la función que se representa dentro.

Dirk había hecho muchos nuevos amigos en el último año y medio. Más aún, había adquirido maneras nuevas, un aire de tranquila autoridad y confianza en sí mismo. Aparcó definitivamente la profesión de arquitecto. No se había construido nada durante todos los meses de la guerra y probablemente no se construiría en años. Los materiales eran prohibitivos y la mano de obra tenía un coste exorbitante. No dijo a Selina que había desechado el otro trabajo. Pero, después de seis meses en su nuevo

puesto, supo que no volvería a la arquitectura.

Dirk triunfó desde el principio. En menos de un año tuvo tanto éxito que era difícil distinguirlo de otro centenar de profesionales y hombres de negocios de Chicago, jóvenes y exitosos, que se vestían en Peel, mantenían el cuello de la camisa milagrosamente limpio en la atmósfera cargada de hollín del distrito financiero, se hacían los zapatos a medida, almorzaban en el Club Mediodía, situado en el último piso del First National Bank, donde los millonarios de Chicago comían picadillo de cecina siempre que este plato plebeyo aparecía en la carta. Se había emocionado en su primera comida en el club, cuyos socios eran «personalidades» del círculo financiero de la ciudad. Ahora hasta sentía un ligero desprecio por ellos. Por supuesto, hacía años que conocía al viejo Aug Hempel y a Michael Arnold, y, más tarde, a Phillip Emery, Theodore Storm y a otros. Pero esperaba que estos fueran distintos.

Paula había dicho:

—Theodore, ¿por qué no llevas un día a Dirk al Club Mediodía? Hay mucha gente importante que debería conocer.

Dirk fue allí bastante nervioso. El gran ascensor enrejado, del tamaño de una habitación, los llevó a la última planta de aquella fortaleza del oro. El salón del club le causó la primera decepción. Parecía un vagón de fumadores. Las sillas estaban tapizadas de cuero negro o felpa roja. La madera, rojiza y brillante, era una imitación de la caoba. La moqueta era verde. Había unas relucientes escupideras de cobre en el vestíbulo, junto al mostrador de tabaco. La cocina era buena. Comida de hombres. Nueve de cada diez socios eran millonarios, y nueve de cada diez tomaban cecina o repollo siempre que estos platos figuraban en la carta. No eran en absoluto el gran hombre de negocios norteamericano que aparece en las revistas satíricas y en las novelas, ese ser amarillento, nervioso y dispéptico que almuerza leche y pastel. Se dividían en dos grupos bien diferenciados. Los mayores, de entre cincuenta y sesenta años, eran tipos gruesos con plétora y el color subido. Muchos de ellos estaban advertidos por sus médicos, pues tenían la tensión alta, arterioesclerosis, el corazón agotado y unos riñones rebeldes. Así que ahora se habían vuelto más cautos y se tomaban su tiempo para comer opíparamente, fumar y charlar. Tenían la cara impasible y la mirada astuta y dura. Su conversación era coloquial y muchas veces inculca. A menudo decían «le» por «lo». «¿Vas a hablar con Baldwin de ese género sudamericano o le va a embarcar directamente?» La mayoría había disfrutado de pocos juegos en su juventud y ahora se recreaban con pesadez y algo de tristeza, pero con el ansia de quien recibe demasiado tarde el don del ocio. Los sábados por la tarde se los veía dirigirse a los campos de golf o al lago con medias verdes de importación y trajes de *tweed* escoceses. Arruinaban sus paladares e hígados con fuertes cigarros, pues los cigarrillos le parecían indignos y las pipas vulgares. «¡Tome un cigarro!» era su saludo, su contraseña, su ábrete sésamo. «¡Tome un cigarro!» Solo unos pocos eran lo bastante ricos y desenvueltos para fumar puritos baratos. El viejo Aug

Hempel era uno de ellos. Dirk observó que cuando Hempel hacía una de sus escasas visitas al Club Mediodía, era recibido con revuelo y deferencia. Ya rondaba los setenta y cinco años y todavía estaba erguido, fuerte y vigoroso, como un magnífico bucanero entre una tripulación insignificante. Su método había sido directo y brutal, ¡zis, zas!, y sus enemigos habían paseado la tabla. Los jóvenes lo miraban con curiosidad y respeto.

Estos jóvenes, de edades comprendidas entre los veintiocho y los cuarenta años, eran discípulos de un nuevo sistema en los negocios. Eran licenciados universitarios. Habían conocido el lujo durante toda su vida. Eran la segunda o tercera generación. Usaban la palabra «psicología». Practicaban la contención. Conocían el poder de la sugestión. Allí donde Aug Hempel había hecho ondear la bandera negra, ellos recurrían al periscopio. Dirk descubrió que estos hombres no hablaban de negocios durante la comida excepto cuando habían quedado expresamente para ello. Perdían mucho tiempo, pensaba Dirk, y muchas veces, cuando se suponía que se hallaban reunidos o sus secretarías decían con gran formalidad que estaban muy ocupados y no se les podía molestar hasta las tres, estaban echando una cabezadita de media hora en su despacho. Eran los hijos o nietos de aquellos barbudos, duros y terribles muchachos que, en 1835 o 1840, habían salido de los condados de Limerick o Kilkenny, o de Escocia o Renania para moldear este nuevo país con sus manos fuertes y velludas, esas manos cuyo trabajo había hecho posible las orquestas sinfónicas, los clubes náuticos y de golf con los que sus descendientes se divertían y relajaban.

Dirk escuchaba las conversaciones del Club Mediodía.

—Lo hice en ochenta y seis. No está mal para el campo de Tippecanoe.

—... los palcos van bastante bien, pero el Metropolitan se lleva las grandes figuras y la empresa quiere nombres famosos. El Garden no atrae tanto como antes, incluso en Chicago. Lo que cuenta son los abonos populares.

—... cogí el Century en Nueva York a las tres menos cuarto y volví a tiempo de probar mi nueva yegua en el parque. Es un poco nerviosa para montar en la ciudad, pero la próxima semana vamos a abrir la casa del lago Forest...

—... una función bastante buena, pero aquí no vienen los primeros elencos, ese es el problema...

—... en Londres. Es un verde muy bonito, ¿verdad? Aquí no se consiguen corbatas así, no sé por qué. La última vez que estuve allí compré una docena. Sí, Plumbridge, en Bond Street.

A Dirk le sería muy fácil hablar así. Escuchaba en silencio, asentía, sonreía, y mostraba su acuerdo o desacuerdo. Miraba a su alrededor con cuidado, evaluándolo todo. Los talles contenidos, la ropa cortada primorosamente, las astutas arrugas de la experiencia formando un abanico en las comisuras de aquellos ojos. El presidente de una agencia de publicidad almorzaba con un banquero, un agente de bolsa hablaba con un bibliófilo, un conservero estaba sentado en una mesa pequeña con Horatio Craft, el escultor.

Al cabo de dos años, Dirk también había aprendido a «coger el Century» para ahorrarse una hora en el trayecto entre Chicago y Nueva York. Peel dijo que era un placer hacer una chaqueta para sus espaldas anchas y triangulares y unos pantalones para sus fuertes piernas. El color de Dirk, heredado de sus rubicundos antepasados, criados en el aire marino de las praderas holandesas, era fino y claro. A veces Selina, por puro deleite sensual, pasaba su mano nudosa y ajada por los hombros y la espalda hermosa, fuerte y recta de su hijo. Dirk había estado dos veces en el extranjero. Había aprendido a llamarlo «cruzar el charco por unos días». Todo había ocurrido en apenas dos años, del modo teatral y acelerado como discurre la vida en Norteamérica.

Selina estaba un poco sorprendida ante este nuevo Dirk cuya vida estaba completa sin ella. A veces no lo veía en dos o tres semanas. Él le mandaba regalos que Selina acariciaba y tocaba con satisfacción y luego guardaba. Artículos finos y suaves de seda, hechos a mano, que ella era incapaz de ponerse. La costumbre de años estaba demasiado arraigada en Selina. Aunque había sido una mujer de hábitos refinados y gustos exigentes, la temprana rutina de su vida de casada había dejado una huella indeleble. Ahora, mientras se vestía, se podía ver que sus enaguas probablemente eran de satén negro y su sencillo y resistente corsé estaba pulcramente remendado en las partes desgastadas bajo las axilas. No empleaba ninguno de los artificios de unos tiempos que exaltan la juventud. El sol, el viento, la lluvia, el frío y el calor de la pradera se habían vengado de la desobediencia de Selina. Su piel era morena y curtida, su pelo áspero y seco. Sus ojos, en ese marco, sorprendían, porque eran tranquilos y serenos, aunque llenos de vida. Eran los bonitos ojos de una joven inteligente en el rostro de una mujer madura. La vida seguía siendo una novedad para ella.

Tenía tan pocas pertenencias que casi resultaba conmovedor. Los cajones de su tocador parecían los de una monja. Un peine, un cepillo y una escueta reserva de ropa interior, blanca y sencilla. En el estante del baño, un cepillo de dientes, un poco de vaselina y una caja de polvos de talco. No había ninguno de esos aderezos con que las mujeres mayores se engañan pensando que engañan al mundo. Ahora Selina llevaba zapatos Oxford de buena calidad, con tacones razonables de los llamados Field. Una mujer madura que se acercaba a la vejez, una mujer que caminaba y se movía con estilo, y que miraba a los ojos pero nunca con dureza. Eso era todo. Y sin embargo, había en ella algo fascinante y cautivador. Podía sentirse.

—No sé cómo lo haces —se quejó un día Julie Arnold, en una de las escasas visitas de Selina a la ciudad—. Tienes los ojos tan brillantes como los de un bebé y los míos parecen los de un topo.

Estaban en el vestidor de Julie, en su nueva casa de la zona norte, la nueva casa que ahora era la antigua. El tocador de Julie era algo asombroso. Selina DeJong, con su pulcro vestido negro y su sencillo sombrero negro, estaba sentada observándolo y a Julie sentada delante de él, con un serio y vivo interés.

—Parece la sección de cosméticos de Mandel, o el quirófano de un hospital antes

de una gran operación —dijo Selina.

Había grandes tarros de cristal que contenían polvos blancos y dorados. Había filas y filas de frascos de crema de masaje, crema evanescente y crema limpiadora. Había pequeños cuencos de porcelana con pastas rojizas, blancas y amarillentas. De un paquete agujereado salía una voluta de algodón. Había colonias, perfumes, atomizadores, jabones franceses, ungüentos, tubos. No era una simple mesa de tocador, sino un laboratorio.

—¿Esto? —exclamó Julie—. Deberías ver el de Paula. Comparado con su ritual de maquillaje, lo mío es apenas un lavado de cara.

Se dio crema alrededor de los ojos con los dos dedos índices, con un movimiento hacia arriba muy ensayado.

—Parece fascinante —exclamó Selina—. Un día voy a probarlo. Hay tantas cosas que voy a probar algún día... Tantas cosas que nunca he hecho y que voy a hacer por el placer de probarlas... ¡Figúrate, Julie! Nunca me he hecho la manicura. Un día voy a hacérmela. Le diré a la chica que me pinte las uñas de un bonito y brillante bermellón. Y le daré veinticinco centavos de propina. ¡Son tan guapas, con su pelo corto y sus ojos brillantes! Supongo que pensarás que estoy loca si te digo que me hacen sentir joven.

Julie se estaba masajeando. Tenía la mirada ausente. De pronto, dijo:

—Escucha, Selina. Dirk y Paula pasan demasiado tiempo juntos. La gente murmura.

—¿Murmura?

La sonrisa desapareció del rostro de Selina.

—Dios sabe que no soy mojigata. No puedes serlo en los tiempos que corren. Si hubiera pensado que iba a vivir para ver... Bueno, desde la guerra parece que todo vale. Pero Paula no tiene juicio. Todo el mundo sabe que está loca por Dirk. Eso está muy bien para Dirk, pero ¿qué pasa con Paula? Ella no va a ningún sitio a menos que lo inviten a él. Por supuesto que Dirk es muy popular. Está claro que hay muy pocos jóvenes como él en Chicago, guapos, exitosos, refinados y todo lo demás. La mayoría se va pitando en cuanto consiguen que sus padres abran una sucursal en el este... Están juntos todo el tiempo, en todas partes. Pregunté a Paula si va a divorciarse de Theodore y me dijo que no, que ella no tenía mucho dinero y Dirk no ganaba lo suficiente. Tiene un sueldo de muchos miles de dólares, pero ella está acostumbrada a millones. ¿Qué te parece?

—Han crecido juntos —interrumpió Selina, débilmente.

—Ya no son críos. No seas tonta, Selina. Ya no eres una jovencita para pensar así.

No, ya no era una ingenua jovencita. La siguiente vez que Dirk hizo una de sus escasas visitas a la granja, Selina lo llamó a su habitación, aquella fría, oscura y deslucida habitación con la vieja cama negra de nogal en la que había dormido la noche de bodas con Pervus DeJong hacía más de treinta años. Llevaba una chaqueta

de punto sobre su austero camisón blanco. Su cabello abundante estaba recogido en dos largas trenzas. En la penumbra parecía más infantil, mientras miraba a Dirk con sus ojos grandes y suaves.

—Dirk, siéntate a mi lado en la cama, como hacías antes.

—Estoy agotado, mamá. He hecho veintisiete hoyos de golf antes de venir.

—Lo sé. Te duele todo el cuerpo. Es un dolor muy sano. Yo me sentía igual después de trabajar todo el día en el campo, recogiendo o plantando verduras.

Dirk guardaba silencio y Selina le cogió la mano.

—No te ha gustado que dijera eso. Lo siento. No lo he dicho para hacerte sentir mal, cariño.

—Ya lo sé, mamá.

—Dirk, ¿sabes lo que esa mujer que escribe la crónica social en el dominical del *Tribune* ha dicho hoy de ti?

—No. ¿Qué? Nunca lo leo.

—Dice que formabas parte de la *jeunesse dorée*.

Dirk sonrió.

—¡Vaya!

—Recuerdo el suficiente francés de la escuela de la señorita Fister para saber que eso significa «juventud dorada».

—¿Yo? ¡Esto sí que es bueno! Yo no tengo ni lentes.

—¡Dirk! —dijo Selina con voz baja y trémula—. Dirk, no quiero que seas uno de esa juventud dorada, no me importa lo gruesa que sea la capa de oro. Dirk, no es eso por lo que he trabajado hiciera sol o frío. No te estoy reprochando nada, no me ha importado trabajar. Perdóname por mencionarlo. Pero, Dirk, no quiero que mi hijo sea conocido como uno de la *jeunesse dorée*. ¡No! ¡Mi hijo no!

—Escucha, mamá. Eso es una tontería. Si vas a hablar así, como una madre de melodrama con un hijo descarriado... Trabajo como un perro, lo sabes bien. Estar encerrada en esta granja te hace ver las cosas de forma equivocada. ¿Por qué no te vienes a la ciudad, compras un apartamento pequeño y vendes la granja?

—¿Quieres decir que viva contigo? —preguntó Selina, por pura malicia.

—Oh, no. Eso no te gustaría —replicó rápidamente Dirk—. Además, apenas paro por casa. Me paso todo el día en la oficina y por la noche salgo a algún sitio.

—¿Y cuándo lees?

—¿Cómo? Pues...

Selina se sentó en la cama, mirando el extremo de su coleta mientras se lo enroscaba una y otra vez en el dedo.

—Dirk, ¿qué es lo que vendes en ese despacho tuyo de caoba? Nunca lo he sabido bien.

—Bonos, mamá. Lo sabes perfectamente.

—Bonos —Selina meditó un momento—. ¿Son difíciles de vender? ¿Quién los compra?

—Depende. Todo el mundo los compra, es decir...

—Yo no. Supongo que es porque siempre que he tenido algo de dinero lo he reinvertido en la granja para pagar herramientas, reparaciones, semillas, ganados o hacer alguna mejora. Así es la vida del granjero, incluso en una pequeña granja como la mía. «Dirk DeJong, agente de bolsa.»

—Dicho por ti, parece un delito.

—Dirk, ¿sabes que a veces pienso que si te hubieras quedado en la granja...?

—¡Dios santo, mamá! ¿Para qué?

—Oh, no sé. Para soñar. Para... No, supongo que eso ya no ocurre. Supongo que pasó la época en que los genios salían de la granja. Las máquinas han cortado sus sueños. Antes se sentaban durante horas en el pescante, con las riendas colgando en las manos, mientras los caballos trotaban pesadamente a la ciudad. Ahora pasan zumbando en un minibús. Agavilladoras, arados, segadoras... Son mecánicos. No tienen tiempo de soñar. Me figuro que si Lincoln hubiera vivido hoy, cortarían la madera con una sierra mecánica y por la noche se pasaría por la ciudad a sacar libros de la biblioteca pública y los leería a la luz de una bombilla eléctrica en vez de tumbado frente al parpadeante fuego de leña... En fin...

Selina se recostó y miró a su hijo.

—Dirk, ¿por qué no te casas?

—Pues... porque no hay ninguna mujer con la que quiera casarme.

—¿Ninguna que esté libre, quieres decir?

Dirk se levantó.

—Quiero decir ninguna.

Se inclinó y besó levemente a Selina. Ella lo abrazó con fuerza y su mano, con la gruesa alianza de oro, apretó la cabeza de su hijo contra la suya.

—¡Sobig!

Era un niño otra vez.

—Hace años que no me llamabas así —dijo él, riendo.

Selina volvió al juego que jugaban cuando Dirk era pequeño.

—¿Cómo de grande es mi niño? ¿Cómo de grande?

Selina sonreía, pero sus ojos estaban tristes.

—¡Así de grande! —respondió Dirk, señalando un espacio minúsculo entre el dedo pulgar y el índice—. ¡Así de grande!

Selina se lo quedó mirando, sentada muy recta en la cama, con el chal de lana echado sobre los hombros.

—Dirk, ¿piensas volver alguna vez a la arquitectura? La guerra pasó a la historia. Es ahora o nunca. Pronto será demasiado tarde. ¿Vas a volver a la arquitectura? ¿A tu profesión?

Un corte limpio.

—No, mamá.

Selina dio un grito ahogado, como si le hubieran echado un jarro de agua helada. De pronto parecía una mujer vieja y cansada, con los hombros caídos. Dirk estaba en la puerta, esperando oír sus reproches. Pero cuando Selina habló, fue para reprocharse a sí misma.

—Entonces he fracasado.

—Oh, qué tontería, mamá. Soy feliz. No se puede vivir la vida de otro. Recuerdo que, cuando era pequeño, solías decirme que la vida no era una simple aventura, algo que hay que tomar como venga con la esperanza de que algo glorioso esté aguardando a la vuelta de la esquina. Decías que tú habías vivido así y que no había funcionado. Decías...

Selina lo interrumpió con un pequeño grito.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!

De pronto, levantó un dedo en señal de advertencia. Tenía los ojos luminosos, proféticos.

—Dirk, no puedes abandonarla así.

—¿Abandonar a quién?

—A la belleza. A la expresión de uno mismo. Como quieras llamarlo. ¡Espera y verás! Un día se vengará de ti. Un día la buscarás y ella ya no estará allí.

En su interior, Dirk estaba molesto por esta conversación nocturna con su madre. Pensó que ella le tenía en poca consideración mientras los demás apreciaban su triunfo. Él había dicho «¡Así de grande!», abriendo un espacio minúsculo entre el pulgar y el índice en respuesta a aquella pregunta hecha medio en broma, pero no había sido sincero. Pensó que su madre tenía un punto de vista ridículamente anticuado y desde luego muy poco razonable. Pero no quería reñir con ella.

—Tú espera también, mamá —dijo, sonriendo—. Algún día tu caprichoso hijo será un triunfador de verdad. Espera a que lluevan los millones. Entonces veremos.

Selina se tumbó, dio la espalda deliberadamente a su hijo y se cubrió hasta arriba con las mantas.

—¿Te apago la luz y abro las ventanas?

—Ya lo hará Meena. Siempre lo hace. Llámala... Buenas noches.

Dirk sabía que había llegado a ser alguien bastante importante en su mundo. Las influencias lo habían ayudado. Eso también lo sabía. Pero cerró los ojos ante muchas de las maniobras y arreglos de Paula y se negó a admitir que aquellos dedos delgados, morenos y nerviosos hubieran manipulado el mecanismo que dirigía su carrera. Paula misma era lo bastante lista para saber que, si quería retenerlo, no debía hacerlo sentir en deuda con ella. Sabía que el deudor odia a su acreedor. Pasaba las noches en vela haciendo planes para él, proyectos para que prosperara, y luego le proponía esos planes tan hábilmente que Dirk pensaba que se le habían ocurrido a él. Paula incluso había comprendido que su creciente intimidad podía perjudicarlo si se comentaba abiertamente. Pero ahora necesitaba verlo o hablar con él a diario. En la enorme

mansión del lago Shore, las habitaciones de Paula —cuarto de estar, dormitorio, vestidor y baño— estaban tan separadas como si ocupara un apartamento propio. Tenía una línea privada de teléfono que conectaba solo con su dormitorio. Llamar a Dirk era lo primero que hacía por la mañana y lo último que hacía por la noche. Su voz, cuando hablaba con él, se transformaba; baja, vibrante, con un timbre que habría resultado irreconocible para alguien de fuera. Sus palabras eran aparentemente banales, pero elocuentes y cargadas de significado para ella.

—¿Qué has hecho hoy? ¿Has tenido un buen día?... ¿Por qué no me has llamado?... ¿Desarrollaste esa propuesta tuya sobre Kennedy? Me parece una idea estupenda. Eres un hombre maravilloso, Dirk, ¿lo sabías?... ¿Cuándo?... ¿Por qué no a comer?... Ah, no si tienes una reunión... ¿Qué tal a las cinco?... No, allí no... Oh, no lo sé. Es tan público... Sí... Adiós... Buenas noches... Buenas noches...

Empezaron a verse a escondidas, en lugares apartados. Comían en restaurantes de grandes almacenes a los que ninguno de sus amigos iba nunca. Pasaban la tarde en la atmósfera oscura y cerrada de las salas de cine, sentados en la última fila, sin prestar atención a la película y cuchicheando animadamente para enojo de los escasos devotos de las filas centrales. Cuando iban en coche tomaban oscuras calles de la zona sur, donde estaban tan a salvo de las miradas como si se hallaran en África, porque, para el norte de Chicago, el sur está a las afueras de la civilización.

El círculo de Paula la veía más guapa. Tenía el aura, el brillo y la rosada exaltación que rodean a la mujer enamorada.

Con frecuencia irritaba a Dirk. En esas ocasiones él se volvía más silencioso y reservado que nunca. A medida que él retrocedía involuntariamente, ella avanzaba. A veces Dirk pensaba que la odiaba. Aquellas manos nerviosas y calientes, los ojos brillantes e inquisitivos, la boca fina y roja, aquel rostro cetrino y delicado con forma de corazón, su ropa perfumada, su aire posesivo... ¡Eso era! Su carácter posesivo. Paula lo aferraba con cualquier mirada o gesto, incluso sin tocarlo. Había en ella algo ávido, asfixiante. Era como el viento cálido que a veces soplaba en la pradera, que soplaba y soplaba, pero nunca refrescaba y te hacía sentir seco, árido, irritado y marchito. A veces Dirk se preguntaba qué pensaba y cuánto sabía Theodore detrás de su máscara impasible, fofa y pálida.

Dirk conoció a muchas otras jóvenes. Paula era lo bastante lista para encargarse de que así fuera. Les pedía que compartieran su palco en la ópera. Las invitaba a sus cenas. Fingía una gran indiferencia sobre el efecto que causaban en Dirk, pero sufría cuando él hablaba con alguna.

—Dirk, ¿por qué no sales un día con esa chica Farnham tan guapa?

—¿Es guapa?

—Ah, ¿no lo es? Pues estuviste hablando mucho con ella en el baile de los Kirk. ¿De qué hablabais?

—De libros.

—Ah, de libros. Es muy guapa e inteligente, ¿verdad? Una chica encantadora.

De pronto Paula era feliz. Habían hablado de libros.

La Farham era una chica estupenda. La clase de chica de la que uno debería enamorarse y no lo hace. Era una de las muchas jóvenes distinguidas del Chicago de la época. Elegante, discreta, inteligente, franca, capaz y bonita de un modo indefinido y poco llamativo. Pelo sin teñir, buena dentadura, ojos bonitos, cutis fino y pies y manos del tamaño justo. Patinaba, bailaba y tenía conversación. Leía los libros que uno había leído. Una chica sociable. Tenía un montón de dinero pero nunca hablaba de ello. Viajada. Te daba la mano con fuerza, pero solo era una mano. Su contacto no producía ninguna corriente que te atravesara como un dardo hasta llegar al corazón.

Pero cuando Paula te enseñaba un libro, de pie junto a ti, su brazo de algún modo se ajustaba a la curva del tuyo y uno sentía el contacto de su suave y fino costado.

Dirk conocía a muchas jóvenes. Había un tipo característico conocido como la chica de la orilla norte. Delgada, alta, refinada, con una nariz pequeña y delicada, la voz aguda, dulce y ligeramente nasal, pendientes, un cigarrillo y almuerzos en Huyler. Dirk pensaba que todas estas chicas se parecían asombrosamente y que su conversación era más o menos igual. Todas hablaban francés con muy buen acento, bailaban unas complicadas danzas simbólicas, leían las novedades literarias y tenían el mismo discurso. Iniciaban, salpicaban y terminaban los comentarios entre ellas con un: «¡Dios mío!» que, para ellas, expresaba sorpresa, simpatía, diversión, ridículo, horror y resignación. «¡Dios mío! Deberías haberlo visto» (horror). Su jerga era casi idéntica a la que usaban las jóvenes que trabajaban en la oficina de Dirk. «Es un cielo», decían cuando hablaban con admiración de otra chica. La franqueza era un fetiche para ellas. En una época en que todo el mundo hablaba en grandes titulares, sabían que era preciso realzar sus comentarios para que no pasaran inadvertidos. La palabra «suciedad» fue sustituida por «basura», y esta por la definitiva «bazofia». Ya no se decía «¡Qué terrible!», sino «¡Qué indecente!». Las palabras, dichas con aquellas voces dulces y claras, salían despreocupadamente de sus bonitos labios, atrevidas, desinhibidas y libres. Eso, decían ellas, era lo principal. A veces, Dirk deseaba que no pusieran tanto empeño en su papel. Siempre estaban organizando espectáculos, representaciones y grandes festivales con fines caritativos, fiestas de disfraces, bazares orientales y bailes benéficos. En los números programados, muchas cantaban, actuaban y bailaban mejor que la mayoría de artistas profesionales, pero de algún modo el conjunto siempre resultaba insulso. Se gastaban miles de dólares en trajes y decorados para estas actividades, y recibían a cambio otros cuantos miles que entregaban religiosamente a la causa. No veían nada ridículo en ello. De vez en cuando se embarcaban en negocios o aventuras semiprofesionales, desafiando las convenciones. Paula también lo hacía. Ella o alguna de sus amigas siempre estaban abriendo tiendas de ropa o de regalos, impulsando salones de té decorados de un verde crudo, bermellón, naranja y negro, y anunciando su negocio con una agencia de publicidad. Estas aventuras florecían, se marchitaban y morían. Eran producto de la inquietud propia de la posguerra. Muchas de estas jóvenes habían trabajado

incansablemente entre 1917 y 1918. Habían conducido coches de asistencia, dirigido ambulancias, cuidado enfermos, fregado y organizado comedores. Echaban en falta la excitación y satisfacción de estos logros.

Veían a Dirk como una presa legítima y les molestaba que Paula lo considerara de su propiedad. Las Susans, Janes, Kates, Bettys y Sallys —nombre sencillos y anticuados para aquellas jóvenes modernas y sensuales— hablaban con Dirk, bailaban, montaban en coche y coqueteaban con él. Saberlo inalcanzable las incitaba. Aquella Paula Storm lo tenía bien sujeto. Dirk no mostraba ningún interés por ellas.

—Ah, señor DeJong —decían—, se llama Dirk, ¿verdad? Qué nombre tan bonito. ¿Qué significa?

—Nada, supongo. Es un nombre holandés. Mi familia paterna era holandesa.

—Es una especie de espada o puñal, ¿no? En cualquier caso, suena a algo afilado, cruel y mortal... Dirk.

Dirk se sonrojaba un poco (uno de sus puntos fuertes), sonreía, las miraba y no decía nada. Pensaba que todo aquello era necesario.

Tenía un éxito enorme.

Entre estas jóvenes y las que trabajaban en su oficina había una semejanza que sorprendía y divertía a Dirk. Decía: «Tome nota de esta carta» a una criatura joven y delgada, tan delicada como la joven con la que, la víspera, había bailado, montado en coche o jugado al tenis o al bridge. Hasta la ropa era una imitación impecable. Usaban el mismo perfume. Dirk se preguntaba cómo lo hacían. Tenían dieciocho, diecinueve o veinte años y sus rostros, cuerpos, deseos y dotes naturales convertían su presencia en una oficina de negocios en una paradoja, un absurdo. No obstante, de un modo mecánico, también eran muy capaces. Tenían trabajos mecánicos. Contestaban el teléfono, presionaban palancas, pulsaban botones, escribían a máquina y apuntaban nombres. Eran chicas encantadoras con la mente de una niña de catorce años. Tenían el pelo brillante, perfectamente ondulado, tan bonito, lustroso y suavemente rizado como el de un niño. Tenían poco pecho y la figura curiosamente asexuada de un muchacho. Eran listas como serpientes. Llevaban preciosos jerséis, cuellos lisos de chico y medias y zapatos ridículamente prácticos. Tenían las piernas delgadas y fuertes. Sus bocas eran monas, jugosas, rosadas, con el labio inferior ligeramente curvado hacia atrás, como un pétalo, como la húmeda boca de un bebé después de amamantarlo.

Tenían los ojos muy separados, vacíos, astutos. Llevaban sus asuntos privados como generales. Eran frías, distantes y desdeñosas. Tenían a sus novios desesperados. Eran bandidas, forajidas, piratas que lo tomaban todo y daban muy poco. Casi todas venían de hogares sórdidos pero, de algún modo milagroso, sabían todas las artes que Paula conocía y practicaba. No llevaban corsé y eran ágiles, desconcertantes, encantadoras y peligrosas. Comían horribles mezclas de dulces empalagosos y ácidos corrosivos, pero tenían la piel suave y aterciopelada. Tenían la voz apagada, nasal, vulgar, y la cara como las de un cuadro de Greuze o Fragonard. Decían, con un ganguero que hacía daño al oído:

—Le dije que no iría aunque recibiera la invitación, pero que de todas formas podía regalarme un anillo. Lo puse en su sitio. Estaba dolida.

—¿Sí? ¿Y él qué te dijo?

—Bah, se echó a reír.

—¿Y fuiste?

—¿Yo? ¡No! ¿Por quién me tomas?

Entre estas jóvenes Dirk trabajaba inmune, distante, intacto. Le habría sorprendido enterarse de que lo llamaban el Frío. Elogiaban sus calcetines, pañuelos, uñas, sus rasgos, sus piernas enfundadas en aquellos pantalones ajustados, su espalda fuerte y lisa cubierta con la chaqueta de Peel. Lo admiraban y estaban molestas con él. No había ninguna que no soñara secretamente con el día en que Dirk las llamara a su despacho, cerrara la puerta y dijera: «Loretta» (sus nombres eran engendros

nacidos de injertar el nombre original en su propia idea de la belleza onomástica, y de ahí nombres como Loretta, Imogene, Nadine, Natalie, Ardella), «Loretta, llevo mucho tiempo observándola, y seguramente se habrá dado cuenta de que la admiro profundamente».

No era imposible. Esas cosas pasan. Lo habían visto en las películas.

Dirk, completamente ignorante de aquel escrutinio minucioso e implacable, se habría horrorizado aún más al descubrir lo enteradas que estaban de su vida privada. Sabían lo de Paula, por ejemplo, por quien también sentían admiración y resentimiento. Le reconocían no obstante la perfección de su vestuario y obtenían una inmensa satisfacción al saberse superiores en belleza y color de piel. La despreciaban por mostrar abiertamente lo que sentía por Dirk (era un misterio cómo se enteraron de esto, porque Paula casi nunca iba a la oficina y tenía cuidado cuando lo llamaba por teléfono). Creían que él había llegado allí gracias a su madre. Selina no había estado en la oficina más que dos veces. En una de ellas había estado charlando cinco minutos amigablemente con Ethelinda Quinn, que tenía el rostro de un querubín de Da Vinci y el alma de un tiburón. Selina siempre hablaba con todo el mundo. Disfrutaba escuchando a los revisores de los tranvías, a las lavanderas, conserjes, patronas, vendedores, porteros, chóferes y policías. Algo en ella los incitaba a hablar. Se abrían a ella como flores al sol. Sentían su interés y cordialidad. Mientras hablaban, Selina solía exclamar: «¡No me diga! ¡Vaya, es terrible!», con los ojos brillantes de empatía.

Selina, al entrar en la oficina de Dirk, dijo:

—¡Cielo santo! No sé cómo puedes trabajar entre estas preciosidades sin ser un sultán. Voy a preguntar a alguna si quiere venir el domingo a la granja.

—No, mamá. No lo entenderían. Apenas las veo. Son parte del mobiliario.

Más tarde, Ethelinda Quinn dio su opinión de experta.

—Tiene diez veces más sangre que el Frío. Me gusta. ¿Habéis visto ese sombrero espantoso? Pero a ella no le quedaba mal, ¿eh? Cualquiera otra persona con ese pingote tendría un aspecto ridículo, pero ella es de las que pueden llevar lo que quieran. No sé, tiene lo que yo llamo estilo. Se ríe de la moda. Y además es muy agradable. Me dijo que soy una chica preciosa. ¿Has visto cosa igual? Y en eso lleva razón. Desde luego que lo soy.

Ignorante de todo esto, Dirk dijo media hora después:

—Tome nota de esta carta, señorita Quinn.

Así pues, en medio de aquel fiero volcán femenino, Dirk caminaba sin chamuscarse. Paula, las jóvenes de la orilla norte, las distinguidas profesionales y ejecutivas que se encontraba de vez en cuando en su trabajo, las tentadoras ninfas que veía en la oficina, todas empleaban con él sus cálidas y perfumadas artimañas. Dirk se movía entre ellas frío y sereno. Puede que su rápido éxito y su tranquila ambición de un éxito mayor tuvieran algo que ver en esto. Porque ya era considerado un verdadero hombre de éxito, incluso en el torbellino espectacular de la meteórica

constelación financiera de Chicago. Las madres de la zona norte observaban sus ingresos, su carrera y su futuro con respeto y astuta especulación. Siempre había un pulcro montón de invitaciones en el correo, sobre la correcta consola del correcto apartamento atendido por el correcto japonés en la correcta calle de la parte norte, cerca (pero no demasiado) y con vistas al lago.

Paula había ayudado a amueblar el apartamento. Ella y Dirk habían consultado a algunos decoradores.

—Pero también tienes que seguir tu propio criterio —dijo Paula— para darle un toque personal.

El apartamento se decoró en gran parte con muebles italianos, se remató con roble y nogal oscuros, y el conjunto resultó macizo pero poco convincente. El efecto era sombrío sin ser impresionante. Había grandes mesas talladas en las que un cenicero parecía una profanación. Había sillas lo bastante grandes para repantigarse en ellas, pero muy incómodas. Insulsos candelabros de plata, cortinajes, rostros dantescos y taciturnos que miraban burlones desde un correcto aparador. No había muchos libros. Un vestíbulo diminuto, un gran salón, dormitorio, comedor, cocina y un pequeño cubículo para el japonés. Dirk no paraba mucho por casa. A veces se pasaba días sin sentarse en el salón, que usaba únicamente como rápido atajo hacia su dormitorio para cambiarse el traje de oficina por el esmoquin. Su ascenso a la cumbre, en realidad, era pura rutina. La oficina, el apartamento, una cena, un baile. Sus relaciones eran monótonas y demasiado escasas. Su oficina era un espléndido bufete en un espléndido edificio en la calle LaSalle. Se movía en coche por las avenidas. Sus compromisos sociales estaban en la parte norte. La calle LaSalle marcaba el límite al oeste, el lago Míchigan al este, el bulevar Jackson al sur y el lago Forest al norte. Si hubiera vivido a miles de kilómetros, habría sabido lo mismo del resto de Chicago, del poderoso, sofocante, estruendoso, dinámico, chillón, magnífico y horrible gigante que era Chicago.

Selina no había participado en la decoración del apartamento. Cuando estuvo terminado, Dirk la llevó con aire triunfal a que lo viera.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó.

Selina, de pie en el centro de la habitación, una figura sencilla y menuda en medio de aquellas mesas, sillas y arcones enormes, sombríos y tallados, esbozó una pequeña sonrisa.

—Me parece tan acogedor como una catedral.

A veces Selina le regañaba, aunque últimamente mostraba una extraña reticencia. Ya no le preguntaba por los muebles de las casas que visitaba (villas italianas en la calle Ohio), ni por los platos exóticos que comía en las fastuosas cenas a las que asistía. La granja prosperaba. Las grandes acerías y fábricas la iban rodeando por el sur, pero todavía no habían puesto su pie de hierro sobre las fértiles y verdes hectáreas de Selina. Ella era bastante famosa por la calidad de sus verduras y sus cerdos. Los «espárragos DeJong» figuraban en el menú de los hoteles Blackstone y

Drake. A veces, los amigos de Dirk le tomaban el pelo con esto y él no siempre reconocía que la semejanza de los apellidos no era una coincidencia.

—Dirk, parece que solo ves a esa gente —le dijo Selina en una de sus escasas reprimendas—. No le sacas todo el partido a la vida. Tienes que sentir curiosidad por la gente y por las cosas corrientes. Por personas y cosas de todo tipo. Tu vida gira en torno a un círculo muy pequeño.

—No tengo tiempo. No puedo permitirme tomarme el tiempo necesario.

—No puedes permitirte no hacerlo.

A veces Selina iba a la ciudad una semana o diez días seguidos, y se permitía lo que ella llamaba una orgía. En tales ocasiones Julie Arnold la invitaba a ocupar uno de los cuartos de invitados en casa de los Arnold, o Dirk le ofrecía su dormitorio y le decía que él estaría cómodo en el gran sillón del salón o alquilaría una habitación en el Club Universitario. Selina siempre rechazaba estas invitaciones y se iba a un hotel, unas veces en el norte y otras en el sur. Con las vacaciones por delante, deambulaba con la alegría de un niño que, un sábado por la mañana y con todo el día libre, sale alborozado a la calle sin plan ni propósito fijo, sabiendo que le esperan muchas cosas para poder elegir. Le encantaban los escaparates de la Avenida Míchigan y de la calle State, en los que altivas señoritas de cera, en sus resplandecientes trajes de noche, posaban con los dedos doblados elegantemente sosteniendo un abanico, una rosa o un folleto y sonriendo condescendientes a un mundo envidioso que aplastaba la nariz contra el muro de cristal. Selina era una mujer sociable que saboreaba la vida y disfrutaba con las luces, el color, el ajetreo y el ruido. Sus años de trabajo agotador, con la cara inclinada hacia el suelo, no habían logrado borrar su pasión por la vida. Callejeaba por los barrios de emigrantes, italianos, griegos, chinos o judíos. Se adentraba en el «cinturón negro», donde una nutrida y creciente población negra movía y estiraba sus grandes brazos de forma amenazadora, abarcando cada vez más en señal de protesta y desbordando las barreras que la oprimían. El rostro sereno, las maneras tranquilas, el interés reconfortante y la mirada cordial protegían a Selina. Quizá la tomaban por una trabajadora social o por una de esas progresistas. Compraba y leía el *Independent*, el periódico negro en el que varios curanderos anunciaban raíces mágicas. Incluso envió los veinticinco centavos que pedían por una de aquellas cajas, hechizada por sus nombres: Raíces de Adán y Eva, el Señor de los Bosques, Sangre de Dragón, Juan el Conquistador, Raíces de Jezabel, Granos del Paraíso.

—Escucha, mamá —protestaba Dirk—, no puedes andar así. No es seguro. Esto no es High Prairie, ya lo sabes. Si quieres dar una vuelta le diré a Saki que te lleve.

—Eso estaría muy bien —decía ella, por compromiso.

Pero nunca aprovechó este ofrecimiento. A veces iba a la calle South Water, tan cambiada e hinchada que amenazaba con reventar sus límites. Le gustaba pasear por sus aceras llenas de gente, en las que se alineaban cajas y barriles de fruta, verdura y pollo. Ahora predominaban los rostros morenos y extranjeros. Donde antes había

hombres con monos de trabajo y la cara colorada, ahora se veían tipos delgados y musculosos con camisas militares, pantalones de soldado y polainas ajadas que empujaban carros, cargaban cajas y se precipitaban calle abajo en furgonetas enormes y estrepitosas. Tenían el rostro duro y el habla escueta. Se movían con gracia y economía de gestos. Cualquiera de ellos, pensaba Selina, era más vital, autóctono y cumplía una función más útil y honrada que su triunfador hijo Dirk DeJong.

—¿Dónde hay judías?

—En la vieja taberna.

—Duras.

—Las mejores que se pueden conseguir.

—Quédatelas.

Muchos de los viejos la conocían, le estrechaban la mano y charlaban un momento amistosamente con ella. William Talcott, un poco más seco y arrugado, el pelo ralo encanecido, seguía apoyado en el quicio de la puerta en mangas de camisa, con sus impecables pantalones y su chaleco de espiguilla, un buen cigarro apagado en la boca y la maciza cadena dorada del reloj en torno a la cintura.

—Bueno, está claro que le ha ido bien, señora DeJong. ¿Recuerda el día en que vino aquí con el primer cargamento?

Oh, sí que se acordaba.

—Ya veo que ese hijo suyo también ha dejado huella. Es alguien importante, ¿verdad? Da mucha satisfacción que a un hijo le vaya tan bien. Sí, señor. Mire mi hija Caroline...

La vida en High Prairie también tenía su encanto. A veces se veían extrañas visitas que se quedaban allí una semana o diez días, niños y niñas cuya palidez urbana se transformaba en un buen bronceado, mujeres de aspecto cansado y decaído que bebían la nata y comían las abundantes verduras y los tiernos pollos de Selina como si temieran que en cualquier momento se los fueran a arrebatar. Selina los recogía en extraños rincones de la ciudad. Dirk también protestaba por esto. Selina ahora era miembro del consejo escolar de High Prairie. A menudo conducía por las carreteras o a la ciudad en un Ford de mala muerte que maniobraba con habilidad e imaginación. Estaba en el Comité de Buenas Carreteras y la Asociación de Granjeros valoraba su opinión. Su vida era plena, agradable y fecunda.

Paula tenía un plan para hacer que las mujeres se interesaran en la compra de bonos. Era un buen plan. Se lo sugirió a Dirk de tal forma que este creyó que se le había ocurrido a él. Dirk ya era jefe del departamento de bonos en el nuevo, imponente y blanco edificio de la Compañía Fiduciaria de los Grandes Lagos, al norte de la Avenida Míchigan. Sus torres blancas lanzaban destellos dorados entre las brumas del lago. Dirk decía que era un edificio horrible, mal proporcionado, y que parecía un gigantesco helado de vainilla. Sus nuevos dominios parecían más una suntuosa biblioteca sin libros que un despacho. Lo había rematado con abundante e insulsa madera de nogal y grandes sillas tapizadas, alfombras mullidas y luces indirectas. Se había prestado especial atención a la clientela femenina. Había una habitación pensada para ellas, equipada con sillas y sofás cómodos, lámparas y escritorios en malva o rosa. Paula había elegido los muebles para esta sala. Diez años antes se habría considerado absurdo en una oficina. Ahora era una parte habitual del equipamiento.

Era casi tan difícil acceder al despacho de Dirk como al del presidente de la nación. Entre el visitante y Dirk DeJong, jefe del departamento de bonos, se interponían tarjetas, teléfonos, ordenanzas y secretarias. Había que preguntar por él, murmurando su nombre al oído de un imponente detective de metro noventa que, como un ujier, se hallaba en el centro de la rotonda de mármol, observando a cada visitante con mirada fría e inquisitiva. El detective guiaba al cliente, caminando suavemente con sus suelas de goma, y lo encomendaba a un ordenanza muy encopetado que le tomaba el nombre. Se esperaba un rato. El ordenanza volvía. Vuelta a esperar. Al poco aparecía una joven con mirada inquisitiva que hablaba con el visitante y desaparecía. Más espera. La joven volvía a aparecer y guiaba al interesado al gran y lujoso despacho de Dirk DeJong. Y allí acababan las formalidades.

Dirk estaba contento de verte, con esa discreción e interés típicos de él. Mientras se le planteaba el asunto, escuchaba atentamente, encantador como siempre. El volumen de negocio que la Compañía Fiduciaria de los Grandes Lagos hacía con la clientela femenina era enorme. Dirk se mostraba cauto y servicial... y siempre cerraba el trato. Hablaba poco y era increíblemente eficaz. Mujeres vestidas de negro, a la moda del luto reciente, iban en sombría procesión a su puerta. Las sugerencias de Dirk (a menudo concebidas por Paula) dieron grandes resultados a la discreta publicidad de la Compañía Fiduciaria de los Grandes Lagos, consistente en unos pequeños panfletos escritos para mujeres sobre ahorro e inversiones. «No somos una corporación desalmada», decían los folletos. «Podemos ayudarla. Usted necesita algo más que amigos. Antes de actuar, su decisión debería estar respaldada por una organización especializada en inversiones. Quizá usted cuente con familiares o

amigos que la aconsejarían encantados sobre cómo invertir su dinero. Pero tal vez piense, con toda la razón, que cuanto menos sepan de sus finanzas, mejor. Nuestro trabajo es gestionar fideicomisos y garantizar los intereses de las viudas y huérfanos.»

Era asombroso ver que este tipo de actividad reportaba millones de dólares.

—Las mujeres están cada vez más acostumbradas a manejar dinero —dijo Paula sagazmente—. Muy pronto serán una clientela tan importante como la masculina. La mujer media no sabe de valores ni de comprar bonos. Creen que es algo misterioso y arriesgado. Deberían educarlas para ello. Dirk, ¿no dijiste algo de unas clases de finanzas para mujeres? Podrías convertirlo en una especie de acontecimiento social. Mandar invitaciones y traer a algunos banqueros, nombres importantes y conocidos, para que hablen a esas mujeres.

—¿Pero las mujeres irían?

—Claro que irían. Las mujeres aceptan cualquier invitación grabada en una tarjeta de color crema.

La Compañía de los Grandes Lagos había abierto una sucursal en Cleveland y otra en Nueva York, en la Quinta Avenida. La campaña para hacer que las mujeres se interesaran en la compra de bonos y enseñarles finanzas se iba ampliando casi a escala nacional. Se iba a anunciar en periódicos y revistas.

Las charlas sobre finanzas para mujeres se celebraban cada dos semanas en la sala acristalada del Blackstone y fueron un gran éxito. Paula tenía razón. Había heredado gran parte de la astucia y la visión comercial de Aug Hempel. Las mujeres acudieron. Viudas con dinero para invertir, ejecutivas que habían ahorrado una parte de su sueldo, mujeres ricas que querían gestionar sus propiedades o evitar la intromisión de sus maridos. Algunas fueron por pura curiosidad. Otras por no tener nada mejor que hacer. Otras por ver al famoso banquero, abogado u hombre de negocios que iba a dar la charla. Dirk habló tres o cuatro veces durante el invierno y fue claramente uno de los conferenciantes de más tirón. Las mujeres, con sus vestidos de crepé, sus trajes tipo sastre y sus pequeños sombreros a la moda, cuchicheaban y parloteaban sobre él, incluso mientras digerían sus bien elaborados comentarios. Estaba muy guapo, atildado y distinguido en aquella tarima, con su ropa de corte impecable y una florecilla blanca en el ojal. Hablaba con soltura, claridad y fluidez. Respondía a las preguntas que se le hacían con la mezcla justa de duda reflexiva y confianza.

Se decidió que para la publicidad a escala nacional se haría una ilustración que llamara la atención de las mujeres. Dirk pensó que la persona idónea para hacerlo era ese tal Dallas O'Mara cuya firma, extraña e ilegible, se veía en la mitad de las ilustraciones publicitarias que llamaban la atención. A Paula no le entusiasmó la idea.

—Mmm... Es muy buena —dijo Paula, con cautela—. Pero ¿no hay otros que son mejores?

—¿Es una mujer? —exclamó Dirk—. No lo sabía. Ese nombre podía ser cualquier cosa.

—Oh, sí, es una mujer. Dicen que es muy... atractiva.

Dirk mandó llamar a Dallas O'Mara, que contestó proponiendo una entrevista dos semanas después. Dirk decidió no esperar, consultó otros artistas publicitarios, examinó su trabajo, escuchó sus propuestas y no le satisfizo ninguno. Quedaba poco tiempo. Habían pasado diez días. Encargó a su secretaria que llamara por teléfono a Dallas O'Mara. ¿Podía venir a hablar con él ese mismo día a las once?

No. Ella trabajaba todos los días hasta las cuatro en su estudio.

Entonces, ¿podía ir a su despacho a las cuatro y media?

Sí, pero sería mejor que Dirk fuera a su estudio para que viera algo de los diferentes tipos de dibujo: óleos, en blanco y negro o al pastel. Ahora trabajaba sobre todo al pastel.

La secretaria, al teléfono, iba transmitiendo todo esto a Dirk, sentado en su escritorio. Dirk aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero, lanzó furiosamente una última bocanada de humo y cogió el teléfono de su escritorio. «Una de esas artistuchas temperamentales que se las dan de importantes», murmuró tapando el micrófono.

—Buenos días, señorita... O'Mara. Le habla el señor DeJong. Preferiría que viniera a hablar conmigo a mi despacho.

Ya estaba bien de tonterías.

—Claro, si lo prefiere así. Pensé que lo otro nos ahorraría tiempo a los dos. Estaré allí a las cuatro y media —respondió una voz queda, pausada y profunda. Una voz admirable y apacible.

—Muy bien. A las cuatro y media— dijo Dirk resueltamente, colgando el auricular.

Así es como había que tratar a esas cuarentonas desgreadadas con una carpeta de dibujos bajo el brazo.

A las cuatro y media en punto le anunciaron que había llegado la cuarentona desgreadada con una carpeta de dibujos bajo el brazo. Dirk la hizo esperar cinco minutos, porque aún estaba un poco enfadado. A las cinco menos veinticinco entró en su despacho una joven alta y delgada con una elegante chaqueta de lana, falda ribeteada de piel y un sombrero negro tan sencillo y al mismo tiempo tan atrevido que hasta un hombre reconocería su origen francés. No llevaba ninguna carpeta de dibujos bajo el brazo.

Por la mente de Dirk cruzaron una serie de pensamientos nada comerciales del tipo: «¡Dios!... ¡Qué ojos!... Esta sí que sabe vestirse... Parece cansada... No, supongo que son sus ojos los que parecen cansados... Es guapa... No... Sí, es...».

En voz alta, dijo:

—Le agradezco que haya venido, señorita O'Mara.

Luego pensó que aquello sonaba demasiado pomposo y dijo secamente:

—Siéntese.

La señorita O'Mara se sentó, lo miró con sus ojos azules, profundos y cansados y no dijo nada. Lo observaba cordial, serena y plácidamente. Dirk esperaba que dijera

que no solía ir a las oficinas, que solo podía concederle veinte minutos, que el día estaba frío o caluroso, que su despacho era muy bonito y la vista sobre el río magnífica. Pero la señorita O'Mara callaba, tranquilamente. Así que Dirk se puso a hablar precipitadamente.

Esto era una nueva experiencia para Dirk DeJong. Normalmente las mujeres hablaban antes que él, y con fruición. Ante su silencio, las mujeres calladas se volvían locuaces y las locuaces parlanchinas. Paula siempre hablaba cien palabras por cada una de Dirk. Pero allí estaba una mujer más silenciosa que él, no con un silencio hosco ni opresivo, sino cordial, sereno y plácido.

—Voy a decirle el tipo de cosa de queremos, señorita O'Mara.

Dirk se lo explicó. Suponía que, en cuanto terminara, ella le saltaría probablemente con tres o cuatro proyectos. Eso es lo que habían hecho los otros.

Cuando Dirk terminó, O'Mara dijo:

—Lo pensaré durante un par de días mientras trabajo en otra cosa. Siempre lo hago así. Ahora estoy haciendo la imagen de un jabón de oliva. Puedo empezar con lo suyo el miércoles.

—Pero me gustaría verlo, es decir, tener una idea de lo que piensa hacer.

¿Es que la señorita O'Mara pensaba seguir adelante sin consultar a Dirk?

—Oh, muy bien. Pero pásese por el estudio, si quiere. Calculo que me llevará una semana. Estoy en Ontario, en ese viejo edificio lleno de estudios. Lo reconocerá porque casi todos los ladrillos están caídos y esparcidos por la acera.

La joven esbozó lentamente una amplia sonrisa. Dirk pensó que tenía los dientes bonitos, pero la boca demasiado grande. No obstante, era una sonrisa cálida y agradable. Se dio cuenta de que él también estaba sonriendo amistosamente y recobró enseguida el talante empresarial. Muy empresarial.

—¿Cuánto...? ¿Cuáles son sus...? ¿Qué pide usted por un dibujo como este?

—Mil quinientos dólares —dijo la señorita O'Mara.

—¡Eso es absurdo!

Dirk la miró. Puede que fuera una broma. Pero la joven estaba seria.

—¿De verdad pide mil quinientos dólares por un dibujo?

—Por un encargo así, sí.

—Me temo que no podemos pagarle esa cantidad, señorita O'Mara.

La señorita O'Mara se levantó.

—Ese es mi precio.

No parecía en absoluto cohibida. Dirk pensó que nunca había visto a nadie comportarse con tanta naturalidad. Era él quien toqueteaba nerviosamente los objetos de su mesa: una pluma, una hoja de papel, el secante.

—Adiós, señor... DeJong.

O'Mara le tendió una mano amistosa. Dirk la estrechó. La joven tenía el pelo dorado —de oro mate, no brillante—, recogido en un gran moño a la altura de la

nuca. Dirk estrechó su mano. Aquellos ojos cansados le miraron.

—Bueno, si ese es su precio, señorita O'Mara... No tenía previsto pagar tanto. Pero, claro, supongo que ustedes los artistas punteros piden precios exorbitantes por su trabajo.

—No más exorbitantes de los que piden ustedes, los empresarios punteros.

—Aun así, mil quinientos dólares es mucho dinero.

—Yo también lo creo. De todas formas, todo lo que pase de nueve dólares me parece mucho dinero. Antes ganaba veinticinco centavos por cada dibujo de un sombrero en Gage.

Indudablemente era muy atractiva.

—Y ahora ha llegado arriba. Ha triunfado.

—¿Llegado? No, por Dios. Acabo de empezar.

—¿Quién gana más que usted por un dibujo?

—Supongo que nadie.

—¿Entonces?

—Entonces, si seguimos por ese camino, dentro de un minuto le estaría contando la historia de mi vida.

La señorita O'Mara volvió a esbozar lentamente su amplia sonrisa y se dio media vuelta para marcharse. Dirk pensó que, mientras que las bocas de casi todas las mujeres eran un simple rasgo, la de ella era un adorno.

La joven se fue. Ethelinda Quinn y compañía, en la oficina, examinaron la ropa de la señorita Dallas O'Mara, desde el calzado hecho a medida hasta el sombrero francés, e hicieron una rápida reconstrucción mental de su propio vestuario. Dirk DeJong, en su despacho, se dio cuenta de que había encargado un dibujo de mil quinientos dólares sin haberlo visto, y que Paula iba a preguntarle sobre aquello.

—Señorita Rawlings, apunte que tengo que ir al estudio de la señorita O'Mara el próximo jueves.

Durante los siguientes días, le sorprendió descubrir que mucha gente sabía muchas cosas de la tal Dallas O'Mara. Era de Texas, de ahí el absurdo nombre. Tenía veintiocho..., veinticinco... treinta y dos... o treinta y seis años. Era guapa. Era fea. Era huérfana. Se había abierto camino desde la escuela de Bellas Artes. No tenía ninguna conciencia del valor del dinero. Dos años atrás había logrado un éxito repentino con sus dibujos. Su ambición era pintar al óleo. Trabajaba como una esclava, jugaba como una niña, tenía veinte pretendientes y ningún amante. Sus amigos, hombres y mujeres, eran legión y entraban y salían de su estudio como si fuera un espacio público. Allí era probable encontrar a cualquiera a cualquier hora, desde Bert Colson, la estrella negra de los musicales, a la señora Robinson Gilman, del lago Forest y París; de Leo Mahler, primer violín de la Orquesta Sinfónica de Chicago, a Fanny Whipple, que diseñaba vestidos para Carson. Dallas O'Mara mantenía a una serie de hermanos sin suerte y hermanas pusilánimes en Texas y otros puntos del oeste.

La señorita Rawlings concertó una cita el jueves a las tres. Paula dijo que iría con Dirk, y así lo hizo. Se vistió para la ocasión y el resultado fue sin duda encantador. Dallas a veces hacía retratos al pastel, e incluso se atrevía con algunos al óleo. La primavera anterior, había ganado un premio por su retrato de la señora Robinson Gilman en la exposición del Instituto de Arte de Chicago. Posar para Dallas se consideraba todo un logro. Paula había elegido su sombrero a juego con su pelo y perfil, y el escote a juego con el sombrero, pelo y perfil, y las perlas con un ojo puesto en esos cuatro elementos. El conjunto era un desafío a Dallas O'Mara.

En su estudio, Dallas O'Mara estaba subida en un taburete alto delante del caballete, con una gran bandeja de pasteles a su lado. Estaba hecha una facha y no le importaba lo más mínimo. Saludó muy simpática a Dirk y a Paula, y siguió trabajando. Una modelo, elegantemente vestida, posaba para ella.

—¿Qué tal? —dijo Dallas O'Mara—. Esto es. ¿Cree que le gustará?

—Ah, ¿es esto? —dijo Dirk.

Apenas era un incipiente boceto de la modelo elegantemente vestida.

—Es esto, ¿verdad?

¡Mil quinientos dólares!

—Espero que no se esperara el dibujo de una mujer comprando bonos.

Dallas siguió trabajando. Entornaba un ojo, cogía una especie de espejito que tenía a un lado, lo miraba y volvía a soltarlo. Hacía una marca en la cartulina con un trozo de pastel y a continuación la difuminaba con el dedo. Llevaba puesto un blusón descolorido en el que la tinta, el pegamento, las marcas de lápiz, el polvo de pastel y la pintura se hallaban tan repartidos que el conjunto formaba una nebulosa brillante y apacible como la propia atmósfera de Chicago. Por encima asomaba el cuello de una blusa de seda blanca, no demasiado limpia. Iba calzada con pantuflas de pompones. Llevaba el pelo rubio recogido descuidadamente en aquel gran moño en la nuca. Un trazo negro le surcaba la mejilla.

«Desde luego», pensó Dirk, «va hecha un cuadro».

Dallas O'Mara señaló con la mano unas sillas en las que se apilaban sombreros, prendas extrañas, cartulinas y (en uno de los brazos) un trozo de tarta amarilla.

—Siéntense.

Llamó a la chica que les había abierto la puerta.

—Gilda, ¿puedes llevarte esas cosas? Te presento a la señora Storm y al señor DeJong... Gilda Hanan.

Dirk se enteró más tarde de que era su secretaria.

Aquel lugar era desordenado, confortable y destartado. En el rincón había un gran piano muy baqueteado. Un enorme tragaluz ocupaba la mitad del techo y descendía por el lado norte de la habitación. En otro rincón, un hombre y una chica charlaban animadamente en un sillón. Un tipo moreno con pinta de extranjero, que a Dirk le sonaba vagamente, tocaba suavemente el piano. Sonó el teléfono. La señorita Hanan cogió el mensaje, se lo transmitió a Dallas O'Mara, recibió la respuesta y la

repitió. Subida al taburete, con un pie en un peldaño, Dallas trabajaba concentrada, tranquila y afanosa. Un mechón de pelo le caía sobre los ojos. Lo apartó con la muñeca y se dejó otro trazo oscuro en la frente. Había algo espléndido e impresionante en su ensimismamiento, en su indiferencia por el aspecto exterior, en su despreocupación ante los extraños y en su concentración en el trabajo que tenía delante. Le brillaba la nariz. Hacía años que Dirk no había visto una chica a la que le brillara la nariz. Siempre sacaban esas cajitas y se embadurnaban con los polvos que contenían.

—¿Cómo puede trabajar con toda esta gente alrededor?

—Ah —dijo Dallas con esa voz suya profunda y apacible—, siempre hay entre veinte y treinta personas.

Trazó una línea escarlata en la cartulina y la borró enseguida.

—Aquí no para de entrar y salir gente. Me gusta tener amigos cerca mientras trabajo como una esclava.

«¡Caray!», pensó Dirk, «es..., no sé... Es...».

—¿Nos vamos? —dijo Paula.

Dirk se había olvidado por completo de ella.

—Sí, sí. Yo estoy listo, si tú lo estás.

—¿Crees que te va a gustar el dibujo?— preguntó Paula, una vez fuera, mientras montaban en el coche.

—No lo sé. Supongo que todavía no puedo decir gran cosa.

—¿Vuelves a la oficina?

—Claro.

—Es atractiva, ¿no?

—¿Te parece?

Estaba claro que Dirk iba a tener que mantenerse en guardia. Paula pisó el embrague con saña y metió la segunda.

—Tenía el cuello sucio.

—Polvo de pastel —dijo Dirk.

—No necesariamente —replicó Paula.

Dirk se volvió para mirarla. Era como si la viera por primera vez. Parecía crispada, dura, artificial, en cierto modo insignificante. No física, sino personalmente.

Dallas terminó y entregó el dibujo al cabo de diez días. Durante ese tiempo, Dirk fue dos veces al estudio de la calle Ontario. A Dallas no pareció importarle. Tampoco mostró un interés particular. En ambas ocasiones la encontró absorta en su trabajo. La primera vez, tenía el mismo aspecto que en la primera visita de Dirk. La segunda, llevaba un blusón recién puesto, de un amarillo apagado que conjuntaba maravillosamente con su pelo, y unas elegantes zapatillas beige de tacón.

Dirk se dijo que parecía una niña recién lavada y con un babi limpio.

Dirk pensaba mucho en Dallas O'Mara. Se sorprendió hablando de ella con un tono pretendidamente causal y despreocupado. Le gustaba hablar de ella. Habló de

ella con su madre. Podía expresarse libremente con Selina y debió de explayarse, pues Selina lo miró fijamente y dijo:

—Me gustaría conocerla. Nunca he conocido a una chica así.

—Le preguntaré si puedo llevarte al estudio alguna vez cuando estés en la ciudad.

Era prácticamente imposible conseguir estar un minuto a solas con Dallas. Esto irritaba a Dirk. No paraba de entrar y salir gente de su estudio, gente rara, importante o sorprendente, gente humilde, marginada o harapienta. Una estudiante de arte, pobre, pelirroja y melancólica a la que Dallas había acogido hasta que le mandaran dinero de casa, o una cantante de ópera llena de perlas que había accedido a cantar dos semanas en la Ópera de Chicago. Dirk no sabía que Dallas tocaba el piano hasta que una tarde, al caer el sol, se la encontró sentada al teclado con Bert Colson, el cómico negro. Colson cantaba aquellas terribles canciones sobre las lluvias de abril que traen violetas y «Ay, mami», pero, cantadas por él, no parecían terribles. Aquel cómico enjuto, de pecho hundido y ojos tristes tenía un patetismo conmovedor, un maravilloso sentido del ritmo y algo indefinible que atraía y enamoraba. En el teatro, iba hasta el borde del escenario y abrazaba al público. Hablaba como un limpiabotas y cantaba como un ángel. Dallas al piano, y él inclinado sobre el teclado, interpretaban un blues. Los dos estaban absortos y extasiados. «Tengo el blues... Canto el blues... Tengo esto o aquello... Este o aquel blues... Au-auuu.» Apenas repararon en Dirk. Dallas saludó con la cabeza cuando entró Dirk y siguió tocando. Colson cantó esa balada facilona y sentimental como si fuera el himno de una raza trágica. Tenía los brazos extendidos y el rostro arrebatado. Dallas tocaba con lágrimas en los ojos. Cuando terminaron, dijo:

—¿No es una canción tremenda? A mí me encanta. Bert la va a cantar esta noche.

—¿Quién... la compuso? —preguntó educadamente Dirk.

Dallas se puso a tocar otra vez.

—¿Eh? Ah, fui yo.

Se arrancaron de nuevo y ya no prestaron atención a Dirk. Pero su indiferencia no era grosera. Simplemente les interesaba más lo que estaban haciendo. Dirk se marchó con el propósito de no volver por allí. ¡Él, rondando por un estudio! Pero al día siguiente allí estaba.

—Escuche, señorita O'Mara —dijo, aprovechando un momento en que se vio a solas con ella—. ¿Le gustaría salir a cenar conmigo alguna vez? ¿Y al teatro?

—Me encantaría.

—¿Cuándo? —preguntó Dirk, temblando.

—Esta noche.

Dirk tenía un compromiso importante, pero lo mandó al cuerno.

—¿Esta noche? ¡Estupendo! ¿Dónde le apetece cenar? ¿En el Casino?

Era el club más elegante de Chicago, un pequeño local de estilo italiano, con estuco rosa, en la carretera de la costa. Dirk estaba orgulloso de poder invitarla allí.

—Oh, no, odio esos sitios intelectualoides. Me gusta cenar en un hotel con gente

variada. Cenar en un club supone estar rodeada de gente muy parecida. Son socios del club porque a todos les interesa el golf, o porque son licenciados, pertenecen al mismo partido político, escriben, pintan, ganan más de cincuenta mil dólares al año o algo así. A mí me gusta que estén todos mezclados. Un comedor lleno de jugadores, agentes de seguros, actores, comerciantes, ladrones, contrabandistas, abogados, mantenidas, esposas, líos, viajeros, millonarios..., de todo. Eso es lo que yo llamo salir a cenar. A menos que se cene en casa de un amigo, claro.

Era raro escucharle una perorata tan larga.

—Quizá quiera usted cenar un día en mi pequeño apartamento. Solo cuatro o seis personas, o incluso...

—Quizá.

—¿Le apetece ir esta noche al Drake?

—Se parece demasiado a unas termas romanas. Las columnas me dan miedo. Vamos al Blackstone. Siempre seré lo bastante tejana para creer que el salón francés del Blackstone tiene la última palabra en cuestión de elegancia.

Fueron al Blackstone. El *maître* conocía a Dirk.

—Buenas noches, señor DeJong.

Dirk se sintió muy satisfecho, pero a continuación le sorprendió ver al *maître* sonreír a Dallas y a esta devolverle la sonrisa.

—Hola, André —dijo Dallas.

—Buenas noches, señorita O'Mara.

El saludo era correcto y adecuado al *maître* del salón francés en el Blackstone. Pero su voz era dulce y le brillaban los ojos. Sentó a Dallas a la mesa como si la entronizara.

Al ver la expresión de Dirk, Dallas le explicó:

—Lo conocí en el ejército cuando estuve en Francia. Es un gran tipo.

—¿Estuvo usted en...? ¿Qué hacía en Francia?

—Oh, trabajos de todo tipo.

Su vestido de noche era muy elegante, pero el tirante rosa de alguna prenda interior asomaba descuidadamente a un lado. El sujetador de seda, probablemente. Paula hubiera... Pero, claro, una cosa así era impensable en el perfecto atuendo de Paula. A Dirk le encantaba el modo en que el vestido se recortaba en los hombros y dejaba al descubierto unos brazos firmes y blancos. Tenía el pelo dorado. Aquella era una Dallas. Había una docena, un centenar, pero siempre era la misma. Nunca se sabía si uno iba a encontrarse la muchacha andrógina del blusón arrugado y la cara sucia o la hermosura con la chaqueta de piel. A veces Dirk pensaba que parecía una criada sueca, con esos pómulos salientes, los ojos hundidos y las manos grandes y capaces. Otras se le antojaba una de esas espléndidas diosas que se veían en los cuadros —de pechos turgentes y puntiagudos y poses delicadas— sosteniendo un cuerno de la abundancia. Había en ella algo genuino, terrenal y primario. Dirk

observó que tenía las uñas cortas y poco cuidadas, no brillantes, puntiguadas, atrozmente afiladas ni pintadas de ese horrible bermellón, como Paula. Aquello, en cierto modo, también le gustó.

—¿Unas ostras? —propuso—. Aquí son de absoluta confianza. ¿O un salpicón de frutas? Luego, pechuga de pintada y alcachofa...

Dallas parecía algo inquieta.

—Si quiere, tómelo usted. Yo prefiero un filete con patatas gratinadas y una ensaladilla rusa...

—¡Estupendo!

Dirk estaba encantado. Pidió lo mismo que Dallas y lo devoraron con fruición. Dallas comió panecillos con mantequilla y no hizo ningún comentario sobre la comida excepto para decir, en una ocasión, que estaba rica y que se había olvidado de almorzar porque había estado muy liada trabajando. A Dirk todo aquello le pareció muy relajado y refrescante. Normalmente, cuando uno cenaba con una mujer, ella decía:

—Me encantaría comer uno de esos panecillos crujientes.

—¿Y por qué no lo hace? —decía uno.

—No me atrevo —respondía ella invariablemente—. ¡Tiene por lo menos mil calorías! Hace un año que no como un panecillo con mantequilla.

—¿Por qué? —repetía uno.

—Por miedo a engordar.

—¿Usted? ¡Qué tontería! Está estupenda —replicaba uno automáticamente.

Dirk estaba cansado de las mujeres que hablaban de su peso, línea y figura. Le parecía de mal gusto. Paula siempre se estaba privando de esto o aquello. Dirk se sentía incómodo sentado a la mesa delante de ella, comiendo su menú completo mientras Paula mordisqueaba un pan tostado, una hoja de lechuga y medio pomelo sin azúcar. Así, Dirk no podía disfrutar igual de las ostras, el filete y el café. Le parecía que Paula miraba su plato con avidez, por mucha indiferencia que aparentara. También la notaba un poco demacrada.

—El teatro está al lado —dijo Dirk—. A un paso. Podemos quedarnos aquí hasta las ocho y algo.

—Muy bien.

Dallas fumó un cigarrillo con el café en una atmósfera relajada, plácida y sensual. Dirk habló mucho de sí mismo. Se sentía cómodo, a gusto, feliz.

—Soy arquitecto, ¿sabe? O al menos lo era. Quizá por eso me gusta pasarme por su estudio. Echo de menos los lápices, la mesa de dibujo... Todo aquello.

—Entonces, ¿por qué lo dejó?

—Porque no rendía.

—¿Qué quiere decir con que no rendía?

—No daba dinero. Después de la guerra nadie construía. Bueno, supongo que si hubiera continuado...

—Y entonces se hizo banquero, ¿no? Supongo que en un banco habrá dinero suficiente.

Dirk se sintió un poco molesto.

—No era banquero... al principio. Vendía bonos.

Dallas frunció un poco el ceño. Tenía las cejas grandes, muy marcadas, ligeramente torcidas y con tendencia a converger sobre la nariz. Las de Paula eran una simple línea negra, medio paréntesis trazado cuidadosamente sobre sus ojos oscuros carentes de misterio.

—Yo preferiría proyectar la puerta trasera de un edificio que contribuya a que esta ciudad fuera más bonita y sugerente que vender todos los bonos que se emiten... donde se emitan los bonos.

Dirk se defendió.

—Yo pensaba lo mismo. Pero mi madre había trabajado para darme una educación y yo no podía responder ganando lo justo para mantenerme. Quería darle cosas. Quería...

—¿Ella quería eso? ¿Quería que usted dejara la arquitectura y se pusiera a vender bonos?

—Bueno..., ella..., no lo sé exactamente...

Dirk aún era demasiado honrado, demasiado hijo de Selina para mentir sobre aquello.

—Me dijo usted que iba a presentármela.

—¿Me permite que la lleve un día al estudio? O quizá podría..., ¿le gustaría que fuéramos un día a la granja? A ella le encantaría.

—A mí también.

De pronto, él se inclinó hacia ella.

—Escuche, Dallas. ¿Qué piensa de mí?

Quería saberlo. No podía aguantar más sin saberlo.

—Creo que es usted un joven muy agradable.

Aquello era terrible.

—Pero yo no quiero que usted piense que soy un joven muy agradable. Quiero gustarle... mucho. Dígame, ¿qué debería tener que no tengo? ¿Por qué me aparta tantas veces? Nunca me siento realmente cerca de usted. ¿Qué me falta? —dijo Dirk, humillado.

—Bueno, si quiere saberlo, yo pido a la gente de mi círculo que tenga al menos unas gotas de esplendor. Unos tienen nueve décimas partes de esplendor y una de vulgaridad, como Gene Meran. Otros tienen nueve décimas partes de ramplonería y una de esplendor, como Sam Huebch. Pero hay personas que son solo de un rosa bonito y uniforme, sin una sola raya de púrpura imperial.

—Y ese soy yo, ¿verdad?

Se sentía terriblemente disgustado, herido y desdichado, y también un poco enfadado. Tenía su orgullo. Porque él era Dirk DeJong, el joven más exitoso de

Chicago, el más prometedor y popular. A fin de cuentas, ¿qué hacía Dallas, aparte de dibujos publicitarios a mil quinientos dólares la unidad?

—¿Qué les pasa a los hombres que se enamoran de usted? ¿Qué hacen?

Dallas removi6 pensativa su caf6.

—Normalmente me lo dicen.

—¿Y luego qu6?

—Luego parecen sentirse mejor y nos hacemos grandes amigos.

—¿Pero usted nunca se enamora de ellos?

Le exasperaba verla tan segura de s6 misma.

—Casi siempre —dijo Dallas.

Dirk se lanz6 en picado.

—Yo podr6 darle un mont6n de cosas que no tiene, p6rpuras o no.

—Me marcho a Francia en abril. A Par6s.

—¿C6mo que se marcha? ¿A Par6s? ¿A qu6?

—A estudiar. Quiero hacer retratos y 6leos.

Dirk estaba aterrado.

—¿No lo puede hacer aqu6?

—Oh, no. No lo que necesito. He estado estudiando aqu6. He estado yendo a pintar del natural tres noches por semana al Instituto de Arte solo para no perder mano.

—Conque all6 es donde estaba por las noches.

Dirk se sinti6 extra6amente aliviado.

—D6jeme acompa6arla alguna vez.

Aceptar6 lo que fuera.

Dallas lo llev6 una noche y, tras burlar al hosco irland6s que vigilaba la entrada, lo condujo a las aulas del s6tano. Abri6 su taquilla, se enfund6 el blus6n, cogi6 los pinceles y atraves6 r6pidamente el pasillo.

—No hable —avis6 a Dirk—. Les molesta. Me pregunto qu6 pensar6an de mi estudio.

Dallas entr6 en una peque6a sala muy iluminada, asfixiante, con las paredes encaladas y el suelo completamente cubierto de caballetes. Delante de estos, hab6a hombres y mujeres con el pincel en la mano, concentrados. Dallas fue directa a su puesto y se puso a trabajar al instante. Dirk, parpadeando por la fuerte iluminaci6n, mir6 a la tarima a la que todos echaban un vistazo de vez en cuando mientras trabajaban. All6, recostada, hab6a una mujer desnuda.

Dirk se dijo, aterrado: «¡Si no lleva nada encima! ¡Dios m6o! Es un poco fuerte. ¡No lleva nada encima!».

Trat6, mientras tanto, de parecer indiferente, despreocupado y cr6tico. Curiosamente, tras la primera impresi6n, logr6 no solo parecer relajado sino tambi6n estarlo. La clase estaba pintando la figura al 6leo.

La modelo era una est6pida cuya piel parec6a de terciopelo y p6talos de rosa.

Adoptaba poses que fluían de forma poco natural. Llevaba el pelo rígidamente ondulado, su nariz era pura vulgaridad y sus pendientes perlas baratas, pero su espalda probablemente era más bonita que la de Helena de Troya y, sus pechos, dos montículos de nieve rematados por botones de coral. Al cabo de veinte minutos, Dirk estaba realmente interesado en el tono, los matices, el color y la línea. Escuchaba al profesor hablar en voz baja y entornaba los ojos para determinar si aquella sombra sobre el estómago de la modelo debería pintarse de azul o de marrón. Hasta pudo ver que el lienzo de Dallas era de una superioridad casi insultante respecto a los de los hombres y mujeres que la rodeaban. Bajo la piel de su lienzo había músculos, y bajo esos músculos había sangre y huesos. Se notaba que tenía conocimientos de anatomía como los de un cirujano. Dirk concluyó que eso es lo que hacía tan atractivas sus ilustraciones publicitarias. El dibujo que había hecho para la Compañía Fiduciaria de los Grandes Lagos era bastante convencional en cuanto al tema. Era el tratamiento y la técnica lo que lo hacía fascinante. Dirk pensó que si Dallas alguna vez pintaba retratos al óleo, serían cuadros cautivadores y llenos de vida. Pero, ay, no quería que pintara retratos al óleo. Quería...

Eran más de la once cuando salieron por la puerta del Instituto de Arte y se quedaron un momento en lo alto de la ancha escalinata, contemplando el mundo que se extendía ante ellos. Dallas no dijo nada. De pronto, la belleza de la noche embargó a Dirk, con su mezcla de esplendor y vulgaridad, de color y sombras. A la derecha, la torre del edificio Wrigley se alzaba como un fantasma contra el cielo púrpura. Al lado, un enjambre de pícaras luces eléctricas lanzaba su mensaje en rojo y blanco. En blanco:

COMPRAR EN

De nuevo la oscuridad, mientras uno esperaba forzosamente. En rojo:

LA FERIA

Otra vez la oscuridad. Entonces, en un estallido de ambos colores, con letras más grandes y un resplandor que se proyectaba sobre los ojos y desplazaba momentáneamente torre, cielo y calle:

ES AHORRAR

Frente a la estación de la calle Adams, suspendido en el aire, hay un puente veneciano con un canal de asfalto negro que fluye por debajo. El reflejo de las ventanas de la cafetería y de los estancos a cada lado eran finos rayos de luz a lo largo del canal. Era una vista preciosa. Dirk pensó de pronto que Dallas se parecía mucho a Chicago. Tenía una mezcla de grandeza y vulgaridad, de ramplonería y magnificencia, de esplendor y fealdad.

—¡Qué bonito! —dijo Dallas, con un profundo suspiro.

Ella era parte de todo aquello.

—Sí —dijo Dirk, sintiéndose un extraño—. ¿Quiere un bocadillo? ¿Tiene hambre?

—Me muero de hambre.

Tomaron bocadillos y café en una cantina que abría toda la noche porque Dallas dijo que tenía la cara demasiado sucia para un restaurante y le daba pereza lavársela. Esa noche estaba más efusiva de lo habitual. Un poco cansada, menos animada e independiente que de costumbre, lo que le daba un aire desvalido y fatigado que enterneció a Dirk. La sonrisa de Dallas suscitó en él un torrente de pura dicha... hasta que la vio sonreír exactamente igual al joven granujiento que manejaba la reluciente cafetera de níquel para decirle que hacía un café delicioso.

Lo que antes era vital ahora parecía no importar demasiado. La gente que antes parecía deseable de pronto se había vuelto insignificante. Los juegos que Dirk había jugado se le antojaban estúpidos. Veía las cosas a través de los ojos sabios y amantes de la belleza de Dallas O'Mara. Extrañamente, no comprendió que aquella joven veía la vida desde el mismo ángulo que su madre. En los últimos años, Selina le había ofendido por la actitud que mostraba hacia sus amigos ricos y poderosos, hacia sus modales, juegos, diversiones y costumbres. Y al revés, a ellos les ofendía el estilo de vida de Selina. En sus raras visitas a la granja, Dirk siempre creía que iba a encontrarse alguna mujer insulsa y compungida en la cocina, en el salón o en el porche, mujeres con los dientes rotos, zapatos absurdos y mirada trágica que tomaban grandes tragos de café y contaban sus penas a Selina, mujeres dickensianas con un olor desagradable a menta, sudor y pobreza.

—Y lleva sin ná de trabajo desde diciembre.

—¡No me diga! ¡Es terrible!

Dirk deseaba que su madre no fuera así.

A veces Aug Hempel se presentaba en la granja y Dirk se encontraba a los dos burlándose maliciosamente de algo que él sabía relacionado con la gente de la orilla norte.

Hacía años que Selina no le preguntaba, curiosa:

—¿Qué te dieron de cena, Dirk?

—Pues... sopa.

—¿Nada antes de la sopa?

—Ah, sí. Esa especie de canapé, ya sabes. Caviar.

—¡Madre mía! ¡Caviar!

A veces Selina se reía como una niña traviesa de cosas que Dirk tomaba muy en serio. La caza del zorro, por ejemplo. El lago Forest se había aficionado a la caza del zorro, y la gente de Tippecanoe tenía jaurías. Dirk había aprendido a montar (y muy bien). Un inglés, un tal capitán Stokes-Betty, había iniciado a la orilla norte en los misterios de la caza del zorro. Montería, mejor dicho. La orilla norte aprendió a decir «batida» y «ojeo». El capitán Stokes-Beatty era un joven alto, de piernas arqueadas, cara caballuna y actitud distante. La joven Farnham parecía destinada a casarse con él. Paula había dado un desayuno de caza en Stormwood que había sido un éxito, aunque los estadounidenses se habían mostrado reacios a comer riñones picantes. La comida era lo más parecido a los alimentos pálidos y blandos servidos en los desayunos de caza ingleses y se echó a perder en una atmósfera de vapor tibio. Las mujeres estaban delgadas y vestían impecablemente, pero llevaban la ropa de caza con cierta inseguridad, como las jóvenes que se ponen por primera vez un vestido de noche escotado. Casi todos los hombres se habían resistido a llevar chaquetas rojas,

pero el capitán Stokes-Beatty lucía la suya espléndidamente. El zorro —un animal atemorizado y de aspecto abatido— fue traído del sur en una jaula, y, al ser liberado, se sentó plácidamente en un campo de maíz de Illinois en vez de correr a esconderse. Al final uno se sentía culpable, como si se hubiera matado una cucaracha.

Dirk se lo contó a Selina, sintiéndose muy importante. La caza del zorro.

—¿La caza del zorro? ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿Para qué es la caza del zorro?

—No tengo ni idea. Antes se hacía para librar de un incordio a una región infestada de zorros. ¿Es que los zorros han estado incordiando a la gente del lago Forest?

—Vamos, mamá, no seas ridícula.

Dirk le describió el desayuno.

—Menuda estupidez, Dirk. Es bueno copiar de otro país lo que hace mejor que nosotros. Inglaterra nos supera en jardines, chimeneas, perros, lanas, zapatos de marcha, pipas y ocio. ¡Pero esos desayunos suyos al vapor! Eso es porque la mayoría de ellos no tiene gas. Ninguna granjera de Kansas o Nebraska soportaría sus cocinas ni un minuto. Y cualquier jornalero rechazaría un tocino como ese —dijo Selina, riéndose.

—Bueno, si te vas a poner así...

Pero Dallas O'Mara pensaba de forma parecida sobre estas cosas. Al parecer, Dallas había estado brevemente de moda entre la gente bien de la orilla norte después de pintar el retrato de Robinson Gilman. La habían invitado a cenas, almuerzos y bailes, pero le dijo a Dirk que esas actividades la aburrían.

—Son agradables —dijo—, pero no se divierten mucho. Tratan de ser lo que no son. Y eso es muy cansado. Las mujeres no paraban de decir que vivían en Chicago porque sus maridos tenían aquí sus negocios. Lo hacen todo bastante bien, bailar, pintar, montar a caballo, escribir o cantar, pero sin destacar. Son diletantes que tratan de expresar algo que no sienten, o que no sienten con la suficiente fuerza para expresarlo de forma valiosa.

Reconocía, no obstante, que sabían apreciar lo que otros hacían bien. En sus palacios florentinos, ingleses, españoles o franceses de la zona norte de Chicago, Illinois, recibían con largueza y hospitalidad a reconocidos escritores, pintores, conferenciantes y héroes que se hallaban de paso, sobre todo a figuras extranjeras. Desde 1918, había caído sobre Chicago (y sobre todo Estados Unidos) una especie de plaga de langostas, que solía empezar por Nueva York y se propagaba al oeste, devorando el agradable verdor de los dólares y chillando a su llegada. Al regresar a Europa, rebosantes de dinero y *spleen*, escribían provechosamente sobre lo que habían visto. El resultado era más ingenioso que amable y estaba, además, salpicado de mal gusto.

Las anfitrionas de la orilla norte rivalizaban por el honor de recibir a estas personalidades. Paula, guapa, inteligente, rica y astuta, a menudo salía vencedora en

esta competición. Su última adquisición era Émile Goguet, el general Émile Goguet, héroe de Champagne, el Goguet de hirsuta barba blanca, manco y con un montón de medallas. Aparentemente, había ido a Estados Unidos invitado por la División Norteamericana que, junto con las tropas francesas de Goguet, habían repelido el ataque alemán en Champagne, pero se rumoreaba que el verdadero motivo del viaje era cimentar relaciones de amistad entre su país y unos Estados Unidos algo recelosos.

—Y adivina quién viene con él, Dirk —dijo Paula—. Roelf Pool, el maravilloso escultor francés. Goguet va a ser mi invitado y Pool va a hacer un busto del joven Quentin Roosevelt a partir de una fotografía que la señora Roosevelt...

—¿Cómo que escultor francés? Tiene de francés lo que yo. Nació a un par de kilómetros de la granja de mi madre. Sus padres eran granjeros holandeses. Su padre vivió en High Prairie hasta que murió de un infarto el año pasado.

Cuando Dirk se lo contó a su madre, Selina se sonrojó como un niña, como a veces le seguía pasando cuando se emocionaba.

—Sí, lo vi ayer en el periódico. Me pregunto si tendré ocasión de verle —añadió más calmada.

Aquella noche se la pudo ver sentada con las piernas cruzadas delante del viejo arcón tallado, rebuscando en los ajados y desvaídos objetos cuya conservación Dirk consideraba puro sentimentalismo. El bosquejo del Haymarket, el vestido burdeos de cachemir, unas flores mustias y quebradizas.

La segunda noche, Paula iba a dar una cena de gala, aunque no demasiado fastuosa. Estaba muy animada, excitada y alegre.

—Dicen que Goguet solo come huevos duros y galletas. Bueno, los demás no pondrán peros a los pichones, las setas y todo lo demás. Dicen también que lo que más le entretiene es su granja en Bretaña. Pool es increíble: moreno, serio y con los dientes muy blancos.

Paula estaba muy contenta aquellos días. Demasiado contenta. Dirk pensó que su energía nerviosa era inagotable... y agotadora. Dirk se negaba a reconocer lo mucho que le irritaba aquel rostro amarillento con forma de corazón, los dedos delgados y morenos como garras, y aquel aire posesivo. Habían empezado a disgustarle cosas de Paula igual que a un cónyuge infiel le irritan los gestos de su despreocupada pareja. Arrastraba un poco los tacones al caminar, por ejemplo. Eso lo desquiciaba. Cuando estaba nerviosa, Paula se mordía los padrastrós que se le formaban junto a sus uñas cuidadas con esmero.

—¡No hagas eso! —le decía.

Dallas nunca le irritaba. Lo calmaba, se decía a sí mismo. Dirk trataba de ser fuerte, pero al minuto de estar con ella se hundía, feliz y rendido, en sus serenas profundidades. A veces pensaba que la actitud de Dallas era un artificio.

—Esa calma suya..., esa naturalidad —le dijo un día—, es una pose, ¿verdad?

Dirk haría lo que fuera por llamar su atención.

—En parte —contestó Dallas, amistosa—. Pero es una pose agradable, ¿no cree?
¿Qué se podía hacer con una chica así?

Esa mujer podía tenerlo a sus pies y no movía un dedo por conquistarlo. Dirk arañaba el suave muro de su indiferencia, pero solo lograba cortarse y magullarse las manos.

—No le gusto porque soy un hombre de negocios, ¿no?

—No. Usted me gusta.

—Entonces, porque no le parezco atractivo.

—No. Usted me parece tremendamente atractivo. Y peligroso, por eso mismo.

—Oh, vamos, no se haga la ingenua. Sabe perfectamente lo que quiero decir. Me tiene conquistado y no me hace caso. Si yo fuera un arquitecto de éxito en vez de un ejecutivo, ¿sería diferente?

Estaba pensando en lo que le dijo su madre unos años antes, la noche en que habló con ella sentado junto a su cama.

—¿Es eso? Supongo que hay que ser artista para interesarle.

—No, por Dios. Probablemente algún día me case con un hombre hecho a sí mismo de manos encallecidas, y si lo hago, serán esas manos las que me conquisten. Si quiere saberlo, me gustan así, con cicatrices. Hay algo en el hombre que ha luchado por salir adelante, no sé lo que es..., la mirada, el tacto de sus manos. No es necesario que haya triunfado, aunque probablemente lo haya hecho. No sé, no soy muy buena analizando. Solo sé que él... Bueno, usted no tiene marcas. Ni una sola. Dejó la arquitectura, o lo que fuera, porque en aquel momento era un trabajo arduo y descorazonador. No digo que tuviera que haber seguido. Hasta donde yo sé, usted era un arquitecto mediocre. Pero si hubiera seguido luchando, esforzándose y perseverando..., bueno, esa lucha se reflejaría hoy en su cara, sus ojos, su mandíbula, sus manos y en su manera de estar, moverse, sentarse y hablar. No le estoy criticando, pero es usted demasiado fino. A mí me gustan más curtidos. Esto ha sonado fatal. No es en absoluto lo que quería decir. No es...

—No importa —dijo Dirk, cansado—. Creo que sé lo que quiere decir.

Se sentó y se miró las manos, aquellas manos finas, fuertes y sin cicatrices. De pronto, sin motivo aparente, pensó en otras manos, las de su madre, con los nudillos hinchados y la piel destrozada, expresivas y con la vida escrita en ellas. Cicatrices. Ella las tenía.

—Escuche, Dallas. Si yo supiera... Volvería a Hollis & Sprague y empezaría de nuevo por cuarenta dólares semanales si supiera que usted...

—No lo haga.

El general Goguet y Roelf Pool llevaban en Chicago una noche y parte de un día. Dirk no los había visto, pero iba a coincidir con ellos por la noche en la cena de Paula. Sentía curiosidad por Pool, pero no tenía especial interés en el militar. Inquieto, desdichado, con ganas de ver a Dallas (lo reconocía amargamente), se pasó por su estudio a una hora inusual, justo después de comer, y oyó voces alegres y risas. ¿Por qué no podía trabajar sola de vez en cuando sin todo ese alboroto a su alrededor?

Dallas, con su sucio blusón y sus zapatillas, charlaba animadamente con dos desertores de la alta sociedad de Chicago, el general Émile Goguet y Roelf Pool. Parecían estar pasándolo en grande. Dallas presentó a Dirk con aire despreocupado, como si la presencia de aquellos hombres fuera algo natural y esperado, y de hecho así era. Ella nunca se los había mencionado, pero ahora dijo:

—Dirk DeJong... El general Émile Goguet. Luchamos juntos en Francia. Roelf Pool. También fuimos compañeros de armas, ¿verdad, Roelf?

El general Émile Goguet se inclinó cortésmente, pero sus ojos brillaban. Parecía estar pasándolo muy bien. El rostro moreno de Roelf Pool se había iluminado con un destello de sorpresa y satisfacción que lo transformó.

Con aire decidido, se acercó a Dirk y le estrechó la mano.

—¡Dirk DeJong! No puede... ¡Vaya! ¿No me conoce? Soy Roelf Pool.

—¿Debería conocerlo? —dijo Dirk.

—Quiero decir que soy..., que le conocí cuando usted era un niño. Usted es el Dirk de Selina, ¿verdad? Voy a verla esta tarde. Ella es uno de los motivos por los que estoy aquí. Caramba, estoy...

Roelf reía y hablaba excitado como un niño. Dallas, toda sonriente, estaba disfrutando enormemente.

—Se han escapado del apretado programa que tenían preparado para esta tarde. No sé de dónde les viene a los franceses esa fama de educados. El general es un grosero absoluto, ¿verdad, Goguet? Y tiene pánico a las mujeres. Es el único general francés en cautiverio que se ha tomado la molestia de aprender inglés.

El general Goguet asintió enérgicamente y rugió a Dirk, en un inglés esmerado y perfecto:

—¿Y usted? ¿También es artista?

—No, no soy artista.

—¿Entonces qué es?

—Pues... vendo bonos. Es decir, temas financieros. Bonos.

—Ah, sí —dijo educadamente el general Goguet—. Bonos. Una cosa muy buena, los bonos. Nosotros los franceses los apreciamos mucho. Tenemos un gran respeto por los bonos norteamericanos.

Asintió, parpadeó y se volvió hacia Dallas.

—Nos vamos —dijo Dallas.

Y corrió al pequeño y enrarecido dormitorio que estaba al fondo del estudio.

Aquello era un poco demasiado informal.

—¿Ir adónde? —preguntó Dirk.

El general también parecía perplejo.

Roelf explicó, encantado:

—Es una conspiración. Vamos todos a casa de su madre. Usted viene, ¿verdad? Tiene que hacerlo.

—¿Ir? ¿Adónde? Creía que íbamos a quedarnos aquí, tranquilamente. Aquí se está muy bien, sin comités de bienvenida —intervino, compungido, el general Goguet.

Roelf intentó aclarárselo.

—La madre del señor DeJong es granjera. ¿Recuerda que le hablé de ella en el barco cuando veníamos? Fue maravillosa conmigo cuando yo era niño. Fue la primera persona que me dijo lo que era..., lo que es la belleza. Es magnífica. Cultiva verduras.

—¡Ah, una granja! ¡Estupendo! Yo también soy granjero. ¡Qué bien!

El general volvió a estrecharle la mano a Dirk. Por primera vez parecía encontrarlo interesante.

—Por supuesto que iré. ¿Sabe mi madre que van? Tenía la esperanza de verse con usted, pero pensaba que como se ha vuelto tan importante...

—Espere que le cuente el día que llegué a París con cinco francos en el bolsillo. No, no sabe que vamos, pero estará allí, ¿verdad? Tengo el presentimiento de que va a estar allí, exactamente igual. Estará, ¿verdad?

—Sí, estará.

Era el comienzo de la primavera, la época de más trabajo en la granja.

Dallas apareció con un sobretodo y un sombrero nuevo de primavera y dijo adiós con la mano a la fiel Gilda Hanan.

—Si preguntan por mí, di que he sentido la llamada de la primavera. Y si el muchacho viene por el dibujo de esa mascarilla facial, dile que estará para mañana.

Bajaron la escalera y subieron al potente coche que parecía estar a disposición de los visitantes. Atravesaron el centro, subieron por la Avenida Míchigan y entraron en la zona sur. Chicago, a menudo encapotado y gris en abril, hoy vestía de oro y azul. El aire era cortante, pero bajo su acritud había una dulce promesa. Dallas y Pool estaban enfrascados en sus planes y recuerdos parisinos.

—¿Recuerdas cuando... solo teníamos siete francos entre todos y la cena costaba...? Entonces, es seguro que vienes en junio, ¿no?... óleo..., tienes talento para ello, créeme... Serás muy buena, Dallas... Recuerda lo que decía Vibray... Estudia... Trabaja...

Dirk se sentía desdichado mientras iba mostrando los sitios de interés al general

Goguet. Noventa kilómetros de bulevares. El mejor sistema de parques de todo el país. El bulevar Grand. El bulevar Drexel. El parque Jackson. Los trenes de la Central Illinois. Horribles, sí, pero eléctricos. Iban a hacerlos funcionar con electricidad. Después de aquello las cosas no parecerían tan sucias. La calle Haldsted, la más larga del mundo.

—Ah, sí —decía educadamente el general—. Desde luego es muy interesante.

El fértil légamo negro de High Prairie. En el suelo asomaba un verdor incipiente. Invernaderos. Semilleros. La granja.

Parecía muy limpia y cuidada. La casa, blanca con persianas verdes (el sueño cumplido de Selina), les sonreía entre los sauces que ya empezaban a florecer, cortejados por la primavera suave y temprana.

—¡Pero si me dijisteis que era una granja pequeña! —exclamó el general Goguet cuando bajó del coche y miró a su alrededor.

—Y es pequeña —le aseguró Dirk—. Solo tiene dieciséis hectáreas.

—¡Ah, ustedes, los americanos! En Francia cultivamos a escala muy pequeña. No tenemos la tierra ni las extensiones que tienen ustedes.

Levantó el brazo derecho. Daba la impresión de que, si la manga izquierda no hubiera estado vacía, habría hecho un gesto grande y amplio con los dos brazos.

Selina no estaba en la casa ordenada y silenciosa. Tampoco estaba en el porche ni en el patio. Meena Bras, flemática e impasible, salió de la cocina. La señora DeJong estaba en los campos. La llamó, lo que hizo soplando tres veces (y luego tres más) un cuerno que descolgó de la pared. Meena se quedó en la puerta de la cocina, mirando a los campos y soplando, con las rojas mejillas increíblemente hinchadas.

—Ahora viene —les aseguró Meena, volviendo al trabajo.

Fueron al porche a esperarla. Estaba en la hectárea dieciséis, aquella hectárea que antes era una tierra fungosa, estéril y medio inundada. Dirk se sentía un poco incómodo y avergonzado por sentirse así.

Entonces la vieron venir, una pequeña figura morena recortada contra el sol, el cielo y los campos. Venía rápida pero trabajosamente, porque el suelo estaba pesado. Los cuatro estaban frente a ella, mirándola. Cuando se acercó, vieron que llevaba una falda oscura sujeta a los tobillos para protegerla de la húmeda tierra primaveral, pese a lo cual tenía el borde manchado de barro. Una basta chaqueta gris ceñía su cuerpo erguido y delgado. Un viejo sombrero de fieltro cubría su cabeza. Caminaba levantando mucho los pies, calzados con recias botas de puntera ancha. Al acercarse más, se quitó el sombrero y lo sostuvo contra el sol para hacerse sombra. Su pelo ondeaba ligeramente en la suave brisa primaveral. Tenía las mejillas levemente sonrojadas. Ahora, mientras subía por el sendero, pudo reconocer sus caras. Vio a Dirk, sonrió y saludó con la mano. Intrigada, miró a los otros: el caballero con barba y uniforme, la chica alta, el hombre de rostro moreno y lleno de vida. De pronto se detuvo, se llevó la mano al corazón como si notase un pinchazo, con la boca abierta y los ojos enormes. Cuando Roelf corrió hacia ella, Selina se precipitó a su encuentro

como una chiquilla. Él tomó en sus brazos aquella figura menuda con la falda salpicada de barro, la basta chaqueta gris y el viejo y maltrecho sombrero.

Tomaron el té en el salón de la granja y Dallas elogió el juego de loza vidriada. Selina los atendió con el aire esplendoroso de quien va vestida con sedas y finos ropajes. Ella y el general Goguet habían congeniado a las mil maravillas desde el principio, interesados ambos por el cultivo del espárrago.

—Pero ¿cómo de gruesos? —preguntaba el general, pues él también tenía sus campos de espárragos en la granja de Bretaña—. ¿Qué grosor tienen en la base?

Selina hizo un círculo con el pulgar y el índice. El general gruñó de envidia y desesperación. Estaba muy a gusto, y tomó una buena ración de té y pastas. Miró lisonjero a Selina, que se sonrojó y sonrió, dejando ver sus hoyuelos como una niña. Pero era a Roelf hacia quien se volvía, era en Roelf en quien posaba y clavaba los ojos. Era con él con quien caminaba cuando ella callaba y los demás hablaban. Era como si él fuera su hijo y hubiese vuelto a casa. Selina tenía la cara radiante y hermosa.

Dallas, sentada junto a Dirk, dijo en voz baja:

—Esto es lo que quiero decir. A esto me refiero cuando digo que quiero hacer retratos. No retratos de señoras con collares de perlas y una mano de lirio medio escondida entre los pliegues de una falda de seda. Retratos con carácter de hombres y mujeres de aspecto realmente singular. Marcadamente norteamericanos, por ejemplo, como su madre.

Dirk la miró rápidamente, medio sonriendo, como si esperara encontrarla sonriendo también a ella. Pero Dallas estaba seria.

—¿Mi madre?

—Sí, si me dejara. Con ese espléndido rostro iluminado por la luz que viene del interior; con la mandíbula como las de esas mujeres que llegaron en el *Mayflower* o cruzaron el continente en un carromato; ¡y esos ojos!; con ese sombrero viejo, abollado y maravilloso y el blusón blanco... ¡y esas manos! Es hermosa. Le aseguro que me haría famosa de un plumazo.

Dirk la miró fijamente. Parecía incapaz de comprenderla. A continuación se volvió para observar a su madre, que estaba hablando con Roelf.

—Y has hecho bustos de todos los hombres famosos de Europa, ¿verdad, Roelf? ¿Quién iba a pensarlo? Has visto el mundo y lo tienes en tu mano. ¡El pequeño Roelf Pool! Y lo has hecho tú solo, a pesar de todos los obstáculos.

Roelf se inclinó hacia ella, puso su mano sobre la áspera mano de Selina y dijo:

—¡Los repollos son preciosos!

Los dos se echaron a reír como si fuera un chiste gozoso. Luego, ya en serio, Roelf añadió:

—Tú también has tenido una vida estupenda, Selina. Llena de vida, rica y provechosa.

—¡Yo! —exclamó Selina—. Pero si he pasado aquí todos estos años desde que te fuiste siendo un niño. Creo que hasta el sombrero y el vestido que llevo pueden ser los mismos que llevaba entonces. No he estado en ningún sitio, no he hecho ni visto nada. ¡Cuando pienso en todos los lugares que iba a ver! ¡Todas las cosas que iba a hacer!

—Has recorrido el mundo entero —dijo Roelf—. Has visto todos los lugares llenos de belleza y luz. Recuerda que me contaste que, de niña, tu padre te dijo una vez que solo hay dos tipos de personas que realmente cuentan en el mundo. Unas son trigo y otras esmeralda. Tú eres trigo, Selina.

—Y tú esmeralda —dijo Selina rápidamente.

El general estaba interesado, pero confundido. Echó un vistazo a su reloj y exclamó:

—¡La cena! ¡Nuestra anfitriona, la señora Storm! Está muy bien escaparse, pero hay que volver. Nos espera nuestra bella anfitriona.

El general se levantó.

—Es guapa, ¿verdad? —dijo Selina.

—No —replicó rápidamente Roelf—. Tiene la boca más pequeña que los ojos. La señora Storm tiene este trozo... Para ilustrarlo, se volvió hacia Dallas y le tocó los labios y los ojos con sus fuertes dedos morenos.

—... más pequeño que este otro. Cuando la boca es más pequeña que los ojos no hay belleza auténtica. En cambio, Dallas...

—¡Sí, yo! —se burló Dallas, sonriendo—. Aquí tienes una boca enorme. Si una boca grande es tu ideal de belleza, entonces yo debo de parecerme Helena de Troya.

—Me lo pareces —dijo Roelf, con franqueza.

Algo dentro de Dirk estaba diciendo una y otra vez: «No eres más que un don nadie, Dirk DeJong. No eres más que un don nadie». Una y otra vez.

—¡Estas cenas! —exclamó el general—. No quiero parecer descortés, pero estas cenas... Con mucho prefería quedarme en esta tranquila y bonita granja.

En la escalera del porche se volvió, chocó los talones con un golpe seco, dobló la cintura, cogió la áspera mano de Selina y la besó. A continuación, mientras ella sonreía un poco turbada, con la mano izquierda sobre el pecho y las mejillas sonrojadas, Roelf también le besó la mano tiernamente.

—¡Vaya! —dijo Selina, riendo con voz suave y trémula—. Es la primera vez que me besan la mano.

Se quedó en la escalera del porche y les dijo adiós con la mano mientras los cuatro se alejaban rápidamente. Una figura erguida y menuda con un blusón blanco y una falda corriente salpicada del barro de la granja.

—¿Volverá usted? —le había preguntado a Dallas.

Y Dallas había dicho que sí, pero que pronto iba a marcharse a estudiar y trabajar a París.

—Cuando vuelva, ¿me dejará que le haga un retrato?

—¡Un retrato, a mí! —había exclamado Selina, sorprendida.

Ahora los cuatro, mientras volvían como una exhalación a Chicago por la carretera asfaltada de Halsted, se sentían relajados y un poco cansados, entregados al narcótico primaveral que flotaba en el aire.

Roelf Pool se quitó el sombrero. A la cruda luz del sol de primavera, se veía que aquel pelo negro estaba salpicado de gris.

—En días como hoy me niego a creer que tengo cuarenta y cinco años. Dallas, dime que no tengo cuarenta y cinco años.

—No tienes cuarenta y cinco años —dijo Dallas con voz pausada y afectuosa.

Roelf acercó su enjuta mano morena a la fuerte y blanca mano de Dallas y la estrechó.

—Dicho por ti, Dallas, parece verdad.

—Y es verdad —dijo Dallas.

Primero dejaron a Dallas en su viejo y destartalado estudio de la calle Ontario, luego a Dirk en su pequeño y elegante apartamento, y siguieron su camino.

Dirk abrió la puerta. Saki, el mayordomo japonés, se deslizó silenciosamente en el vestíbulo y lo saludó con sus pequeños sonidos sibilantes.

Sobre la correcta consola del vestíbulo había cartas e invitaciones correctamente apiladas. Dirk atravesó el salón de estilo italiano y entró en el dormitorio. El japonés lo siguió. El esmoquin de Dirk (hecho por Peel, el sastre inglés de la Avenida Míchigan) estaba correctamente extendido sobre la cama: pantalones, chaleco, camisa, chaqueta. Todo elegante, imaculado.

—¿Algún mensaje, Saki?

—Ha llamado la señora Storm.

—Ah. ¿Dejó algún mensaje?

—No. Dice que volverá a llamar.

—Muy bien, Saki.

Con un gesto le indicó que podía retirarse. Saki salió cerrando suavemente la puerta, como un correcto criado japonés. Dirk se quitó el sombrero y el chaleco y los lanzó sobre una silla al lado de la cama. Se quedó junto a la cama, mirando el esmoquin de Peel y aquella brillante pechera que nunca se abombaba. «Un baño», pensó aburrido, mecánicamente. Entonces, de pronto, se echó en la elegante colcha de seda, boca abajo, y allí permaneció, con la cabeza apoyada sobre los brazos, muy quieto. Allí seguía cuando, media hora después, oyó el teléfono sonar sin parar y a Saki llamando respetuosamente a la puerta del dormitorio.



Edna Ferber, (Kalamazoo, 1887 - Nueva York, 1968).

Escritora y dramaturga estadounidense. Independiente y enérgica figura feminista «avant la lettre», es autora de novelas y obras teatrales de tono sentimental y romántico muy apreciadas por el gran público. Después de una breve experiencia periodística, de la que extrajo valiosos motivos de inspiración para sus historias sobre la pequeña y media burguesía estadounidense, debutó en 1908 con la publicación de una serie de relatos centrados en Mrs. McChesney, una ambiciosa mujer de negocios, que le valió una gran popularidad. Sus raíces profundas en el Medio Oeste y el amor por su gente y por su tierra, son algunos de los elementos inspiradores de su narrativa, caracterizada por un lúcido análisis de las tensiones sociales y dominada por un aliento épico. Es autora de obras tan conocidas como Cimarron (1930), Gigante (1950) o ¡Así de grande!, con la que obtuvo el Pulitzer.

Notas

[1] Haymarket Square. Plaza de Chicago que albergaba el mercado de la ciudad. <<

[2] Personaje de *La leyenda de Sleepy Hollow*, de Washington Irving. <<

[3] Personaje de Charles Dickens. <<

[4] Literalmente, «bosque de la tormenta». <<

[5] Juego de palabras con la inclusión de «noise» (ruido). <<